ALBERTO CALIANI

HISTORIAS OSCURAS



ALBERTO CALIANI

HISTORIAS OSCURAS



Copyright © Alberto Caliani

ISBN: 9798245977942

Independently published

Diseño de portada e interior: Andrea Dones

Imágenes: Pixabay, Canva Pro

Corrección y maquetación: Andrea Dones

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

El cuarto de Sonia (publicado originalmente en *Fantasmas, espectros y apariciones*, Ed. La Pastilla Roja, 2012)

Solos tú y yo

La tabla ouija

La era del demonio (publicado originalmente en Reino Unido bajo el título *There will be demons en Barcelona Tales*, NewCon Press, 2015)

Purgatorio

El caserón Ratzeburg (publicado originalmente en *Sucesos extraños*, Apache libros, 2016)

Visiones de la Parca

Quid pro quo

El alfiler

Caperuzita Roja (publicado originalmente en *Érase una veZ*, Kelonia Ediciones, 2013)

Whiskyman (publicado originalmente en *Bajo el eclipse*, web Paraíso 4, 2011)

Inmune

La marca oscura de Dios (publicado originalmente en *Historia se escribe con Z*, Kelonia Ediciones, 2013)

Aisha Kandisha

Truco o trato (microrrelato ganador del primer premio Halloween 2013, Ceuta)

Luna total

April Fool's Day



EL CUARTO DE SONIA

Julián y Carolina compraron el piso sin pensárselo dos veces.

Ciento noventa mil euros por un tercero con ascensor, tres habitaciones amplias pertrechadas con muebles nuevos, un cuarto de baño grande y un aseo más que decente. Una ganga impensable hasta para los peores tiempos de crisis. No era de nueva construcción, ni mucho menos, pero estaba recién reformado y se veía flamante por dentro. Ni siquiera tuvieron que hipotecarse. Tenían noventa mil euros ahorrados, y el padre de Julián les regaló los cien mil que faltaban.

—¿Dónde está el truco? —le preguntó Julián al de la inmobiliaria —. El piso está de lujo, ¿por qué no se lo quedó el propietario?

—Tiene que mudarse a otra ciudad por motivos de trabajo —le explicó el agente—. Necesita el dinero rápido, de ahí el precio tan bajo.

Carolina estuvo a punto de darle una colleja a su marido para que firmara. Un piso céntrico a ese precio era una bicoca.

Cerraron el contrato.

Tres semanas después, concluyeron la mudanza.

El cuarto favorito de Carolina era el que encontraron prácticamente montado para Sonia, su hija de trece meses. Era perfecto. La habitación, al fondo del pasillo, era la más grande y luminosa de todas. Parecía pensada para el futuro: tenía una cama integrada en un mueble, con mesa de estudio y todo; un armario de doble puerta remataba el conjunto y un complejo de estanterías servían de almacén para juguetes presentes y venideros. En ese momento, el ejército de peluches de Sonia parecía vigilar el cuarto, en formación militar.

Julián y Carolina decidieron trasladar la cuna de su dormitorio al cuarto de Sonia, para que la niña empezara a acostumbrarse a dormir sola. El único *pero* que puso Carolina fue que no le gustaba que hubiera una habitación de por medio. Demasiado lejos, para su gusto. Julián encontró la solución en forma de unos *walkie-talkies* de plástico blanco, descritos en la caja con el cuestionable término de *vigilabebés*.

—¿Ves? —Julián encendió el emisor que había colgado de los barrotes de la cuna—. Con este chisme oiremos todo lo que pasa en la habitación. Si Sonia llora, nos enteraremos. Hagamos una prueba, quédate ahí y habla bajito. Yo voy al dormitorio.

El receptor captó hasta el susurro más inaudible de Carolina, así que dieron el visto bueno al aparato y acordaron que esa misma noche Sonia empezaría a dormir sola.

Julián se sentía feliz.

Se acabó follar despacito y en silencio.

Solo pensar en la primera noche que pasaría a solas con su mujer se la puso de cemento.

NOCHE 1

Carolina le dio el biberón a Sonia antes de las nueve, mientras Julián se despatarraba en el cheslón, frente a la tele, con un cilindro de patatas Pringles y una lata de cerveza helada. Armado con el mando a distancia, se deleitaba haciendo *zapping*.

Su mujer apareció en el salón alrededor de las diez, con el receptor del *vigilabebés* en la mano.

—Ya se ha dormido —anunció—, por fin.

—¿Te apetece ver una peli?

—Sí, por favor, necesito relajarme. Voy a prepararme un sándwich de jamón y queso. ¿Quieres uno?

Julián aceptó, y Carolina los preparó en un santiamén. Sacó otra cerveza del frigorífico para acompañar a su marido y se recostó junto a él en el cheslón.

No habían dado las diez y media cuando el receptor les dio un susto de muerte. No era un llanto de bebé lo que sonaba por el altavoz del aparato.

Era un llanto de mujer que no se oía en el pasillo.

Julián hizo un gesto a Carolina para que se quedara sentada y fue a echar un vistazo al cuarto de Sonia. La niña dormía, todo parecía estar en orden. Tan solo detectó algo raro en la barandilla de seguridad de la cuna: restos de una sustancia gris y pegajosa. Pensó que su esposa habría tocado los barrotes de la cuna con las manos sucias de crema o cualquier otro potingue de maquillaje y no le dio mayor importancia. Lo limpió con una toallita húmeda y regresó al salón.

—Falsa alarma. Lo más probable es que se haya colado alguna frecuencia de radio en el aparato.

—Pues vaya. Era un llanto escalofriante, daba miedo.

Julián le dio un beso.

—No me seas cagona. Disfrutemos de la película y luego, si te apetece, probamos qué tal funciona la cama nueva.

—Me parece estupendo —aceptó Carolina, que llevó la mano de Julián a uno de sus pechos y comenzó a acariciarlo con ella—. A pesar de estar todo el tiempo a tu lado, comenzaba a echarte de menos, ¿sabes?

No llegaron al final de la película. Es más, olvidaron el *vigilabebés* en el salón, por lo que tampoco oyeron los extraños ruidos procedentes del cuarto de Sonia.

Unos ruidos que no cesaron en toda la noche.

NOCHE 2

El alarido metálico que brotó del receptor los despertó a las dos menos veinte de la madrugada siguiente. Saltaron de la cama y recorrieron los pocos metros de pasillo a velocidad de Sanfermines. Encontraron a Sonia sentada en la cuna, llorando con una desesperación inusitada. Carolina la cogió en brazos.

—¡Mi niña! ¿Qué te ha pasado?

Sabía que no recibiría respuesta. A sus trece meses, Sonia no se había dignado a pronunciar ni unos míseros «mamá» o «papá».

—Mira esto. —Julián señaló unas manchas pastosas en la cuna, en el suelo y en el pijama de Sonia—. Anoche también vi esta mierda en los barrotes. ¿Qué coño es?

—No parece que haya vomitado —aventuró Carolina, examinando el pijama de la niña—. Tampoco huele a vómito. No huele a nada.

—Voy a por la fregona —gruñó Julián.

Sonia durmió esa noche en la cama de sus padres, entre los dos. Julián logró conciliar el sueño al cabo de un rato, pero Carolina no podía quitarse de la cabeza el grito que había oído a través del receptor.

Aquello no podía proceder de la garganta de un bebé de trece meses.

Ni siquiera parecía humano.

NOCHE 3

Esta vez fue mucho peor.

Eran las tres y cuarto de la madrugada y el sonido estridente que brotó del receptor vino acompañado de un grito de Sonia.

Chillaba como si la estuvieran matando.

No existe nada más desesperante que el alarido de terror de un bebé: es como si quisieran aferrarse a la vida con las cuerdas vocales. Una vez más, Julián y Carolina corrieron los tres metros de pasillo como si les fuera la vida en ello, pero esta vez sucedió algo que no esperaban.

La puerta se cerró de golpe, impidiéndoles entrar.

Los intentos de abrirla fueron en vano. Estaba atrancada, aunque no había pestillo que pudiera cerrarla por dentro. Los gritos de la pequeña se hicieron más intensos.

—¡Hay alguien ahí dentro, Julián! ¡Hay alguien ahí dentro con nuestra hija!

Él no dejaba de empujar la puerta, sin éxito.

—¡Tráeme el destornillador plano de la caja de herramientas!

Carolina corrió a la pequeña terraza donde estaban la lavadora y el calentador de gas y abrió la taquilla donde guardaban la caja de herramientas junto a productos de limpieza. Temblando y llorando

sin parar, consiguió desparramar por el suelo una miríada de tornillos, tuercas, clavos y espiches que Julián almacenaba *por si acaso*. Localizó dos destornilladores, uno de estrella y otro plano. Ignorando el dolor que le producían las piezas de acero al pisarlas con los pies descalzos, regresó al pasillo, donde Julián seguía peleando contra la puerta cerrada.

—¡Toma!

Introdujo la parte plana del destornillador entre el batiente y el marco, haciendo palanca con todas sus fuerzas a la vez que empujaba con el hombro. Detrás de él, Carolina empuñaba el destornillador de estrella como un arma, entonando una letanía a base de repetir «por favor» a toda velocidad.

Para su sorpresa, descubrió que estaba rezando.

La puerta se abrió hacia adentro con un chasquido de victoria y Julián irrumpió en la habitación con su mujer justo detrás. Lo que vieron los dejó paralizados.

El cuarto de Sonia se había transformado en la ventana abierta a un mundo de pesadilla. La luz del pasillo, que iluminaba desde fuera la habitación, parecía chocar con la fosforescencia gris verdosa que emanaba de algo parecido a una columna de humo que acababa definiéndose en unas extremidades raquíticas, envueltas en jirones espectrales, con un rostro que recordaba al de una figura de cera fundiéndose en el fuego. La niña flotaba en el abrazo aterrador de aquella cosa que recordaba a una mujer tan escuálida como muerta. La pequeña extendió las manitas hacia sus padres, con un grito de socorro tan ahogado que nunca llegó a producirse.

La aparición volvió el rostro vacío hacia los padres de Sonia y emitió un grito escalofriante. Julián lanzó una estocada a fondo con el destornillador, pero lo único que consiguió fue hundir el brazo hasta el hombro en un ectoplasma que le pareció vomitivamente frío. Unos apéndices glaciales brotaron de la aberración y rodearon a Julián, intentando cubrirle la boca y las fosas nasales.

El monstruo acercó la cara a dos centímetros de la de Julián, que trataba de recular y resbalaba en los charcos helados hasta caer de espaldas. La boca de aquella cosa, sin dientes, no era más que un pozo negro que parecía conectar la realidad con el infinito más inmundo. A pesar de no tener lengua, habló con voz inhumana.

—Mi niña. Esta es mi niña…

Carolina no pudo soportarlo más. Sorteando a su marido, que luchaba en el suelo contra aquella masa que intentaba asfixiarlo, agarró a Sonia por las axilas y se la arrebató al espectro de un tirón. Otro alarido, este aún más ensordecedor que el anterior, hizo estallar el mundo en mil pedazos. La fosforescencia gris verdosa los deslumbró durante un segundo y se extinguió de golpe, dejando que el led del pasillo arrancara brillos tenues a los charcos del suelo, que se encogían como si murieran poco a poco. Julián se atragantó con la primera bocanada de aire y tosió hasta provocarse arcadas. Los restos de ectoplasma en el suelo y en el pijama fueron la única prueba de que aquel episodio había sido real.

Carolina encendió la luz del dormitorio y se arrodilló junto a su marido, con la niña en brazos. Sonia aún lloraba, pero la desesperación del llanto había desaparecido. Julián las abrazó entre lágrimas. Bajo la luz eléctrica, todo parecía diferente. Los peluches, testigos mudos de la escena que había tenido lugar en el cuarto, se veían ahora más bonachones y cándidos que nunca. A los pocos minutos, ni Julián ni Carolina estaban seguros de lo que había pasado allí. De todos modos, él tomó una decisión.

—Nos largamos de aquí. Voy a llamar a mi padre para que nos deje pasar la noche en su casa. Se va a llevar un susto, a estas horas...

—No será peor que el que acabamos de llevarnos nosotros.

Carolina hizo las maletas con una sola mano.

No estaba dispuesta a separarse de su hija bajo ningún concepto.

NOCHE 4

Julián se personó en la inmobiliaria nada más salir del trabajo. Comprobó que no había ningún cliente y entró como un tifón en la oficina, agarrando al vendedor del cuello sin ningún tipo de miramiento. Hizo caso omiso a las amenazas de llamar a la policía, arrancó el teléfono de la agencia y lo estampó contra la pared forrada de anuncios de casas disponibles.

El agente inmobiliario resultó ser muy locuaz al segundo puñetazo. Con voz entrecortada y burbujas de sangre en la nariz, confesó la auténtica razón por la que el piso había salido al mercado a un precio tan atractivo.

Los antiguos propietarios eran una pareja joven, padres de una niña casi recién nacida, de apenas dos meses. Él se llamaba Jesús, ella Ana, y habían invertido una pequeña fortuna en reformarlo. Justo el día antes de la mudanza definitiva, la pequeña murió en su cuna, en la casa de alquiler donde habían vivido hasta entonces. Fue una muerte súbita, de esas que te tocan como una lotería maldita. Ana no pudo soportarlo. Mientras Jesús llamaba a emergencias, desesperado y con la recién nacida enfriándose entre sábanas de ositos y nubes, ella abandonó la casa corriendo.

La encontraron en el piso nuevo, en el que iba a ser el dormitorio de su hija, con una bolsa de plástico en la cabeza. Ana había decidido irse de este mundo tomando una ruta que según los creyentes conduce al infierno. Demolido por la doble desgracia, Jesús pidió el traslado en la entidad bancaria en la que trabajaba, puso la propiedad en venta a un precio ridículo y se marchó de la ciudad para no volver jamás.

Julián se dirigió a casa de sus padres, rumiando el pleito que pensaba ponerle a la inmobiliaria y en cómo expondría aquellos hechos insólitos ante el tribunal. La noche, inevitable, se cernía sobre la ciudad cargada de nuevos miedos. Julián maldijo para sus adentros. Sus sueños se habían transformado en pesadillas en solo

tres días. Entró en el portal. Justo llamaba al ascensor cuando el móvil empezó a sonar.

Era Carolina.

—¡Julián, está sucediendo de nuevo... aquí!

—Estoy en el ascensor. ¡Aguanta!

Encontró la puerta del piso abierta, con todas las luces del vestíbulo y el salón encendidas, como cuando se celebraba la cena de Nochebuena. Los padres de Julián estaban junto a Carolina, que abrazaba a Sonia en una pose dramática, como de celuloide rancio. Era evidente que le esperaban.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Julián—. ¿Estáis bien?

Carolina no paraba de llorar. El padre le hizo una seña a su hijo.

—Ven, Julián.

El hombre lo condujo a la que fuera su habitación antes de que se marchara de casa para empezar una nueva vida con Carolina. La habían reciclado como cuarto de invitados, con una cama extra y el viejo moisés de Sonia en una esquina, rescatado del mismo trastero donde reposaban, empaquetados en cajas de cartón, los recuerdos de la niñez y adolescencia de Julián. El moisés se le había quedado un poco pequeño a la niña, pero ni Julián ni Carolina se sentían con ánimos ni valor suficientes para regresar a casa a recoger la cuna. El padre de Julián señaló el suelo.

—A Carolina le ha dado un ataque al ver eso.

Julián reconoció de inmediato los restos de sustancia gris junto al moisés. Sintió ganas de gritar de frustración y rabia. Tan solo tres días atrás, los fantasmas no existían y el mundo era un lugar repleto de alegría y felicidad. Ahora, la vida no le parecía tan hermosa. La ira dio paso a la desesperación y Julián se echó a llorar en silencio. Si no había forma de huir de aquel espectro, ¿para qué refugiarse en casa de sus padres? El anciano le puso la mano en la espalda,

tratando de consolarle. Julián se la palmeó, en un gesto tranquilizador.

—Mañana mismo volvemos a casa. Tenemos que resolver este asunto por nosotros mismos.

DÍA 5

A pesar de estar muy asustados, Julián y Carolina regresaron al piso nuevo al día siguiente. Él había puesto a su esposa al corriente de la tragedia que había tenido lugar, meses atrás, entre sus muros. Un sentimiento de tristeza se superpuso al miedo. A la luz del día, con todas las ventanas abiertas, los acontecimientos de hacía dos noches parecían muy lejanos. Julián se plantó en mitad del cuarto de Sonia y habló a las paredes cubiertas de juguetes y animales de peluche.

—Ana, sabemos que sufriste mucho por la pérdida de tu hija. —Su voz parecía a punto de quebrarse—. Lamentamos la forma en la que lo afrontaste, pero esta es ahora nuestra casa. Ahora vivimos aquí. Sonia es nuestra hija, y no te la llevarás. Ni ella ni nosotros somos culpables de lo que le sucedió a la tuya. Márchate, por favor.

No hubo más respuesta que el silencio. Carolina, con Sonia en brazos, contemplaba a su marido desde el pasillo.

La habitación, muda, parecía burlarse de ellos.

CUATRO MESES DESPUÉS

Esta noche, como todas, Julián hace guardia junto a la cuna de Sonia.

Las ha habido mejores y peores, pero nunca tan intensas como la del tercer día. Recurrieron a médiums y a un grupo de parapsicólogos, así como a un sacerdote que bendijo la casa. Una de las videntes resultó ser una charlatana que salió despavorida cuando todos los peluches de la estantería se volvieron a mirarla a la vez,

sin que nadie los tocara; la otra también podía haberse ahorrado la visita: percibió una presencia muy fuerte, sobre todo en el dormitorio de la niña, pero fue incapaz de solucionar nada. Fue ella quien recomendó a los parapsicólogos, que llenaron el piso de aparatos, convirtiéndolo en un set de Gran Hermano a base de micrófonos y cámaras. Ellos les hablaron del ectoplasma (celebraron la recogida de la primera muestra del suelo del cuarto de Sonia como si hubieran encontrado una de semen de Elvis Presley) y de las ondas electromagnéticas. «La electricidad y la luz inhiben estos fenómenos», le había dicho el jefe del grupo, un hombre joven con perilla y gafas de pasta. Desde entonces, las lámparas de la casa permanecen encendidas día y noche. El último en visitar el piso fue el cura. Vino a desgana, leyó unas bendiciones y se fue con viento fresco: *veni, vidi, et non vici*, porque los fenómenos no remitieron. Seguramente celebró un exorcismo de fogueo, para tranquilizar a quien consideró una pareja de pirados.

Julián y Carolina se turnan para las guardias. A veces oyen ruidos, como si alguien rascara el armario, pero se han acostumbrado a ello, como también se han acostumbrado a los gritos que surgen de la nada, a los charcos de ectoplasma y a los cajones y puertas que se abren y cierran de repente. Mientras todo esté encendido y estén ellos de guardia, Ana no podrá materializarse y hacerles daño a ellos o a su hija. Han aprendido a echarle huevos a esa madre desgraciada que cumple condena en el infierno y que viene a visitarlos cada noche. Julián tiene la teoría de que cuando Sonia crezca, Ana desaparecerá. Mientras tanto, siguen intentándolo a diario, improvisando exorcismos a base de valentía y mucho amor. También rezan por el descanso de su alma, aunque en el lugar donde Ana pena no existe ni amnistía ni piedad.

Sonia, mientras tanto, duerme en paz. Sus padres intentan protegerla a toda costa, transformándolo todo en un juego. Incluso celebran cuando se forma un charquito verde grisáceo a los pies de su cuna. En esos casos, encienden toda la casa y juegan a que la expulsan.

A propósito, Sonia ha empezado a hablar. Ahora tiene diecisiete meses, y dice perfectamente mamá, papá, caca, agua...

...y Ana.



SOLOS, TÚ Y YO

Mamá hoy no ha despertado. El sol brilla en el cielo y ella sigue durmiendo. Creo que nos ha dejado solos. No llores, pequeña, yo te cuidaré, como siempre he hecho. Te adoro, aunque me tires del pelo y las orejas sin piedad. No te lo reprocho: tan solo eres una niña de dos años, una criatura inocente.

Pero los días pasan y mamá no despierta. Sigue en cama, mirando fijamente al techo. Tú no paras de llorar, presa en tu cuna, y yo estoy cada vez más nervioso. Llevamos varios días sin comer y empiezo a desesperarme.

Lamento que esto acabe así, pero soy incapaz de luchar contra el hambre que me atormenta. Un grito ahogado y tu llanto cesa en un segundo. No puedo parar de mover la cola mientras te devoro. No me guardes rencor.

En el fondo, desciendo de lobos.



LA TABLA OUIJA

Hoy hace diez días que mi hermana y yo compramos la tabla ouija en la vieja juguetería de la calle Desengaño. Maldita la hora en que lo hicimos. De hecho, mi hermana debe estar a punto de morir. Hace horas que no la oigo arañar la puerta del vestidor donde la encerré hace ya nueve días. Creímos que la tabla era un juguete.

Ahora sé que estábamos equivocadas.

La estrenamos al día siguiente de comprarla, respondiendo a un impulso que hasta hoy no he podido entender. Ni mi hermana ni yo hemos sentido nunca la necesidad de hablar con los muertos o conocer lo que nos depara el futuro. Somos jóvenes y autosuficientes, y esas cosas siempre nos han parecido propias de esa clase de gente que compra el décimo de lotería terminado en ochenta y seis porque han pisado una mierda de perro al salir de casa. Por desgracia, la curiosidad pudo más que la prudencia.

Poco después de oscurecer, colocamos la ouija sobre la mesa y nos pusimos manos a la obra. Suavemente, rozamos con los dedos

la placa de plástico en forma de corazón que venía dentro de la caja. Las instrucciones la llaman *planchette*. Un nombre ridículo para describir la llave que abre la puerta del infierno.

Al poco rato de tocar la *planchette*, esta comenzó a vagabundear por el tablero. Señalaba letras y números aleatorios en un movimiento errático. Entre risas nerviosas, mi hermana y yo nos culpamos mutuamente de mover el chisme. Fue entonces cuando la *planchette* comenzó a formar palabras, y las palabras a componer frases. Nada de lo que escribió fue agradable: solo presagios de dolor, sufrimiento y muerte. Ninguna de nosotras habría sido capaz de bromear con algo tan horrible. Cuando mi hermana preguntó en voz alta al supuesto ente quién o qué era, este escribió: «Demonio dentro de ti».

Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que los ojos de mi hermana habían cambiado. Semejaban los de un reptil, y sus labios, agrietados y fruncidos en una mueca de odio, dejaban entrever unos dientes afilados y una lengua bífida que emitía un siseo repulsivo.

No lo pensé dos veces, la empujé con tal fuerza que las dos atravesamos la puerta de su dormitorio. Opuso resistencia, pero logré arrastrarla hasta el interior del vestidor. Conseguí tirarla al suelo, me apresuré a cerrar la puerta y arrastré la cama contra ella. Luego la cómoda, las mesitas de noche… todo el mobiliario de la habitación. Deseé con todas mis fuerzas que aquella barricada contuviera la ira del demonio.

No pude evitar llorar de miedo.

Durante nueve días, aquella criatura maléfica pidió ser liberada a gritos, sin parar. Ahora no se la oye. He dejado que el cuerpo de mi hermana muera para que su alma goce del perdón de Dios. Me da pavor abrir el vestidor. No sé si el cuchillo de cocina que llevo en la mano será eficaz contra una posesa.

No puedo esperar más, voy a abrir.

Mi hermana yace en el suelo, sin vida. Nueve días de agotamiento, miedo, hambre y sed han podido con ella. Levanto la vista y me enfrento entonces a mi propia imagen en el espejo del vestidor. Mi corazón da un vuelco dentro del pecho: lo que veo es un ser con ojos de serpiente, dientes aterradores y lengua bífida. El demonio, dentro de mí, se ríe al comprobar que su engaño ha dado resultado.

Nunca estuvo dentro de mi hermana.

Habitó en mí desde el primer momento.

Por suerte, tengo el cuchillo.

El primer tajo duele horrores.

El segundo es todavía peor.

El tercero es insoportable.

Mis pies chapotean en un charco de sangre y los ojos muertos de mi hermana contemplan el espectáculo desde el vestidor.

Mientras hago jirones mi carne, el demonio no para de reír a través de mi garganta.

Quema.



LA ERA DEL DEMONIO

Es un milagro que siga vivo.

Llamadlo suerte. Llamadlo desgracia. Me resisto a creer que lo que está sucediendo es real.

De repente, como por arte de magia, las estatuas y gárgolas de Barcelona han cobrado vida y han empezado a sembrar el caos por toda la ciudad.

Todo comenzó hace veinte minutos, justo cuando salía del archivo diocesano. Eché a correr con la cabeza hundida entre los hombros, rezando para que toda esta muerte y destrucción no fuera más que un mal sueño. Por todas partes hay monstruos alados, cornudos y cubiertos de escamas, que se lanzan en picado desde el cielo, atrapan a sus víctimas, las elevan a las alturas y las dejan caer sobre una multitud desesperada que avanza a trompicones sobre una alfombra de cadáveres destrozados.

En una transversal, un dragón en vuelo rasante transforma la marea humana que trata de huir sin rumbo fijo en una carrera de antorchas humanas. Los alaridos son ensordecedores. También tengo la mala suerte de presenciar cómo un par de gárgolas acorralan a una madre con su bebé, la arrojan al suelo y se disputan a la criatura que, por suerte, muere en el acto.

Los ataques se producen por doquier. Sin piedad. Sin muestra alguna de remordimiento. Lo último que veo, antes de encerrarme en la catedral, es a la famosa salamandra de trencadís del Parque Güell abrir un agujero tremendo en un transporte de tropas acorazado e introducir la cabeza en el vehículo. Tiemblo al pensar en el destino de los soldados que hay dentro.

Esto es demasiado para un pobre cura como yo.

Mi nombre es Jordi Vendrell y soy el párroco de la catedral de Barcelona. Tengo la suerte de tener las llaves de este santuario, y aquí es donde me refugio ahora, dejando que el apocalipsis siga su curso. Me dejo resbalar por el interior de la puerta del templo hasta quedar sentado en el suelo, al borde del colapso. No sé si seré capaz de superar todo el horror que he visto. Lo primero que tengo que hacer es controlar el llanto histérico que pugna por escapar de mis adentros. En la penumbra, observo con recelo las imágenes de santos, vírgenes y crucificados. Para mi alivio, todas siguen en sus poses, como siempre.

Como Dios manda.

Imaginar al Cristo escapando de su cruz, rasgándose manos y pies con los clavos, hace que mi miedo llegue a niveles difíciles de aguantar. ¿Por qué solo las estatuas más grotescas son las que han cobrado vida? ¿Está sucediendo solo en Barcelona o a nivel mundial? Mi angustia va a más y el escenario tenebroso en el que me encuentro, aun siendo sagrado, la alimenta.

Enciendo el alumbrado de la catedral. Todavía hay flujo eléctrico, pero seguro que tarde o temprano se interrumpirá, en cuanto esas

criaturas destruyan los generadores o asesinen a quienes los hacen funcionar. Pronto será de noche y me niego a quedarme a oscuras aquí dentro con todo lo que está pasando ahí fuera. Prendo todas las velas que encuentro, anticipándome al apagón. En el exterior siguen los gritos, llantos, golpes y explosiones. También los aullidos de los monstruos. No sé qué es peor.

Necesito un cigarrillo.

Por primera vez en mi vida, voy a fumar dentro de una iglesia.

Cojo un pitillo del medio paquete de Marlboro Light que me queda. Nueve cigarrillos me parecen insuficientes para afrontar el fin del mundo. Con suerte, podré sobrevivir entre estos muros hasta que todo esto se calme... O hasta que esas cosas me descubran y derriben la puerta o atraviesen las vidrieras. Confío en que este recinto sagrado esté vetado a unos seres de naturaleza tan malvada. Cualquier esperanza a la que aferrarse es buena. El sonido de aviones a reacción me hace elevar la mirada a las alturas. Cazas. Me pregunto si el armamento convencional servirá para esta crisis.

Ojalá.

Visito el almacén detrás de la sacristía, donde guardamos la comida que se reparte entre los más necesitados. Me tranquiliza encontrar alimentos suficientes para dar de comer a un ejército. También hay dos palés enteros de agua mineral embotellada. Primer problema resuelto. Si los monstruos se quedan fuera, tendré provisiones para meses, puede que para años.

Antes de abandonar la sacristía, paso por mi despacho a recoger la linterna que guardo en un cajón. Es de esas americanas grandes, de aluminio negro, con tres pilas de las gordas. La enciendo un segundo para comprobar que funciona y la sujeto como una porra, lo que me infunde una falsa sensación de seguridad.

Regreso a la nave central. La catedral me parece más inmensa que nunca y yo me siento insignificante. Afuera, la algarabía continúa, aunque ya no me impresiona tanto.

A todo se acostumbra uno.

Siento un cosquilleo en la nuca mientras camino entre los bancos del templo. Me siento observado. De pronto, las luces eléctricas decaen durante un par de segundos para luego morir, tal y como había previsto. Las velas dibujan halos naranjas en las tinieblas, un resplandor que se me antoja siniestro. Me vienen a la cabeza las criptas que hay debajo de mis pies, donde descansan los huesos de muchos ilustres. ¿Y si la fuerza maléfica que ha animado las estatuas hace lo mismo con los muertos?

Los tentáculos gélidos del miedo me acarician la espina dorsal. Dios, qué asustado estoy. Una explosión más fuerte que las demás me sobresalta. La batalla continúa en las calles, y yo no puedo hacer más que hincarme de rodillas en un banco y rezar. Heme aquí, pidiéndole al Señor que destruya el mal que nos asola, al enemigo que nos acosa. No suelto la linterna, parece soldada a la palma de la mano.

¿En quién creo más ahora mismo, en Dios o en la linterna?

—Dios no está hoy aquí, cura.

Me pongo de pie de un brinco y busco la voz por todas partes, al borde de un ataque cardiaco. Ha sonado grave y cascada a la vez, con un timbre poco humano. Barro las sombras con la luz de la linterna. De repente, un resplandor extraño llama mi atención cerca del altar mayor.

—No te asustes, clérigo, no has de tener miedo.

Ahora puedo ver al dueño de la voz descendiendo la escalinata con parsimonia teatral. Sostiene en alto un farol, como un sereno del siglo XIX. La imagen del crucificado que preside el altar mayor parece observarlo desde las alturas con expresión desolada, vencida. Lo que se acerca a mí con pasos cortos medirá poco más de medio metro de altura, una figura de formas rechonchas pero inquietantes. Va desnudo, a excepción de un taparrabos, y no aprecio un solo pelo en toda su anatomía. Parece de piedra. Sus extremidades,

demasiado cortas para ser humanas, terminan en garras de uñas melladas y amenazadoras. Su rostro de gárgola se abre en una boca de labios gruesos, llena de dientes de sierra. Tiene un aire simiesco. Un par de orejas puntiagudas, que parecen tener vida propia, le hacen parecer algo más alto.

Pero es cuando está solo a unos pasos de mí cuando descubro lo más horrible de su ser.

Sus ojos.

Ojos amarillentos, de cocodrilo.

La abominación se planta frente a mí y me regala una sonrisa que me pone los pelos de punta.

—¿Eres el diablo? —consigo preguntarle.

Siguiendo un impulso, le muestro la pequeña cruz de plata que cuelga alrededor de mi cuello. La criatura desorbita sus ojos de reptil ante mi pose desafiante, contempla el crucifijo durante unos segundos y estalla en unas carcajadas que suenan a rugidos guturales. No sé si estoy más asustado que avergonzado. El cimborrio de la catedral me devuelve los ecos de la risotada, y yo temo algún tipo de represalia del monstruo. La cruz tiembla en mi mano como un sonajero mudo.

—¿Tan arrogante eres que crees que mi Señor no tiene nada mejor que hacer que venir a hablar contigo? —La gárgola menea el índice en gesto de negación—. Lo siento mucho, cura, pero por ahora tendrás que conformarte con mi presencia. Y ojo, considérate afortunado por haber sido elegido. O mejor dicho, el elegido.

—¿El elegido? —Pierdo la paciencia y los nervios—. ¿De qué coño estás hablando? ¿Y qué cojones está pasando esta noche?

El ser ensancha su sonrisa, como si le complaciera oírme jurar dentro de la catedral.

—Demasiadas preguntas, demasiadas preguntas… Pero no te preocupes, contestaré todas a su tiempo. Ahora sígueme, vamos a dar un paseo.

—¿Y qué pasa si me niego?

La gárgola se encoge de hombros.

—Puede que dejes de ser el elegido y corras el destino de los demás.

—¿El elegido? ¿El elegido para qué?

La criatura se detiene y clava sus ojos en mí.

—A su tiempo. Acompáñame, vamos fuera.

—¿Estás loco? ¡Hay una batalla campal ahí fuera! Esas cosas… deben de ser tus colegas, no sé… ¡Me matarán en un segundo!

Levanta el farol y lo hace oscilar ante mis ojos.

—Camina junto a mí, siempre cerca de esta luz, y nada te atacará. Sígueme —insiste.

No confío en él, pero no me queda otra que obedecer. La otra opción es negarme y rezar para que el enano no me salte encima como un mono cabreado. Lo más probable es que me destripara a pesar de apenas llegarme al ombligo.

—¿Tienes nombre? —le pregunto, mientras camino a su lado.

—Puedes llamarme Absherim. Recuerda, no te alejes de mí. —Se detiene un segundo, ladea la cabeza y levanta un dedo—. Escucha, escucha. —Una pausa—. Ah, el silencio, al fin…

En efecto. Ya no se oyen gritos ni explosiones, tan solo un armónico grave y extraño que hace vibrar todo. Abro la puerta de la catedral y ante mí se abre una inesperada visión de pesadilla.

El cielo está pintado de diferentes tonos de rojo, tan solo rasgados por jirones negros que podrían ser nubes o humo. Ignoro

si ese color es porque toda Barcelona está en llamas o por algún otro motivo que escapa a mi entendimiento. A mi derecha veo la parte trasera de un caza empotrado en un edificio al borde del derrumbe. Algo más allá, un carro de combate sin torreta arde en silencio.

En silencio.

Un silencio más aterrador que el fragor de la batalla. El pavimento también es rojo, pero este color sí que tiene explicación. Sangre. Las calles son colinas de cadáveres, la mayor parte de ellos mutilados de la peor manera imaginable. Casi todos los edificios están dañados, y apenas hay ventanas intactas. ¿Habrá supervivientes dentro de sus casas? Si es así, los compadezco. Conforme nos alejamos de la catedral, Absherim comienza a hablar.

—Contempla la venganza de mi Señor, sacerdote. Esto es lo que os merecéis quienes os hacéis llamar hijos de Dios.

—Así que esto es lo que nos merecemos…

—Échale la culpa a tu Dios y a vuestro paladín, San Jorge, que fue el que asesinó la forma mortal de mi Señor cuando caminaba por la Tierra.

—¿Tu Señor? —Me paro un segundo para encender un cigarrillo; puede que hasta acaben sobrándome—. ¿Quién es tu señor?

—Sabes perfectamente quién es, cura, pero estás demasiado asustado para pronunciar su nombre. —Absherim retoma el camino y yo lo sigo, pendiente en todo momento de no alejarme del farol a pesar de que no hay ninguna criatura a la vista, aparte de él—. Mi Señor tiene muchos nombres: Lucifer, Satán, Satanás, Iblis, Leviathan, Mefistófeles… El diablo sería su definición más universal. Todo esto empezó hace mucho tiempo, cuando Lucifer le rogó a Dios que le perdonara sus pecados.

Estoy a punto de echarme a reír.

—¿Me estás diciendo que el diablo le pidió perdón a Dios? Lo que me faltaba oír.

El monstruo meneó la cabeza.

—Al final, habéis terminado creyendo vuestras propias mentiras: la lucha eterna entre el bien y el mal. Dios contra el diablo, justicia divina, castigo infernal… Basura, elegido. Puro maniqueísmo, invento de la humanidad. Hoy vas a escuchar la verdad por primera vez. Como te decía, Lucifer pidió audiencia a Dios, buscando redención. ¿Qué crees que hizo Dios, sacerdote?

—Si eso hubiera sido cierto, le habría perdonado, porque Dios es misericordioso.

—¡Ja! Te aseguro que tú eres más misericordioso que Dios. No conoces al Señor al que representas, cura. ¿Sabes lo que hizo? Pedirle a Lucifer algo a cambio de su redención, a modo de desafío: vivir mil años entre los humanos, en paz, bajo la forma de un terrible dragón rojo. No importaba cuán duro fuera el acoso al que los hombres lo sometieran, no importaba lo incesante de la persecución para darle muerte. Pasara lo que pasara, no debería derramar la sangre de un solo ser humano, ni siquiera en defensa propia.

»Pero vuestra especie es temerosa, y la sola visión de la bestia sobrevolando las praderas en busca de alimento hizo que los pueblos elevaran las armas contra él. Y su mayor enemigo fue un monje guerrero llamado Jorge de Capadocia, que lo persiguió sin descanso con la intención de darle caza. Y tu Dios, cura… sí, tu Dios, hizo trampas. Imbuyó la lanza de Jorge con la gloria divina, convirtiéndola en un arma de poder inimaginable. Lucifer lo supo en cuanto la vio brillar. Y fue entonces cuando cometió su gran error. Confiado en que obtendría la redención con su muerte, se acercó al paladín, manso, y le ofreció su pecho. El acero sagrado lo atravesó y Lucifer fue enviado de vuelta al infierno. Dios se burló de él.

—No me creo tus palabras, Absherim.

—Silencio, elegido, aún no he acabado. En el último suspiro de su forma draconiana, Lucifer lanzó su maldición final: todos los dragones, demonios y bestias que se esculpieran en las ciudades protegidas por Jorge de Capadocia serían carcasas vacías para sus legiones demoniacas. Cuando sonara la hora de la venganza, sus huestes las poseerían para conquistar el mundo, convirtiéndolo en su nuevo reino. Un reino terrenal.

Aunque sus palabras suenan a cuento, las ruinas humeantes que me rodean las visten de verdad.

—¿Y esto solo pasa en Barcelona?

—No, elegido. En tu país estamos conquistando Cáceres, Aragón, las Baleares… Pero no nos limitamos a tu país. Inglaterra, Bulgaria, Portugal, Georgia, Etiopía, Mali… El cielo rojo reinará en ellos, y esto solo es el comienzo. Los planes de Lucifer se expanden por todo el planeta. Ha llegado una nueva era, la era del demonio y el fin de la humanidad.

—Pero, ¿por qué ahora y no antes?

—Por la ira, cura. La ira es la respuesta. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves ahora? Paz. La muerte es pacífica, no dejes que la sangre y el fuego te confundan. Este es el fin del odio eterno entre religiones, capitaneado por esa entidad que llamáis Dios. Violencia, bombardeos, asesinatos, hambre, sufrimiento, terrorismo, xenofobia, racismo, homofobia, delincuencia… Pregúntale a tu Señor por eso. ¡Oh, perdona! Jamás responde, como si fuera mudo, demasiado arrogante para oír las quejas de sus hijos. ¿Alguna vez has llamado a mi maestro? —Una pausa siniestra—. Él sí que acude siempre a la llamada.

Nuestro paseo nos lleva a la Sagrada Familia. He fumado cigarrillo tras cigarrillo, y ahora estoy seguro de que se me acabará el paquete antes de lo que quisiera. Lo que veo frente a la Sagrada Familia me aterra, pero confío en que el farol de Absherim me proteja. Hay cientos de dragones, demonios, gárgolas y basiliscos

rodeando una enorme pila de cadáveres. Hay niños entre ellos. El hedor a sangre y carne requemada es nauseabundo. La catedral, sobre el fondo carmesí del cielo, completa un cuadro terrorífico. Pequeños relámpagos iluminan la lejanía del firmamento rojo, como si este empezara a cobrar vida. Enciendo mi último cigarrillo.

—Hemos llegado, elegido —dice Absherim, dejando el farol en el suelo; el ejército de monstruos gira sus cabezas hacia nosotros, siseando y rugiendo entre dientes. Siento el impulso de salir corriendo, pero no duraría un suspiro—. Fuma tu último cigarrillo y siéntete dichoso, porque vas a tener el honor de recibir a mi maestro.

—¿A tu maestro? ¿Al mismísimo Lucifer?

Absherim eleva la mano en un gesto dramático y el aliento draconiano de una veintena de fauces reptilianas incendian la pira. Las llamas se elevan hacia el cielo rojo y un coro de rugidos rompe el silencio. La columna de fuego supera en altura a la basílica inacabada, y una gigantesca figura demoníaca comienza a tomar forma en la hoguera.

La linterna apagada se me resbala y cae al suelo, como el cetro de un rey derrotado. A mi alrededor, todos los monstruos inclinan la cabeza ante mí, en inequívoca señal de respeto. Eso me asusta aún más que los rugidos. Arriba, en lo alto, la silueta alada del Señor de los Demonios toma cada vez más consistencia, revelando a un ángel caído de ojos ígneos, cuernos retorcidos y colmillos afilados. Su índice me señala y es entonces cuando entiendo para qué he sido elegido.

Siento un dolor indescriptible cuando el diablo entra en mi cuerpo, violando mi alma y prendiendo fuego a mis entrañas. Grito, pero mi grito es reemplazado por una risa grave. Mis ojos pueden ver ahora más allá del horizonte. Mi mente conoce ahora hasta el último secreto del universo. Siento un poder ilimitado. Mi último cigarrillo, que yace en el suelo junto a la linterna, ya carece de

importancia. No podría satisfacerme jamás. Mis pulmones son puras brasas, y eso me encanta.

Ya no soy el padre Jordi Vendrell. Podéis llamarme Lucifer, Satán, cualquiera de mis nombres sirve. O simplemente diablo.

Llamadlo suerte. Llamadlo desgracia, si aún seguís con vida. Porque la Tierra es mi nuevo reino y aún me queda mucho trabajo por hacer. Por lo pronto, destruiros a todos.

Seguro que, en el cielo, Dios está llorando.



PURGATORIO

Hay deseos que es mejor no expresar en voz alta.

Por mucho que el alma nos lo exija, es preferible usar la cabeza y no el corazón, porque a veces no sabes qué fuerzas oyen tus plegarias y deciden, a su libre albedrío, si te conceden o no lo que pides.

El día que murió Regina creí morir con ella. O mejor dicho, deseé hacerlo. El tiempo estuvo a juego con el suceso: las nubes, negras y furiosas, vomitaron agua y electricidad como si la marcha de mi esposa anunciara el fin del mundo. Para ella lo fue, como lo es para todos los que mueren.

Para quienes nos quedamos aquí, es algo parecido al purgatorio.

El puñado de amigos que me quedaba, la mayoría de ellos compañeros de trabajo, me acompañaron todo el tiempo a pie de tumba. Al funeral asistió poca gente, ya que nuestra vida social era escasa. Vivíamos el uno para el otro, sin hijos que bendijeran o

maldijeran nuestra unión, y casi nunca salíamos de casa ni viajábamos. Cuando los empleados del cementerio comenzaron a cubrir de tierra la caja de roble barnizado, pronuncié mi deseo en voz alta.

—Ojalá pudieras llevarme contigo, Regina.

Los pocos que oyeron mis palabras las achacaron a una sobredosis de pena. Ya había tenido demasiado por ese día. Cuando crucé la verja del cementerio, bajo la lluvia, me sentí desfallecer. Por suerte, mis piernas fueron más fuertes que mi ánimo. Raúl, uno de mis amigos del instituto, tuvo el detalle de llevarme a casa en coche. Eso fue lo último que hizo por mí. Nunca más volví a saber de él.

No hay nada más triste y lúgubre que una casa que acaba de ser abandonada para siempre por uno de sus moradores. La ausencia de Regina era más fuerte que su presencia. Su olor había mutado en algo muerto, una estela triste y rancia, que se mezclaba con el alcanfor de su lado del armario. Durante los últimos meses, el único vestuario de Regina habían sido pijamas y batas de hospital. El contenido del ropero se componía de prendas melancólicas, que ahora asemejaban cadáveres de tela y lana. Pensé dejarlas allí, para siempre, envueltas en el penetrante olor a antipolillas. Destrozado, me tumbé boca abajo sobre la cama y una vez más deseé dejar de respirar, sumirme en un sueño eterno y encontrarme con Regina al final de ese túnel luminoso, donde cuentan que nos esperan los seres queridos que se fueron antes que nosotros.

Es curioso cómo las heridas del alma sanan igual que las del cuerpo. Cuando son recientes duelen. Conforme el tiempo pasa, acaban convirtiéndose en una cicatriz indolora que no es más que un recuerdo.

Después de la muerte de Regina, pasé dos años de casa al trabajo y del trabajo a casa; un viaje de ida y vuelta a pie que impidió que me atrofiara en el sofá donde vegetaba la mayor parte del día frente al televisor. Conforme pasaron los meses, algunos compañeros de oficina comenzaron a sacarme a tomar una cerveza

de vez en cuando, no sé si para animarme o porque realmente les agradaba mi compañía. No es que tuviera muchas ganas de empezar a salir a mis cuarenta y dos años, y menos sin Regina. Pero para mí, esas salidas se convirtieron en una especie de huida.

Con mi esposa vivía mi propia versión del Shangri-la entre las paredes de nuestro piso, un monasterio de amor, cariño y autosuficiencia. Ahora que ella no estaba, me desagradaba estar allí. Fue por ello que empecé a ir a casa solo a dormir. Me levantaba temprano, desayunaba en la calle y luego me enfrascaba en el trabajo. El tiempo libre lo dedicaba a dar largos paseos, a ir de tiendas y, cuando se terciaba, a tomar unas cervezas con mis compañeros. Nunca bebí demasiado ni llegué a emborracharme, pero sí que cruzaba la puerta de casa en un estado mental que me hacía no acordarme de Regina.

Fue en una de esas reuniones al salir del trabajo cuando conocí a Nerea. Era la amiga de la amiga de un compañero, la típica persona que te cruzas por casualidad y se te escapa para siempre si te descuidas. Tal vez fueron las cervezas, o tal vez ese estado cercano a la locura en que me había sumido la muerte de Regina, lo que me dio valor para pedirle el teléfono.

Nerea y yo comenzamos a vernos una o dos veces por semana, y esa periodicidad se tornó diaria dos meses después de conocernos. Era cuatro años más joven que yo y venía de un largo noviazgo demolido por años de decepción, a la espera de un matrimonio que nunca llegó. Tampoco tenía hijos. Nos sentíamos como críos de dieciséis años, pero con la vida resuelta y sin las preocupaciones de tener que sacarse un título universitario, encontrar trabajo y ver qué demonios nos toca en la lotería de la vida. Ella trabajaba de enfermera en un hospital del centro de la ciudad, que quedaba a veinte minutos a pie de mi oficina y a treinta de casa. Era divertida, inteligente y muy atractiva. ¿Qué más podía pedir? Después de casi tres años de condena, la vida parecía sonreírme de nuevo. Y lo más importante…

Volvía a ser libre.

Un día, decidí ir al hospital a visitar a Nerea durante el turno de noche. Mientras nos tomábamos un té en la cafetería, le hice una proposición que hasta entonces no me había atrevido a plantearle: le pedí que viniera a pasar el fin de semana a casa. Hasta ese momento, me había dado cierta aprensión invitarla. Ella estaba al corriente del amor que había sentido por Regina, y también del respeto reverencial con que había guardado luto hasta hacía poco.

Nerea me preguntó cuatro veces si estaba seguro de querer hacerlo.

Cuatro veces le respondí que sí.

Quise preparar el terreno para ella. Lo primero fue desmantelar el altar que había dedicado a Regina tras su muerte, un despliegue de recuerdos sobre un viejo aparador de mármol que ella se empeñó en comprar poco después de casarnos. Nunca me gustó ese mueble. Me parecía caro, pretencioso y anticuado, pero en su momento cedí para darle el capricho. Guardé en él las doce fotos enmarcadas en las que aparecíamos Regina y yo en diferentes momentos de nuestra historia. En todas se nos veía pletóricos, rebosantes de felicidad. Las guardé sin detenerme a mirarlas, decidido a pasar página. Los restos de las velas y las flores que solía ponerle fueron a la basura.

También me atreví a abrir las dos puertas del armario del dormitorio donde aún seguían colgados sus vestidos, blusas y abrigos. Después de tanto tiempo, el olor a alcanfor me azotó la cara como los efluvios que escapan de una tumba profanada. Me deshice de los colgantes antipolillas y apilé las prendas encima de la cama. Lo hice sin miramientos, con rapidez, sin regodearme en los instantes que cada una de ellas me inspiraba. Marqué el número de una entidad de beneficencia. Lo donaría todo, sin excepción. Hasta las medias y la ropa interior acabaron en bolsas de plástico. Los cosméticos caducados y el cepillo de dientes, con sus cerdas resecas por el tiempo, fueron al cubo de la basura, que sufría un empacho de recuerdos. El pasado de Regina había acabado empaquetado, a la

espera de los dos voluntarios que se llevaron sus cosas con una sonrisa de agradecimiento. Cuando cerré la puerta de la calle, me enfrenté a una casa aún más vacía.

El armario, aún abierto, seguía oliendo a antipolillas, y eso que no quedaba ni un colgador en el ropero. Los cajones, saqueados, asemejaban bocas abiertas en un gesto de protesta. Cuando los cerré y giré la llave de la puerta, me dio la impresión de cerrar una mazmorra. La tarde tormentosa que eligió Regina para irse me pareció lejana e irreal, como un mal sueño. Yo había decidido salir adelante. Estaba en mi derecho. Había renacido de mis cenizas, cosa que, por desgracia, mi esposa no podría hacer. Mi estado de mortificación absoluta había evolucionado poco a poco hacia la felicidad. Cerré los ojos y quise creer que Regina, allá donde fuera que estuviera, se alegraría por mí.

El viernes llegó con ilusiones de enamorado y nervios de primerizo. Eran poco más de las tres de la tarde cuando recogí a Nerea en la puerta del hospital. Llevaba una pequeña maleta con ruedas; su equipaje para nuestro primer fin de semana juntos. Aún no habíamos tenido sexo, apenas besos y caricias en el coche. Ella había estado de acuerdo conmigo en ir despacio. Yo no me sentía preparado y a ella no le importó esperar. De hecho, creo que hasta le gustó demorar el poder culminar nuestro deseo.

La invité a entrar en casa con un gesto de galantería pasado de moda que le arrancó una sonrisa. Eché un vistazo al aparador que había sido el catafalco de Regina, y por un momento temí ver los marcos con las fotografías de vuelta en su sitio, como si una mano invisible los hubiera colocado de nuevo. Solo estaban los dos candelabros de plata que nos regalaron en la boda, aún con las velas originales que nunca encendimos para no estropearlas. La mesa del comedor estaba preparada para dos, vestida con sus mejores galas, con una vajilla y una cristalería que Regina y yo jamás llegamos a estrenar.

Acompañé a Nerea al dormitorio principal y le mostré la que sería su parte del armario. El olor a alcanfor me asaltó nada más abrirlo. Me pregunté si desaparecería algún día. Las perchas vacías, como murciélagos esqueléticos de plástico, se balanceaban como si alguien los hubiera movido con una caricia. Le propuse que colgara su ropa en el armario mientras me encargaba de la cena.

Tres años de soledad no fueron suficientes para convertirme en un cocinero medio decente. Preparé una ensalada de entrante, presenté en un plato unas lonchas del mejor jamón ibérico de la tienda de delicatesen y encendí el horno para dorar el pato que había precocinado uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Saqué el lambrusco helado de la nevera y llené de cubitos de hielo la champanera de alpaca plateada. Otro regalo de boda que nunca se había usado más que para decoración. Acabé de dar los últimos toques a la mesa, que prometía ser preámbulo de una noche muy especial. Desde el dormitorio, Nerea me pidió permiso para usar el cuarto de baño. Quería prepararse. La excitación comenzó a hervir en mi estómago y los engranajes de mi imaginación comenzaron a funcionar, engrasados por una pasión que creía olvidada.

Oí el bramido sordo del calentador, certificando que Nerea se estaba duchando. La casa parecía distinta ahora, como si su halo de tristeza comenzara a disiparse gracias a una nueva presencia. En cierto modo, la vida triunfaba sobre la muerte. Minutos después, me llegó el ruido del secador. Algo más tarde, capté los pasos rápidos de unos pies descalzos en el pasillo y luego la puerta del dormitorio al cerrarse. Nerea se estaba arreglando para mí.

Se presentó en el salón, radiante, con el maquillaje justo y un vestido corto de color azul que dejaba ver sus piernas enfundadas en unas medias oscuras. Sus zapatos de tacón eran negros, con adornos dorados. Estaba espléndida. La invité a sentarse y le serví una copa de lambrusco helado, advirtiéndole que era la primera de las tres botellas que tenía preparadas. Bebimos y comimos devorándonos con los ojos, como solo se hace en una primera cita

que sabes a ciencia cierta que va a ser inolvidable. La ensalada quedó intacta, olvidada a causa de los roces de su zapato con mi pierna por debajo de la mesa. No recuerdo ni el sabor del jamón, y me costó un esfuerzo enorme ir al horno a por el pato. Cenamos en tensión, respirando como si estuviéramos a punto de ahogarnos en deseo. Nos pusimos de pie y nos abrazamos, a punto de tirar al suelo lo que había encima de la mesa. Nunca había estado tan excitado como en ese momento. Mientras mi boca y mi lengua recorrían su cuello, ella me arrastraba hacia el dormitorio, con las manos agarradas a mi cabeza.

Casi nos caemos al entrar. Nerea me arrojó sobre la colcha y yo no opuse resistencia. Si quería llevar la iniciativa, adelante. Desabrochó la cremallera del vestido azul, dejándolo caer al suelo para mostrar un *body* neblinoso con algunas zonas de encaje estratégicamente colocadas para insinuar más que enseñar. Se puso a horcajadas y me sujetó las manos como si acabara de vencerme en un combate de lucha libre. El cabello cayó sobre su cara y la respiración se agitó aún más que la mía. La melena corta le cubría los ojos, pero el jadeo se estaba convirtiendo en un gruñido casi animal. Sentía el pene a punto de estallar. Por primera vez en mi vida, tenía a una diosa del sexo en mi cama, algo muy diferente a Regina, que suplía con dulzura y amor lo que ella siempre había considerado simple lujuria.

Nerea me lamía como si fuera un animal, sin liberarme de su presa, que empezaba a doler en las muñecas. Le perdí de vista el rostro, extasiado como estaba, dejándome hacer. Cerré los ojos y me entregué por completo. Cuando su lengua llegó a la entrepierna se incorporó, deslizándose como una serpiente hasta mi boca, arrastrando los pechos por mi torso.

Fue entonces cuando me vino el olor a alcanfor rancio. Abrí los ojos y me encontré el rostro de Nerea con una sonrisa tensa, que más que sonrisa era una mueca de músculos forzados, como si unos cables invisibles la estuvieran electrocutando. Tenía los ojos completamente en blanco. Su cabello despeinado dejó de parecerme

sexy para recordarme a las greñas de la paciente de un psiquiátrico. Entonces habló, con un tono de voz muy diferente al habitual.

—Así que esto era lo que deseabas. —Ni siquiera tuve valor de contestar; intenté quitármela de encima, pero, para mi sorpresa, no pude—. Una perra en celo, una zorra en la cama. ¿Por una mujer así me has sustituido?

Yo no entendía nada. Pensé que podía haberle sentado mal el vino, pero la máscara en la que se había convertido el rostro de Nerea siguió hablando.

—¿Te acuerdas del deseo que formulaste delante de mi tumba? —Al oír esas palabras, la sangre abandonó mi miembro para helarse en las venas—. Deseo concedido, vengo a llevarte conmigo.

Me besó, e introdujo en mi boca una lengua gruesa e hinchada que me impedía respirar. Sabía a tierra mojada y a tumba. Sus dedos, tenaces y férreos, me rodearon el cuello. Me asfixié poco a poco, en una lenta agonía en la que mis esfuerzos por luchar fueron patéticos. No hubo túnel de luz, ni un comité de recepción formado por familiares resplandecientes, ni siquiera un San Pedro bonachón de barba blanca para darme la bienvenida.

El otro lado no es muy distinto al de los vivos. Veo a Nerea, como despertando de un sueño, agitar mi cuerpo sin vida. Me pregunto cómo explicará esto al servicio de emergencias, al que está llamando como loca, atragantándose con las lágrimas y sonando poco convincente mientras cuenta que su novio ha muerto de repente. Las marcas alrededor de mi cuello le pondrán las cosas difíciles con la policía.

En una versión etérea de mi dormitorio, donde apenas distingo a los vivos como fantasmas evanescentes a punto de disiparse, veo a Regina despedirse de mí. Desaparece por el armario que sigue apestando a alcanfor incluso en el reino de la muerte. Se marcha, y sé que es para siempre. Me deja solo, convertido en un espectro,

atormentado y condenado a ser testigo de mil y un infortunios en el mundo de los vivos. Entre ellos, el desdichado destino de Nerea.

Espero que esto no sea definitivo.

Ojalá esto solo sea el purgatorio.



El tiempo ha tratado mal al viejo Caserón Ratzeburg.

El edificio, construido a finales del siglo XIX por una poderosa familia alemana, parece a punto de derrumbarse. Es una mansión de estilo neogótico con estilizados torreones y hermosa fachada. Una verja, oxidada e invadida por la hiedra, acota lo que una vez fue un jardín hermoso. Hoy no es más que una explanada que sirve de aparcadero. A su alrededor, el bosque pelado por el otoño parece entonar un canto fúnebre en su honor.

La cancela abierta me invita a entrar. Hay dos coches estacionados frente a la casa, cerca del almacén de herramientas. Uno es un viejo Opel Corsa, el otro un BMW que deslumbra de lo nuevo que está. Aparco junto a ellos mi Nissan Qashqai. El silencio es sepulcral. Los recuerdos ralentizan mis piernas mientras me dirijo a la puerta principal. Han pasado más de treinta años desde la última vez que estuve aquí. Respiro hondo y retomo el control. Ya no tengo trece años, ahora soy un adulto de cuarenta y cinco.

Aún no he pulsado el timbre cuando una mujer delgada, de músculos marcados y pelo corto, abre la puerta. La reconozco en el acto. Está más avejentada de lo que debería, tal vez debido a su expresión melancólica y las ojeras oscuras. Se abraza a mí nada más verme. También me ha reconocido.

—Hola, Carlos. Me alegro mucho de verte.

—Yolanda, guapa… —No sé qué decir—. ¿Y los demás?

—Arriba, con él.

—¿He llegado a tiempo?

Su sonrisa se entristece aún más. Sus dedos acarician mi rostro en un gesto de cariño que me conmueve.

—Sí. Ven, sígueme.

Me coge de la mano y me conduce escaleras arriba. Ni me atrevo a mirar el interior de la mansión. Los recuerdos me asaltan a traición y me llevan de vuelta a 1984.

Cuando nuestras vidas cambiaron para siempre.

Yo tenía trece años, una edad difícil para vivir en Ascensión: un pueblo interior de mala muerte con pocos niños con los que jugar, en el que el entretenimiento estaba limitado a estar en la calle con tus amigos, ver el único canal de televisión disponible tras una cortina de interferencias —mi amigo Quino la llamaba *el arroz*— o bañarnos en un riachuelo que nos cubría poco más arriba de las rodillas. Ese río lo cruzaba un puente romano feo de cojones, la vergüenza del imperio. Apuesto a que su arquitecto compartió la suerte de nuestro Señor y acabó crucificado por el césar de turno. De hecho, era tan ridículo que lo llamábamos el Puente Exin Castillos.

El drama aumentaba con la llegada del verano. La mayor parte de los críos se marchaban de vacaciones con sus familias en cuanto acababa el curso, huyendo del aburrimiento estival de Ascensión. Y

era entonces cuando mi pandilla y yo teníamos que ingeniárnoslas para no morir de hastío.

Éramos cinco, tres chicos y dos chicas. Sergio era el mayor, tenía catorce años. Era fuerte, buen trepador de árboles, ágil saltador de muros y diestro esgrimidor de retos que empezaban siempre por un «no hay huevos de…». Como decía su madre, andaluza, era *demasiao echao p'alante*. Para colmo, aquel carismático e imprudente líder contaba siempre con el apoyo incondicional de Yolanda, una de las dos chicas del grupo. De no haber tenido que quedarse en Ascensión, Yolanda habría acabado en un cuerpo de élite del ejército, apagando incendios o noqueando gorilas de la Europa del Este en peleas clandestinas. A pesar de ser muy delgada, era puro nervio.

Yolanda, Quino y yo teníamos la misma edad, trece. Quino era uno de esos críos bajitos y escuchimizados que temes que se lo lleve el viento en días de vendaval. Era pelirrojo, pero no uno de esos pelirrojos discretos, no: tenía una mata de pelo que parecía hecha de hilo de cobre. Sergio solía picarle, preguntándole si ya le habían salido los pelos de los huevos y si eran iguales que los de la cabeza. A Quino se lo llevaban los demonios cuando se le sacaba el tema, o también si se metían con él a cuenta del evidente enamoramiento que sufría en silencio por Susi, la benjamina del grupo. Susi tenía doce años y una mente mucho más sensata que las nuestras. Era la lista de la pandilla, la sabelotodo, además de ser una adorable princesita de cabellos dorados. La verdad es que a mí también me traía loco. Y yo, ¿qué puedo decir de mí? Me dejaba llevar por Sergio y Yolanda. Ni tan lanzado como ellos, ni tan prudente como Quino y Susi. Creo que ese resquicio de prudencia —o tal vez de miedo— ha sido lo que me ha mantenido lejos de Ascensión durante treinta años.

Los hechos que conmocionaron nuestras vidas tuvieron lugar justo después de finalizar el curso de 1984. Mis amigos y yo nos encontrábamos a la sombra de un árbol en la Plaza Mayor, devorando el segundo Frigurón del día, sin otra cosa que hacer que

ver pasar las horas y luchar contra el calor. Éramos los únicos niños que quedaban en el pueblo. Como decía Sergio, éramos unos *mataos*. El reloj de la iglesia aún no señalaba las once de la mañana cuando vimos aparecer un Mercedes Benz plateado que provocó que nuestros ojos y bocas se abrieran como estatuas de cera flambeadas. El cochazo se detuvo frente a la carnicería de Manolo.

El conductor fue el primero en bajar. Un tipo muy alto, con un flequillo irregular sobre un rostro alargado que recordaba a Lurch, el mayordomo de la Familia Addams. Daba miedo. El chófer abrió la puerta trasera. El siguiente en bajar fue un hombre de complexión atlética y pulcros cabellos blancos, peinados en una perfecta raya al lado. A pesar del calor, vestía un elegante traje de lino beis. Le siguió un chaval de nuestra edad, rubio, muy delgado y algo más alto que nosotros. Se notaba a leguas que eran extranjeros. La mirada del crío se detuvo en nosotros y nos dedicó una sonrisa tímida. Su padre —o su abuelo, no podíamos determinar la edad del hombre— le hizo una seña para que lo siguiera al interior de la carnicería.

—¡Un niño *nuevo*! —exclamó Susi, dejando que una gota azul, procedente del Frigurón, resbalara por sus dedos—. ¿Estará de paso?

—No sé —dije yo, más interesado en el coche que en el rubiales —. Vamos a ver *cuánto marca*.

Sergio, Quino y yo miramos el interior del coche a través de la ventanilla, haciendo visera con la mano para poder ver el velocímetro sin reflejos.

—Doscientos ochenta —exclamó Sergio—. ¡Qué pasada!

—Parece un coche de agente secreto —elucubró Quino—. ¿Qué matrícula tiene?

Susi hizo gala de sus conocimientos.

—Matrícula alemana —dijo—. Lleva una «D» de *Deutschland*, Alemania.

—Tienen que ser ricos para tener un coche así —dedujo Yolanda —. Esto vale, por lo menos, un millón de pesetas.

—¿Qué dices? —saltó Sergio—. Mínimo tres o cuatro. Estos están forrados.

Lurch salió de la carnicería y carraspeó al vernos. Nos dedicó una mirada de ojos disecados y un gesto para que nos apartáramos del coche. Por supuesto, obedecimos.

—Mejor —aprobó, con un acento alemán tan cerrado que resultaba hasta cómico—. Así no manchar coche con helados.

Admiramos el coche desde un poco más lejos, hasta que el alemán y el niño salieron de la carnicería. El adulto le pasó las bolsas de la compra al chófer sin siquiera mirarle a la cara. Para nuestra sorpresa, nos sonrió.

—Pero, ¿qué tenemos aquí? —Su acento alemán era mucho más leve que el de Lurch—. Mira, Helmut, niños de tu edad.

El chico nos saludó con un escueto pero amable «Hola».

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el hombre del traje beis.

Hicimos acopio de toda nuestra buena educación para presentarnos. No todos los días habla uno con un extranjero millonario. El señor nos estrechó la mano, uno a uno.

—Encantado. Mi nombre es Horst Ratzeburg. Este es mi hijo Helmut. Él es Hermann, mi secretario —dijo, desvelando el nombre real de Lurch—. ¿Vivís por aquí?

—Sí, todos somos del pueblo —contestó Yolanda—. Perdone, ¿ha dicho Ratzeburg? ¿Como la mansión de las afueras?

Horst elevó las cejas en un gesto de asombro.

—¿Conocéis mi casa?

—Pensábamos que estaba abandonada —intervino Sergio.

—Deshabitada —lo corrigió el alemán—. Nos hemos mudado hace unos días. ¿Habéis estado allí alguna vez?

—Nunca —respondió Quino—. Nuestros padres no nos dejan alejarnos tanto.

Horst Ratzeburg se echó a reír.

—Pues habrá que poner remedio a eso —dijo—. Mi hijo no conoce a nadie en el pueblo y le encantaría hacer nuevos amigos, ¿verdad, Helmut?

—Sí, claro —respondió el crío; su acento alemán era nulo.

—¿Puede quedarse a jugar un rato con nosotros? —lo invitó Susi.

—La salud de Helmut es un poco… delicada —objetó Horst—. Además, tenemos cosas que hacer. Pero podéis venir a visitarnos. Hay mucho terreno para jugar y tenemos una piscina recién acondicionada. ¿Por qué no venís mañana a comer?

Intercambiamos miradas temerosas. Para nosotros, el Caserón Ratzeburg representaba el mayor misterio de Ascensión. Según se contaba, había estado deshabitado desde principios de los setenta, visitado tan solo por un guardés que le daba un repaso de higos a brevas. El edificio se elevaba en medio de una zona boscosa que nuestros padres nos tenían vetada. Aparte de que quedaba algo lejos, se decía que por sus alrededores había una serie de pozos ciegos sin cubrir. Mi padre nos aterrorizaba a mis hermanas y a mí comparando esos pozos ciegos con las arenas movedizas de las películas de Tarzán: «Son parecidas, pero, en vez de barro, te ahogas en caca». Era una muerte de mierda. Susi decía que ella los había visto con su padre y que era fácil identificarlos: además de desprender un pestazo tremendo, eran unas manchas negras, como

de lodo, en el suelo. Si sabías de su existencia, eran fáciles de evitar; si los confundías con charcos de barro, estabas perdido.

—No vamos a poder —se lamentó Quino—. Nuestros padres no nos dejan ir más allá del riachuelo del puente romano.

Horst le dedicó un guiño cómplice.

—No tienen por qué enterarse. Decidles que vais a pasar el día en el riachuelo. Hermann os puede recoger a las once de la mañana en la salida de Ascensión, donde empieza la pista que lleva a la mansión. Os prometo que estaréis de vuelta antes del anochecer. A mi hijo le haría mucha ilusión, ¿verdad, Helmut? —El chaval asintió —. ¿Qué os parece?

—Por mí de acuerdo —se adelantó a decir Sergio. Los demás lo miramos con ojos asesinos, sin atrevernos a replicarle.

—Mañana será un gran día —profetizó Horst, ufano; abrió la puerta trasera del Mercedes para que Helmut entrara—. Hasta mañana.

Hermann nos dedicó otra mirada de pez muerto antes de irse. Segundos después, el coche desapareció de nuestra vista. Me volví hacia Sergio, golpeándome la sien con el dedo índice.

—Tío, ¿pero cómo vamos a ir al caserón sin decírselo a nuestros padres? ¡Como se enteren de que hemos aceptado la invitación de un desconocido, estaremos castigados hasta que nos toque hacer la mili!

—No es un desconocido, se llama Horst Ratzeburg y es millonario, con un coche que te cagas y una casa enorme. ¿Acaso nos va a comer? Tú haz lo que te dé la gana, pero yo no me pierdo montarme en ese *buga*, bañarme en la piscina y comer cosas de ricos.

—Yo tampoco pienso decírselo a mis padres —lo apoyó Yolanda que, como de costumbre, secundaba cualquier plan de Sergio por muy descabellado que fuera—. Nos lo vamos a pasar bomba.

—¿Y qué rollo nos inventamos? —preguntó Quino.

—Lo que ha dicho él, que vamos de excursión al Puente Exin Castillos —propuso Susi, dejando su habitual prudencia aparcada. Era evidente que a ella también le atraía el plan—. Nos han dejado ir solos muchas veces. No va a pasar nada. ¿Qué vais a hacer vosotros?

Quino y yo estábamos desarmados. Si hasta Susi había decidido ir, nosotros no podíamos rajarnos.

—Vale —claudiqué, hablando por los dos.

—¡Cojonudo! —celebró Sergio—. Y ahora, una cosa muy importante… ¿A que no adiviináis el apellido de Hermann?

Todos contestamos al unísono.

—¡Munster!

Y nos echamos a reír.

Hermann Munster demostró que la puntualidad alemana no era un mito. A las once menos dos minutos, el Mercedes estaba al principio de la pista que llevaba al Caserón Ratzeburg. A pesar de que estábamos invitados a comer, todos llevábamos bolsas con provisiones para reforzar la coartada de la excursión: junto a los bocadillos que reservaríamos para la merienda, llevábamos Chapelas y Búlgaros Cropán, suficientes chicles Cheiw para pegar una vaca al techo, una discografía completa de discos de regaliz Damel y paquetitos de caramelos Fiesta. Chuches gourmet. El chófer nos invitó a entrar al coche con un gesto, como si le cobrasen las palabras, como en telégrafos. Sergio se apresuró a sentarse en el asiento del copiloto. En cierto modo, yo fui más afortunado: me tocó llevar a Susi sentada en mis rodillas. A mi derecha, Quino hervía de envidia.

Diez minutos después, cruzábamos la verja del caserón. Munster nos indicó que desembarcáramos con otro ademán. En cuanto

oyeron el motor del coche, Horst y Helmut Ratzeburg salieron a recibirnos.

—*Willkommen* —nos saludó el adulto—. Sentíos como en casa. ¿Os gustan las salchichas? —Asentimos—. Pues hoy comeréis las mejores de vuestra vida. Helmut, ve con tus nuevos amigos. —Acto seguido, se despidió—. Disculpadme, tengo cosas que hacer.

El crío se nos acercó con timidez. Detrás de nosotros, Hermann cerró con llave el coche para desaparecer a continuación en el barracón cercano a la casa. Volvimos a presentarnos a Helmut, uno a uno. Los ojos azules del chico estaban empañados por un velo de tristeza. Una vez terminamos la ronda de cortesía nos condujo a la parte trasera de la casa, donde estaba la piscina. El agua, cristalina, invitaba al baño.

—¡Jo, qué pasada! —exclamó Yolanda—. ¿Podemos bañarnos ya?

—Claro —respondió Helmut, quitándose el polo; estaba muy delgado, y su piel era de un pálido fantasmal—. Solo os pido que no me hagáis ahogadillas ni cosas así. Mi salud no es del todo buena.

—¿Qué te pasa? —se interesó Sergio.

—No lo sé con exactitud —respondió—. Mi padre no me cuenta toda la verdad, pero no soy tonto y sé que es grave. Es médico, como también lo fue mi abuelo. Ambos se han dedicado desde siempre a la investigación. Ha trasladado todo su laboratorio aquí, para terminar de trabajar en una cura para mi enfermedad.

—¿Podemos ver el laboratorio? —preguntó Sergio, curioso.

—Lo siento, pero mi padre ni siquiera me deja entrar a mí.

Justo en ese momento oímos ladridos, pero no vimos ningún perro por los alrededores.

—¿Dónde están los perros? —preguntó Susi, sin dejar de mirar en derredor.

—En el laboratorio —respondió Helmut.

—¿Por qué no los traes? —propuso Susi, que adoraba a los animales—. A nosotros no nos dan miedo.

—Nunca salen del sótano. Ni siquiera los he visto. Los perros son de mi padre, para su investigación.

El silencio se hizo en la piscina. A ninguno de nosotros nos gustaba imaginar a unos perros enjaulados en un sótano para ser víctimas de experimentos médicos. Yolanda estuvo a punto de opinar, pero Sergio la calló con un codazo furtivo.

—¡Vamos al agua! —exclamó para cambiar de tema.

Nos zambullimos en la piscina. Puede que fuera la mañana más feliz de nuestra infancia. Fue perfecta. Tratamos a Helmut con todo el cariño y respeto que merece alguien que padece una enfermedad seria con apenas catorce años. Nos contó que había nacido en Buenos Aires, y que con dos años sus padres habían emigrado a España. Nos habló de su chalet en Madrid, y del colegio alemán en el que se había educado. También recordó a su madre, mucho más joven que su padre, que había muerto dos años atrás, puede que por la tristeza de saber que su hijo estaba desahuciado. Nos ahorró los detalles de su tratamiento en un hospital de Madrid, pero todo apuntaba a que había sido muy duro. Fue tras el fallecimiento de su esposa cuando Horst Ratzeburg decidió dedicarse en cuerpo y alma a investigar un tratamiento alternativo para la enfermedad de su hijo. Aquellos fueron los únicos momentos tristes de toda la mañana. La melancolía de Helmut desapareció al rato de estar con nosotros. Se le veía alegre, feliz. Creo que ese día, por primera vez en mucho tiempo, se olvidó de su desgracia.

Horst nos llamó a la mesa a las dos y media de la tarde. Lo que había preparado olía de maravilla: unas salchichas que él llamó *wurst*, muy distintas a las que nos daban en casa, carne a la brasa hecha en la chimenea sobre leña de encina y una fuente inmensa de patatas fritas. Un festín. Horst habló poco y nos observó mucho,

como si nos estudiara. A mí me produjo cierta inquietud. Hermann Munster aparecía en el comedor cada diez minutos, y Horst le despedía con leves gestos que no me pasaron desapercibidos. Después de los postres, nuestro anfitrión se dirigió a Sergio.

—¿Te importaría acompañarme? Quiero enseñarte algo.

Nuestro amigo nos miró, extrañado. Horst se levantó y le invitó a seguirle. Sergio no se movió de su asiento.

—¿Adónde me lleva, señor Ratzeburg? —preguntó, escamado.

—Solo quiero mostrarte una cosa, no tengas miedo.

Algo en el tono de su voz no nos gustó. Susi había cambiado su expresión alegre por otra de alarma.

—¿Pueden venir mis amigos? —preguntó Sergio, con voz temblorosa. Creo que fue la primera vez en mi vida que lo vi asustado.

—Ellos vendrán después —dijo Horst. Su voz sonó tensa. Yolanda miró su reloj.

—Creo que es hora de irnos, ¿no es verdad, chicos?

—Quédate sentada —ordenó el alemán—. Nadie se moverá de la mesa sin que yo lo diga.

Quino no obedeció. Abandonó su asiento de un brinco y echó a correr antes de que nos diéramos cuenta de lo que estaba pasando. Horst soltó una maldición y salió detrás de él. Todos nos levantamos, aterrados. Helmut, mientras tanto, presenciaba la escena desde su silla, sin hablar.

—¡Corred! —gritó Yolanda.

Salimos a toda velocidad hacia el amplio recibidor de la mansión, presidido por una lujosa escalera abalaustrada que ascendía a los pisos superiores. Entonces vimos, con horror, cómo Hermann sujetaba con fuerza a Quino del brazo. El pelirrojo se defendía como

podía, llorando y pateando al gigante. Yolanda, haciendo gala de su valor, se lanzó sobre el criado de Horst y le mordió el brazo con todas sus fuerzas. El tipo soltó un alarido espeluznante. Sergio también se enzarzó a puñetazos con él, pero era como atizarle a un muro. Susi y yo, mientras tanto, tratábamos de abrir la puerta principal. Estaba cerrada a cal y canto. Fue entonces cuando Helmut se abrió paso a través de la pelea con una llave en la mano.

—¡Huid! ¡Rápido, marchaos!

Susi y yo conseguimos salir, pero nos quedamos parados en el porche. No podíamos dejar solos a nuestros amigos. En el recibidor, Hermann había arrojado por los aires a Quino, que lloraba en el suelo, muerto de miedo. Horst había separado a Sergio de Hermann agarrándolo por el cuello, con una violencia que ponía los pelos de punta, mientras vociferaba órdenes en alemán. El gigante trataba de zafarse del mordisco de Yolanda, que había hecho presa en su antebrazo con la tenacidad de un pitbull. Mientras tanto, Helmut nos miraba con el rostro bañado en lágrimas, haciéndonos señas para que nos marcháramos. Susi y yo no sabíamos si echar a correr, si ayudar a Sergio y a Yolanda o quedarnos muertos en el sitio. Entonces vimos, con horror, cómo Hermann le propinaba un puñetazo a Yolanda en plena cara, dejándola inconsciente en el acto. Sus ojos de pez muerto se volvieron hacia mí.

—¡Eres la que más corre de la pandilla! —le dije a Susi y añadí, en un momento de heroicidad—. ¡Ve a pedir ayuda, yo entretendré a Munster!

Me lancé de cabeza hacia Hermann, que me interceptó sin problemas, aupándome del suelo como si fuera un monigote. Susi salió disparada como una bala hacia la verja, y empezó a trepar por la hiedra que la envolvía. Si corría campo a través en dirección a Ascensión, y no caía antes agotada, en treinta minutos llegaría al pueblo y podría avisar a la Guardia Civil. Entonces me acordé de los pozos ciegos. La sola imagen de mi amiga siendo tragada por uno de ellos me llenó de pavor.

Un destello veloz de cabellos rojos me arrancó de mis tribulaciones. Quino había logrado escapar. Hermann trató de echarle el guante, y no lo pilló de puro milagro. Indeciso entre soltarme o perseguirle, el gigante titubeó. Entonces apareció Horst, que sujetaba a Sergio con una mano, mientras que con la otra me apuntaba con una pistola que enseguida reconocí por haberla visto en infinidad de películas de guerra.

Una Luger.

—¡No te muevas! —Horst dio una orden en alemán que hizo que Hermann me soltara y corriera a escalar la verja por la que Susi había escapado. Quino, en cambio, había desaparecido por la parte trasera de la casa. Por lo visto, la velocidad de Susi preocupaba más a los alemanes que la torpeza de Quino. Recé para que este fuera capaz de huir sin caer en los pozos ciegos.

—Adentro —me ordenó Horst.

Detrás de él, Helmut lloraba con la cabeza gacha.

Había traicionado a su padre por ayudarnos.

Horst le quitó la llave a su hijo de malas maneras y volvió a cerrar la puerta. Soltó a Sergio y recogió a Yolanda del suelo como si fuera un fardo. Seguía inconsciente. La Luger no dejaba de apuntarnos. A continuación, le dijo algo en alemán a Helmut. Este abrió una puerta que daba a una biblioteca con estanterías infinitas, repletas de viejos libros encuadernados en cuero. Horst nos hizo pasar delante a Sergio y a mí. Había otra chimenea en aquella estancia presidida por un cuadro enorme de un personaje que identificamos de inmediato.

Adolf Hitler.

Cruzamos la biblioteca hasta una segunda puerta, al fondo. Helmut se dejó caer en un chéster de cuero, enterró el rostro entre las manos y su llanto se hizo más desgarrador. Horst le dedicó una mirada que mezclaba reproche y dolor, depositó a Yolanda en el

suelo, sacó un manojo de llaves y abrió la puerta. Pulsó un interruptor y la oscuridad se hizo luz. Los perros se pusieron a ladrar. El alemán volvió a cargar con Yolanda.

—Abajo —ordenó—, y nada de tonterías.

Bajamos las escaleras que descendían al sótano, que según mis cálculos, debía tener la misma extensión que toda la casa. Lo que encontramos allí se asemejaba mucho al laboratorio del doctor Frankenstein: además de varias jaulas conteniendo perros que no paraban de ladrar y abalanzarse contra los barrotes, había un montón de máquinas enormes, de apariencia anticuada y función desconocida; cables gruesos por todas partes, mangueras, tubos, interruptores, transformadores inquietantes y una estantería llena de viejos libros y carpetas apulgaradas. En medio de la sala había una especie de quirófano donde yacía el cadáver de un extraño perro de gran tamaño abierto en canal, como si le hubieran practicado una autopsia. Apestaba. Sin dejar de apuntarnos, Horst volvió a dejar a Yolanda en el suelo y nos hizo un gesto a Sergio y a mí para que nos apartáramos.

—Eso que veis ahí fue mi último experimento con animales —dijo el doctor, señalando al perro destripado—. Un éxito sin precedentes, aunque tuve que sacrificar al animal días después de su creación para analizar sus órganos. Unos órganos excepcionalmente sanos, capaces de durar mucho más de los catorce o quince años de vida de un vulgar perro. Y todo gracias a esta máquina milagrosa.

Horst señaló un par de tanques gemelos conectados entre sí por una maraña de cables y tubos. Tenían el tamaño suficiente para alojar a un adulto y ambos estaban cerrados por una escotilla con ventanales grandes que permitían ver su interior.

—Los mejores científicos del Tercer Reich trabajaron en la construcción de esta máquina, pero tuvieron que sacarla de Alemania cuando la derrota era inminente. Mi padre y yo recibimos los planos y juramos continuar su desarrollo.

—¿Pero qué hace exactamente ese chisme? —se atrevió a preguntar Sergio.

—Mejorar a cualquier ser vivo hasta límites insospechados —dijo Horst, componiendo una sonrisa escalofriante—. Introducimos al donante en el tanque de la izquierda y al receptor en el de la derecha. El primer tanque somete al primero a una desintegración molecular controlada y, a partir de ahí, las moléculas intactas se transfieren al receptor, potenciando cada uno de sus órganos hasta límites sobrehumanos. Las mejores moléculas fagocitan a las más débiles. Su corazón se hará más fuerte, su estómago a prueba de bombas, sus músculos no conocerán el cansancio, cualquier enfermedad que padezca desaparecerá. —Sus ojos brillaron—. Sin embargo, y ahí está mi gran logro, el cerebro del receptor permanecerá intacto: sus recuerdos, su personalidad… Todo.

—¿Y qué pasa con el donante? —pregunté.

—Por desgracia, el donante es prescindible. Había decidido que Sergio fuera el donante para mi experimento definitivo, pero ahora no lo tengo tan claro.

Sergio y yo cruzamos una mirada de espanto. Aquel tipo parecía loco de atar.

—Mis pruebas con sujetos de la misma especie han sido un éxito, y considero que el sistema está preparado para efectuar una mejora genética definitiva en un humano. Pero ya que os tengo aquí, me gustaría hacer otro experimento antes de que uno de vosotros tenga el honor de sanar y mejorar a mi hijo Helmut. —Sergio y yo enmudecimos, aterrorizados. Así que se trataba de eso. Horst guardó la pistola en el bolsillo de la americana y recogió algo parecido a una porra de una mesa cercana; de repente, de su extremo surgió un amenazador arco voltaico. A sus pies, Yolanda salía de la inconsciencia. Demasiado desorientada para levantarse, se limitó a tocarse el tremendo hematoma del rostro—. Vosotros, quietos ahí.

Horst se acercó a una jaula que alojaba a un perro con pinta de cruce de labrador. Al verlo venir, el can se encogió y escondió el rabo entre las patas; era evidente que conocía los efectos de la porra eléctrica. El alemán lo agarró de la piel de la cruz y lo arrastró fuera de la jaula. El pobre animal se dejó meter en el tanque de la izquierda sin protestar.

—¡Déjelo en paz! —gritó Sergio, aterrorizado por lo que se avecinaba—. Déjenos marchar y no le contaremos nada de esto a nadie.

—Demasiado tarde —dijo mientras cerraba la escotilla del tanque; una vez dentro, los gemidos del perro se hicieron inaudibles —. Ahora seréis testigos de lo que es capaz esta máquina. Vamos a ver qué tal funciona fusionando dos especies distintas. Esto podría abrir un mundo de posibilidades infinitas para este invento.

Horst agarró a Yolanda del brazo. Mareada, ni siquiera opuso resistencia. El horror me paralizó al ver que el médico la arrastraba hacia el segundo tanque.

El horror me paralizó a mí, pero no a Sergio.

Con una valentía impropia de un crío de catorce años, mi amigo se abalanzó sobre Horst como un jugador de fútbol americano. Cargó contra su estómago con la cabeza y lo derribó. El alemán no tuvo más remedio que soltar a Yolanda, que aprovechó para alejarse de la pelea a gatas. Por un momento, pensé que podíamos ganar, pero el grito de Sergio hizo añicos mis esperanzas. Horst, jadeante, le dio una, dos, tres descargas con la porra. Los ladridos de los perros se intensificaron. Yolanda llegó hasta mí con el rostro bañado en lágrimas. Yo también lloraba.

—Podrías haber tenido un final más digno, pero tu mala acción te ha convertido en voluntario para este experimento previo —rugió el alemán, agarrando a Sergio por el cuello y empujándolo al interior del tanque; la puerta produjo un siseo escalofriante al cerrarse.

Horst nos amenazó con la porra—. Ni se os ocurra haceros los héroes.

El científico pulsó varios botones de una consola y bajó unos interruptores. Los transformadores sobre los tanques comenzaron a chisporrotear. Una luz cegadora inundó ambos receptáculos y un estruendo que podría confundirse con un terremoto reinó en el sótano. Todo temblaba. Si Sergio gritó, nosotros no pudimos oírlo.

Horst, Yolanda y yo contemplábamos hipnotizados el espantoso espectáculo mientras todos los fluorescentes del sótano titilaban como si estuvieran a punto de fundirse. De repente, un estampido aún más potente que el ruido de las máquinas nos hizo dar un respingo. El alemán torció el rostro en una mueca de dolor y se tocó el costado. Instintivamente, su mano fue al bolsillo de la americana donde había guardado la Luger. En ese momento, descubrió dos cosas.

La primera, que el arma se le había caído cuando Sergio consiguió derribarlo.

La segunda, que su hijo la había recogido para dispararle con ella.

—Lo siento, papá. —Helmut sostenía la pistola con ambas manos—. Te quiero, pero esto ha llegado demasiado lejos. Nadie va a morir para que yo viva.

A pesar del temblor, los dos disparos siguientes dieron en el blanco. Horst Ratzeburg tardó menos de dos segundos en caer muerto. Helmut soltó la Luger, se hincó de rodillas y lloró con desconsuelo. La maquinaria seguía funcionando y nosotros no sabíamos cómo detenerla. Zarandeé a Helmut para que reaccionara y me hiciera caso.

—¿Cómo se para esto?

—Imposible detenerlo una vez se ha puesto en marcha —respondió, revelando que sí sabía algo sobre los experimentos de su

padre—. Si interrumpimos el proceso, podría ser peor.

—¿Y Sergio? —preguntó Yolanda, desesperada—. ¿Qué le va a pasar a Sergio?

Helmut negó con la cabeza.

—Os juro que no lo sé.

Las máquinas aún funcionaban cuando la Guardia Civil apareció en el laboratorio. A Yolanda y a mí nos encontraron en estado de shock.

A partir de aquí, todo lo que sé, lo sé de oídas.

La Guardia Civil se llevó a Helmut, del que nunca más volvimos a saber. Lo más probable es que acabara muriendo de su enfermedad, ignoro si en compañía de algún familiar, en algún reformatorio o en un orfanato. Susi consiguió llegar al pueblo y dar la voz de alarma. Quino apareció una hora después, agotado. Supimos que Hermann persiguió a Susi durante un buen trecho, hasta que ella lo condujo a la zona de los pozos ciegos. Era evidente que Munster no conocía su existencia, porque acabó hundiéndose en uno que Susi supo rodear. La pequeñaja había tenido más agallas que cualquiera de nosotros, y aquel hijo de puta había muerto como se merecía: ahogado en mierda.

Tan solo la Guardia Civil, y un equipo médico venido de la capital, estuvieron presentes cuando las máquinas, finalmente, se detuvieron. Yolanda y yo estábamos sentados en una ambulancia, frente a la casa. Había otra más, aparcada cerca de la nuestra. Luego llegó una tercera y más coches de policía. Los médicos entraban y salían del edificio con aspecto desencajado. Un joven doctor salió de la mansión y se acercó a comprobar cómo estábamos. Su cara era un poema. Las palabras brotaron temblorosas en mis labios cuando le pregunté

—¿Y Sergio? ¿Está…?

—Sergio está vivo —respondió, con una sonrisa forzada.

—Pero ¿está bien?

No obtuve respuesta.

—¿Podemos verle? —preguntó Yolanda—. Por favor…

—Será mejor que esperéis un poco. Es probable que Sergio necesite cuidados especiales a partir de ahora.

—¿Cuidados especiales? —repitió Yolanda, aterrada.

—Por ahora hay que esperar —fue la lacónica respuesta del médico.

No volví a ver a Sergio.

Hasta hoy.

Yolanda y yo recorremos el pasillo de la segunda planta del caserón Ratzeburg hasta llegar a una puerta cerrada. La abre, se echa a un lado y me invita a pasar.

La atmósfera en la habitación es tenebrosa, tan solo rota por un rayo de sol que entra por la ventana y baña una antigua cama con palio. Junto a esta, veo a un tipo pelirrojo con los ojos anegados en lágrimas. Aparte de la barba, tan ígnea como su pelo, Quino ha cambiado muy poco en estos treinta años. Susi está a su lado, más hermosa que nunca. Está cogida de su brazo. Así que el puñetero pelo-cobre lo consiguió. No tengo fuerzas para decir nada, tan solo les dedico una sonrisa. Ya tendremos tiempo para hablar.

La figura que yace sobre la cama se agita un poco. Su postura es extraña, hecha un ovillo, y cubierta con algo que confundo con una manta de pelo marrón. Al verme, levanta la cabeza y emite un sonido extraño. No me atrevo a acercarme. Yolanda me empuja con suavidad desde atrás.

—No tengas miedo.

Me coloco junto a la cama. Ahora puedo ver mejor a Sergio. O, mejor dicho, lo que una vez fue Sergio. Está desnudo, pero un pelaje castaño lo cubre de pies a cabeza. Su forma es humanoide, pero tiene más de animal que de hombre. Sus ojos, redondos y tristes, se clavan en mí. Su labio superior se retrae, exhibiendo una hilera de colmillos manchados por tres décadas de sarro. Doy un paso atrás.

—No tengas miedo —repite Yolanda—. Te está sonriendo.

No puedo evitar que una lágrima ruede mejilla abajo. Me siento en la cama y acaricio el rostro peludo de Sergio. Deja su cabeza reposar sobre mi mano y sus ojos se cierran. Yolanda, Quino y Susi, todos le acariciamos. Finalmente, Sergio levanta su cabeza de labrador y pronuncia unas palabras que, a pesar de sonar distorsionadas por unas cuerdas vocales mutadas, todos entendemos.

—Chicos, gracias por haber venido. —Sus ojos se vuelven hacia Yolanda—. Y sobre todo a ti, por cuidarme todos estos años. Al final, he podido despedirme de vosotros. Sed felices.

Sergio cierra los ojos y no vuelve a abrirlos. Por fin descansa. Yolanda rompe a llorar, y Quino, Susi y yo la acompañamos en su llanto. Nos abrazamos todos, y todos nos abrazamos a nuestro amigo muerto.

La pandilla, de nuevo, vuelve a estar unida.



VISIONES DE LA PARCA

La primera vez que la vi fue el sábado. Ni siquiera me asusté. No me preguntéis por qué, pero si tuviera que asignarle un género a ese monstruo sería femenino, aunque no haya nada en él que recuerde a una mujer. Simplemente sé que es *ella*.

Al principio la vislumbré con el rabillo del ojo como una sombra de líneas rectas, desangeladas, pútridas y fantasmales. Se fundió con la pared del cuarto de baño como si esta se la hubiera tragado. Ni siquiera me pareció del todo real. Me acordé de los hongos alucinógenos y los ácidos que probé a principios de los noventa, y me pregunté si no sería uno de esos *flashbacks* que dicen que a veces se producen años después de un buen viaje. Intereses tardíos del plan de pensiones de quien coquetea con los psicotrópicos. De su presencia fugaz me quedó tan solo una leve taquicardia y un visaje de incredulidad.

Al día siguiente la vi con mucha más claridad mientras navegaba por internet desde mi portátil, sentado en el sofá frente a una

televisión a la que nadie hacía caso. Laura, mi esposa, se encontraba en ese momento en la cocina, tratando de descifrar una receta rapiñada de una revista del corazón; Tere, mi hija de seis años, estaba concentrada dibujando un adefesio en uno de mis folios, fruto de sus saqueos a la pequeña oficina que tengo montada en un cuarto que tenemos de sobra, donde a veces me traigo trabajo del despacho, y que también me sirve de refugio dentro de mi propio hogar.

Allí estaba la sombra, esta vez mucho más definida y sólida que la primera vez. Ocupaba el marco de la puerta que da al pasillo como si acabara de tomar posesión de ella. Un guardia de seguridad del infierno, sin uniforme ni placa. Razor, nuestro caniche enano, se crispó y le gruñó un par de veces, para luego desatarse en una serie de ladridos agudos que sonaban a bravata vacía. Aquello no era producto de mi imaginación. El perro también la veía.

—¡Cállate, Razor! —le ordenó Tere con un tono de voz aún más chillón que sus ladridos—. ¡Cállate!

Razor se escondió entre mis piernas, no sé si amedrentado por la regañina de mi hija o por la sombra sin rostro que nos observaba desde el quicio de la puerta. Razor siempre me pareció demasiado nombre para tan poco perro. Habría sido perfecto para un *pitbull*, un *stanford terrier* o cualquiera de esas bestias de mala reputación que hay que registrar en la Guardia Civil. Pero para un caniche enano —mis amigos le llamaban el perrito come-coños—, llamarse Razor era como bautizar USS Eisenhower a una patera.

Esta vez, aquella cosa no se movió durante unos segundos y pude verla con bastante detalle, a pesar de que toda ella parecía una proyección siniestra. La reconocí enseguida, la había visto representada en infinidad de cuadros, ilustraciones, comics, incluso en dibujos animados. Busqué la guadaña aunque no la encontré. «La habrá dejado en casa», pensé, a punto de echarme a reír. Porque no sentí miedo. Tan solo cuando se desvaneció, como un fundido en negro, empecé a preguntarme si aquello sería producto

de los residuos de LSD; o tal vez estaba volviéndome loco. Puede que el acojone del perro fuera casualidad y todo estuviera dentro de mi cabeza. Exceso de trabajo en la correduría de seguros. Demasiado bregar con clientes y tomarse los disgustos demasiado a pecho. En ese momento caí en que, para disgustos, tenía uno cojonudo para mi esposa y mi hija, si es que la Parca estaba allí para llevarme con ella.

Porque no tuve ninguna duda. Era la Parca. Esa señora oscura que dicen que ves cuando vas a emprender el viaje al otro lado, a ese cielo que los creyentes tienen siempre presente en sus oraciones y que los que no creemos en nada nos pasamos por el forro de los huevos. Me pregunto por qué, a algunos, nos resulta más fácil creer en el infierno y en el diablo que en el cielo y en Dios. No sé si nacimos marcados para estar jodidos cuando le vemos las orejas al lobo, pero en ese momento me sorprendí a mí mismo dirigiéndome sin palabras a alguien que no estaba presente. Rogando clemencia a algo cuya existencia nunca me había planteado después de tener uso de razón de verdad, mucho más viejo de los siete años de rigor que manda la Santa Madre Iglesia.

«Que esto no sea real».

Dicen que los niños también son sensitivos a las presencias ocultas, pero Tere ni se inmutó. Me fijé en su dibujo, esperando encontrar una representación infantil del terror que nos acababa de visitar, pero descubrí que no era más que un intento fallido de dibujar a Sullivan, el monigote peludo y grandullón de *Monstruos, S.A.* Algo muy distinto a la Parca, aunque con sus mismas aficiones. Me dije, una vez más, que todo podría haber sido producto de mi imaginación. ¿Y si tenía un tumor cerebral? Había leído en alguna parte que a veces producen alucinaciones muy vívidas. Tan vívidas que te llevan de la mano a la tumba mientras el invasor te devora a mordiscos lentos, deleitándose con los sesos recocidos en el microondas de tu cráneo.

El tiempo transcurrió muy deprisa. Cuando me vine a dar cuenta, Laura había aparecido transportando una bandeja sobre la que reposaba su experimento culinario.

—¡Tempura de merluza a las finas hierbas! —anunció. Su sonrisa radiante pareció exorcizar con su luz el recuerdo de la horrible presencia que había tomado al asalto nuestro salón.

En ese preciso instante, todo el amor que había sentido por mi esposa pareció estallar en una palmera de fuegos artificiales sin parangón. Incapaz de hablar, abracé a mi hija y a mi mujer como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Tere incluso protestó un poco, y a Laura casi se le cae la tempura encima de la alfombra.

—¿Y esto? —preguntó, extrañada—. ¿A qué viene este arranque de efusividad?

—Os quiero.

No fui capaz de añadir ni una palabra más.

Al día siguiente volví a verla, esta vez aún más nítida que cuando se plantó en la puerta del salón. Laura había ido a llevar a Tere al colegio, y yo estaba solo en casa con Razor. Era evidente que el perro la veía. Esta vez ni siquiera osó ladrar o gruñir, huyó con el rabo entre las patas y se refugió debajo de la mesa del comedor. La Parca se erguía en toda su oscuridad frente a la puerta del baño, al final del pasillo.

—¿Qué quieres? —me atreví a preguntar, sabiendo que aquella silueta encapuchada con harapos cenicientos, que yo imaginaba con hedor a tumba añeja, no se dignaría a contestarme—. Si has venido a por mí, ¿por qué no me llevas ya?

Como había supuesto, la Parca no me respondió. Se limitó a enfocar hacia mí la negrura infinita donde debía de haber estado su rostro. Por mucho que escudriñé en su oscuridad no vi calavera alguna de sonrisa eterna clavando sus cuencas vacías en mí. En ese momento lo tuve claro: si la veía, era que mi hora estaba cerca. ¿Por

dónde me vendría la muerte? Estaba más o menos en forma, y mi última analítica, no demasiado lejana, presentaba unos niveles bastante aceptables.

¿Un accidente? Me dije que no cogería el coche en los próximos días. Mi oficina no quedaba a más de veinticinco minutos caminando, así que iba a descartar el accidente de tráfico, y eso que es difícil de cojones palmar circulando por ciudad. Un atropello. Eso sí que sería factible. Un golpetazo con mala suerte y acabas tirado en el suelo con el cerebro desparramado en la calle para deleite de comadres y morbosos. Decidí que iría con sumo cuidado por la acera, como un niño aplicado con la lección bien aprendida. ¿Y si resulta que me iba al otro barrio a cuenta de un clásico? Una maceta en la cabeza. O mejor aún, un piano. Uno de esos Steinway & Sons de gran cola, que cuestan la friolera de cien mil euros; eso sería más glamuroso que ser arrollado por un Mercedes Benz deportivo a toda hostia. Mientras bajaba en el ascensor, imaginaba múltiples formas diferentes de morir en una ciudad. Asesinato, mala caída, un rayo desafortunado...

O tal vez un infarto, un derrame cerebral, un atragantamiento, un síncope... Sin poder quitarme de la cabeza cómo sería mi último suspiro, llegué a la correduría. Nada más llegar, Rafi, la secretaria que compartía con mi socio Miguel , me preguntó si me pasaba algo. ¿Tan mala pinta tenía? La tranquilicé con una frase hecha y me encerré en el servicio. Olía a ambientador industrial con aroma a chicle. Examiné mi rostro en el espejo del lavabo. No me vi demasiado mal para estar codeándome con la muerte. Pero como decía mi tía Cata, la del pueblo, «Para morirse solo hay que estar vivo». Salí del aseo y saludé de pasada a Miguel, que en ese momento atendía con sonrisa de oreja a oreja a una señora que se quejaba del arreglo de su Ford Fiesta. El pan nuestro de cada día.

Cerré la puerta del despacho y saqué del archivador mi propio seguro de vida. Estaba todo en orden. Tampoco era una póliza para tirar cohetes, ya se sabe, en casa del herrero... Pero al menos les quedaría un buen pellizco a Laura y Tere, y mi esposa ganaba un

buen salario como profesora de inglés en la Facultad de Humanidades. No se morirían de hambre, ni tampoco de pena. Mi muerte sería un palo para Laura, pero era muy joven y podría rehacer su vida con facilidad. Por otro lado, la niña era demasiado pequeña para acordarse siquiera de mí cuando fuera mayor. Mejor. Yo no sería más que un grato recuerdo difuminado por el tiempo.

La idea de morir no me asustaba. Siempre imaginé que sería algo muy parecido a quedarse dormido. Lo que viniera después no me inquietaba. Si era la nada, no tenía de qué preocuparme. Si había algo más, tendría la eternidad para asimilarlo. Levanté la cabeza de la mesa imaginándome a la Parca frente a mí, como uno de nuestros clientes preocupados por las coberturas de su seguro de hogar. No había nadie, estaba más solo que la una.

Salí del despacho, le solté una excusa que sonó poco creíble a mi socio y me despedí de Rafi, que a estas alturas ya no dudaba de que algo raro me pasaba. Recorrí el camino de vuelta a casa tomando mil precauciones para no facilitarle el trabajo a la Parca. Cada minuto, cada hora, cada día junto a mi familia merecía la pena, y estaba dispuesto a pelear por ello. Al llegar al ascensor, noté el corazón acelerado. Joder, a ver si iba a ser una taquicardia de mierda lo que me llevara al otro barrio. Mientras el ascensor traqueteaba lentamente, piso a piso, inspiré hondo, como si quisiera tragarme todo el aire de la cabina. A mis pituitarias llegaron decenas de olores distintos: el perfume de la tía buena del 1ºF, la loción barata del gordo del 2ºA, las raspas de pescado de las bolsas de basura y los pedos confederados de la coalición de vecinos con gases de la calle Machado nº 27. Por fin se abrieron las puertas de acero y apareció el descansillo de mi casa. Vacío. Habría estado bien ver a la Parca plantada allí, como una versión espectral del cobrador del frac. Estaba cabreado. Muy cabreado. Cabreado con la muerte, manda cojones.

Entré en casa como una exhalación a y noté la ausencia de Razor, que, en lugar de venir a recibirme con sus ladridos y saltos, lloriqueaba desde alguno de sus escondites a prueba de fantasmas.

El pobre lo estaba pasando muy mal desde que la Parca decidió mudarse con nosotros.

Encendí la tele y me dejé caer en el sofá. A las once y veinte de la mañana, solo encontré programas matinales de esos que tocan temas de actualidad: desde el último escándalo político hasta la pillada de cuernos de la actriz de moda, pasando por algún crimen abominable con crías inocentes de por medio.

Miraba la tele como quien contempla una naturaleza muerta. Sin entender lo que allí sucedía, hipnotizado por la miríada de diodos que formaban rostros hiperrealistas en la Philips de 55 pulgadas; absorto en las frases que no llegaba a comprender, como si escuchara un noticiario en árabe. Y entonces la vi a mi izquierda. Había aparecido como por arte de magia, en una actitud más humana que de costumbre. Estaba sentada en el sofá de dos plazas que normalmente ocupaba Tere, erguida, con la nada que cubría su capucha harapienta, que cada vez era más tangible, clavada en mí. Me pregunté si la Parca necesitaba descansar. Si tenía ese rasgo de humanidad. Sin poder remediarlo, me eché a llorar. No es que tuviera miedo. Sentía resignación.

—¿Por qué no acabas con esto de una vez?

No me contestó. La nada de su rostro seguía taladrando mi ser.

—Aquí me tienes. No alarguemos más esto. Saca tu guadaña, acaba conmigo y deja que Laura descubra mi cuerpo sin vida. ¡Venga, hazlo!

La Parca movió la cabeza, como si clavara su vista en la mesa baja de madera. Parecía apesadumbrada. Aún quedaba una lata de Coca-Cola Light de Laura encima del mueble auxiliar. Bendita ella, capaz de dormir como un ángel incluso con una sobredosis de cafeína corriendo por sus venas. Así nos quedamos los dos, la Parca y yo, en silencio. En una extraña comunión amenizada por las frases sin sentido que manaban del televisor.

Laura me despertó con un par de sacudidas en el hombro. Intentó hacerlo con suavidad, pero el susto que se llevó al verme dormido en el sofá a las dos y media de la tarde había convertido el conato de caricia en una ráfaga de empellones.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás enfermo?

Sacudí la cabeza, intentando espabilarme. Tere estaba apoyada en mis rodillas, mirándome desde abajo.

—¿Estás malito, papá?

—No, hija, estoy bien —le respondí, cogiéndola en brazos; le di un beso de esos que suenan a infancia feliz—. Papá ha salido hoy antes del trabajo, eso es todo.

Laura me interrogó con mirada inquisidora. Nunca he sido bueno mintiendo y ella es un detector de mentiras con patas. Le guiñé el ojo con complicidad, asegurándole sin palabras que no intentaba engañarla. Mis ojos se desviaron un momento al sofá de dos plazas. La Parca ya no estaba allí. Ni siquiera había quedado la forma de su culo en el cojín, si es que tenía de eso.

—Vamos a lavarnos las manos antes de comer —dijo Laura, conduciendo a nuestra hija al cuarto de baño; sin pronunciar las palabras, tan solo moviendo los labios, me preguntó—. ¿Seguro que estás bien?

—Voy a cogerme unos días de descanso —respondí—. No creo que a Miguel le importe, y me vendrá bien despejarme un poco en casa.

—Si estás malito tienes que ir al médico —me aconsejó Tere.

Me levanté y las acompañé al cuarto de baño.

—Si me encuentro mal iré, pero ahora mismo me siento mejor que nunca.

Tere no me pilló la mentira, pero mi esposa sí.

Esa tarde no paré de ver a la Parca, incluso mientras discutía con Laura acerca de la necesidad de ir al médico. Mi cara debía de ser un poema, y por mucho que le juraba a mi mujer que no me hacía falta ir a urgencias, ella no acababa de aceptarlo. Tere estaba en sus actividades extraescolares, esas que todos los padres contratamos con el oscuro fin de poder disfrutar de un rato de tranquilidad por las tardes.

Laura se repantigó justo en el lugar donde se había sentado la Parca esa mañana. El espectro permanecía cerca de la puerta del salón, donde se me había aparecido por segunda vez. Me resultaba difícil tranquilizar a mi mujer con aquella presencia imponente allí plantada.

—¿Pasa algo en el trabajo? ¿Va todo bien con Miguel?

—Sí, cariño. Si algo fuera mal te lo diría. Simplemente estoy cansado.

Aquello sonó a mentira, más que nada porque lo era.

—Te veo raro. No reconozco la expresión de tu rostro.

—Tan solo necesito descansar —dije por enésima vez ese día.

Laura perdió la mirada en la mesita donde aún reposaba el cadáver de la Coca-Cola Light y, después de unos minutos, me propuso algo.

—¿Y si nos tomamos un par de cervezas bien frías?

Sonreí. Si me quedaba poco tiempo, nada mejor que disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

—Me parece perfecto.

Hice amago de levantarme, pero ella me detuvo con un gesto.

—Ya voy yo. Tú quédate aquí.

Atravesó a la Parca de camino a la cocina. Esta ni se inmutó. Seguía mirándome con su rostro inexistente, y yo no aparté la mirada de donde este debía estar. Razor seguía encogido bajo la mesa de comedor, atrincherado contra las fuerzas del más allá. Laura estaba tan preocupada por mi estado de salud que ni siquiera había advertido el extraño comportamiento del animal. ¿Qué estaría pasando por su diminuta cabeza perruna? Lástima que no podamos saber qué se cuece en la mente de un perro.

Laura volvió a atravesar a la Parca con dos cervezas en las manos. Antes de sentarse me tendió una. La abrí y bebí directamente de la lata. Inmejorable. Pensé en sacar una tercera para la sombra inerte, pero me dije que no se la merecía. Era una invitada muy aburrida.

—¿A qué hora vuelve Tere? —pregunté.

—A ninguna —me sorprendió Laura—. Esta noche duerme en casa de mi hermana. A las siete y media la recogerá de inglés. Le he explicado que no te sentías bien, y ella misma se ha ofrecido a quedársela.

—Laura...

—¿Sí?

—Te quiero.

—Lo sé. Yo también a ti...

Y nos dimos el último beso. Fue largo, profundo, de esos que dijo el poeta que tienden un puente al Paraíso. O quizá no lo dijera nadie antes. Nunca fui de leer mucho.

Y entonces Laura se separó de mí.

Su rostro se crispó en una mueca de dolor. Apenas pudo dejar la lata de cerveza encima de la mesa. Detrás de ella la Parca asistía a la escena como una convidada de piedra. O mejor dicho, de oscuridad.

—¡Laura! ¿Qué te sucede?

Su boca se abrió a juego con los ojos, y su mano se aferró a la zona izquierda del pecho. Ese pecho que me había vuelto loco desde que la conociera, recién terminada la universidad. Su diestra buscó el aire y mi mano agarró sus dedos, que se cerraron alrededor de los míos como si fueran su único nexo con la vida.

Y entonces vi la silueta de la guadaña.

La Parca efectuó un movimiento descendente y la hoja curva y negra como la peste atravesó el cuerpo de mi esposa. No fue nada sangriento, tan solo una sombra que desgarró un trozo de luz diminuto que brotó de Laura y quedó enganchado de la punta, como un jirón luminiscente. Abracé su cuerpo inerte y lo sacudí, como si pudiera rebobinar aquella película horrible y cambiar muerte por vida.

Con el rostro desencajado de Laura sobre mi hombro, vi a la Parca y a su guadaña desvanecerse en la atmósfera cargada de electricidad del salón. Se llevó con ella el jirón luminoso que supe que era el alma de mi esposa. Así que no estaba allí por mí, sino por ella. Aferrándome a una esperanza vana, llamé al 061, aunque ya sabía, mucho antes de que el doctor diagnosticara muerte por fallo cardiaco, que Laura no estaba ya con nosotros.

Han pasado cuatro años desde que la Parca me arrebatara a Laura. He cumplido como padre lo mejor que he sabido, y tanto mi cuñada como mis padres me han ayudado en lo que han podido y más.

He seguido con la correduría de seguros, aguantando los embates de la crisis trabajando el doble de lo habitual. Mi socio y yo ya no compartimos secretaria, no podemos permitírnosla. Para ganar la mitad de lo que ganábamos, entramos en la oficina una hora antes y salimos dos horas después. Y con la que está cayendo, ni nos quejamos.

Hoy Tere cumple diez años y he aprovechado que es puente para pasar unos días en la playa. Le encanta nadar, y lo hace tres veces por semana en la piscina del polideportivo de la Ciudad Universitaria. Y aquí está ahora, en un paraíso natural de arena y agua, disfrutando como la cría que es.

—¡No te alejes demasiado, cielo! —le grito desde el refugio de la sombrilla de colores que me protege del sol mordiente.

—¡Tranquilo, papi! —me responde mientras se interna en el agua, parando la espuma de las olas con su pecho aún de niña.

Intento no perderla de vista ni un momento. Mantengo su cabecita localizada entre las muchas que hay jugando entre las olas. Se ve que, a pesar de la crisis, la gente ha aprovechado el puente. De repente, un par de señoras paquidérmicas se detienen justo delante de mí, eclipsando el horizonte. No paran de charlar. A ver si se mueven, porque aunque sé que Tere nada mejor que bien, me pongo nervioso si no la veo. Me levanto, abandonando la protección de la sombrilla y dejando que los rayos ultravioletas, disfrazados de vitamina D, aguijoneen con saña mi piel.

—¡Tere! —grito, aunque sé que estoy demasiado lejos para que me oiga. Sin dejar de buscarla con la mirada, avanzo por la arena en dirección a la orilla. No la veo. El suelo quema como si fueran brasas.

Es entonces cuando la veo pasar a mi lado, después de cuatro años. Va con la cabeza baja, desplazándose como si flotara sobre la arena incandescente que me tortura. De repente, me olvido del dolor que siento en los pies. Mi estupefacción se torna en terror cuando veo a la Parca yendo directa hacia la orilla. Atraviesa sombrillas, tumbonas de plástico y bañistas por igual, y nadie parece verla.

Solo yo.

—¡No, no, no, hija de puta! ¡No!

La playa entera me mira mientras corro detrás de la muerte, que ya lleva su guadaña, negra como los rescoldos de una hoguera, alzada sobre su hombro esquelético. Tropiezo antes de llegar al mar, y un señor con bermudas y una gorra, en una dimensión paralela, me pregunta si me encuentro bien. Su voz no es más que un eco distorsionado por una realidad que solo yo veo. La Parca camina sobre las aguas como una caricatura fantasmal de Jesucristo y levanta la guadaña. Grito con todas mis fuerzas y un par de hombres me sujetan. Tal vez piensen que estoy loco o drogado, porque yo no paro de gritar

—¡No! ¡Llévame a mí! ¡A mí, a mí, a mi niña no! ¡A mi niña no!

La guadaña de la Parca lleva algo brillante colgando de la punta. Sé que es el alma de mi hijita, cuyo cuerpo sin vida flota entre dos aguas, a merced de las olas. Yo solo grito a pleno pulmón.

El grito de alguien que está muerto en vida.



QUID PRO QUO

Richard Randall espiaba la calle desde la ventana del segundo piso de su residencia. No se veía un alma, ni viva ni muerta. El cruce de Tyler Street con la 35 Norte estaba desierto, y no en demasiado mal estado comparado con otras zonas de Miami, arrasadas por el fuego y las explosiones durante las últimas semanas. Las únicas anomalías visibles eran varios coches abandonados, uno empotrado en la fachada de los Robbins, y un cadáver medio momificado picoteado por los cuervos en la acera de enfrente.

Lo raro era no ver muertos deambulando, vivos corriendo delante o detrás de ellos, gente corriente convertida en supervivientes sin escrúpulos, militares disparando contra unos y otros, fuego y sangre tiñéndolo todo de rojo. Sin embargo, en los tres últimos días, Richard no había visto movimiento. O el ejército había exterminado a la plaga o esta había emigrado en busca de carne fresca.

Richard fue previsor desde el principio de la crisis; tenía una familia a la que proteger. Dos días después de que se filtrara la noticia de que un virus desconocido estaba transformando a los muertos recientes en monstruos hambrientos, Richard comenzó a acaparar provisiones para atrincherarse en su casa, en el 3501 de Tyler Street. Para ello, contó con la ayuda de sus hijos, Lea y Ron. Richard, con cincuenta y cinco años y un sobrepeso que le había costado dos anginas de pecho, no lo habría hecho solo ni soñando.

Entró en el cuarto de Timmy, su bebé de ocho meses, fruto de su matrimonio con Sarah, la que fue su secretaria en el bufete de su propiedad antes de que convertirse en su mujer. Sarah tenía veintiséis años, solo seis más que su hija Lea. Esta le guardaba a su madrastra un rencor que no se esforzaba en disimular. Un rencor que hacía extensivo a su padre, al que despreciaba por haberse casado con la joven tan solo diez meses después de que muriera su madre.

Lea estaba segura de que su padre se tiraba a Sarah cuando su madre aún agonizaba a causa del cáncer que se la llevó por delante. Aquellas ausencias de casa y los frecuentes viajes cantaban a leguas. Sin embargo, a su hermano Ron le fascinaba Sarah. A sus dieciséis años, y con una libido capaz de reventar un traje de neopreno, era su fan número uno. A Ron, su joven madrastra lo traía a maltraer. Sarah protagonizaba sus fantasías cada vez que se encerraba en el cuarto de baño, lo que le acarreaba malestar y cargo de conciencia. Después de cada paja, culpaba a su progenitor por haberle metido la tentación en casa. Ron se preguntaba qué cojones habría visto aquel bellezón en su padre, aparte de ser uno de los abogados más ricos de Miami. Ron recordaba haber leído en alguna parte algo sobre la erótica del poder. Por lo visto, funcionaba de miedo.

Sarah le daba el biberón a Timmy sentada al borde de la cama. Cuando el pequeño vio a su padre, lo miró de reojo y sonrió a través de la tetina, mostrando sus cuatro incipientes dientecillos y formando espumarajos de leche con las risas. Richard bendijo el día

que decidió colocar paneles solares en el tejado y conectar el pozo del patio a las tuberías de casa. Gracias a eso, tenían agua corriente y electricidad, al menos para encender aparatos de baja potencia, calentar agua y cocinar.

—¿Cómo sigue todo ahí fuera? —le preguntó ella.

—Igual que ayer y anteayer. Nadie.

—Tal vez se esté calmando la cosa —aventuró Sarah, cambiando de postura a Timmy—. ¿Cómo andamos de provisiones?

—Tenemos para una semana, más o menos, aparte de los kits de supervivencia que guardamos en el coche. Tarde o temprano tendremos que irnos de aquí. Hace días que no pasa un vehículo militar por la zona. Ni un puto helicóptero, ni un avión. Es como si la guerra se hubiera trasladado a otro sitio...

Una sombra de tristeza oscureció las facciones de la joven madre.

—O como si la hubiéramos perdido. A veces, me arrepiento de haber traído a Timmy al mundo. Si esto no se soluciona, habrá sido como traerlo al infierno.

—No digas eso. Somos la nación más poderosa del mundo, saldremos de esta.

Sarah decidió cambiar de tema.

—Ron dice que ha encontrado algo útil en el garaje.

—¿El qué?

—No me lo ha dicho.

—Voy a ver.

Richard bajó al salón, intrigado. La estancia, al igual que todas las del primer piso, tenía las ventanas protegidas por rejas de seguridad. El portalón de entrada al jardín había demostrado ser a

prueba de cadáveres andantes. Richard los había visto intentar abrirlo a base de zarandeos, con el mismo éxito que tendría un mono tratando de forzar una cámara acorazada. Al rato se aburrían y se iban, con ese caminar errático que ponía los pelos de punta.

Lea estaba repantigada en el sofá, con unos auriculares de botón encajados en las orejas, leyendo un viejo ejemplar de *Salem's Lot* rescatado de la biblioteca familiar. Lecturas tétricas para tiempos tenebrosos. Ron estaba en la mesa, trasteando un viejo aparato que Richard reconoció a la primera.

—Mi radio multibanda. Pensé que la había tirado hace años.

—La encontré por casualidad, mientras registraba el garaje por si había algo que pudiera servirnos para sobrevivir ahí afuera —dijo Ron mientras enchufaba una clavija a la toma de pared que conectaba con una vieja antena de radio en el tejado—. Este aparato puede captar emisoras en todas las frecuencias, incluso en las de radioaficionado.

—Es un friki —sentenció Lea, quitándose uno de los auriculares —. Se pasa el día buscando cachivaches para sobrevivir en la calle. En el fondo, le gusta esta situación de mierda.

—¿Quieres callarte? —le espetó Ron, a la vez que encendía la vieja radio—. Voy a hacer un barrido por todas las bandas, a ver si oigo algo.

Su padre le felicitó.

—Serían las primeras noticias en semanas. Buen trabajo, Ron.

Richard despeinó a su hijo y regresó al cuarto de Timmy. Ron se dedicó a jugar muy despacio con la rueda de sintonía. Probó todas las bandas. Solo ruido. Sin darse por vencido, siguió moviendo el dial con precisión quirúrgica, micra a micra.

Minutos después, su esfuerzo dio frutos.

—¡Papá! ¡Papá, baja! ¡Venid aquí, todos! ¡Oíd esto!

Richard bajó con Sarah, que había dejado a Timmy durmiendo en la cuna después de comer. Lea también se acercó a la mesa. Ron subió un poco el volumen. La estampa era de película en blanco y negro: toda la familia reunida alrededor de la radio, atenta al parte de guerra.

—Les habla el Coronel Woodward, de la Guardia Nacional. Si están en Florida y captan esta transmisión, diríjanse a Orlando. Hemos establecido un perímetro alrededor del centro de la ciudad y en estos momentos podemos afirmar que es segura. Se ha restablecido el suministro de electricidad y agua corriente. Aunque la presencia de contagiados por la plaga alrededor de la ciudad está bajo control, les aconsejamos máxima precaución. Hemos despejado la Interestatal 95 desde Jacksonville hasta Miami para que puedan venir en coche. Desde la I-95 deberán enlazar con la 528, luego con la 417 y, por último, con la 408. Accederán a Orlando por el este, donde hemos desplegado controles. Les esperamos con los brazos abiertos. Que Dios les bendiga.

El mensaje grabado empezó a reproducirse de nuevo, en un bucle sin fin.

—Orlando —repitió Richard—. Eso está a unas doscientas cuarenta millas en coche.

—Y dicen que han despejado el acceso por carretera —apuntó Lea—. ¿Crees que seríamos capaces de llegar hasta allí?

Richard se rascó el mentón.

—El coche tiene el depósito lleno y tenemos los kits de supervivencia cargados en el maletero.

Sarah no estaba tan segura de querer abandonar la seguridad de la fortaleza de Tyler Street.

—Nos quedan provisiones para una semana. Deberíamos esperar, antes de lanzarnos a la aventura. ¿Quién nos dice que la

crisis no se solucionará en estos días? Me aterroriza la idea de salir ahí fuera con Timmy, y menos sin un arma.

El arma.

El puto arma.

Durante los primeros días de la crisis, Sarah y Ron habían insistido hasta la extenuación acerca de la necesidad de conseguir una. Richard había desestimado la idea, objetando que la policía y el ejército estaban para protegerles y, por consiguiente, ellos no necesitaban armarse. Aunque era consciente de que su negativa había sido un error, prefirió obviar el tema y mostrarse flexible con su esposa.

—Sarah tiene razón —concedió—. Podemos esperar unos días y ver cómo evoluciona esto. Si no mejora, iremos a Orlando. ¿Qué opináis?

—Por mí, bien —aceptó Ron—. Nos iremos cuando tú digas, papá.

Sarah agradeció la prórroga a su marido con una sonrisa. Lea se sentó en la esquina de la mesa y compuso una expresión soñadora.

—¿Se habrán infectado los personajes de Disney World? Imaginad a Blancanieves y a los siete enanitos persiguiendo niños por la calle…

Ron aplaudió la ocurrencia de su hermana y expresó la suya propia.

—O a la Sirenita arrastrando la cola de goma por la calle, intentando morderle los tobillos a la gente.

Todos rieron, menos Sarah, que no podía quitarse de la cabeza una imagen aterradora.

Ella corriendo con Timmy en brazos, perseguida por una horda ávida de la carne de su bebé.

Al día siguiente, sucedió algo que precipitó el viaje a Orlando.

Faltaban unos minutos para el mediodía cuando el eco de unos disparos resonó en la avenida 35 Norte.

—¡Venid! —gritó Ron, que miraba a través de la ventana de su habitación, en el segundo piso—. ¡Hay movida ahí fuera!

Otro disparo. Un breve silencio, y otros dos más. Sarah dejó a Timmy en la cuna y se asomó a la ventana que daba a Tyler Street. Richard se apostó en la ventana del dormitorio principal, que daba a la 35 Norte, y Lea se apoyó en el hombro de su hermano. Este se la quitó de encima y la empujó lejos de la ventana.

—¡Tú escóndete! —le ordenó—. ¡Si son saqueadores y te ven, entrarán para violarte!

Lea puso los ojos en blanco.

—Tienes que dejar de leer esos cómics horribles —resopló—. Además, si quieren cepillarse a alguien, Sarah se presentará voluntaria. Cualquier cosa mejor que follarse a papá —apuntilló, malévola.

Ron le dedicó una expresión de asco y volvió a sus tareas de vigía. Precisamente fue Sarah la primera en comprobar que no eran saqueadores. Desde su atalaya en la esquina del inmueble, divisó al autor de los disparos. Era un soldado vestido de camuflaje, que avanzaba avenida arriba. Aunque Sarah no podía ver a nadie más, era evidente que lo perseguían. El soldado hincó rodilla en tierra y efectuó otro disparo. Se incorporó y retrocedió unos cuantos metros caminando de espaldas, como si esperara a que otros objetivos se acercaran un poco más.

—¡Es un militar, papá! —exclamó Ron, entusiasmado—. ¡Le está disparando a algo que no alcanzo a ver!

Sarah gritó desde el cuarto de Timmy.

—¡Se acercan dos muertos por la calle Tyler! ¡El ruido de los disparos ha debido atraerlos! ¡Lo van a pillar por detrás! —Sarah abrió la ventana de par en par y avisó al soldado a gritos—. ¡Cuidado! ¡Vienen dos más por tu izquierda!

El soldado levantó el pulgar en dirección a Sarah. Desde la ventana del dormitorio, Richard maldijo entre dientes: él habría preferido ver cómo terminaba aquello antes de revelar su presencia. Se dijo que Sarah podía haberse metido la lengua por donde cargan los camiones.

Los dos monstruos estaban ahora a pocos metros. El soldado apuntó a uno de ellos a la cabeza y los sesos salieron despedidos a través del cráneo como si hubieran estallado desde dentro. Timmy, asustado por la detonación, rompió a llorar, proporcionando a la escena una trágica banda sonora. Abajo, en la calle, el militar esquivó al que ya tenía casi encima y le propinó una patada brutal en el estómago. La criatura cayó al suelo y el soldado le destrozó la frente con la culata del M4. Le dio varios golpes, hasta que dejó de moverse. Tomó aire y se enfrentó a los tres cadáveres andantes que aparecieron por la avenida. Apuntó el rifle con calma y abatió a uno de ellos. No disparó al siguiente hasta estar seguro de acertarle en la cabeza.

—¡Bien! —celebró Ron, a punto de hacerle la ola—. ¡Mata al que queda! ¡Mátalo, joder!

El soldado desplegó la pala que colgaba del cinturón con un movimiento eléctrico. Esperó a que la criatura estuviera a su alcance y se la encajó varios centímetros por encima de la oreja izquierda. El ser titubeó un instante, como si aquello le hubiera sorprendido, y dobló las rodillas. El soldado recuperó la pala con un fuerte tirón, dejando una salpicadura de sangre oscura en el suelo. Jadeante, con un arma en cada mano, elevó la vista hacia las ventanas del segundo piso y dedicó una sonrisa cansada a sus ocupantes a la vez que agradecía el aviso a Sarah.

—Gracias. De no ser por usted, me habrían pillado desprevenido.

En lugar de contestarle, Sarah desapareció de la ventana. Timmy, de fondo, no paraba de llorar.

—Richard, ¿a qué esperas para abrirle la puerta? —Un silencio demasiado largo—. No podemos dejarlo ahí fuera, ¿y si vienen más? —Más silencio—. O le abres tú, o le abro yo.

—Ábrele, papá —pidió Ron.

Richard maldijo para sus adentros y salió al jardín. El soldado seguía en el mismo sitio, vigilando el cruce. Oyó el portalón abrirse. La oronda figura de un cincuentón malhumorado le hizo una seña.

—Pase, rápido.

El militar obedeció y Richard cerró el portalón con llave en cuanto estuvo dentro. Ron, Lea y Sarah —con Timmy en brazos—, lo esperaban en el porche. Los mimos maternos habían apaciguado un poco la rabieta del pequeño.

—Gracias —dijo el soldado, a la vez que se quitaba el casco.

Tendría unos veinticinco años. Era moreno y sus ojos oscuros parecían haber visto demasiadas cosas en las últimas semanas.

Sarah fue la primera en tenderle la mano.

—Soy Sarah —se presentó—. Él es Richard Randall, mi marido, y ellos son Ron y Lea, sus hijos. Y este es mi bebé, Timmy.

Él le correspondió con un apretón delicado.

—Cabo Mark Kowalski, pero todo el mundo me llama MK.

—MK —repitió Sarah, dedicándole una sonrisa que disparó todas las alarmas de Richard.

Su marido conocía esa sonrisa a la perfección. Se la había dedicado a él en innumerables ocasiones, sobre todo durante las primeras etapas del flirteo. Lea sonrió al detectar el ataque de cuernos de su padre.

«Que se joda», pensó.

Richard hizo pasar a todos al salón y señaló el sofá a MK. El cabeza de familia no hizo esfuerzo alguno por sonreír. La presencia de aquel joven todopoderoso, armado con un fusil de asalto, le producía urticaria.

—¿Cómo van las cosas ahí afuera? —le preguntó, en tono gélido —. Nos encerramos en casa cuatro días después de que empezara esta mierda, mucho antes del toque de emergencia.

—Hemos sufrido muchísimas bajas. —MK se acomodó en el sofá; sus músculos agradecieron el descanso—. Muchos de los nuestros fueron mordidos por esas cosas, pero entonces no sabíamos que la plaga era contagiosa. Los que se levantaban de las camillas atacaban a nuestros compañeros por sorpresa, y así comenzó la cadena de contagios. Esos monstruos atacan en grupo, es muy fácil quedar acorralado. Nos vimos obligados a usar armas incendiarias en el centro de Miami y en Miami Beach. En algunas zonas, la concentración de infectados era tan alta que tuvimos que pedir apoyo aéreo.

—¿Las Fuerzas Aéreas han bombardeado Miami? —Ron no se lo podía creer.

—En Nueva York y Los Ángeles ha sido aún peor. Las hordas eran tan numerosas que decidieron utilizar armas nucleares tácticas. Se calcula que han muerto decenas de miles de civiles.

Richard se dejó caer en una silla, como si acabaran de pegarle un tiro. Imaginaba que las cosas estaban mal, pero no tanto. Sarah se sentó en el sofá de dos plazas y los chicos flanquearon a MK.

—¿Y tú? —le preguntó Sarah, meciendo a Timmy para que no empezara a llorar de nuevo—. ¿Cómo es que no estás con tu unidad?

—La perdí hace una semana. Mi escuadra se quedó aislada cerca del club de tenis de la calle Fillmore. Aquello era un hervidero de

muertos andantes. Mi compañero Fisher y yo nos refugiamos en la sucursal del Regions Bank que hay cerca, no sé si la conocen. —MK soltó un suspiro profundo, casi lastimero—. He estado escondido en el sótano hasta que se me terminaron las provisiones.

—¿Y Fisher? —quiso saber Ron—. ¿Dónde está?

—Le mordieron. Tuve que pegarle un tiro.

En el salón se hizo el silencio. En ese momento, todos se plantearon qué pasaría si alguno de ellos resultaba contagiado. ¿Serían capaces de acabar con su vida para evitar la resurrección? ¿Tendrían agallas de ver a MK hacer el trabajo sucio por ellos? Richard lo imaginó disparándole a la cabeza a Lea o a Ron, y sintió un escalofrío. ¿Y si le mordían a Sarah o a Timmy? No quería ni pensarlo...

—Ayer recibimos una señal procedente de Orlando —informó Ron, conectando la radio—. Escucha esto...

MK recibió el mensaje como una gran noticia. Si era verdad que las carreteras estaban despejadas, y salían al día siguiente por la mañana, podrían estar en Orlando por la tarde.

—Podríamos irnos mañana, papá —le sugirió Ron—. Llevamos la mejor escolta que podríamos desear: un soldado de los Estados Unidos de América, entrenado y armado hasta los dientes.

Richard asintió de mala gana.

En ese momento, lo único que le apetecía era vomitar.

El motor del Chevrolet Avalanche rompió el silencio de la calle.

MK viajaba de pie en el asiento del copiloto. Su figura armada sobresalía por el techo corredizo abierto, como una torreta humana. Ron, Lea y Sarah iban en el trasero. Timmy dormía en brazos de su madre. El portabebés había quedado en el garaje, o no habrían cabido todos en el coche. Como bien dijo Richard, tal y como

estaban las cosas, sería difícil que un poli los multara por no llevarlo instalado.

Encontraron las calles más despejadas de lo que esperaban, y tan solo en un par de ocasiones tuvo que bajar MK para quitar de en medio un coche atravesado en mitad de la vía. No vieron ningún cadáver ambulante de camino a la I-95. *Remuertos* (como los llamaba Ron) vieron muchos, tanto infectados como humanos sin transformar. Todos tenían algo en común: o estaban calcinados o tenían la cabeza reventada.

Los primeros infectados aparecieron cuando dejaron atrás el núcleo urbano. Deambulaban en pequeños grupos aislados, de dos o tres individuos a lo sumo.

—Es como si se estuvieran dispersando —reflexionó MK—. Yo he llegado a ver a cientos atacando a la vez.

—¿Crees que habrán migrado a otro lugar? —le preguntó Ron, que llevaba uno de los palos de golf Callaway de su padre entre las piernas; bien usado, era un arma capaz de romper una cabeza con facilidad.

—No tengo ni idea —reconoció el soldado—. No sé a qué instintos obedecen, ni siquiera sé si se comunican entre ellos. Se desplazan como una manada, atacan a la vez y se orientan por la vista, el oído y el olfato, de eso sí estoy seguro. Una vez vi a un infectado con los ojos arrancados perseguir a un tipo por un supermercado lleno de estanterías. Chocaba con ellas, pero no perdía su rastro. El pobre hombre corría como un loco. Esos monstruos no son rápidos, pero son tenaces.

—¿Y qué pasó con él? —se interesó Lea—. ¿Se salvó?

—Le pegué un tiro en la nuca al monstruo —explicó MK con total naturalidad—. Acompañé al hombre hasta uno de los autobuses de evacuación. Supongo que lo llevarían a un lugar seguro. Eso pasó en la avenida Collins; estaba completamente tomada. Esa fue una de

las zonas arrasadas por la aviación. No hubo más remedio. No creo que quede un solo hotel de lujo en pie.

Por fin llegaron a la salida de la I-95. Justo allí se encontraron con una infectada que deambulaba por mitad de la autopista como si anduviera despistada. La mujer clavó sus ojos muertos en el Avalanche y comenzó a avanzar hacia él. Richard la esquivó sin problema, pero tuvo ocasión de verla de cerca. Era espantosa. Su vestido estaba tan sucio que era imposible distinguir el estampado floral que lo adornaba. Había perdido los zapatos y sus pies negruzcos parecían haber chapoteado en las letrinas del averno. Pero lo peor era el rostro: lívido, desfigurado, con los dientes roñosos a la vista y ojos de pescado podrido.

—Vaya mierda —rezongó Ron, apartando la vista del espectro.

Aunque nadie dijo nada, todos coincidieron en que esas dos palabras resumían perfectamente la situación que se vivía en ese momento en el planeta.

El Coronel Woodward había dicho la verdad en su transmisión.

La I-95 estaba despejada. Los coches abandonados se amontonaban a ambos lados de la carretera, como si hubieran sido apartados por el paso de algo muy grande y potente.

—Blindados —apostó MK, dirigiéndose al asiento trasero—. Se han abierto camino a lo bestia, utilizando blindados.

Ron, Sarah y Lea le respondieron con una sonrisa. La mayoría de los comentarios de MK iban dirigidos hacia ellos, ya que Richard se limitaba a contestarle con monosílabos o gruñidos guturales. El abogado conducía en silencio, con cara de pocos amigos. A MK no le cabía ninguna duda de que su presencia le molestaba. Hasta ayer, Richard había sido el máximo responsable de la seguridad de su familia; se había sentido orgulloso de defender el baluarte en el que había convertido el 3501 de Tyler Street, y de cómo había desempeñado su labor logística para que a su familia no le faltara de

nada. Pero fuera de su fortaleza, Richard Randall era carne de cañón, y eso lo sabían su mujer y sus hijos. MK se sentó en el asiento y desplegó el mapa de carreteras de Florida que encontró en la guantera.

—Según la transmisión, tenemos que salir por la 528 —dijo, siguiendo la I-95 con el dedo—. Luego la 417 y por último la 408. Si encontramos todo igual de despejado, llegaremos a Orlando en unas cuatro horas. —MK se dirigió a Richard, intentando entablar conversación por decimotercera vez—. Por ahora está siendo un paseo, ¿no le parece, señor Randall?

Este ni siquiera desvió la mirada de la carretera.

—Mejor para usted, así se ahorra tener que hacer su trabajo.

—No entiendo.

—Su trabajo es proteger a los civiles. Si no surge ningún peligro durante el viaje, usted se habrá limitado a ser un invitado de esta familia. ¿Lo entiende ahora?

MK decidió que era mejor no responder, así que se calló y plegó el mapa. Quien no se quedó callada fue Lea.

—Papá, ¿cómo puedes ser tan grosero? Cada vez que MK intenta hablar contigo, o le ignoras o le sueltas una pulla. Él nos ofrece seguridad, y tú le tratas con un desdén que da asco.

—*Quid pro quo* —silabeó Richard.

Lea no entendió la frase. Como abogado que era, su padre soltaba a veces latinajos ininteligibles.

—¿Qué demonios significa eso?

—Algo a cambio de algo. —Richard circulaba por mitad de la carretera, avanzando por el corredor abierto por los blindados—. Nosotros lo llevamos a Orlando, y él a cambio nos protege. No es un jodido héroe, solo cumple con su deber a cambio de ir en nuestro

coche. Y, por ahora, lo único que ha hecho en este viaje es no parar de hablar.

Lea intentó fulminar a su progenitor a través del retrovisor, pero sus miradas no llegaron a cruzarse. Ron bajó dos dedos la ventanilla para airearse del mal ambiente que reinaba en el coche. Sarah abrazó más fuerte a Timmy, que dormitaba en su regazo, sintiendo una buena dosis de vergüenza ajena por su marido. MK fue el único que habló, volviendo una vez más la cabeza hacia Lea.

—Tu padre tiene razón. —Forzó una sonrisa—. Es mi trabajo, y os agradezco de corazón que me llevéis a Orlando. —Le guiñó el ojo —. No te preocupes, no pasa nada.

—Lo que le jode a mi padre es que ya no es el macho alfa de la manada. —La frase de Lea tuvo en Richard el efecto de una colleja bien dada—. Antes de que empezara esta mierda, era un abogado forrado de pasta, con buena casa, buen coche, socio del mejor club de golf de Miami y con una esposa veinteañera que era la envidia de sus amigos babosos. Y ahora, ¿de qué coño le sirve todo eso?

—Lea, por favor... —la interrumpió Sarah, más aterrorizada que ofendida. La reacción de Richard podía ser impredecible.

—Lea, cállate —masculló su padre, en tono amenazador—. Cierra el puto pico.

—Y una mierda —prosiguió ella, implacable—. Oír la verdad jode, ¿verdad? Ahora el mundo ha cambiado, papá. El dinero ya no vale para nada. Esto es la puta selva, y aquí sólo sobreviven los fuertes. Y ahora que aparece un auténtico superviviente que puede mantenernos con vida, tú lo insultas, porque en el fondo lo que te da miedo es que tu mujercita, que se sentía atraída por tu posición y tu cuenta bancaria, se dé cuenta de que en este nuevo escenario tú solo eres comida, y no el todopoderoso Richard Randall...

El frenazo fue tan brusco que los ABS crujieron como si fueran a romperse; Sarah apenas pudo agarrar a Timmy, que se golpeó la cabeza con el respaldo del asiento del copiloto y rompió a llorar

como si presagiara un ataque aéreo. Richard giró su grueso torso todo lo que fue capaz para encararse con su hija que, para su sorpresa, mantenía su mirada desafiante y sin mostrar un ápice de miedo. MK guardaba silencio. Jamás se había sentido tan incómodo como ahora. Hasta recordó con nostalgia las horas interminables en el sótano del edificio del Regions Bank, rodeado de infectados por todas partes, y con el cadáver de su amigo Fisher pudriéndose en un rincón, con un agujero en la frente.

—¿Qué vas a hacer, papá? ¿Quieres que me baje del coche? Si es lo que quieres, lo haré.

Richard compuso una expresión de ira infinita en el rostro, golpeó el volante con la palma de la mano y volvió a ponerse en marcha. Ron le dedicó a su hermana una mirada de admiración. Sarah se inclinó sobre su marido y habló muy despacio, en un tono cargado de amenaza.

—Como vuelvas a frenar así y pongas a mi bebé en peligro, te juro por Dios que te estrangulo con mis propias manos.

En lugar de contestar, Richard siguió conduciendo.

Todos los pasajeros del Avalanche supieron que el reinado de Richard Randall acababa de terminar. En las últimas horas, todo lo que había sido en su vida anterior se había convertido en una caricatura.

Ahora solo era comida, como había dicho su hija.

Abandonaron la Interestatal 95 para tomar la US 528.

El corredor abierto por los blindados seguía despejado. Las casas desiertas a ambos lados de la autopista formaban un pueblo fantasma, y el silencio en el interior del Avalanche acompañaba perfectamente la escena. El aire dentro del vehículo era pastoso, como un puré infestado de grumos.

Cruzaron puentes y recorrieron millas hasta llegar a las cabinas del peaje. Allí encontraron decenas de coches empotrados unos contra otros. Los semáforos y las indicaciones luminosas estaban apagadas, y las cabinas de los cobradores, vacías. Había cuerpos por todas partes, como si hubiera tenido lugar una batalla. Por primera vez en su vida, Richard se saltó un peaje sin aflojar la cartera y conduciendo a más velocidad de la indicada. El miedo a las multas había dado paso a otros más horribles y mortíferos.

Joder, cómo había cambiado todo...

Se desviaron a la 417 poco antes de las tres de la tarde. Era la tercera autopista que recorrían y aún no habían visto ni un solo coche en marcha. Era tal la soledad, que llegaron a fantasear con que eran los únicos supervivientes del planeta.

Poco después, llegaron a la rampa que conectaba con la US 408. El Coronel Woodward y sus blindados habían vuelto a cumplir con su trabajo. Si todo seguía igual, llegarían a Orlando en una hora.

Pasaron por debajo del puente que sobrevolaba la zona de Chickasaw y divisaron a la derecha el complejo urbanístico de Pine Crossing Circle. El condominio estaba formado por unas preciosas casas de ladrillo visto y tejados rojizos, rodeando una laguna con varios embarcaderos repletos de barcas de recreo.

Richard desvió la mirada hacia la urbanización. Muchas de esas casas estarían ahora vacías, y sus ocupantes paseándose por los alrededores buscando algo que echarse a la boca. Justo rumiaba esa idea cuando una mujer apareció corriendo de entre los coches que flanqueaban el corredor abierto por los blindados.

—¡Cuidado! —gritó MK, pero la advertencia llegó tarde.

El volantazo para evitar el atropello fue instintivo. El Avalanche chocó con un Ford abandonado y comenzó a girar sin control por la carretera. No hubo forma de impedir que se empotrara contra un montón de coches apilados a un lado de la vía. Los airbags se

activaron, impidiendo que MK, que no llevaba puesto el cinturón, se destrozara la cara contra el salpicadero. Richard, que sí que lo llevaba puesto, se lo quitó de encima como pudo. Apenas podía respirar y el corazón le iba a velocidad de descarrile. Se dio la vuelta jadeante para comprobar cómo estaban Sarah y sus hijos. A pesar del impacto, su esposa no había soltado a Timmy, aunque tampoco había podido impedir que volviera a golpearse contra el respaldo del asiento delantero. El pequeño se quejó un poco y luego se calló. Sarah, al borde del ataque de nervios, le acariciaba la cabecita y lo mecía sin parar. Lea, a su lado, se quejaba del pecho izquierdo; el cinturón de seguridad se lo había aplastado y le dolía. Ron se frotaba la clavícula por el mismo motivo.

—Estamos bien —dijo, en nombre de todos.

MK apartó el airbag y vio, con horror, que el capó abollado dejaba escapar una columna de humo procedente del motor, que se había parado después del golpe. Se temió lo peor.

—¿Puede arrancarlo de nuevo, señor Randall?

Richard apretó el botón de arranque, pero fue como espolear un caballo muerto. Cuando iba a intentarlo por tercera vez, una mano manchada de barro y sangre golpeó la ventanilla, dando un susto de muerte a los ocupantes del coche.

—¡Abra, por favor, abra! —Era la misma mujer que había causado el accidente—. ¡Abra!

—¿Es uno de ellos? —le preguntó Richard a MK.

—Pronto lo será. Mire su brazo.

Todos dirigieron la mirada hacia donde señalaba el soldado. El mordisco era visible a dos dedos por debajo del codo. La piel colgaba dejando a la vista una sección de carne viva. Aquello tenía que doler, y mucho.

—¡Márchese! —le gritó Richard a través del cristal—. ¡Ya no podemos hacer nada por usted!

Lea estaba aterrorizada.

—Va a atraer a esas cosas con sus gritos.

—De todos modos, vamos a tener que bajar del coche —gruñó MK—, este ya no nos sirve. Señora Randall, tápele los oídos a Timmy. Lo que voy a hacer no es de mi agrado, prepárense.

Richard dio un bote en el asiento cuando el soldado se asomó a través del techo corredizo y le disparó a la desconocida en la cabeza. La desdichada ni lo vio venir. El abogado contempló el cuerpo de la mujer tendido en el suelo a través de la ventanilla cerrada.

—¿Le ha pegado un tiro a sangre fría? —La voz brotó de la garganta de Richard envuelta en incredulidad.

—En cuestión de horas se habría convertido en una de esas cosas, tal vez antes.

Timmy, que seguía en brazos de su madre, apenas se movió. El bebé estaba callado y no se quejaba, a pesar de tener un buen chichón en la cabeza. De hecho, se estaba quedando dormido. Sarah se dijo que mejor así que berreando.

—Vámonos —ordenó MK, abriendo la puerta del coche—. El disparo podría atraer visitantes no deseados.

La familia recogió el equipaje del maletero del Avalanche a toda prisa. Richard resoplaba como si acabara de correr una maratón.

—Ojalá encontremos otro coche pronto —le dijo a Sarah—. Prefiero que me coman vivo que tener que cargar con la mochila hasta Orlando.

—MK no dejará que te coman vivo —dijo ella, mientras se ajustaba al pecho la mochila portabebés de Timmy y la del equipaje en la espalda; el pequeño seguía dormido—. Confío en él, sabe cómo sobrevivir aquí fuera.

Las palabras de Sarah tuvieron el efecto de una bofetada invisible para Richard. Una vez más, se vio rebajado a un papel secundario en aquella película de terror. Lo más triste era que Sarah tenía razón, y no podía hacer nada para cambiar las cosas.

MK se apartó de la barricada de coches para echar una ojeada a la urbanización. A lo lejos, más allá del aparcamiento, distinguió a cuatro infectados que deambulaban por los alrededores de un supermercado abandonado. Las cristaleras del establecimiento estaban destrozadas. Un camión de reparto con el logotipo de Kellogg's se había empotrado en uno de los escaparates. Buscando una panorámica mejor, el soldado trepó por la pila de coches con la que habían chocado. Exploró los alrededores desde esa posición elevada, y lo que vio no le gustó.

Al otro lado de la autopista, a menos de una milla de distancia, una horda de criaturas se dirigía a la urbanización con pasos lentos y trastabillantes. Caminaban apelotonados, como un ejército implacable.

—Mierda —masculló MK—. Señor Randall, esto va a ponerse feo. ¿Está todo el mundo listo para salir pitando?

La familia entonó un sí al unísono, todos con las mochilas en la espalda. El militar hizo recuento mental de munición: un cargador entero de treinta cartuchos, aparte del que tenía en uso. Ron llevaba el palo de golf en la mano.

—Ron, ¿te ves capaz de usar eso contra esas cosas?

El chico asintió sin pronunciar palabra. Estaba pálido. MK sabía cómo se sentía: estaba cagado de miedo, y tenía motivos para ello.

—¿Tiene más palos como ese, señor Randall? Su mujer y su hija deberían llevar uno, por si acaso...

—Tengo el juego completo en el maletero —respondió Richard—. Pensé que serían un arma decente, por eso los metí.

Lea y Sarah cogieron un palo cada una, y Richard eligió otro para él. Le habían costado una fortuna y le daba dolor de estómago usarlos para machacar cráneos. Se consoló pensando que si salía vivo de allí, cosa que dudaba, no volvería a jugar al golf en su puta vida.

—¿Queda alguno para mí? —le preguntó MK—. Solo dispararé si es estrictamente necesario. Tengo la pala —explicó—, pero el palo de golf es más largo.

Richard le tendió un hierro del seis.

—Le confieso que estoy acojonado —dijo, en un arranque de sinceridad.

—Yo también, pero no tenemos más remedio que seguir adelante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sarah, extrañada al verlos conversar.

MK señaló los vehículos estacionados en el aparcamiento del súper.

—Tal vez podamos arrancar alguno de esos. Vamos, en marcha.

Dejaron atrás la barricada de coches y avanzaron por el aparcamiento de Pine Crossing Circle. Lo hicieron medio agachados, tratando de permanecer ocultos, un pequeño ejército armado con palos de golf. MK alzó el puño para ordenar un alto. A pesar de carecer de entrenamiento militar, todos entendieron la señal a la primera. El soldado reconoció la zona del supermercado medio escondido detrás de una furgoneta. Contó cuatro infectados, aunque desde su posición era imposible saber si había más en el interior del establecimiento. Los espectros vagaban bastante separados entre sí. No sería difícil abatirlos.

—Voy a por ellos —anunció, colgándose el M4 a la espalda—. Si alguno se acerca, ya saben: duro y a la cabeza.

MK empuñaba el palo de golf como si fuera una katana. El monstruo más cercano se volvió hacia él y le mostró los dientes con un sonido gutural. El hierro trazó un arco y se estampó en la sien de la criatura, que cayó al suelo como una marioneta a la que le cortan las cuerdas. Le dio un segundo golpe para cerciorarse de que no volvería a levantarse. El siguiente estaba a unos diez pasos y tampoco hizo amago de defenderse. Eso era una ventaja para los vivos: aquellos seres atacaban con igual determinación que torpeza. Dos menos. El Callaway se estaba revelando como un arma eficaz.

—¡Qué demonios! —gruñó Richard, envalentonado—. Voy a echarle una mano.

Y antes de que alguien pudiera disuadirle, se lanzó, con sus ciento treinta kilos, a por el que estaba más lejos. MK lo vio pasar con el rabillo del ojo mientras le reventaba la cabeza al tercer infectado. Richard se enfrentó cara a cara con su objetivo, una adolescente con el rostro casi completamente devorado a mordiscos. Su aspecto helaba la sangre. Richard imaginó a Lea transformada en una de esas cosas y sintió crecer una rabia inusitada en su interior. Le hendió el cráneo con todas sus fuerzas. La chica cayó sin emitir sonido alguno.

—¡Joder, papá se ha cargado a uno! —celebró Ron desde su escondite. Aquello le supuso una inyección de confianza: si su padre, un cincuentón mastodóntico que jadeaba al subir cuatro escalones, era capaz de zumbarse a uno de esos monstruos, para él sería pan comido.

Saltó a la arena del parking sin pensárselo dos veces. Las mujeres, reacias a quedarse solas, le siguieron. Timmy seguía acurrucado sobre el pecho de Sarah. Mejor. Al menos, él se ahorraba el estrés. De todos modos, entre MK y Richard habían limpiado el aparcamiento de muertos vivientes.

—Los del otro lado de la autopista llegarán en tres minutos, tal vez cuatro —calculó el soldado—. Tenemos ese tiempo para encontrar un coche con las llaves puestas.

—¿No podemos hacerle un puente a uno? —preguntó Ron.

MK contestó a su pregunta con otra.

—¿Tú sabes hacer un puente?

Ron lo miró, extrañado.

—¿No sabes hacerlo tú? Eres militar...

—Has visto demasiadas películas. Venga, no perdamos más tiempo.

Se desplegaron por el aparcamiento, probando puertas contrarreloj. Todos los coches estaban cerrados con llave. De repente, Ron gritó a pleno pulmón junto a un viejo Mercedes que podría ser rojo bajo la espesa capa de polvo que lo cubría.

—¡Este está abierto! ¡Venid, este está abierto!

MK le chistó con el índice en los labios. El silencio que siguió al chistido fue reemplazado por el eco de un murmullo gutural que sonó más próximo de lo que a todos les hubiera gustado. Los primeros infectados aparecieron por la esquina del supermercado, cerca de donde se encontraba el Mercedes de Ron. Serían alrededor de una decena y caminaban muy juntos, por lo que atacarlos con los palos sería extremadamente peligroso. Con suerte, abatirían a un par de ellos antes de que los demás los rodearan y formaran una melé. El soldado ya había vivido escenarios similares, y la historia siempre había acabado con compañeros muertos.

—¡Ron, corre!

Pero Ron estaba demasiado ocupado registrando la guantera del Mercedes en busca de las llaves. Nada. Bajó los parasoles y tampoco. Echó una ojeada a través de la luna trasera y descubrió, aterrado, que los infectados se encontraban a pocos pasos del coche. MK corría hacia él con el fusil de asalto por delante. Ron salió del automóvil y levantó el palo de golf. El primero de los monstruos estaba casi encima de él.

Richard también corría lo más rápido que le permitían sus kilos, resollando como una olla exprés a punto de estallar. Las chicas se habían quedado algo más atrás. Sarah y Lea estaban decididas a proteger a Timmy a toda costa.

Ron golpeó en la rodilla al infectado que iba en cabeza, haciéndole caer. Los demás tropezaron con él y comenzaron a perder el precario equilibrio que mantenían al andar. Varios brazos se extendieron hacia el chico. El hierro volvió a descender y un cráneo se abrió con un crac de victoria. Los caídos avanzaban a rastras, y los que no, comenzaban a rodear a Ron, a pesar de que este no dejaba de lanzar mandobles. Con la espalda pegada al coche, se quedaba sin espacio para maniobrar. MK le voló los sesos a uno de los monstruos.

—¡Venid a por mí! —les provocó.

Por desgracia, aquellos seres intuían que Ron era una presa mucho más fácil que el soldado.

El militar casi le pega un tiro a Richard cuando este cruzó su línea de fuego con el Callaway en alto. Se lanzó contra el grupo de infectados como una locomotora sin control, golpeando a uno de ellos en la cabeza. La acometida no fue lo bastante fuerte como para dejarlo fuera de combate, pero no se dio por vencido. El chico, con la pernera del tejano agarrada por la zarpa de uno de los que estaban en el suelo, estaba atrapado. Le reventó el cráneo al que le impedía huir, pero este no aflojó la presa ni después de quedar inmóvil. Un segundo monstruo se aferró a la otra pierna y Ron sintió un dolor atroz en la pantorrilla. MK no se atrevía a disparar por miedo a darle a Richard, que descargaba bastonazos a diestro y siniestro. Los atacaba desde atrás, y de vez en cuando alguno caía. Pero por muchos golpes que repartió, no pudo impedir que otros dos infectados se arrojaran encima de su hijo. Ron aulló cuando uno de ellos le arrancó un trozo de carne del hombro, dejándole el trapecio en carne viva.

Sarah y Lea presenciaban la carnicería, aterrorizadas. MK comenzó a disparar a quemarropa a los infectados que se disputaban a Ron. Su padre, llorando de rabia, seguía golpeando como un loco. Uno tras otro fueron cayendo, hasta que el chico, aún vivo, quedó semienterrado por cadáveres medio descompuestos.

Pero aquello no había terminado.

La horda procedente del otro lado de la carretera había encontrado el paso entre las barricadas de coches apilados y se acercaba al aparcamiento.

—Señor Randall, tenemos que irnos —lo apremió MK—. Ya no podemos hacer nada por Ron.

Richard apartó con fuerza el cañón del M4 y se encaró con él. El cabo se dio cuenta de que el padre del chico había tomado una decisión inamovible.

—No vas a ejecutar a mi hijo delante de mí como hiciste antes con esa mujer. —Richard señaló con la cabeza a Sarah y a Lea—. Llévalos a Orlando, sanos y salvos. Sobre todo cuida de Timmy. Prométeme que lo harás...

—Esto no tiene sentido. Su hijo está condenado, pero usted...

Richard lo interrumpió de forma tajante.

—Yo no podré seguiros el ritmo, mi corazón está al límite. Entretendré a esos que vienen por ahí para que podáis escapar. Al final, Ron y yo acabaremos uniéndonos a ellos. Quien sabe, tal vez algún día encuentren una cura para esta mierda...

No quedaba más tiempo para discutir. Los infectados estaban en el aparcamiento. Richard golpeó varias veces el capó del Mercedes con el Callaway, produciendo un ruido infernal que hizo converger todas las miradas muertas en el coche.

—¡Venid aquí, hijos de puta! —bramó—. ¡Cogedme si podéis!

Y se alejó corriendo hacia la urbanización, dejando a Ron moribundo junto al coche. La horda fue tras él, y MK empujó a Lea y a Sarah hacia el bosque de pinos que daba nombre a Pine Circle Crossing.

Ni su hija ni su esposa permitirían que el sacrificio de Richard Randall fuera en vano. Sarah tenía un bebé de ocho meses que criar, y el instinto de supervivencia de Lea impulsó su carrera frenética hacia la arboleda. Corrieron a toda prisa, sin mirar atrás, rezando para que la muerte no les aguardara entre los árboles.

Dios escuchó sus plegarias.

Tres millas más adelante, ya fuera del abrigo del bosque, divisaron un Humvee de la Guardia Nacional circulando en dirección sur, por Goldenrod Road. MK acompañó sus gritos con ademanes de desesperación. El artillero que asomaba por el techo del vehículo, al mando de una ametralladora M60, ordenó al conductor que diera la vuelta.

—Menuda sorpresa —exclamó al llegar a su altura—. Hace días que no vemos a ningún superviviente. A ver, brazos y piernas…

Un soldado silencioso bajó del vehículo para inspeccionar a los recién llegados.

—Estamos todos ilesos —aseguró MK, remangándose la guerrera y las perneras. Sarah y Lea lo imitaron, para que comprobaran que no las habían mordido—. Aunque hemos dejado gente atrás —añadió.

—¿De dónde venís?

—De Miami.

El artillero silbó.

—Las habréis pasado putas —adivinó.

Una vez finalizado el examen, el soldado silencioso los invitó a subir al Humvee. Aparte del conductor, el artillero y él, había un cuarto hombre sentado en el asiento trasero. Señaló a Timmy.

—Ver que una criaturita tan pequeña es capaz de sobrevivir en este infierno es un soplo de esperanza para todos nosotros —comentó.

El Humvee retomó la 408 en dirección al centro de la ciudad. Lo habían conseguido. Lea se echó a llorar y el soldado silencioso le tendió un *kleenex* sin mediar palabra. Los militares supusieron que la chica acababa de perder a alguien querido, pero fueron discretos y no preguntaron. La dejaron desahogarse en paz. MK, mientras tanto, intentaba recuperar fuelle recostado en el asiento. Demasiada tensión acumulada, hasta para un soldado. Sarah, extrañada de que Timmy llevara tanto rato dormido, separó un poco la cabecita de su pecho.

—¿Timmy?

El bebé se movió un poco y su madre le rozó los labios con el índice. Justo en ese momento, Timmy abrió los ojos. No eran los de siempre: parecían de pez, grisáceos y sin vida. El pequeño mordió el dedo de su madre con sus cuatro dientecitos. Lo hizo con mucha más fuerza de la que empleaba habitualmente cuando mordía y todos le reían la gracia. Sarah no pudo reprimir un chillido de sorpresa.

—¡Mierda! —gritó el soldado que viajaba en el asiento trasero—. ¡Para el coche, John! ¡El bebé está infectado, y acaba de morder a la madre!

Sarah se miraba la herida del dedo con incredulidad. Timmy, con los labios manchados de sangre, lanzaba dentelladas al aire a la vez que emitía un sonido gutural.

—No, por favor —rogó Sarah, al ver que el Humvee se detenía y los soldados la agarraban de los brazos—. No, por favor, a mi bebé no...

Los militares no tuvieron más remedio que cumplir el protocolo. Condujeron a Sarah hasta una calle cercana, fuera de la vista de todos. Ella no se resistió. Llorando en silencio, abrazada a aquello que colgaba de su pecho y que antes había sido Timmy, se arrodilló con los ojos cerrados.

Sonaron dos disparos. En el Humvee, Lea se desgañitaba, gritando el nombre de su hermano. MK la sujetaba con fuerza para que no saliera del todoterreno. Los soldados regresaron al coche. Sus ojos estaban empañados por las lágrimas. Ni siquiera tuvieron fuerzas para dedicarle a la joven unas palabras de consuelo.

Lea no dejó de llorar hasta que llegaron a Orlando. Una vez a salvo, detrás de la empalizada que rodeaba la ciudad, siguió haciéndolo hasta caer rendida. MK permaneció a su lado en todo momento.

No podía ser de otro modo.

Se lo había prometido a su padre.

Seis meses después, Lea estaba apostada en la torre de vigilancia en la que solía hacer guardia, en la empalizada de hormigón, ladrillo y metal que el Ejército había levantado alrededor del centro de Orlando. Contemplaba el paisaje urbano a través de la mira telescópica de su rifle M40. Había descubierto que las armas se le daban bien, hasta tal punto que el propio Coronel Woodward le había asignado un puesto de francotiradora en el muro.

En ocasiones, algunos infectados se acercaban demasiado a la empalizada y ella los abatía de un disparo en la cabeza. Los observaba un rato antes de apretar el gatillo, y no lo hacía hasta asegurarse de que era un desconocido. Se preguntaba a menudo si su padre habría adelgazado después de convertirse en uno de aquellos monstruos, y si sería capaz de reconocerlo en su nuevo estado. ¿Cómo estaría su hermano Ron? Los imaginaba sucios, desastrados y mutilados, pero siempre juntos, como padre e hijo,

caminando sin rumbo en una búsqueda eterna de comida. Quería pensar que no sentían dolor ni miedo.

Solo hambre.

Se había prometido a sí misma que, si algún día los reconocía entre los muertos, no los abatiría. Ella y MK estaban vivos gracias a ellos. Se lo debía. Y en cierto modo, su padre había elegido su destino.

Lea contempló el tatuaje que se había hecho en el brazo tres meses atrás. Cada vez que lo hacía, se acordaba de su padre al leer las tres palabras escritas en tinta negra, entrelazadas por unas enredaderas de color verde esperanza.

«Quid pro quo».



EL ALFILER

Roberto Caldas luchaba como podía contra el asedio al que lo sometía el desarrapado viejo cuya piel, negra como el betún, brillaba sudorosa bajo el sol de Haití. El anciano, sin dejar de entonar una incomprensible letanía que probablemente sería un formidable argumento de venta en taino, sostenía ante los ojos de Roberto un extraño alfiler, de unos siete centímetros de largo, que se curvaba en su extremo superior para ser rematado por una pequeña cabeza de inquietantes ojos saltones y enorme boca carente de labios que se asemejaba, sin demasiada fortuna, a un grotesco rostro humano. Mientras Roberto rechazaba una y otra vez los intentos del zarrapastroso interceptor de turistas por clavar el alfiler en la solapa de su chaqueta de lino, Blanca, su mujer, adoptaba una postura más solidaria, trocando la repulsión que provocaba el viejo por compasión.

—Pobre hombre. Fíjate en su cara, en las manos… por lo menos debe de tener noventa años.

—Y una tenacidad a prueba de bomba —rezongó Roberto, que seguía intentando deshacerse del viejo sin éxito—. Ya no sé qué hacer para quitármelo de encima.

—Cómpraselo —lo animó Blanca, apoyando el peso de su cuerpo en el hombro de su marido en un gesto sensual—. Harás feliz a ese viejo por el mismo precio que nos cobra el hotel por dos cervezas.

Aplastado por el argumento, Roberto decidió ser el junco que se doblega ante el huracán. ¿Cómo decía Bruce Lee en aquel anuncio? *Be water, my friend*. Comprar tranquilidad por un par de dólares, o por un puñado de gourdes, le pareció un negocio perfecto.

—Bien, mon ami. Combien ça coute?

Por primera vez, los ojos de Roberto se encontraron con los del viejo. O aquel pobre desgraciado sufría alguna enfermedad desconocida para él o aquellos eran los ojos más mortecinos y vidriosos que Roberto había contemplado en su vida, ojos que recordaban de manera espeluznante la mirada sin vida del pescado que espera comprador sobre el mármol sanguinolento del mercado. Los dedos del viejo, esculpidos a golpe de dolor por la artritis, consiguieron ensartar al fin el alfiler en la solapa de la chaqueta de Roberto. Sin saber muy bien cuánto pagarle, este sacó del bolsillo un billete de doscientos cincuenta gourdes que el anciano ignoró.

—Cójalos —instó Roberto—. Son para usted.

El anciano rechazó el dinero con aspavientos y desapareció arrastrando los pies, dejando al matrimonio estupefacto, incapaces de entender lo que acababa de pasar.

—¿Quería regalármelo? —se preguntó en voz alta Roberto, con el billete todavía en la mano.

—Eso parece —dijo Blanca sin dejar de mirar hacia la esquina por la que había desaparecido el anciano—. Pobre hombre, debe de estar mal de la cabeza.

Roberto se quitó el alfiler de la solapa y lo examinó de cerca, enfrentándose cara a cara con el rostro inexpresivo que lo coronaba.

—Tampoco es tan… horroroso, ¿no?

Blanca soltó una carcajada.

—Es peor. Fíjate en los ojos. Se parecen a los del viejo.

Roberto abrazó a su esposa. La amaba con todas sus fuerzas. Ni diez años de matrimonio habían sido capaces de empañar la admiración que sentía por aquella preciosa mujer de cabello rubio y rizado, de proporciones dignas de adornar las paredes de un taller mecánico y poseedora de una inteligencia que la había llevado a dirigir el departamento comercial de una prestigiosa distribuidora de productos informáticos. Solo otra mujer estaba por encima de ella en el pódium de sus afectos: su hija Cintia, de ocho años, que se había quedado a regañadientes en casa de los abuelos paternos, sobornada por la promesa de un cargamento de regalos.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a largarnos de esta calle de mala muerte y vamos a dar una vuelta por el paseo marítimo; allí tomaremos un aperitivo y luego devoraremos un par de esos monstruos marinos acorazados que tanto te gustan.

—¿Langosta o bogavante? —Blanca puso los ojos en blanco.

—Si quieres uno de cada, *parfait pour moi*.

—*Monsieur*, esa es una oferta que no puedo rechazar.

—Pues, ¿a qué esperamos?

Roberto y Blanca abandonaron la calle solitaria para encaminar sus pasos hacia la zona turística, al borde del mar. No volvieron a recordar el episodio del anciano durante todo el viaje. De hecho, el alfiler quedó olvidado en la solapa de la chaqueta, como a veces quedan olvidadas las banderitas adhesivas del día de la Cruz Roja o los lazos de colores que luchan contra el sida, contra el cáncer, contra el terrorismo o contra lo que sea que toque ese día.

Aquel viaje a Haití fue una segunda luna de miel para la pareja. Disfrutaron de la playa, de paisajes exóticos y de veladas maravillosas a la orilla del mar. Durante aquellos diez días, Roberto y Blanca tuvieron más sexo que en los últimos seis meses. Un paraíso con fecha de caducidad que dejaron atrás con el único consuelo de volver a abrazar a la pequeña Cintia.

En cuanto sonó el portero automático de casa de los abuelos, Cintia tomó la puerta como si fuera de su absoluta propiedad. Estaba preparada, llevaba tres horas de guardia en el recibidor. Nada más ver a sus padres, saltó a los brazos de Blanca y luego a los de Roberto, bombardeándolos con preguntas y espiando los bultos que traían, esperando descubrir en cuál de ellos estaban los regalos.

—¡Eh, eh, eh! ¡Espera a llegar a casa! —protestó Roberto, poniendo a prueba la paciencia de la niña—. ¿Qué tal se ha portado, papá?

—La verdad es que da poco que hacer —contestó el abuelo de Cintia—. ¿Y vosotros? ¿Qué tal lo habéis pasado?

—De maravilla. Ya os contaremos con más tiempo, estamos reventados. ¿Venís a cenar el viernes a casa y os enseñamos las fotos del viaje?

—Me parece bien —aceptó la madre de Roberto, empujando la maleta con el equipaje de Cintia—. Venga, enana, un beso. Espero que te gusten los regalos.

La cría se despidió de los abuelos y los Caldas regresaron a casa, donde aspiraron el aire a cerrado como si de brisa alpina se tratase. Cintia fue incapaz de esperar a que Blanca deshiciera el equipaje y optó por saquear maletas y bolsas. El botín estuvo compuesto de varias camisetas, unos cuantos muñecos y un sinfín de chucherías. Una vez finalizado el expolio, Blanca acometió la tediosa tarea de deshacer las maletas, inevitable y desagradecido epílogo de cualquier viaje.

—¿Te ayudo, mamá?

Cintia observaba cómo su madre organizaba sobre la cama las prendas que acabarían en la lavadora y las que solo necesitaban un planchado. Blanca aceptó la oferta.

—Gracias, cielo. ¿Me ayudas con la ropa de papá?

La niña se dirigió al lado opuesto de la cama donde se erguía la montaña de ropa que su padre había amontonado a la carrera, antes de huir estratégicamente a la sala de estar con la excusa de revisar el correo. Enseguida reparó en el diminuto rostro de ojos redondos que parecía observarla desde la solapa de la chaqueta de lino beige. Aunque en un primer momento se asustó, no tardó en ser víctima de esa fascinación que ejercen los monstruos en los niños. Aprovechando que su madre no miraba, la pequeña quitó el alfiler de la solapa y, obedeciendo a un inusual e irrefrenable impulso, lo ocultó en la mano. Era la primera vez que Cintia hacía algo así. Fue la voz de su padre desde la sala de estar lo que le impidió replantearse su mala acción.

—¡Cintia, aquí está tu revista!

—¿Las *W.I.T.C.H.*?

—No lo sé, el sobre está cerrado.

—Venga, ve —la animó Blanca—. Yo acabo esto en un pis pas.

Cintia abandonó la escena del crimen y se dirigió a la sala de estar para recoger el envío. La niña se refugió en su cuarto y sepultó el alfiler robado en el fondo del cajón de la mesita de noche, bajo un montón de papeles, lápices de colores, sobres vacíos de cromos y demás cachivaches inútiles que los niños guardan como oro en paño. Intentando acallar los reproches de su conciencia, se concentró en hojear el último número de las *W.I.T.C.H.* hasta que su madre apareció en el quicio de la puerta sacudiendo dos muñecos de trapo burdamente confeccionados.

—¿Y esto, cielo? —preguntó Blanca, aguantando la risa—. Estaban en tu maleta.

—¡Ay, se me olvidaba! —exclamó Cintia, dándose una palmada en la frente—. Es un trabajo para el cole, tenemos que hacer unos muñecos de trapo que se parezcan a alguien. —Soltó una risita maléfica—. Si vieras la muñeca que está haciendo Noemí… Dice que es Pocahontas, pero está tan mal hecha y es tan fea que la llamamos Cacahontas.

Blanca examinó los muñecos. Uno de ellos tenía una melena larga y rubia hecha de lana, un par de tetas bastante sobredimensionadas y un proyecto de falda que determinaba el sexo femenino del espantajo. El otro era aún más minimalista, con dos ojos azules pintados con rotulador, lana negra rizada por cabello y una sonrisa dibujada de un solo trazo. Este, sin lugar a dudas, era varón.

—¿Y estos quiénes son? —preguntó Blanca, que intuía la respuesta de su hija.

—Papá y tú. —Cintia se adelantó a cualquier crítica pasando a la defensiva a la velocidad del rayo—. No están terminados, ¿eh? Esperé a que volvieras para que me ayudaras; a la abuela no se le dan demasiado bien estas cosas, ya sabes…

Blanca le regaló una de esas sonrisas que solo una madre puede dedicar a un hijo y le pellizcó la nariz.

—Mañana por la noche les haremos ropita decente —prometió, dejando los muñecos sobre la cama—. Veré si encuentro algo viejo en el armario para sacar tela.

—¡Guay!

—Pues ahora, acuéstate. —Blanca rubricó la orden con un beso —. Mañana toca currar duro.

Como profetizó Blanca, el día siguiente fue duro, sobre todo para Roberto y para ella, que tuvieron que ponerse al corriente en el trabajo después de diez días de ausencia. La jornada de Roberto se prolongó inesperadamente al tener que asistir, junto a su jefe, a una cena de trabajo con unos inversores franceses recién llegados de París. Blanca, por su parte, se sintió afortunada al poder escapar de la oficina poco antes de las seis de la tarde. Por desgracia, no hubo piedad para ella: nada más llegar a casa, una Cintia rebosante de energía la asaltó esgrimiendo sus *alter ego* de trapo como si fueran maracas.

Blanca sustituyó los zapatos de tacón y la falda por las zapatillas y el chándal para sentarse en la mesa del comedor junto a Cintia, que esperaba impaciente. Sobre la superficie de madera, un par de vetustas camisas, un vestido antiguo y una corbata vieja esperaban a ser recicladas en versiones en miniatura, para así cubrir las asexuadas vergüenzas de las efigies de Roberto y Blanca.

—Vamos a convertir a estos dos mamarrachos en estrellas de Hollywood. —Blanca lanzó el desafío como si aquello fuera el proyecto más importante de su carrera; extendió la mano—. ¡Choca!

—¡Plas! ¡Chocada!

Tras la palmada de complicidad y ánimo, madre e hija trabajaron hasta medianoche, permitiéndose solo un receso para la cena. Roberto llegó poco antes de las doce, besó a su esposa e hija con aire cansado y fue directo a la cama, agotado.

—Creo que esto ya está —dijo al fin Blanca.

—¡Guau!

El muñeco que la representaba a ella lucía un vestido verde esmeralda sacado de un modelito pasado de moda rescatado del rincón más recóndito del armario. El pelo rubio de lana, bastante mejorado por las hábiles manos de Blanca, había sido peinado hacia atrás; los pies, parecidos a muñones, habían sido calzados con recortes de cartulina negra que imitaban zapatos de mujer. El mini

Roberto había quedado mucho más conseguido: Blanca había logrado confeccionarle una americana bastante resultona y una corbata roja que daba un toque de color a la austeridad del traje.

—¿Cuándo tienes que entregarlos?

—Mañana. ¿Puedo decirle a la seño que me ayudaste?

—Sí, pero di que solo te ayudé un poquito. ¿De acuerdo?

Cintia guiñó a su madre. Una mentirijilla de vez en cuando no hacía daño a nadie. Extendió la mano.

—Vale, mamá. ¡Choca!

—¡Plas! ¡Chocada!

A la mañana siguiente, Roberto entró en la cocina mientras su esposa y su hija desayunaban. Como de costumbre, iba vestido con un costoso traje de marca y una elegante corbata de seda italiana, esta adornada con un pisacorbatas de oro.

—Perdonad que no os acompañe, me tengo que ir ya. Espero que los franceses se marchen hoy, no me apetece comer fuera otra vez.

Cintia se fijó en el adorno que su padre llevaba prendido en la corbata, y entonces se le ocurrió una idea para mejorar aún más su muñeco. Cerciorándose de que nadie la veía, sacó el alfiler del cajón de la mesilla y lo guardó en la mochila, junto con los libros y el resto del material escolar. No iba a descubrir su delito delante de su madre, así que esperó a que esta se despidiera de ella en la puerta del colegio para atravesar la corbata con el alfiler, clavándola en el pecho del muñeco. Perfecto, la punta no sobresalía por ningún sitio, y la corbata lucía ahora la cabeza de ojos saltones.

Poco después, en mitad de una reunión, Roberto sintió un dolor agudo en el pecho que provocó que las sonrisas de su jefe y de los inversores franceses se trocaran en expresiones de alarma. No pudo dar más de dos pasos antes de caer de bruces sobre la moqueta de

la sala de reuniones. Lo último que oyó fue la voz desesperada de alguien que pedía a gritos una ambulancia.

Después, todo se volvió negro.

Blanca tuvo que tragarse muchos sollozos mientras le explicaba a su hija, omitiendo detalles innecesarios y dolorosos, que su papá se había ido al cielo. Cintia, que aún no había digerido del todo la trascendencia del suceso, apoyó la cabeza en el pecho de su madre y vertió lágrimas que humedecieron el vestido negro que Blanca había elegido para el entierro. La mujer no paraba de darle vueltas a la muerte súbita de su marido. ¿Por qué él? Roberto no pertenecía a ningún grupo de riesgo. No tenía sobrepeso, practicaba deporte con regularidad, llevaba una dieta variada, no fumaba y bebía de higos a brevas. ¿Por qué su corazón se paró tan de repente? ¿Por qué justo ahora, cuando todo iba mejor que nunca?

—Mamá, me gustaría que papá se llevase una cosa con él.

—¿Qué, cielo?

Sin añadir palabra, la niña se fue a su habitación. Blanca hacía esfuerzos sobrehumanos por no llorar. Cintia regresó a la sala de estar con el muñeco de trapo que representaba a Roberto.

—La seño me puso un sobresaliente, ¿sabes? —dijo, mirando al suelo y sorbiendo los mocos—. ¿Crees que a papá le gustará tenerlo? Así no estará solito…

Blanca no aguantó más y rompió a llorar, fundiéndose con su hija en un abrazo. Laura, la vecina de confianza que solía tener llave de casa y que se había ofrecido a quedarse con Cintia hasta que su madre regresara del entierro, le recordó a Blanca que ya eran casi las doce del mediodía. Esta asintió, besó la frente de la niña y se marchó. Una vez a solas con la niña, Laura advirtió que escondía algo en la mano.

—¿Qué es eso, Cintia?

—Nada. Voy a mi cuarto, quiero estar sola.

Compungida por la tristeza, volvió a guardar el alfiler en el fondo del cajón de la mesilla. Laura, la vecina, puso la tele para intentar distraer su atención del llanto que le llegaba desde el dormitorio de la pequeña. Le habría gustado consolarla, pero si ella deseaba estar sola, la respetaría.

Se concentró en el programa de televisión con la idea de que Dios, a veces, es muy injusto.

Una vez finalizado el entierro, el nicho que contenía el ataúd con los restos mortales de Roberto fue cerrado con una losa provisional hasta que el marmolista tuviera lista la lápida definitiva. Una hora después del sepelio, el cementerio cerró las puertas y quedó desierto. Nadie oyó los gritos de Roberto pidiendo auxilio, ni mucho menos los golpes en la tapa del cajón de madera en el que había despertado. En uno de sus histéricos manoteos, Roberto se quitó de encima el muñeco de trapo, sin saber realmente qué demonios era aquello. Sumido en una absoluta y asfixiante oscuridad, Roberto consumió el poco aire que le quedaba en desesperadas bocanadas hasta agotar la última gota de oxígeno. Con los ojos en blanco y una expresión de angustia indescriptible, Roberto Caldas murió por segunda vez.

Esa misma noche, una vez que Laura se hubo marchado, Blanca se quedó dormida en el sofá, ayudada por una buena dosis de calmantes que una médico amiga había tenido la misericordia de facilitarle sin receta. Cintia, que no había sido capaz de pegar ojo, se levantó de la cama y se dirigió hacia la sala de estar donde su madre yacía dormida. Dios, qué guapa estaba con aquella cola de caballo y sus preciosos ojos cerrados, soñando quizá que su papá seguía con ellos, vivo y rebosante de esa felicidad que le iluminaba el rostro.

Cintia sostenía en la mano izquierda la muñeca que representaba a su madre; en la derecha, el alfiler que había adornado la corbata del de Roberto. Con gestos lentos, peinó el

cabello de lana hasta imitar el peinado de Blanca, para luego clavar el alfiler en la cabeza de trapo, sujetando así la cola de caballo.

—Ahora sí que está guapa tu muñeca, mamá —le susurró al oído.

Después de darle a Blanca un leve beso para no despertarla, la niña regresó a su cama, donde se quedó dormida de inmediato.

Laura irrumpió en el domicilio de los Caldas poco antes de las ocho de la mañana, con el corazón a mil por hora, alertada por los gritos de Cintia.

Encontró a la niña sentada en el suelo de la sala de estar, abrazada a la muñeca de trapo y gritando sin parar. A pocos metros del sofá, tumbada boca abajo sobre la alfombra, se encontraba el cuerpo inerte de Blanca, cuyas manos se aferraban a la parte trasera de la cabeza en una postura que Laura describiría más tarde como atroz. Al intentar reanimarla, Laura comprobó que el rostro de su amiga estaba congelado en un rictus de dolor inenarrable. Temiéndose lo peor, la vecina llamó al servicio de urgencia, que llegó raudo solo para certificar la muerte de Blanca. Derrumbándose en el sofá, Laura no podía dar crédito al terrible drama del que estaba siendo actriz secundaria. Cintia, interrogada amablemente por una psicóloga del servicio de urgencias, guardaba silencio en estado de shock, sin dejar de abrazar la muñeca de su madre.

Aquella noche, en casa de los abuelos, Cintia arrancó el alfiler de la cabeza de la muñeca de trapo y lo guardó en el cajón más abarrotado del aparador del salón. A partir de ahora, la casa de sus abuelos sería su casa, donde crecería añorando el amor de unos padres que la habían dejado sola de manera repentina. Una casa que no era la suya, donde se sentiría triste durante muchos años.Justo en ese momento, una sierra radial se acercaba poco a poco a la frente de Blanca en la sala de autopsias del hospital forense. Aunque Blanca sintió por un instante el terrible dolor que le provocó la cuchilla al cortarle el cráneo, su muerte fue mucho más

rápida que la de su marido. Por suerte para ella, no sufrió cuando le rompieron el esternón y la abrieron en canal para sacarle los órganos.



CAPERUZITA ROJA

Hacía más de un mes que el manto oscuro de la plaga había caído sobre el Condado, cebándose sobre todo en los que vivían dentro de los muros de la ciudad. Desde su casa del bosque, alejada de las gigantescas murallas de piedra, Caperucita contemplaba con una mezcla de tristeza y miedo el aura anaranjada que asomaba por encima de las copas de los árboles. Enormes piras de cadáveres se alternaban con fuegos fuera de control. Desde donde se encontraba podía oír los gritos de dolor, pena y miedo, y hasta podía distinguir el hedor a carne quemada, como si fuera el macabro menú de la cena. Miraba hacia donde se encontraba la ciudad con los ojos entrecerrados, para enfocar mejor la vista, aunque lo único que conseguía distinguir eran los fulgores de las llamas iluminando el cielo nocturno. Hacía años que su visión había empezado a deteriorarse a pasos agigantados, y su madre era demasiado pobre para costearle las lentes que podrían corregir su problema. Esa expresión de concentrada atención le daba un atractivo especial a la

joven, que compensaba su defecto con un oído y olfato excepcionales.

Durante estas últimas semanas, Caperucita había escuchado historias terribles de muertos que se levantaban para atacar a los vivos. Una pesadilla sin precedentes. Por suerte o por desgracia, su madre y ella vivían solas en un claro del bosque, lejos de la ciudad. Desde que empezó la plaga, Caperucita tenía prohibido acercarse a las murallas. Se había resignado a no salir del bosque, pero eso no quitaba que echara de menos los paseos por calles asfaltadas y por plazas atestadas de críos y jóvenes apuestos. Cómo le gustaba la ciudad...

—¡Caperucita! —La voz de su madre le hizo volverse, dándole la espalda al brillo de antorchas e incendios—. Entra en casa.

La joven, de diecisiete años recién cumplidos, se arrebujó en la prenda que siempre llevaba puesta y que le había hecho ganarse el sobrenombre de Caperucita Roja. Se echó la capucha hacia atrás, dejando que el viento nocturno meciera su cabello rubio y rizado. Echando una última ojeada hacia los resplandores del cielo rojizo que sobrevolaba la ciudad, entró en la casa y atrancó la puerta por dentro.

Una sombra con forma humana se asomó por detrás del roble que le había servido de escondite. Era un hombre de ojos amarillentos y barba cerrada, poseedor de una sonrisa maléfica que mostraba unos dientes grandes y afilados, atributos que habían propiciado que en los barrios bajos que frecuentaba se le conociera con el apodo de el Lobo. Poco se sabía de él, aparte de que no era de fiar y que había visitado más calabozos que cualquier otro delincuente del condado.

El Lobo observaba a Caperucita desde hacía un par de días. Sabía que salía cada mañana con una cesta colgada del brazo y recorría un buen trecho hasta tomar una ruta entre los árboles que llevaba a una casa solitaria en mitad del bosque. A pesar de su defecto visual, ella avanzaba por la arboleda con la seguridad de un

montaraz. Entre ir y volver, la joven invertía alrededor de hora y media, sin contar el tiempo que pasaba en aquella casa perdida en mitad de ninguna parte. El día anterior, el Lobo la había visto salir con una señora de edad avanzada que caminaba bastante erguida a pesar de llevar sobre sus hombros un buen fardo de años. Escondido entre los arbustos, supuso que se trataba de la abuela. Había acertado. Una mujer anciana y sola en un lugar donde nadie oiría sus gritos. Probablemente escondería los ahorros de toda una vida en alguna parte de la casa. Babeó al imaginar el botín que obtendría en el asalto, y más aún al soñar con poseer el cuerpo espigado y virgen de Caperucita como propina.

Decidió que mañana sería el día. Un día glorioso en el que mataría dos pájaros con una misma flecha.

El sol alumbró la mañana, acompañado de los pocos pájaros que se atrevían a silbar sus melodías. No eran nada comparado con los conciertos de cantos que podían oírse antes de la plaga. Era como si gran parte de las bandadas hubieran decidido marcharse lejos, huyendo de esa atmósfera viciada que gravitaba sobre la ciudad y los bosques que la rodeaban. La madre de Caperucita abrió las contraventanas de su casa para comprobar que afuera no hubiera ninguno de esos monstruos de los que tanto se hablaba. Hasta ahora no había visto ninguno. Sabía que la epidemia se contagiaba por zarpazos y mordiscos, y donde ella vivía con su hija, o donde vivía su anciana madre, no había un alma que pudiera morderlas o arañarlas. Era de las pocas ventajas que tenía vivir fuera de las murallas.

Como cada mañana, preparó el pan, el queso y el resto de viandas que Caperucita le llevaba a la abuela. Madre e hija deseaban que la anciana se mudara a vivir con ellas, pero esta era testaruda como una mula vieja: «Aquí nací y aquí moriré», solía decir, «No me asustan ni los monstruos, ni la enfermedad ni nada de lo que el destino me traiga».

—¡Caperucita! —La chica apareció en el umbral de la puerta y su madre le tendió la cesta—. Lo de la abuela. Ya sabes, si ves a uno de...

La joven puso los ojos en blanco y terminó la frase.

—...esos monstruos, correré. No te preocupes, mamá, dicen que son lentísimos.

—No lo sabemos con certeza, todavía no hemos visto ninguno. —Le dio un beso en la mejilla—. Prométeme que tendrás cuidado.

—Hago esto a diario desde hace cinco años y nunca me he encontrado un alma en el bosque.

Caperucita dirigió sus pasos hacia el viejo camino que atravesaba el valle y la arboleda. Era una vereda salvaje y estrecha, prácticamente olvidada después de que se terminaran las obras de la carretera de piedra que rodeaba el bosque. Casi nadie transitaba por allí, a excepción de algún cazador camino de los montes, en busca de alguna pieza con la que alimentar a su familia o vender en el mercado.

Abandonó el camino después de un trecho y paseó campo a través, rodeada de árboles y matorrales, por ese bosque que conocía como su propia casa. Un bosque que hasta ahora le había ofrecido seguridad y felicidad, repleto de ardillas que brincaban de árbol en árbol, conejos que se le cruzaban raudos y ciervos que a veces se atrevían a contemplarla altivos, desde lo más alto de los cerros, como si le dieran permiso para atravesar su reino. Pero ahora los animales no se dejaban ver. Tal vez habían huido, o se ocultaban de la sombra que parecía poseer cada rincón del condado. A pesar de ello, nada asustaba a Caperucita. Ella continuaba caminando, sin prisas, sin miedo, incluso siendo consciente de que cualquier día podría encontrarse cara a cara con una de esas criaturas regresadas de otro mundo, hambrienta de carne humana.

El Lobo rodeó los arbustos que plagaban los alrededores de la casa de la abuela de Caperucita con pasos sigilosos. Tanteó la empuñadura del cuchillo que llevaba al cinto, embutido en una funda de cuero repujado y rematado por una pequeña borla de flecos. Aún no podía ver la casucha, ya que los árboles y matojos se lo impedían. Se preguntó si encontraría la puerta cerrada. Si era así, siempre podría romper una ventana, forzar la cerradura o echarla abajo, sin más. Por mucho que gritara la vieja, nadie la oiría. El Lobo avanzó en cuclillas hasta que vio algo que le hizo sonreír de oreja a oreja.

La puerta no solo estaba abierta: la abuela estaba fuera, agachada junto a un tocón de los que se utilizan para partir leña. La espió desde la espesura. La anciana jadeaba con violencia, como si le estuviera dando un ataque. El Lobo cruzó los dedos. Si la anciana se moría sola, ni siquiera tendría que mancharse las manos de sangre. Se aproximó un poco más al claro, y entonces los ojos de la vieja se clavaron en él. Estaba pálida como un muerto. La mano de la anciana se volvió hacia él con gesto suplicante. El Lobo vio una ocasión inmejorable para acercarse a ella e interpretar uno de los papeles que mejor se le daban, el de tipo amable que te apuñala por la espalda cuando menos te lo esperas.

—¡Señora! —exclamó—. ¿Qué le pasa? ¿Puedo ayudarla?

No respondió. Sus ojos, desorbitados, lo miraron implorantes. Él se agachó junto al tocón y ella se le agarró al cuello. Los brazos le temblaban. La ayudó a incorporarse y la anciana señaló un lugar indefinido detrás de la casa.

—Vamos dentro. —Se echó el brazo izquierdo de la abuela por el hombro a la vez que la sostenía por la cintura—. ¿Puede hablar?

Ella parecía no escuchar. Estaba como ida. Mientras cruzaba el umbral de la puerta, la abuela mantenía los ojos clavados en algún lugar más allá de la pared este de la cabaña. El Lobo estaba tan excitado por haber encontrado una situación tan propicia para su asalto que ni siquiera se percató de las gotas de sangre que

goteaban del codo de la anciana, cubierto por la manga negra del vestido.

Una vez dentro, el Lobo cerró la puerta de una patada. La fingida preocupación por la vieja se tornó de forma súbita en violencia. La zarandeó sin mostrar una pizca de compasión, intentando que reaccionara y pudiera hablar. Ella lo miró con los ojos aún más espantados de lo que ya los tenía. Su cabeza se agitaba cada vez que el Lobo sacudía su cuerpo debilitado por tantos inviernos.

—¡Se acabó el ser amable, vieja! —rugió—. ¡Me vas a dar todo lo que tengas de valor, y me lo vas a dar ahora!

La abuela se agarró a sus muñecas, con las piernas a punto de fallarle. El Lobo la abofeteó, pero ni siquiera así pareció volver de aquel lugar lejano donde su mente se había refugiado. El bandido hizo un reconocimiento rápido a la casa: una habitación principal que ocupaba toda la primera planta y que albergaba el hogar, una mesa y poco más. Al fondo, unos peldaños de madera desgastados conducían al piso superior. El Lobo arrastró a la anciana escaleras arriba. Ella no oponía resistencia, pero tampoco ayudaba en la ascensión. Por fin culminaron los dos tramos que desembocaban en un dormitorio presidido por la amplia cama donde la mujer dormía sola desde que enviudara hacía ya dos décadas. El Lobo la arrojó al suelo y desenfundó el cuchillo. Se lo preguntaría por última vez. Si no colaboraba, mataría a la vieja sin más contemplaciones. La casa tampoco era tan grande. Si había algún tesoro escondido, no sería difícil encontrarlo.

—¿Dónde está el dinero? ¿Y las joyas?

Ni siquiera el brillo intimidador de la hoja de acero la hizo reaccionar. Sentada en el suelo, la abuela de Caperucita miró con ojos vidriosos a su asesino que, harto de esperar una respuesta, le clavó el arma en el pecho hasta la empuñadura. No gritó. Tan solo dejó escapar el poco aire que quedaba en sus viejos pulmones y murió en silencio.

El Lobo echó un vistazo debajo de la cama. Allí no había nada, pero aprovechó el espacio vacío para ocultar el cadáver. Cubrió la mancha de sangre del suelo con una de las alfombras que había a ambos lados del lecho. Decidió posponer el registro de la casa hasta acabar con Caperucita, que estaría al llegar. Tenía que sorprenderla dentro y evitar que saliera corriendo y se internara en el bosque. Si conseguía escapar, no le sería difícil llegar a la ciudad y alertar a la guardia. Ya había estado alguna que otra vez a punto de colgar de una soga y no le apetecía repetir la experiencia. Abrió el armario de la abuela y se encontró con su escueto vestuario colgado en perchas de madera. En ese momento, ideó un plan que tal vez sorprendería a la joven. Sin pensárselo dos veces, se puso un camisón. Le quedaba estrecho y corto, pero si se metía dentro de la cama no se apreciaría. Un gorro de dormir remataría el disfraz. Por suerte para él, aquella pobre niña tenía la vista de un topo.

El Lobo se acomodó en la cama de la abuela y se tapó con la colcha hasta la nariz. Ahora solo quedaba esperar.

El hedor a cadáver abofeteó a Caperucita. Entrecerró los ojos y enfocó la vista hacia la casa. Ojalá pudiera comprarse unas lentes para no tener que hacer aquello. Sin soltar la cesta que contenía la comida, se acercó con pasos cautelosos al claro. No tardó en divisar un bulto grisáceo al lado de la pared este. Se aproximó un poco más, luchando contra el miedo. ¿Y si era la abuela? Cuando estuvo a su altura distinguió perfectamente la figura de un hombre muerto que olía a mil pares de demonios. Tenía el hacha con la que la abuela cortaba leña incrustada en la cabeza.

Caperucita apoyó un pie en el pecho de la criatura y recuperó el hacha de un fuerte tirón, lo que liberó un combinado de sangre, pus, astillas de hueso y trozos de cerebro. Conteniendo la respiración para no vomitar, se acercó un poco más para observar su aspecto. Estaba claro que había sido un hombre, tal vez incluso joven y bien parecido; su piel había adoptado un tono gris verdoso mortuorio; sus dedos, descarnados, se habían agarrotado hasta formar unas zarpas

huesudas y afiladas; sus labios se habían retraído hasta mostrar unos dientes infectos que causaban pavor. Un monstruo en toda regla. Y su abuela había tenido el valor suficiente para matarlo. Caperucita se juró a sí misma que de aquel día no pasaba, la llevaría a casa de su madre, aunque fuera a rastras.

Con la cesta en el brazo izquierdo y el hacha en la diestra, se dirigió a la casa, rezando para que aquella cosa no hubiera mordido a la abuela. Para su intranquilidad, encontró la puerta de la cabaña entornada. A causa de su mala visión, Caperucita no advirtió las gotitas de sangre que manchaban el suelo del salón y marcaban el camino escaleras arriba.

—¿Abuelita? —llamó, sujetando el hacha un poco más fuerte, a la vez que dejaba el canasto encima de la mesa—. ¿Abuelita?

Oyó el sonido de una tos apagada procedente del piso de arriba. Agarró el hacha con las dos manos y subió peldaño a peldaño, intentando que la madera no crujiera demasiado. Cuando llegó al dormitorio, intuyó la silueta de la abuela arrebujada en el cobertor. Dejó el hacha apoyada en el quicio de la puerta y se quedó de pie, entrecerrando los ojos para poder verla mejor. Le daba reparo acercarse demasiado. Si aquella cosa la había mordido, podría ser peligroso.

—Abuelita. —La voz surgió de sus labios como un susurro ahogado—. ¿Estás bien?

El Lobo intentó imitar el tono frágil de una anciana. No le salió del todo mal.

—Me he caído ahí fuera y me he dado un golpe muy fuerte.

Tosió tres veces para justificar la ronquera.

—Abuelita, qué voz más ronca tienes...

—Me golpeé el pecho. Me duele bastante, pequeña.

Caperucita dio un paso más y los ojos del Lobo brillaron de lujuria. Era una preciosidad. Debajo de las sábanas, comenzó a ponerse nervioso.

—Abuelita, tienes los ojos raros. Se te ven muy grandes...

—Son para verte mejor, querida mía —pronunció el Lobo con voz aflautada.

La joven enfocó su vista borrosa en las manos que sujetaban el embozo.

—Abuelita, qué manos más grandes tienes. Nunca me había fijado en ellas...

—Son para abrazarte mejor. Ven conmigo, niña, y dame un abrazo.

A Caperucita le extrañó que no mencionara el encuentro con el monstruo, pero dedujo que la anciana no quería asustarla. ¿Y si le había mordido? Se encontraba en un dilema. Optó por tener precaución, pero no podía negarle un abrazo a la abuela después del trago que acababa de pasar.

El abrazo fue más fuerte de lo esperado. La cara de quien creía su abuela se hundió en la base del cuello y empezó a besarlo. Entonces se percató de que su olor era diferente. Trató de separarse, pero el abrazo se lo impidió. Fue entonces cuando notó una lengua en el hombro, intentando colarse por la blusa que llevaba debajo de la capa roja. Armándose de valor, agarró la cabeza de la abuela y la miró de cerca, para encontrarse cara a cara con el rostro del Lobo, que le enseñó los dientes en una sonrisa escalofriante.

—¿No me preguntas por qué tengo los dientes tan grandes, zorra?

Caperucita gritó de terror. Una de las manos del Lobo intentó agarrarle un pecho, mientras la otra la inmovilizaba como una zarpa de hierro. Trató de escapar, pero pronto se dio cuenta de que

cualquier esfuerzo sería inútil. Aquel desconocido era mucho más fuerte que ella. Los dedos de su agresor arrancaron los botones de la blusa, dejando al descubierto la ropa interior blanca de la joven. Caperucita no paraba de moverse, resistiéndose como podía a los deseos viles de aquel degenerado.

De repente, los ojos y la boca del Lobo se desorbitaron. La presión de su abrazo se aflojó y empezó a aullar como un loco. Los alaridos se convirtieron en una letanía escalofriante. Intentaba levantarse de la cama, pero algo se lo impedía. Caperucita rodó y cayó al suelo.

Lo que vio debajo de la cama la llenó de terror.

Su abuela, vomitando una especie de icor negruzco que olía a sangre y entrañas, había hundido sus manos en el colchón y había apresado al Lobo desde abajo. La sangre de este, mezclada con la de la abuela, comenzaba a formar un charco. El colchón se hundió entre los travesaños de la cama, la anciana tiraba del Lobo, atrayéndolo hacia sus fauces hambrientas. Las plumas formaban ahora una pasta blanca que resaltaba sobre los líquidos parduzcos de la abuela. Caperucita se puso en pie de un salto. Sin dudarlo, cogió el hacha que descansaba contra el quicio de la puerta y se abalanzó sobre el Lobo.

La hoja de acero le hendió la cabeza, acabando con él en el acto. No volvería a levantarse más, ni vivo ni muerto. Caperucita tiró del hacha y varios chorros de sangre flagelaron las paredes del dormitorio. Con los ojos empapados de lágrimas, observó cómo su abuela salía de debajo de la cama, reptando y gruñendo como un animal. Ya no le cupo duda de que la criatura que yacía fuera de la casa la había mordido antes de que pudiera acabar con él. Su querida abuela, una mujer valiente que le había salvado la vida hasta después de muerta.

—Abuelita...

El rostro de la anciana era una mezcla de sangre negra y roja, putrefacción y plumas. Los ojos, amarillos y surcados por telarañas de venas violáceas, se fijaron en su nieta. Caperucita levantó el hacha, pero se vio incapaz de descargar un golpe contra ella. El monstruo en que se había transformado la abuela se lanzó a darle un último abrazo, que culminó en un mordisco en el hombro que le dolió a Caperucita hasta en el alma.

«Abuelita, qué dientes más grandes tienes», pensó.

Una voz en su mente inventó la respuesta de la abuela.

«Para comerte mejor».

El instinto de supervivencia superó al cariño que sentía hacia la mujer que había dado a luz a su madre. La apartó de un empujón y se llevó consigo un trozo de carne como trofeo a su voracidad. Levantando el hacha por encima de la cabeza, Caperucita se despidió de ella.

—Adiós, abuelita. Descansa en paz.

El hacha cercenó media cabeza de la anciana, que cayó al suelo, inerte. Caperucita miró el dormitorio bañado en sangre. Por fortuna, su mala visión le ahorró ver los detalles más escabrosos. Respiró hondo y se palpó la herida del hombro. Pronto sería uno de ellos. Estaba condenada.

Pero aún era humana, y estaba viva. Abrió el armario de la abuela y se miró en el espejo que había en el interior de la puerta. Se abotonó de nuevo la blusa y se compuso la capa roja que tanto le gustaba. En ella, la sangre pasaba desapercibida. Respiró hondo, porque no sabía cuándo dejaría de hacerlo. Se cubrió con la capucha y contempló su reflejo por última vez. Con el hacha en la mano, descendió las escaleras y salió al bosque.

Volvió a llenar sus pulmones de aire. Ahora podía oler cosas nuevas, sangre y carne fresca. Un aroma salvaje y delicioso que parecía proceder de todas partes. Los animales se ocultaron en sus

madrigueras. Con pasos lentos y arrastrando el hacha, que cada vez le pesaba más, Caperucita se dirigió hacia donde más alimento encontraría.

A la ciudad.

Antes de la noche, la última pizca de humanidad había desaparecido de aquella joven hermosa y corta de vista a la que llamaban Caperucita Roja. Unos cuentan que mató a muchos antes de que la guardia acabara con ella; otros que regresó a su casa y devoró a su madre.

Y hay quien afirma haberla visto vagar por el bosque, enfundada en su capa roja, arrastrando tras de sí un hacha manchada de sangre.



«Whiskyman es mi amigo,
está conmigo, siempre cerca de mí.
Cada vez que bebo me acompaña,
y nos ponemos a gusto...»
(The Who)

Jueves, 18 de julio de 1963
Dos días antes del eclipse total de sol
La noche en que todo comenzó

A las nueve y media de la noche del jueves, el vocerío de los jóvenes y la música de los autorradios convertían el murmullo del río Penobscot en una suerte de ruido blanco que acababa pasando desapercibido para todos. Había al menos veinte coches aparcados en el estacionamiento del Shelley's Dream, uno de los bares de Old Town que permanecía abierto hasta bien entrada la madrugada. El Shelley's Dream se encontraba justo a la salida del puente que

comunicaba la zona residencial de French Island con la margen izquierda del río. Un buen local para tomar una copa después del trabajo, intentar ligar con la divorciada de turno o, simplemente, comer alguno de los colesterólicos manjares de su cocina.

Shelley Randall, la propietaria, atendía la barra junto a un joven camarero llamado Brad, un tipo cumplidor y de pocas palabras, poseedor de un oído y una mirada neutra diseñadas por Dios para escuchar, impasible, historias de borrachos. Shelley, mucho más locuaz y pizpireta que Brad, tenía una edad indefinida escamoteada detrás de un peinado exuberante y un maquillaje estratégico. Su cuerpo, glorioso en la década de los cuarenta, conservaba mucho de su atractivo veinte años después. No eran pocos los jovenzuelos que le tiraban los tejos mientras les servía una copa. Aun siendo cuarentona, tenía un escote de lo más interesante. Shelley se pasaba por el arco del triunfo la prohibición de venta de alcohol a menores de veintiún años; le pondría por delante una cerveza al mismísimo Niño Jesús si pagaba el medio dólar que costaba. «El negocio es el negocio», solía decir. A sus pretendientes les daba la coba justa para que se fundieran hasta el último centavo en su establecimiento, luego los echaba con buenas palabras y los emplazaba hasta la próxima. Hasta la próxima vez que tuvieran dinero, claro.

La cocina del Shelley's estaba al mando de Leroy, un mastodóntico cocinero negro que parecía capaz de fabricar la carne picada de las hamburguesas triturando vacas vivas con las manos. Enfundado en un uniforme blanco salpicado de grasa, sus ojos refulgían como bombillas cuando vociferaba las comandas a Tammi y Lisa, las camareras encargadas de las mesas. Ambas eran jovencitas, mascadoras compulsivas de chicle y contestonas por naturaleza, por lo que la fiesta estaba servida. No había orden que no llevara consigo una discusión, un intercambio de imprecaciones y una intervención a tiempo de Shelley que, como jefa eficiente, impedía que la sangre llegara al río. Shelley nunca se tomaba demasiado en serio estas peleas: estaba convencida de que a sus

parroquianos les encantaban. Seguro que lo consideraban uno de los atractivos del establecimiento.

Shelley's Dream era un local grande. Contaba con dieciséis mesas de cuatro asientos cada una destinadas a los hambrientos, y una barra bien larga que acogía a los sedientos, que eran mayoría, sobre todo por las noches. Una mesa de billar con más cicatrices que el monstruo de Frankenstein y un jukebox Wurlitzer, con unos neones capaces de dejar en vergüenza al Caesar's Palace, completaban el mobiliario del bar.

—¡Shelley! —llamó una voz desde el extremo de la barra más cercano a la puerta de los lavabos; era el rincón más oscuro y sombrío de todo el bar—. ¿Me pones un Jack Daniel's, por favor?

—Ahora mismo, Bernie —respondió ella, mientras preparaba cuatro cervezas destinadas a una mesa ocupada por sendos tipos con pinta de camioneros—. Estoy contigo en un segundo.

Me había olvidado de un elemento perenne de la decoración del Shelley's Dream, de martes a domingo, a partir de las ocho de la tarde: Bernie Steinhardt, uno de los borrachos oficiales de Old Town, y tal vez el más querido por todos. Tenía unos cuarenta años, espaldas algo cargadas y expresión melancólica. No era ni feo ni guapo, ni gordo ni flaco. Tan solo un tipo más que aficionado al alcohol, sin oficio ni beneficio, que jamás se metía con nadie. Su traje de chaqueta, adquirido por su difunto padre durante la crisis del veintinueve, aún estaba en uso, algo raído por algunas zonas, pero siempre limpio. Dos parches ovalados escondían sendos rotos en los codos. Doris, su anciana y sufrida madre, se ocupaba de mantenerle decente y arreglado, a pesar de *su problema*. Era ella, con su pensión, quien mantenía a su hijo, cuyo currículum se reducía a haber combatido en Italia durante cinco minutos, el tiempo suficiente para que una bala alemana lo mandara de vuelta a casa. De sus aventuras en Europa se trajo una fea cicatriz en la pierna y un corazón púrpura que su madre veneraba como si fuera el Santo Grial. Al fin y al cabo, era todo lo que Bernie había conseguido en la

vida, aparte de una buena colección de comas etílicos e innumerables resacas que combatía con más dosis de alcohol.

El único consuelo que le quedaba a Doris era que su hijo, por muy alcohólico que fuera, nunca había tenido problemas con la ley. Jamás buscaba pelea y evitaba cualquier pleito. Tampoco dejaba deudas en los bares, lo que era toda una hazaña para alguien como él. Por otro lado, hacía tiempo que había abandonado la idea de buscar trabajo. Cuando eres uno de los borrachos oficiales de una comunidad pequeña como Old Town, ya puedes ser licenciado en física nuclear que todas las puertas se te cierran en la cara con siete candados de seguridad. Su madre le proporcionaba a diario dinero para su problema —como ella lo llamaba—, él gastaba hasta el último centavo y regresaba dando tumbos a casa, donde lo peor que hacía era mearse en la cama. Doris daba gracias a Dios mientras lavaba las sábanas: mucho peor lo tenía la pobre Marsha Jenkins con su marido. Ese sí que tenía un problema, y ella también. Cada vez que Ron Jenkins bebía —cosa que sucedía con bastante frecuencia—, llegaba a casa tambaleándose, le recordaba a Marsha sus obligaciones como esposa y, a empujones, la arrojaba sobre la cama de matrimonio. Marsha, que vivía en un estado perpetuo de terror, jamás se atrevió a oponerse a sus deseos. Lo peor de todo es que la polla de Ron era lo primero que se le dormía con el alcohol. Cuando fracasaba en el intento de mantener su pingajo tieso, Ron la emprendía a correazos con ella. Marsha, una mujer que un día fue guapa, y que con apenas cuarenta años aparentaba tener la edad de Doris. Azotada por el cuero del cinturón y asfixiada por la vida de mierda que llevaba, había acabado convertida en un fantasma. Bernie, en cambio, nunca levantó la voz a su madre —ella no se cansaba de decir que era *un buen niño*—, aunque se hubiera metido entre pecho y espalda una botella de Jack Daniel's.

Y precisamente fue un Jack Daniel's lo que le sirvió Shelley Randall a Bernie Steinhardt la noche del 18 de julio de 1963. Bernie era un bebedor especializado, nunca se le había visto con una cerveza, degustando una copa de vino o zumbándose un golpe de

tequila. Bernie solo bebía whisky. Cuando su madre se mostraba generosa —como aquella noche—, elegía Jack Daniel's; cuando andaba corto de pasta, se castigaba con el bourbon más barato del Shelley's Dream, un whisky no identificado ideado originalmente para preparar cócteles molotov. Esa noche, con veinte dólares en el bolsillo, Bernie se sentía Aristóteles Onassis.

—¿Cómo estás hoy, Bernie? —le preguntó Shelley mientras le servía el whisky.

—Bien. Hoy espero a alguien. —Bernie aún no había comenzado a beber y hoy se le veía especialmente fresco—. Debe de estar a punto de llegar.

—No me digas que tienes una cita. —Shelley le guiñó el ojo—. Si es así, le diré al reverendo Mirren que toque la campana de la iglesia.

—No, no es lo que piensas —rio—, ojalá. Es un amigo. Lo conocí anoche, está de paso por Old Town. Es un tipo extraño, pero muy agradable.

Shelley apretó la mano de Bernie durante un segundo. Le caía bien. Siempre en su penumbroso rincón de la barra, prácticamente invisible a las miradas de la clientela, Bernie jamás daba la lata, nunca dejaba un bigote ni molestaba a nadie.

—Pues espero que no tarde. Te dejo, ¿vale? Tengo que seguir trabajando. Si necesitas algo, silba.

Bernie la despidió con la mano, agradecido, y se concentró en su vaso de whisky. De repente, una voz lo sorprendió a su espalda.

—Buenas noches. No he llegado demasiado tarde, ¿verdad?

Bernie se giró en el taburete, saludó al recién llegado con una sonrisa y elevó el whisky hacia él.

—Me alegro de verte. ¿Quieres tomar algo? Te invito, hoy tengo pasta.

El hombre meneó delante de sus ojos un vaso lleno que apareció como por arte de magia en la mano. El whisky que contenía parecía oro puro.

—Perdona, no he visto a Shelley servírtelo —dijo Bernie, extrañado.

—No es de Shelley, es de mi propia cosecha. —El recién llegado se abrió la chaqueta y le mostró una botella sin etiqueta, llena hasta arriba—. Nunca has probado algo como esto. Hoy la priva corre de mi cuenta.

Bernie echó un vistazo de reojo a Shelley, que en aquel momento imponía paz en una de las trifulcas de Leroy con Lisa y Tammi, quienes lo calificaban —paradójicamente— de negrero.

—Si nos pilla consumiendo bebidas de fuera se cabreará —advirtió Bernie, que lo último que deseaba era ser desterrado del Shelley's Dream, aunque fuera temporalmente.

El hombre desestimó la idea con un gesto.

—No se enterará. Deja ahí tu Jack Daniel's para despistar y prueba este.

Le sirvió un vaso por debajo de la barra, de forma que Shelley no pudiera verlo. Al parecer, el tipo no solo llevaba la botella encima, sino también la cristalería. Bernie mojó los labios en el brebaje dorado. Le pareció lo mejor que había probado en la vida. Era increíblemente suave, mucho menos amargo que el whisky habitual, y embriagaba los sentidos como una nube mágica. Se sintió más fuerte y seguro que nunca.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas? —preguntó Bernie—. A veces me falla la memoria.

Estuvo a punto de añadir «por culpa del alcohol».

—Bonamí —respondió el hombre, olfateando su bebida antes de darle otro sorbo—. Puedes llamarme Bonamí.

Bernie estudió el rostro de su amigo. Era delgado, de tez pálida y pómulos abultados, como si su calavera pugnase por salir a través del pellejo de las mejillas. Sus ojos tenían una mirada fría y mortecina, y sus labios eran finos y rectos. Podría pasar por un lord inglés, elegante y decadente a la vez. Vestía un traje negro de corte rancio muy acorde a su aspecto físico.

—Este whisky es formidable —celebró Bernie—, pero me da apuro que me invites durante toda la noche.

—Eso no tiene que preocuparte, amigo Bernie. Siempre que necesites que te llene la copa, te la llenaré. Eso no va a ser problema.

—¿No vas a dejar que pague ni una?

Bonamí negó con la cabeza. Los músculos de su rostro no se movieron ni un milímetro.

—De ningún modo. Somos dos lobos solitarios. Tú me ofreces compañía y yo el mejor whisky que hayas probado jamás. El monedero de tu madre también se merece un descanso. Mientras esté en Old Town, no te faltará un trago, ni a mí conversación.

Bernie alzó el vaso y se echó a reír.

—Muchas gracias, Bonamí. Eres como uno de esos superhéroes tan de moda últimamente. Podrías ser... —Bernie pensó un nombre durante unos segundos—. Ya está, Whiskyman.

Bonamí se echó a reír. Entrechocaron los vasos y bebieron a la vez. Desde su escondite en las sombras de la esquina, observaron a la clientela del bar. La mayor parte de ellos charlaba con una cerveza en la mano. Los camioneros de la mesa pedían otra ronda, con sus cabezas tocadas por gorras con emblemas de equipos de beisbol. Unas jóvenes, que ni por asomo tenían los veintiuno necesarios para tomar alcohol, jugueteaban con unos martinis tratando de poner cachondos a unos estudiantes pazguatos que evitaban sus miradas, enrojecidos por el rubor que causa la virginidad masculina. En la

cocina, Leroy anunciaba con voz de trueno que dos hamburguesas con queso y un perrito caliente acababan de salir de la plancha. Bernie y Whiskyman dominaban la escena desde su escondrijo, comentando como dos buenos amigos todo lo que acontecía en el Shelley's Dream. Hacía años que Bernie no se lo pasaba tan bien. Bonamí era generoso, ingenioso y mordaz. Un compañero inmejorable de borrachera. En silencio, Bernie deseó que el día de la marcha de Bonamí quedara muy lejos.

Continuaron bebiendo del whisky de contrabando sin que Shelley se percatara de ello. Ella echó un vistazo a la esquina y se extrañó al ver el Jack Daniel's de Bernie intacto. Se encogió de hombros y no hizo el menor comentario. Siguió sirviendo bebidas a sus clientes y dejó a Bernie y a Bonamí en paz, inmersos en las tinieblas de la peor esquina del bar.

Pero la noche aún no había terminado. Algo estaba a punto de pasar. Algo que iba a cambiar el rumbo de la noche de Bernie Steinhardt.

Lo que ocurrió más tarde no fue en absoluto agradable.

Roger *Jet* Campbell era la oveja negra del rebaño de tres de Gordon Campbell. Su hija mayor, Sarah, tenía veinticuatro años. Había terminado con nota su carrera de música —que nunca llegaría a ejercer—, tenía un novio formal —licenciado en Derecho— que había empezado a trabajar en un bufete de Bangor y estaban a punto de casarse por la Iglesia. Como su padre decía, «Al menos a esta ya la tengo colocada».

Gary, el pequeño de los Campbell, pronto cumpliría los catorce. Brillante en sus estudios, comedido en sus modales y muy pegado a las faldas de su madre, jamás dio un problema a la familia. Todo lo contrario que su hermano Jet, que calificaba a Gary como el aspirante perfecto a *maricón del culo*.

Jet tenía veinte años recién cumplidos, de los cuales había pasado más de cuatro en el reformatorio. Cometió su primer delito a

los quince. Una noche de sábado, bastante pasado de cerveza, decidió robarle el coche a un vecino. Este lo denunció sin piedad, a pesar de que Gordon Campbell le rogó de rodillas que no lo hiciera. Claro está que Gordon tampoco tenía los dos mil dólares que costaban los arreglos del Chevrolet, que había acabado sus días estampado contra un roble, con Jet al volante. Sin dinero para cubrir las espaldas de su hijo, Jet fue confinado en el reformatorio de Castle Rock en marzo de 1958. En un principio, tendría que cumplir ocho meses de internamiento.

Al final, cuadruplicó su condena.

En lugar de redimirse de sus pecados, allí se juntó con la flor y nata de la delincuencia juvenil de Maine. Más inteligente y preparado que los chavales de barrio que arrastraban su juventud quebrada de reformatorio en reformatorio, no tardó en convertirse en un líder. Su cuerpo atlético y fibroso, junto con su mala leche y falta de escrúpulos, le permitieron mantener a raya a lo peor del centro y hacerse un sitio entre los más fuertes. Jet participó en trifulcas día sí y día también. Incluso se vio envuelto en una reyerta donde un joven acabó en la enfermería con un pincho enterrado en el glúteo. Aunque no pudieron probar su culpabilidad —inventaba coartadas maestras corroboradas a pies juntillas por sus lacayos—, era *vox populi* que él había sido el autor de la puñalada. Al final, entre una cosa y otra, se chupó casi cinco años de reformatorio. Su regreso a casa no fue celebrado por nadie de la familia. Eso sí, los pandilleros de chupa de cuero, navaja automática y nada que perder más que la vida lo recibieron como un héroe. También fue objeto de admiración de las típicas chavalas idiotas con ansia de riesgo. Chicas bien que caen en las redes de los malos para acabar tres años después protegiendo a su bebé, con su cuerpo como escudo, de las palizas de sus padres, asesinos en potencia. Porque Jet tenía el atractivo letal de los asesinos, aunque nunca hubiera matado a nadie.

Esa noche de jueves, Jet llegó al aparcamiento del Shelley's Dream en el asiento del copiloto del Pontiac Silver Streak de Buzz Willard. Buzz, con su cara de boxeador sonado, estaba al volante. En

el asiento trasero, empalmado como un mono en celo, Les Harrison soportaba el peso de Bonnie Anonby, una rubia de bote de tetas puntiagudas capaz de exhalar por su boca más humo que el USS Missouri a toda máquina. En su bolso, además de un pintalabios y un monedero, había paquetes de Marlboro para amurallar Old Town. Apretujadas a su lado, y sin dejar de reírse como si estuvieran drogadas —no estaban ni drogadas ni bebidas, simplemente eran tontas de serie—, Carol Preston y Amber Delano señalaban un hueco libre en el aparcamiento, como si Buzz no lo hubiera visto ya. El habitáculo de aquel coche reunía a los tres individuos menos prometedores de todo el estado de Maine con tres de las jóvenes más simples y facilonas del instituto. Todo un plan.

—¿Vas a invitarme a una Pepsi? —preguntó Amber a Buzz, besuqueándole la oreja; él, que era tan romántico como un vikingo, intentaba zafarse de ella a cualquier precio—. ¿Por favor, por favor, por favor?

Jet la miró de reojo. Su boca, de labios estrechos, compuso una mueca de asco.

—Esta noche nada de Pepsi. Elegid, ¿cerveza o whisky?

—¿Nos servirán alcohol ahí dentro? —se preguntó Buzz en voz alta. Aún no había cumplido los diecinueve.

—Si tienes dinero, la zorra de Shelley Randall te vende a su madre en bragas y sostén —dijo Les, que en su interior se sentía triste porque pronto se apearían del coche y él acabaría con un calentón de mil pares de demonios y sin el agradable peso del culo de Bonnie Anonby sobre él; con un poco de suerte, esta noche conseguiría emborrachar a Carol Preston. Con Bonnie no tenía nada que hacer. Por las miradas que había detectado durante el trayecto en coche, ella estaba más interesada en Jet que en él, aunque eso no había sido obstáculo para ponerle a cien por hora, probablemente adrede.

Jet fue el primero en salir del coche, como manda el manual del lobo alfa. Los demás abandonaron el Pontiac y se dispusieron por parejas. Como Les había profetizado para sus adentros, Bonnie se colocó a la izquierda de Jet, lanzándole una bocanada de humo a la cara, que ella consideró sexy y él molesta. Amber se montó a caballo de Buzz, que soportó el peso gruñendo. Por descarte, Les pasó el brazo por la cintura de Carol, y esta se dejó hacer. La joven tenía la tez pálida, ojos negros del montón y un pelo negro peinado con laca que la hacía diez centímetros más alta. A Les no le entusiasmaba la chica, pero si se le ponía a tiro, se la metería sin pensárselo dos veces. Una muesca más en su Colt, aunque tampoco es que su Colt tuviera muchas. Con un movimiento disimulado, comprobó que llevaba los condones en el bolsillo. Ahí estaban. La máquina de sexo solo necesitaba ahora suficiente alcohol para engrasarse y una hembra receptiva como Carol.

Caminando en cuadrilla, entraron en el Shelley's Dream como si fueran uno. La dueña del bar frunció el ceño en cuanto detectó la presencia del sexteto cruzando la puerta de entrada. Les y las niñatas no la preocupaban demasiado —Les era bocazas y provocador, pero era sabido por todos que acababa meándose en los pantalones si alguien le hacía frente—, pero a Jet y a Buzz les precedía una mala fama más que merecida. Shelley captó cómo algunos de sus clientes murmuraban al paso del grupo, incómodos, sobretodo, por Jet. Desde el mostrador que comunicaba la cocina con el bar, Leroy les dedicó una mirada corrosiva con sus ojos ahuevados.

—Buenas noches —saludó Jet con su mejor sonrisa; cuando quería podía ser extremadamente educado. Y era precisamente cuando se mostraba extremadamente educado cuando más miedo daba—. ¿Podría ponernos unas cervezas, señora Randall?

Shelley estudió los modales de cobra de Jet. Acostumbrada a bregar con tipos duros, Shelley no se achantó.

—Si os portáis bien, sí.

Mantuvieron un duelo de miradas unos segundos. La sonrisa de Jet se le antojó burlona, y Shelley sintió que le hervía la bilis. De buena gana los habría echado, a él y a su rebaño de borregos. Pero Shelley tenía muchos años de barra a sus espaldas y sabía que si los mandaba a la mierda desencadenaría una bronca que, en el mejor de los casos, echaría a perder una noche inmejorable de jueves. Jet dejó unos billetes encima de la barra.

—Seis Budweiser, por favor —pidió, sin dejar de sonreír.

—¡Yo quería una Pepsi! —protestó Amber.

—Cállate —le ordenó Buzz, taladrándola con la mirada—. Beberás cerveza, como todo Dios.

Amber miró a Shelley pidiendo auxilio, pero esta le sirvió una cerveza sin piedad, como a todo Dios. «Que se joda», pensó, «tiene lo que se merece. Seguro que hay una docena de buenos chicos detrás de ella en el instituto y ella les da de lado para convertirse en la zorrita de esta panda de capullos». Con un gesto brusco, Shelley recogió los billetes de la barra. Jet repartió las botellas sin perder la sonrisa lobuna.

—¿Veis qué fácil?

Desde su esquina, Bernie y Bonamí observaban en silencio a los jóvenes. Los ojos diminutos de Bonamí estudiaban al grupo con atención.

—¿Quiénes son?

—El alto y delgado se llama Roger Campbell, pero todo el mundo lo llama Jet —informó Bernie en un susurro—. Conozco a su padre, Gordon Campbell. Un buen hombre. Lástima que le haya tocado ese regalo de hijo. Al cara de mono no lo conozco, y el otro es Lester Harrison. Me sorprende verlo con Jet. Siempre fue un chico revoltoso, pero de ahí a juntarse con alguien como él...

—¿Y las chicas? —De repente, Bonamí cayó en que su amigo tenía el vaso vacío—. Oh, perdona, ya acabaste tu whisky. Aquí

tienes otro. —Bernie le guiñó un ojo, agradecido—. ¿Las conoces?

—Me suenan. Old Town es una ciudad pequeña, alguna vez me las habré tropezado, pero no sé cómo se llaman.

Bonamí asintió. Era lógico que no lo supiera. El horario de Bernie no coincidía con el de la gente normal. Mientras todo el mundo trabajaba, estudiaba, se bañaba en el río o iba a la compra, él vegetaba en su cuarto, luchando contra la resaca que precedía a la siguiente borrachera. Y así sería hasta que su hígado aguantase, por los siglos de los siglos, amén.

Fue cuestión de tiempo y tres rondas de cerveza que Jet y sus acólitos se fijaran en Bernie. Lo siguiente que pidieron fue whisky para ellos. Las chicas iban entonándose con la cerveza, así que les permitieron seguir bebiendo Budweiser. Tampoco las querían en coma etílico. Era mucho más divertido cuando movían bien el culo sin vomitarles encima. Jet, Buzz y Les no paraban de mirar a la esquina donde Bernie y Bonamí bebían en silencio. Carol, la del pelo a lo Audrey Hepburn, distrajo la atención de los chicos durante unos instantes.

—¿Os habéis enterado de lo del eclipse total? Dicen que la luna ocultará el sol este sábado...

—No jodas —rezongó Buzz—. ¿Cómo va a ser eso?

—Lo vi esta mañana en el periódico. Llevan semanas hablando de eso. Espera un momento. —Carol llamó a Shelley, que en aquel momento secaba unos vasos con un trapo blanco y cara de pocos amigos—. Señora, ¿tiene por ahí el diario de hoy?

Shelley giró sobre sus talones y buscó junto a la vieja caja registradora. Removió unos papeles y sacó un ejemplar del Bangor Daily News que parecía tener diez años, a pesar de ser del día. La clientela del Shelley's Dream no era demasiado cuidadosa, y las manchas de café, mantequilla de cacahuete y grasa en general convertían el periódico en una gigantesca servilleta usada. Carol le dio las gracias con un gesto y buscó la noticia.

—Aquí está: «El próximo día 20 de julio tendrá lugar un eclipse total de sol que podrá ser observado desde Maine a partir de las 17:41, hasta las 17:45...». —Carol continuó leyendo en silencio; al parecer, la información que digería no le parecía lo suficientemente relevante como para compartirla con sus amigos. De hecho, Jet estaba más pendiente del borracho de la esquina que de la noticia—. «Si quieren observar el fenómeno, deben tener en cuenta que hay que tomar precauciones. Mirar directamente al eclipse puede producir daños irreversibles en los ojos y, en el peor de los casos, ceguera». Joder, tíos... ¡esto tenemos que verlo!

Buzz se rascó la cabeza.

—Ahora me acuerdo... Esta mañana había un tipo vendiendo unos chismes parecidos a cajas de cartón en la puerta del supermercado Riverside. Decía que eran para mirar el eclipse.

—Mañana por la tarde podríamos ir a comprar algunos —propuso Amber a Buzz.

Bonamí, que no perdía punta de lo que hablaban los chicos, se dirigió a Bernie, que disfrutaba de su whisky casi en éxtasis.

—¿Sabías lo del eclipse?

—No. Acabo de enterarme ahora mismo.

—Me gustaría verlo. Ese día podrías levantarte antes. ¿Lo harías por mí?

—Faltaría más. —Bernie se bebió el vaso de un trago—. ¿Hay para otro?

—Para otros trescientos, si hace falta.

Y volvió a rellenarle el vaso.

—¡Eh!

Bernie y Bonamí volvieron la cabeza hacia la voz. Era Jet. Bernie maldijo en silencio. Sabía que tarde o temprano el chulo del barrio

se fijaría en él. Trató de concentrarse en su copa, pero no pudo evitar lanzar al chico una mirada de soslayo. Su sonrisa se había tornado aún más desagradable por el alcohol. Buzz y Les parecían alentarle a sus espaldas. Algo tramaban.

—¡Eh! —repitió Jet—. Ven aquí un momento, tío.

Bernie no supo si se dirigía a él o a Bonamí, e intercambió una mirada con su amigo. Este clavaba unos ojos de hielo en Jet. Bernie no consideró esa actitud inteligente. Nada peor para comenzar una pelea que llevar la contraria a un matón ebrio. Bernie forzó una sonrisa.

—¿Es a mí, Roger?

—Anda, Jet, ¡pero si sabe tu nombre! —cacareó Les. Las chicas le rieron la gracia, como una coral de gallinas mal afinadas.

—¿A quién va a ser, Bernie? Ven —ordenó, señalando un taburete vacío con el índice. Exactamente igual que llamamos al perro cuando empezamos a perder la paciencia con él—. Ven aquí y siéntate con nosotros.

Bonamí sujetó a Bernie por el brazo, impidiendo que se levantara.

—Ni se te ocurra.

—Solo vamos a invitarte a una copa —dijo Buzz, que ya le sobaba una teta a Amber Delano, aprovechando que le había pasado el brazo por encima del hombro—. Venga, tío, no nos hagas ir a buscarte a tu madriguera.

Bernie quiso obedecer. Si se sentaba con ellos y dejaba que se rieran un poco de él, terminarían cansándose y la cosa no llegaría a más. Mañana sería otro día y, probablemente, olvidaría la humillación con la cogorza.

Pero no pudo.

Bonamí lo mantenía aferrado por el brazo. A pesar de su delgadez, tenía una fuerza sobrehumana. Por mucho que intentó abandonar su taburete, Bernie no lo consiguió.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —Jet comenzaba a impacientarse—. Te he dicho que vengas aquí —silabeó.

—Tengo una idea mejor —dijo Bonamí—. ¿Por qué no vienes tú aquí y me chupas la polla, marica? He oído por ahí que era tu especialidad en el reformatorio de Castle Rock.

La sonrisa de Jet se descolgó como si todos sus músculos faciales hubieran muerto a la vez. Buzz, Les y las chicas dejaron de reír. Era la primera vez, desde que conocían a Jet, que alguien le insultaba de forma tan directa y contundente. Y para colmo, delante de todos. Después de soltar su frase incendiaria, Bonamí mantuvo su mirada desafiante, esperando a que realmente se acercara. Bernie quería volverse invisible y desaparecer del Shelley's Dream, de Old Town, de Maine y del planeta Tierra. Jet, al borde de la combustión espontánea, le arrebató la botella de Budweiser a Bonnie y la rompió contra el mostrador, transformándola en una daga de cristal de múltiples puntas. El estruendo alertó a Shelley que, sin pensárselo dos veces, cruzó la barra en tres zancadas y sujetó a Jet por la muñeca.

—¡Nada de peleas en mi bar!

Jet, mucho más fuerte y nervudo que Shelley, se deshizo de la presa con facilidad. Estuvo a punto de cortarla con la botella rota. Durante un instante, se enfrentó a la mujer, y la idea de rajarla un poco para demostrar quién mandaba allí pasó fugazmente por su cabeza. Mostrando los dientes superiores como un depredador, y sin soltar su arma improvisada, se dirigió a Shelley.

—Ese hijoputa me ha insultado, y pienso darle su merecido aquí y ahora —rugió—. ¿Quién va a impedírmelo? ¿Tú y quién más?

En ese preciso momento sonó algo parecido a una bomba detrás de Jet y su banda. Cuando este se dio la vuelta para ver qué había

producido aquel estruendo, se encontró con Leroy. En su mano sujetaba el bate de beisbol con el que acababa de golpear uno de los sillones acolchados de la mesa nueve. En el respaldo de este, aún se veía la depresión que había dejado el bate.

—¿Te parece bien que te lo impida yo, o prefieres que llamemos a la policía para que te metan otra temporada donde realmente deberías estar? Te aseguro que al jefe Allen no le importará demasiado si te entrego con las piernas rotas. Le encanta desayunar aquí, y adora mis tostadas.

Jet soltó una risa cínica y levantó ambas manos, como si su rendición fuera fruto de su benevolencia. Dejó caer la botella rota al suelo, donde estalló en una constelación de fragmentos. Buzz y Les le observaban en silencio, sin saber muy bien qué hacer. Las chicas se agarraban a ellos, asustadas. Si aparecía la policía, sus padres se enterarían de con quién andaban y acabarían recluidas en sus respectivos cuartos hasta bien pasada la menopausia. Jet lanzó una mirada de reojo a la esquina donde Bernie y Bonamí permanecían sin moverse. El otro camarero, Brad, se materializó junto a Leroy con un taco de billar. Muy despacio, Jet metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes arrugados.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo—. Lamento haberme comportado así en su establecimiento, señora Randall. Hoy he tenido un mal día. ¿Cuánto le debo?

—Ocho dólares —dijo Shelley, sin quitar la vista de encima a Jet. Leroy y Brad también estaban preparados, por si intentaba algún truco.

No pasó nada más. Jet pagó las copas y salió del Shelley's Dream acompañado de sus amigos, que le preguntaban, en susurros, por qué se había rajado.

—Callaos —ordenó Jet—. Esto no acaba aquí. Ya pillaré a ese hijoputa la próxima vez que lo vea. Buzz, vamos al *drugstore* de la

calle Jefferson. Vamos a comprar una botella de whisky y algunas cervezas. Esta noche va a ser larga.

Bonnie, a quien el susto del bar le había bajado un poco la borrachera, estaba muy nerviosa.

—Chicos, si el plan de esta noche consiste en pillar una borrachera y luego buscarnos problemas, preferiría que nos llevaseis a casa. Si nuestros padres se enteran...

No pudo terminar la frase. Jet la cogió de la muñeca con diez veces más fuerza de la que Shelley había empleado con él en el bar. A pesar de que le dolía, y mucho, Bonnie no osó protestar.

—Vosotras cerraréis el puto pico y vendréis con nosotros a donde digamos. Lo primero será bebernos unos tragos, y luego, ya veremos qué hacemos. Si no os gusta el plan, siempre podéis volver andando a casa. Es vuestra decisión. ¿Entendido?

El paseo de vuelta, las tres solas y de noche, no era un panorama demasiado halagüeño para tres niñas de diecisiete años. Resignadas, se quedaron con los chicos, deseando en silencio que la noche no desembocara en algo gordo. Lo que al principio prometía ser una velada divertida se estaba convirtiendo por momentos en algo peligroso.

Mientras tanto, en el bar, Shelley se interesaba por Bernie. Aún estaba asustado y la mano le temblaba más que de costumbre. Bonamí, sin decir palabra, desapareció por la puerta de la calle. Shelley comprobó que el Jack Daniel's que había servido dos horas antes a Bernie seguía sobre la barra, intacto.

—Hoy no has bebido nada —observó—. No sé por qué, pero está bien. Algún día tendrás que dejarlo, o esto acabará matándote.

Bernie estuvo a punto de confesar que sí había bebido, pero sería delatarse a él mismo y a Bonamí. Si Shelley se enteraba de que había estado consumiendo bebida de fuera, se enfadaría, y con razón. Bernie se encogió de hombros, resopló por toda respuesta y

dejó el Jack Daniel's evaporándose en la barra. Ni punto de comparación con el whisky de Bonamí.

—¿Cómo se te ha ocurrido provocar a ese bestia, Bernie?

Iba a decirle que no había sido él, pero tampoco quiso meter a Bonamí en el ajo. En vez de contestarle, preguntó a Shelley cuánto le debía. Ella negó con la cabeza.

—Esta corre de mi cuenta. Anda, vete a casa, ¿de acuerdo?

—Gracias, Shelley. —Bernie le apretó la mano—. Ojalá todo el mundo fuera como tú.

Shelley se quitó importancia con un gesto. Bernie salió del bar y atravesó el parking con miedo, intentando fundirse con las sombras, lejos de las luces de neón. Ni rastro de Jet, ni de Bonamí, que se había marchado sin despedirse.

Caminó con pasos rápidos hacia Oak Street, la paralela a Center Street, que era la calle que solía tomar para regresar a casa. Vivía en una casita colonial de dos plantas situada en la bifurcación de la avenida Stillwater. Si Jet quería emboscarlo, lo lógico sería que lo interceptara durante su ruta habitual —eso en el improbable caso de que Jet supiera dónde vivía—. Evitó en lo posible la luz de las farolas, tratando de avanzar por las zonas más sombrías. Las filas de robles que daban nombre a la calle lo ayudaron a ocultarse como un guerrillero en una misión nocturna. Consultó su reloj, pronto serían las dos de la madrugada. Si seguía a este paso, estaría en la cama antes de media hora. Para su sorpresa, caminaba mejor que otras noches. El material de Whiskyman era de primera, entonaba de maravilla y no perjudicaba tanto como el bourbon nuestro de cada día.

Tras un paseo exento de sobresaltos, llegó al cruce de Oak Street con Jefferson. Dobló la esquina y enfiló la acera rumbo a Center Street, penúltima etapa de su viaje. Y justo cuando estaba llegando a la intersección, unos faros lo alumbraron por detrás. Se

dio la vuelta y quedó cegado por las largas, inmóvil como un conejo sorprendido de noche en la carretera.

El morro del coche pasó muy cerca de la cadera de Bernie. Cuando creyó que se había librado del atropello, la puerta del copiloto se abrió y lo golpeó con tal fuerza que lo hizo rodar por la acera.

Tres siluetas bajaron del automóvil a la vez. Entre que estaba conmocionado y que había poca luz, Bernie no los reconoció de inmediato. Mientras intentaba ponerse de pie a cuatro patas, levantó una mano para tranquilizarlos.

—Estoy bien, creo que no tengo nada roto.

La voz de Jet Campbell restalló en sus oídos como un látigo.

—Todavía no, borracho de mierda.

La primera patada la recibió en las costillas, cerca del bazo. La falta de aliento le impidió gritar. Intentó rodar, solo para ser interceptado por la bota de Buzz Willard, que impactó en el omoplato en un golpe tan poco certero como doloroso. Bernie oyó gritos de ánimo procedentes del coche. Bonnie, Amber y Carol, exudando alcohol por cada poro de su cuerpo, habían guardado el sentido del bien y del mal en el bolso y azuzaban a sus sementales en tan desigual combate. Bonnie era la que más gritaba de las tres.

—¡Dale fuerte, Jet! ¡Jode a ese mamón!

—¡Lester, dale tú también! —gritó Carol, con el peinado a lo Audrey Hepburn al borde del derrumbe—. ¡Dale, no seas maricón!

Bernie se hizo un ovillo, sin fuerzas para excusarse y decir que no había sido él quien había insultado a Jet. Daba igual. Sus atacantes no eran de los que se detienen a escuchar en mitad de una paliza, sobre todo si estaba resultando tan fácil como aquella. La batería de patadas que siguió a las dos primeras impactaron en las extremidades que protegían el torso y la cabeza, levantando la piel

en dolorosos raspones que acabarían adquiriendo el tono del vino tinto.

Por fin cesaron las patadas, solo para dar paso a una lluvia de gargajos que, al menos, no dolían. Notó cómo le agarraban las solapas del viejo traje, que a esas alturas estaba hecho unos zorros. Su madre se iba a poner hecha una furia. A tres centímetros de su nariz, tenía el rostro crispado de Jet.

—Si vuelvo a cruzarme contigo, hijo de puta, te obligaré a que nos chupes la polla a los tres. Pero antes te arrancaré los dientes, para que no puedas mordernos mientras nos corremos en tu boca. ¿Entendido?

Bernie asintió, exhausto. Ni siquiera pudo articular un sí. Jet lo soltó y quedó tumbado panza arriba. Buzz, casi tan agotado como su víctima, vomitó las cataratas del Niágara cerca del coche con una arcada estruendosa. «Al menos no me ha vomitado encima», celebró Bernie en silencio. Jet palmeó la espalda de Buzz y se metieron en el Pontiac. Les Harrison echó un último vistazo a la piltrafa en la que habían convertido a Bernie y estuvo tentado de darle una última patada. Al final, no lo hizo. Les era cobarde hasta para ser cobarde.

El Pontiac Silver Streak se perdió de vista al doblar la esquina de Central Street. El sonido del motor se extinguió poco a poco. Bernie se lamentó de que Bonamí no hubiera estado allí para defenderlo. Seguro que el tipo tenía cojones para hacerle frente a esa panda de niñatos. Él, en cambio, era tan solo un saco de boxeo y de los baratos.

Los dos primeros intentos de levantarse fueron fallidos. A la tercera, como mandan los cánones, Bernie consiguió ponerse en pie. Más le valía. Cuando eres un borracho oficial, poca gente se cree tus males. Si te da un infarto en mitad de Main Street y caes al suelo con los ojos mirando hacia tu propio cogote, lo más probable es que el personal se ría y lo achaque a la trompa que llevas.

Cuando eres un borracho oficial, tienes que llegar a tu casa a pie, aunque cada paso dibuje en tu cara llena de venas estalladas una mueca de dolor. Cuando eres un borracho oficial, tienes que disimular tus heridas para que no las vea tu madre, so pena de recibir un sermón, intentando convencerte por enésima vez de que vuelvas a la clínica y luches contra *tu problema*. Cuando eres un borracho oficial, estás más solo que la una.

Buceando en las simas abisales de su soledad, y rezando a Dios para no tener nada roto, Bernie Steinhardt se durmió, o tal vez perdió el conocimiento, en la cama de su habitación. La misma que había presenciado tantos dramas a lo largo de años de alcohol, llantos y vómitos.

Viernes, 19 de julio de 1963
Un día antes del eclipse total de sol
El día en el que todo se fraguó

Bernie se despertó a las once y veinte de la mañana, para su sorpresa, sin resaca. Notó dolor en todo el cuerpo al sentarse en la cama, pero era soportable. Tal vez era más resistente de lo que creía. Contempló la calle vacía a través de la ventana del dormitorio. El descuidado jardín de su madre se parecía mucho a las fotos del desierto de Mojave, en Las Vegas. Decidió que solo le faltaba un estepicursor rodando y una calavera de bovino blanqueada por el sol.

Caminando despacio para no sentir más dolor del necesario, se asomó a la cocina. Estaba vacía. Encontró una nota con la caligrafía de su madre en la nevera. Conservaba una letra bonita, a pesar de la edad. Cuidando de que el imán que la sujetaba —un perro idiota con sombrero de charro que parecía reírse del personal— no cayera al suelo, la retiró.

Querido Bernie:
Estoy en casa de la viuda Trammel. Se ha puesto enferma y su

hija Sheila está de viaje en Nueva York.
Sheila me ha pedido que me quede con ella hasta mañana por la tarde, que es cuando tiene previsto regresar. Si quieres, puedes pasar a verme, me vendrá bien la compañía.
Te he dejado veinte dólares en el recibidor y tienes pollo asado en la nevera. O si lo prefieres, vente a comer a casa de los Trammel. Me haría mucha ilusión.
Te quiere,
Mamá.
P.D. Mañana no podemos perdernos el eclipse.

Cojonudo. La casa para él solo.

Bernie revisó el frigorífico y descubrió el pollo de cuerpo presente en una fiambrera. Tan solo la idea de encender el horno para calentarlo le dio pereza. Miró el reloj de la cocina. Ni siquiera eran las doce del mediodía. Se dio una ducha caliente y se sintió mejor. Se miró al espejo. Por fortuna, tan solo tenía una contusión visible a dos centímetros por encima de la ceja izquierda. El resto quedaría oculto bajo la ropa. Las manos las tenía despellejadas, pero lo peor era el tórax, las costillas y las piernas. Lavó las heridas con agua oxigenada y encontró linimento en el cuarto de baño de su madre. Siempre pensó que esos ungüentos eran cosas para viejas, pero lo cierto es que sintió alivio cuando se lo aplicó.

Mientras se vestía, inventó una excusa más o menos creíble para las heridas de las manos y la frente. Por suerte, su madre era fácil de convencer. Decidió ir a casa de la viuda Trammel y así matar dos pájaros de un tiro: se libraría de hacer la comida y le daría una alegría a su progenitora.

Bernie se miró en el espejo del recibidor por última vez, recogió los veinte dólares y los guardó junto con los billetes que le habían sobrado de la noche anterior. Una pequeña fortuna. Abrió la puerta al pequeño Mojave y, para su sorpresa, se encontró con una cara conocida.

—Bonamí, colega, si vieras lo que me pasó anoche…

Bonamí lo interrumpió con un gesto y le puso la mano huesuda en el hombro.

—Sé lo que te pasó. Todo ha sido por mi culpa, lo siento.

—Tiene guasa, tú insultas a ese cabrón y él la toma conmigo.

—Fui a buscarlos a la calle mientras hablabas con Shelley, pero ya se habían largado en el coche —explicó Bonamí—. Cuando regresé al bar, ya no estabas. Te busqué por Central Street, pero no te encontré.

—Vine por Oak, pero no sirvió de nada. Al final, me pillaron en Jefferson.

—Esto no va a quedar así —aseguró Bonamí, con esa expresión neutra que hacía imposible adivinar lo que se cocía dentro de su cabeza—. Voy a darle una lección a ese Jet y a los mierdas que le acompañan. Es lo menos que puedo hacer por ti.

—¡Ni se te ocurra! ¿Qué quieres, que me vuelvan a zurrar otra vez? Anoche salí vivo de milagro.

—La paliza que recibiste era para mí. No pretenderás que viva con esa culpa. Hasta que no te resarza por ello, no estaré en paz.

—¿Y qué harás? ¿Enfrentarte tú solo a los tres?

El rostro de Bonamí se ensombreció y Bernie sintió un poco de miedo al oír sus palabras:

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer. Les daré su merecido a esos mierdas, quieras o no. No te estoy pidiendo que participes, ni siquiera que me acompañes.

—Por favor, deja las cosas como están —rogó Bernie.

—Si Jet queda impune, se abrirá la veda para los demás pandilleros de Old Town. Cada vez que se aburran, te buscarán. Te

convertirás en el objetivo de los niñatos del instituto. ¿Es eso lo que quieres?

—Es mi problema, así que déjalo estar. No hablemos más de esto. —Bernie decidió cambiar de tema—. Tengo que ir a ver a mi madre, está en casa de la viuda Trammel, a una milla avenida abajo. La vieja se ha puesto enferma, su hija está de viaje y mi madre se quedará a cuidarla hasta mañana.

—Te acompañaré hasta la casa. La viuda Trammel me suena. ¿Su marido era el inspector Trammel?

—¿Lo conocías? Pensé que solo estabas de paso por Old Town.

—Que esté de paso no significa que no haya venido antes —aclaró—. De hecho, estuve en su casa en un par de ocasiones.

—¿En serio? Pues tuvo que ser hace años, John Trammel murió a principios de los cincuenta.

Bonamí se detuvo en seco.

—¿No tenía Trammel una colección de armas? Recuerdo una vitrina llena. Había de todo. Rifles, pistolas, revólveres... ¿Siguen allí?

—Sí, pero la policía las inutilizó todas cuando Trammel murió. Una vez oí decir a mi madre que la viuda solo conserva un arma que funciona, el último revólver que compró su marido, un Smith & Wesson modelo 36 de cinco tiros. Se lo quedó como arma de autodefensa. —Se echó a reír—. No me imagino a la viuda Trammel apuntando a alguien con su párkinson. Seguro que nunca lo ha sacado del aparador del salón.

—Así que sabes dónde lo guarda. —La sonrisa de Bonamí se amplió y mostró unos dientes estrechos, encajados en encías descarnadas.

Bernie se puso serio; no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación.

—No me estarás sugiriendo que lo robe, ¿verdad?

—Te sentirías más seguro si lo llevaras en el bolsillo. —Bonamí hizo un gesto, como si espantara moscas—. Da igual, no me hagas caso. No seré yo quien te diga lo que tienes que hacer.

Pasearon por la avenida Stillwater hasta llegar al jardín de la viuda Trammel. Era muy diferente al de los Steinhardt. La dulce mano de Sheila Trammel, la hija soltera de la viuda, se notaba en los arriates llenos de flores y en los setos cuidados. Sheila era un hermoso ángel que dedicaba el poco tiempo libre que le dejaba su empresa —una modesta tienda de ropa— a cuidar a su madre.

—¿Quieres pasar, Bonamí? No creo que a mi madre le importe.

—Te lo agradezco, pero tengo cosas que hacer. ¿Te apetece que quedemos esta noche para tomar una copa?

—Claro, pero me da miedo volver al Shelley's Dream. Si Jet y los demás aparecen...

—No tenemos por qué salir. En tu casa no habrá nadie esta noche, ¿no?

Bernie vio el cielo abierto. La idea de ponerse ciego de whisky en su propia casa le pareció un lujo.

—¡No había caído! Pues claro que podemos, qué buena idea has tenido. ¿Ves? ¡Eres el poderoso Whiskyman!

Bonamí se echó a reír.

—Te veré allí.

Se despidió y desapareció tras el seto de la casa de la viuda Trammel. Bernie llamó a la puerta con los nudillos y su madre abrió a los pocos segundos. Su expresión de alegría se trocó en disgusto cuando divisó el chichón abierto en la frente de su hijo.

—¡Bernie! ¿Qué te ha pasado?

—Nada grave —la tranquilizó, dándole un beso en la frente; por mucho que le perdiera la bebida, nunca había dejado de ser un hijo cariñoso—. Ayudé a un tipo a cargar unos troncos en su furgoneta. Se ve que no lo hicimos demasiado bien, porque cuando la furgoneta estaba casi a tope, se nos vino encima una avalancha. El hombre también resultó herido, pero nada importante.

—¡Jesús! ¿Estás seguro?

—Seguro. Ya me vio el médico y solo son rasguños —mintió.

Doris Steinhardt condujo a su hijo al salón. El mobiliario databa de los años treinta, o quizá de antes. Las cortinas, pasadas de moda, velaban la vista de la estancia desde el exterior. No había ni rastro de la viuda Trammel. Bernie supuso que estaría en su dormitorio, en la planta superior.

—Te quedas a comer, ¿verdad? Voy a hacer arroz blanco. ¿Te apetece? —Bernie asintió—. Antes vi bacón y huevos en la nevera, puedo freírlos. ¡Me apuesto el pescuezo a que no has desayunado!

—No lo vas a perder —rio Bernie. Doris lo miró con ternura; cuando no estaba bebido, era el hijo que toda madre desearía tener. Y curiosamente, ese día parecía mucho menos resacoso que de costumbre, como si *su problema* no existiera—. Tengo el motor de un John Deere en las tripas.

—Pues ve al salón mientras preparo la comida. Pon la tele, o lee un rato. En la biblioteca del difunto señor Trammel hay de todo.

—¿Sigue allí su colección de armas?

Doris frunció la nariz.

—Armas, armas... Aun estando inutilizadas, me ponen los pelos de punta. Menos mal que a tu padre nunca le dio por comprarse una. Me habría divorciado de él sin pensarlo.

—Anda, mamá, no seas exagerada —rezongó Bernie.

—Lo que oyes. Venga, vete y no me desconcentres. Pierdo mis dotes culinarios cuando tengo que trabajar en una cocina que no es la mía.

Bernie obsequió a su madre con otro beso y se dirigió a la biblioteca. La estancia estaba completamente llena de estantes a rebosar de libros, excepto en la pared de la derecha, donde se encontraba la vitrina que albergaba la colección de armas. Distinguió un viejo Winchester de palanca, típico de los westerns; junto a este, un M1 Garand idéntico al que él llevó en Italia. Para su sorpresa, sintió cierta nostalgia al verlo. Había más armas largas que él no reconoció, además de una colección de revólveres y pistolas semiautomáticas. Saber que estaban inutilizadas le provocó una tristeza que ni él mismo supo explicar.

Bernie se entretuvo admirando armas muertas y curioseando libros viejos hasta que su madre anunció que la comida estaba lista. Comieron en la cocina. Arriba, la viuda Trammel dormía el sueño de los justos, ayudada por la medicación que el doctor Prescott le había recetado tan solo unas horas antes. Su enfermedad, en principio, no era grave: un catarro de verano de esos que son una broma para los que tienen menos de setenta y una espada de Damocles para los que rondan los ochenta.

Doris rechazó la ayuda de su hijo a la hora de fregar los platos y le sugirió que se echara la siesta en el sofá del salón. Doris sabía que era por la tarde cuando el problema de su hijo se agravaba. La siesta diaria lo mantenía, al menos durante unas horas, lejos de la botella. Bernie no podía dejar de pensar en la noche venidera. El whisky de Bonamí, el asombroso Whiskyman, enganchaba como la heroína. ¿Qué haría cuando Bonamí se marchara? Tendría que volver al Jack Daniel's, o a lo que fuera que pudiera pagarse. Tal vez Bonamí podría venderle algunas botellas, o decirle dónde conseguirlas.

Anduvo dando vueltas en el sofá durante hora y media, escuchando la emisora cristiana que Doris había sintonizado en la

radio. A pesar de lo soporífero de la emisión, fue incapaz de pegar ojo. Finalmente se levantó, se despidió de su madre y se fue.

—Dale un beso de mi parte a la viuda Trammel.

—No empieces a beber demasiado pronto, ¿vale? —La naturalidad con la que se lo dijo resultó pasmosa.

Siempre resultaba pasmosa.

—Hoy me quedo en casa, mamá. —Doris alzó las cejas, gratamente sorprendida—. Hasta mañana. Si necesitas algo, llámame.

Con las bendiciones de su santa madre, Bernie vagabundeó por las calles secundarias, rezando para no tropezarse con Jet. Lo más probable era que, a esa hora, el chico estuviese aún durmiendo, tomando fuerzas para la noche de viernes que, sin lugar a duda, no perdonaría.

Bonamí espiaba desde detrás de un árbol al vendedor ambulante que había montado su tenderete de visores-especiales-para-eclipse en la acera del supermercado Riverside, justo al lado del dispensador automático del Bangor Daily News. Como parte de su marketing callejero, había usado un ejemplar del diario abierto por la página donde se anunciaba el eclipse. Un letrero de cartón, pintado a brocha con pintura negra, rezaba: «¡Observe el eclipse sin peligro! Visores especiales garantizados por la NASA, 3 US$».

—Un precio muy razonable para ser tecnología espacial —se dijo Bonamí.

Hacía casi dos horas que estaba escondido detrás del árbol. Con un poco de suerte, alguno de los cabrones que habían dado la paliza a Bernie asomaría el morro por allí. Según recordaba, una de las putitas pretendía comprar visores para el día del eclipse. La espera acabó dando su fruto. El Pontiac de Buzz Willard hizo su aparición al fondo de la calle. Al acercarse más, Bonamí observó que la puerta del copiloto estaba abollada allí donde había impactado contra

Bernie. Whiskyman mostró los dientes superiores en una mueca de ira. Del Pontiac se bajaron Buzz y Amber, como esperaba. Así que el padre de la joven no la había condenado a cadena perpetua. Los chicos se acercaron al vendedor y estuvieron un rato hablando con él. Este les mostró su visor de muestra, que no era más que una caja de cartón con agujeros y un espejo dentro. Tecnología de la NASA, evidentemente.

Después de conversar un buen rato con el charlatán, Buzz y Amber subieron al coche y se esfumaron. Bonamí esperó a que se perdieran de vista y se dirigió al tenderete de los periscopios solares atómicos. El vendedor le dedicó la mejor de sus sonrisas y le mostró el artículo con orgullo. Visto de cerca, el visor era aún más deprimente.

—Que su aspecto no le engañe. —El tipo le tendió el chisme a Bonamí; este lo cogió y miró a través de él. Tan solo vio el cielo de la tarde. El vendedor bajó la voz hasta convertirla en un susurro y miró a un lado y a otro de la calle—. Compartiré un secreto con usted, porque sé que no se lo contará a nadie. Ya sabe, la CIA tiene ojos y oídos por todas partes. El visor que tiene usted en las manos está basado en un prototipo soviético, importado por la empresa para la que trabajo. De ahí su aspecto tosco. Ya sabe cómo fabrican los comunistas: eficaz, barato y duradero... pero feo como el culo de un mandril.

Bonamí tenía la certeza de que la fábrica de dichos artefactos estaba en el trastero del fulano, pero así y todo compró uno. Eso le garantizaba tener en el bote al importador de tecnología prohibida por el Gobierno.

—¿Puedo pedirle un favor? No le costará nada. Es solo información.

—Claro, dispare.

—Recuerda a los chicos del Pontiac que acaba de atender, ¿verdad?

—Por supuesto. —El vendedor soltó una risotada—. Aún no he perdido la chaveta, amigo, aunque por lo que charlo y por las cosas que digo pueda parecerlo.

Bonamí bajó la voz.

—La joven es mi hija —mintió—. No me gusta un pelo el chico con el que va...

El hombre resopló. A él tampoco le había entusiasmado el aspecto de Buzz. La verdad es que el aspecto de Buzz no le gustaba ni a su propia madre.

—Le entiendo. Esta juventud de hoy solo sabe dar problemas...

—Los he visto hablar con usted. ¿Recuerda si han mencionado adónde irán a ver el eclipse? Me gustaría saber por dónde anda mi hija, no me fío un pelo de ese chaval.

El vendedor no lo dudó ni un instante.

—Tiene suerte, amigo, sí que lo comentaron. ¿Conoce la colina al final de la pista de tierra, junto al antiguo almacén de la carretera Penbroke? —Bonamí asintió—. Pues han dicho que iban a ir allí. Me preguntaron si era un buen sitio para ver el eclipse, y les dije que sí. Para su tranquilidad, su hija no irá sola con ese muchacho. Han comprado cuatro visores más, por lo que supongo que irán con más gente. Han comentado algo de una pandilla.

Bonamí le estrechó la mano.

—Me ha hecho usted un favor, gracias por la información.

—Si su hija lo pilla y le pregunta, no le diga que fui yo quien se chivó, ¿ok? No quiero preocuparlo, pero ese chico parece violento.

—Tranquilo. Ese secreto y el de la procedencia soviética de su mercancía morirán conmigo.

—Confío en ello. Háblele a sus amigos de mí, ¿lo hará?

—No lo dude ni un momento.

Bonamí se alejó del Riverside con el visor en la mano. Ya tenía las dos cosas que necesitaba para el eclipse total de sol. La primera era el visor.

La segunda la llevaba en el bolsillo.

Bernie se despertó alrededor de las nueve de la noche en el sofá del salón de su casa. No se acordaba exactamente de cuándo se había quedado dormido. En la televisión, una Lassie en blanco y negro se dejaba acariciar por un Roddy McDowall adolescente que no tardaría mucho tiempo en convertirse en un simio parlante. Se desperezó, se levantó del sofá y encendió la lámpara de pie. Le apetecía una copa, pero ni se molestó en buscarla. En casa no había whisky. A su madre le rompía el corazón verlo beber, y prefería que no hubiera una gota de alcohol en el domicilio de los Steinhardt.

Las nueve pasadas, Bonamí no tardaría en llegar. Bernie descorrió la cortina de la ventana del salón para controlar el jardín. Para su sorpresa, vio a Bonamí en la acera. Corrió a abrirle la puerta.

—¿Llevas mucho ahí fuera? ¿Por qué no has llamado a la puerta?

—Estabas dormido, preferí no molestarte.

—No habría pasado nada, pero te agradezco el detalle. ¿Te apetece algo de picar?

—En absoluto. Solo saca dos vasos, hoy no traje los míos.

Bernie recuperó dos limpios de la cocina y regresó al salón. Bonamí ya había tomado asiento en un sillón.

—Aquí tienes —ofreció Bernie, tendiéndole el vaso.

Bonamí preparó dos whiskies. Bernie sujetó el suyo y admiró su resplandeciente color dorado. Lástima que la visita de Whiskyman a Old Town tuviera fecha de caducidad.

—¿Por qué brindamos? —preguntó.

Bonamí meneó el vaso, como si le costase trabajo decidir el motivo.

—Por las buenas obras —dijo al fin.

Bernie chocó el suyo con el de Bonamí.

—Es curioso, creo que hoy he hecho una buena obra. He hecho feliz a mi madre comiendo con ella en casa de los Trammel. También le ha alegrado saber que hoy me quedaría en casa. Sufre mucho cuando salgo, y lo hago todas las noches. Hasta he hecho una buena obra conmigo mismo, esta es mi primera copa. Lo más normal es que empiece a castigarme el hígado mucho más temprano —rio.

—Eres buena persona, Bernie. A veces demasiado, y tal vez sea ese tu fallo.

La película de Lassie había terminado y, en su lugar, un locutor trajeado daba las noticias de la noche. No se oía nada. Lo más probable sería que Bonamí hubiera quitado el sonido a la tele mientras él estaba en la cocina.

—Nunca he sabido ser mala persona —reconoció Bernie—. Mi padre me decía que a veces parecía tonto.

—La vida es una balanza. Si haces muchas cosas buenas, puedes permitirte alguna que otra mala. Es un equilibrio kármico. Y también hay buenas malas obras... o malas obras que son buenas, como prefieras verlo.

Bernie se echó a reír.

—¿Qué se supone que es eso? ¿Algún tipo de adivinanza?

Bonamí bebió un sorbo de whisky sin dejar de sonreír.

—No me hagas caso. —Dejó el vaso sobre la mesita auxiliar de mármol y señaló el aparador—. Te he traído un regalo. Está ahí.

Bernie fue recogió el visor.

—¿Para qué sirve este chisme?

—Se supone que para ver el eclipse.

—¡Ah, sí! Tengo ganas de verlo. —Bernie hizo una pausa antes de añadir—. Aunque si te soy sincero, me da miedo salir a la calle.

—Yo estaré contigo en todo momento. No te pasará nada.

Bernie resopló.

—Ojalá hubieras estado conmigo anoche.

—¿Te duelen mucho los hematomas?

—La verdad es que menos de lo que esperaba.

—Mañana contemplaremos el eclipse desde un lugar apartado, donde nadie nos moleste. —Bonamí sirvió otros dos whiskies—. Tomaremos unos tragos y lo pasaremos en grande. —De repente, su rostro enjuto se ensombreció—. Mañana es mi último día en Old Town, así que hagamos lo posible para que sea un día grande, ¿de acuerdo?

Bernie sintió que se deshinchaba. Cuando Bonamí se marchara, él volvería a su rutina, y seguir con su rutina no le hacía ninguna gracia. Sin querer pensar en ello, bebió con su amigo durante horas. La noche dio paso a la madrugada, y cuando se vino a dar cuenta ya estaba en brazos de Morfeo. Ni siquiera oyó a Bonamí salir de casa.

La Luna, mientras tanto, recorría la última etapa del viaje hacia su encuentro con el Sol. Un encuentro donde el pequeño satélite vencería, por una vez, al astro rey.

Y ese día, durante su breve encuentro con el Sol, la Luna fue testigo de cómo las alas membranosas de la locura y el infortunio se cernieron sobre el estado de Maine.

Sábado, 20 de julio de 1963
Un día del eclipse total de sol
La tarde en la que todo acabó

Bernie se despertó alrededor de las doce, sin resaca.

El whisky de Bonamí era mágico.

Buscó ropa adecuada para salir al campo. Bonamí le había advertido que tendrían que caminar un buen rato por una pista de tierra y luego remontar una colina. Tampoco era escalar el Himalaya. Mientras elegía unos pantalones de lona caqui que no se había puesto en años, una camisa color mostaza y unos zapatos viejos y cómodos, oyó el ruido de la puerta de la calle al abrirse.

—¿Bernie? ¿Bernie, estás en casa?

—¡Sí, mamá, ahora voy!

Bajó las escaleras mientras terminaba de ajustarse el cinturón. Encontró a su madre en la cocina, ordenando el contenido de una bolsa de la compra. Le dio un beso y se interesó por la viuda Trammel.

—Está mucho mejor —informó Doris—. La he dejado con Sheila. Ha llegado hace un rato de Nueva York.

—Buenas noticias —celebró Bernie—. Mamá, voy a ver el eclipse después de comer. Me habría gustado verlo contigo, pero voy a ir al campo con un amigo, y es una caminata larga...

—No te preocupes por mí —lo tranquilizó Doris—. Iré a la cancha de beisbol de la Escuela Elemental. Mis amigas han quedado allí. Habrá puestos de limonada y de comida, lo pasaremos bien.

—Estupendo. Me alegra saber que tienes planes.

Almorzaron juntos en la cocina. Bernie había quedado con Bonamí a la una y media. Se asomó a la ventana a esa hora y lo vio esperando en la calle, vestido con su traje de siempre, nada

adecuado para un día de campo. Puede que, al estar de paso, no llevara ropa apropiada en la maleta. Bernie se despidió de su madre y salió por la puerta con el visor en la mano.

—Puntual, como siempre —dijo Bernie.

—Tú también. Nos parecemos más de lo que creemos.

—¿Listo para una caminata?

—Te sigo.

El camino hasta el viejo almacén era recto. Tendrían que seguir por la avenida Stillwater dirección suroeste, hasta toparse con él a mano derecha. Después, solo había que seguir la pista de tierra y fin de trayecto.

Bernie y Bonamí hablaron poco, como si el paseo acaparara toda su atención. En ningún momento dejaron la acera derecha de Stillwater, apeándose de ella tan solo cuando los setos asilvestrados la invadían como una ola verde y espinosa. De vez en cuando Bernie giraba la cabeza hacia atrás, temeroso de que el Pontiac de Buzz Willard apareciera en cualquier momento con Jet y su troupe dentro, dispuestos a terminar lo que habían dejado a medias dos noches atrás.

A lo lejos se divisaban nubes oscuras que amenazaban con verter agua y decepción sobre los habitantes de Derry y Dexter. Bernie rezó para que el viento no las empujara hacia Old Town. Se acordó de su madre. A esa hora ya estaría de cháchara con sus amigas, formando parte de la multitud reunida en el campo de beisbol de la escuela.

Las siniestras nubes negras no pasaron de ser una amenaza. Alrededor de las tres de la tarde, él y Bonamí llegaron al almacén abandonado con un sol bien visible en el cielo. El edificio, una nave grande de dos plantas usada por la Guardia Nacional hasta finales de los cuarenta, llevaba desocupado y dejado de la mano de Dios más de veinte años. El tejado parecía haber soportado una lluvia de

meteoritos. Sus paredes blancas, hoy grises, estaban dudosamente adornadas por grafitis que iban desde el inocente *Pete estuvo aquí* hasta *Mary Ellen Kowalski: la mayor chupapollas de Old Town*, seguido de la dirección completa de la presunta feladora. Todo ello ilustrado por obras pictóricas de carácter misceláneo, indignas de adornar el váter de un lupanar de carretera comarcal.

—Ahí está la pista de tierra —anunció Bernie, deteniéndose un segundo para enfrentarse a la pendiente terrosa que los llevaría a la cima de la colina—. ¿Irás bien con esos zapatos, Bonamí?

Este lanzó una mirada de desdén a sus zapatos de punta fina. Bernie advirtió, no sin sorpresa, que estaban inmaculados, como recién sacados de la caja.

—Podría cruzar el desierto de Sonora con ellos —afirmó—, no te preocupes.

La pista ascendía en una pendiente poco pronunciada. A ambos lados había árboles dispersos y arbustos enmarañados que se espesaban conforme subían. Bonamí comprobó, satisfecho, que no había huellas recientes de neumáticos. Los chicos aún no habían llegado.

Bien.

Por fin alcanzaron la cima de la colina. La pista acababa unos doscientos metros atrás. Bonamí se preguntó si el Pontiac de Buzz podría seguir más allá del camino de tierra, y decidió que no tendría problema en hacerlo. Ahora había que buscar un lugar propicio para esperar sin ser vistos.

El eclipse le traía sin cuidado.

Tan solo era una excusa para obsequiar a su amigo Bernie con lo que consideraba el mejor regalo que podía hacerle.

La venganza.

Mientras desparramaba la vista por el paisaje que se divisaba desde lo alto del cerro, Bernie desplegó la página del Bangor Daily News que traía en el bolsillo de la camisa y consultó el reloj.

—Las tres y media —dijo—, faltan más de dos horas para el eclipse. ¿Tienes algún plan hasta que...?

Bernie no tuvo tiempo de terminar la frase. Bonamí le tendió un vaso lleno de magia dorada que él aceptó sin dudarlo un momento. El formidable Whiskyman tenía otro en la mano izquierda y, en el suelo, reposaba una botella de litro. «Velocidad sobrehumana», se dijo Bernie.

Cosas de superhéroes.

—Por las buenas malas obras —brindó Bonamí.

Bernie soltó una risita.

—¿Otra vez ese acertijo?

Entrechocaron los vasos y ambos dieron un profundo trago. Bonamí sugirió que se instalaran detrás de unos matorrales donde estarían resguardados de la vista, en el caso (improbable, según Bonamí) de que alguien tuviera la misma idea que ellos y eligiera la colina como observatorio.

—Me parece bien —aceptó Bernie—. Vamos.

Se sentaron detrás de unos arbustos altos, a unos cuarenta metros de la cima del cerro. Al amparo de la vegetación, el whisky corrió como nunca. Un vaso tras otro, sin mesura. Bernie notó que esta vez había algo distinto en el whisky. Hoy parecía más intenso, más embriagador. En las anteriores ocasiones en las que lo había probado, le había parecido mucho más suave. Ahora, aunque seguía siendo ligero al paladar, quemaba por dentro, como el brebaje malo que tenía que consumir en el Shelley's Dream cuando estaba a dos velas de pasta. Bernie bebía, y mucho, pero jamás perdía los papeles. Podía caerse al suelo, completamente ebrio, pero siempre sabía lo que hacía.

Pero esa tarde, en la cima de la colina, Bernie reía como un loco, elevaba el vaso hacia el cielo y proclamaba frases sin sentido a los cuatro vientos. A su lado, Bonamí no hacía más que repostar una y otra vez. Los minutos pasaron tan lentos que a veces parecían manejados por una moviola que los hacía bailar adelante y atrás.

—¡Otra copa! —exigía Bernie—. ¡Otra copa! ¡Otra más!

Y Bonamí complacía a su amigo, como un buen anfitrión.

—Joder, Whiskyman —balbuceó Bernie—. ¿Este es el mismo whisky de siempre? —El otro no contestó; a pesar de que bebía al mismo ritmo que Bernie, parecía como si el alcohol no le afectase en absoluto—. ¿Le has echado algo? Contéstame...

Justo en ese momento, Bonamí lo calló tapándole la boca con la mano. Había oído un ruido. Bernie intentó protestar, pero la zarpa de Whiskyman le impidió articular palabra. Bonamí agudizó el oído y distinguió el ruido de un motor acercándose por la pista. La presa se acercaba a la trampa. Bernie le agarró la muñeca con las dos manos, pero Bonamí era más fuerte de lo que su aspecto sugería. El Pontiac de Buzz Willard llegaría pronto, y Bonamí no tenía tiempo para forcejear con un borracho.

Con un rápido movimiento, recogió la botella del suelo. Apretó las mejillas de Bernie con los dedos esqueléticos hasta que sus labios formaron una O a juego con los ojos desorbitados por la sorpresa. Una O donde encajó la botella, obligándole a tragar a borbotones. Bernie pensó que se ahogaba. El licor, que ahora le parecía ígneo, rebosaba por sus fosas nasales en un vano intento de su cuerpo por echar fuera la mayor cantidad posible. Sus esfuerzos fueron en vano.

Estaba a merced de Whiskyman, y la botella parecía no tener fin.

Bernie convulsionó y, girando los ojos hasta mostrar una esclerótica estriada de capilares a pique de explotar, pareció dedicar una última frase a Bonamí: «Creí que eras mi amigo».

—Y lo soy —dijo Bonamí, acostando al inconsciente Bernie en la hierba—. Lo que voy a hacer a continuación, voy a hacerlo por ti.

«Y por tu dignidad».

Asomó la cabeza por encima del arbusto, cuidándose mucho de que no lo vieran. Tal y como esperaba, el ruido del automóvil se hizo más fuerte, acompañado ahora del sonido de la tierra al ser arañada por los neumáticos. Faltaba poco para el eclipse. El Pontiac se detuvo en lo más alto de la colina, y de él desembarcaron los mismos que le habían dado la paliza a Bernie hacía dos noches. Jet Campbell, Buzz Willard y Les Harrison acompañados, una vez más, por las idiotas reidoras de gracias. Bonamí sacó el revólver del bolsillo. Abrió el tambor y comprobó que estaba cargado. Cinco balas y seis objetivos. Uno de ellos sufriría más que los demás.

Tendría que matarlo a golpes.

¿A quién dejaría para el final? Le habría gustado elegir al mierda de Jet, pero enseguida desechó la idea. Él y Buzz eran los más peligrosos. Hizo un esquema mental del ataque: primero Jet, luego Buzz... Les se cagaría en los pantalones con el primer disparo. Podía acabar de forma piadosa con las chicas y luego reventarle la cabeza a Lester Harrison a culatazos, pero tampoco le pareció buena idea: el pequeñajo saldría corriendo como una liebre enfangada en mierda y escaparía. No. Definitivamente, la tercera bala sería para Les.

Muy a su pesar, decidió que la víctima del sacrificio final sería una de las chicas. ¿Cuál? ¿Bonnie Anonby? Bonamí se preguntó si seguiría echando humo por la boca una vez muerta. No, tal vez se defendería con uñas y dientes. Tenía cuerpo de animadora, y esas están en mejor forma que los deportistas a los que se tiran. Las candidatas para el fin de fiesta se reducían a dos: Amber Delano y Carol Preston. Desde su observatorio, Bonamí las estudió como un depredador. Las dos parecían investigar el funcionamiento de los visores. El eclipse no tardaría en producirse.

Tras un minuto de reflexión, Bonamí otorgó a Carol Preston el primer premio del concurso de mártires. «Échale la culpa a Audrey Hepburn», gruñó Bonamí para sus adentros. Se preguntó si aquel nido de estorninos que tenía en la cabeza amortiguaría los culatazos. Se dijo que el primero se lo estamparía en la frente, por si las moscas. Imaginó el reguero de sangre manando de la brecha abierta y sonrió.

Bonamí consultó el reloj.

Cinco y treinta y cinco pasadas.

Fue paciente. El sol comenzó a oscurecerse por un lado. El ambiente se tornó extraño, como el escenario de un sueño. Pasó un minuto, y luego otro. Los chicos, que habían descorchado unas cervezas, estaban de espaldas a él, mirando el cielo por parejas a través de los visores. La luz del mundo se apagaba en Maine, y Bonamí avanzó en silencio, empuñando el Smith & Wesson con su carga mortal de calibre treinta y ocho.

Fue justo a las cinco y cuarenta y dos minutos cuando la nariz de Jet se abrió como una rosa roja, de dentro hacia afuera. Ni se enteró, ni le dolió. La bala que le había entrado por la nuca realizó un trabajo limpio. Los cinco chicos que seguían vivos dieron un respingo a la vez, tan solo para presenciar cómo Buzz caía en redondo de un tiro en la frente.

Las chicas gritaron a la vez. Un alarido casi musical, que a Bonamí le hubiera gustado armonizar: «Bonnie, tú en DO —sin que se te escape el humo del cigarrillo, por favor—; Amber, preciosa, tú en MI; y Carol, la rata más chillona de las tres, en SOL, y procura que no te estalle el peinado». Lester Harrison, cumpliendo todo pronóstico, no se hizo el héroe y salió corriendo. Solo tuvo tiempo de dar dos pasos antes de caer de bruces sobre la hierba. Una bala en la espalda puso fin a su carrera. La parte más difícil del trabajo estaba hecha.

Bonamí se enfrentó a las tres supervivientes, tomándose un respiro después de la rápida salva de disparos. Jadeaba. Su corazón latía como nunca. Las jovencitas, manos arriba, habían dejado de gritar e imploraban en silencio, con los ojos desencajados. Aún no habían tenido tiempo de romper a llorar. Bueno, Amber sí había llorado, pero por abajo, aunque Bonamí no pudo apreciarlo por la falta de luz. Un reguero de orina descendía por la pierna, empapando los calcetines blancos.

El silencio se prolongó durante diez segundos que parecieron una eternidad. Fue Bonnie quien lo rompió, en un vano intento de pedir clemencia.

—Por favor, señor... nosotras no hicimos nada... nosotras...

La cuarta detonación segó la vida de Bonnie, que cayó como un títere al que le cortan las cuerdas. Bonamí se sintió decepcionado, no salió humo del orificio de bala en la frente. Rompiendo a llorar como una Magdalena pelando cebollas, Amber se arrodilló en el suelo, con los dedos entrelazados en un dramático gesto de súplica. A su lado, la silueta de Carol, ensombrecida por el eclipse, aún sostenía el visor de cartón como si se lo hubieran pegado a la mano. Amber se arrastró hasta los pies de Bonamí.

—¡No me mate, haré lo que usted quiera! ¡Diga qué quiere que haga y lo haré, pero no me mate!

—Por supuesto que lo harías, zorra, pero yo solo quiero esto.

El último disparo de la tarde acabó con los lamentos de Amber.

Cinco balas, cinco cuerpos. Cien por cien de éxito. Ahora solo quedaba el detalle final, que respondía al nombre de Carol Preston, que reculaba muy despacio hacia el Pontiac del finado Buzz. La chica, que ignoraba que el tambor del revólver solo tenía capacidad para cinco cartuchos, esperaba el disparo de un momento a otro.

Carol pensó que si tenía la suerte de esquivar la bala, podría salir corriendo. Incluso si le daba en el brazo, o en el hombro,

tendría alguna posibilidad de escapar. Así que, en vez de quedarse paralizada por el miedo, comenzó a moverse de un lado a otro, como un jugador de baloncesto que intenta driblar al contrario frente a la canasta.

No era eso lo que esperaba Bonamí.

En lugar de la chica encogida de miedo que había imaginado, tenía a seis pasos de él a un manojo de nervios que ni siquiera había roto a llorar. Carol lo miraba desafiante, esperando el momento de saltar a un lado y esquivar la bala.

Fue entonces cuando distinguió, en la penumbra del eclipse, cómo Bonamí giraba el arma y la agarraba por el tambor. Era evidente que el sexto disparo jamás se produciría.

Carol corrió campo a través, por el lado contrario de donde se encontraba la pista de tierra. Bonamí maldijo en silencio y la persiguió, preguntándose si sería capaz de alcanzarla. Ella era más joven, y la adrenalina la hacía correr como una gacela. En el cielo, la luna seguía su camino y pedía disculpas al Sol por la intrusión, cediendo el paso a los primeros rayos solares después del eclipse. El crepúsculo artificial proporcionaba una atmósfera surrealista a la persecución.

Carol tropezó con algo. Nunca supo qué fue lo que la hizo caer. Pudo ser una piedra, una raíz, o la mano de un indio resucitado por el mismísimo Manitú surgiendo de su tumba en busca de venganza contra el hombre blanco. El resultado fue que acabó de bruces en el suelo. A pesar del impacto no soltó el visor, que se espachurró entre sus manos con una versión sorda del sonido que produce una pieza de vajilla al romperse. Por suerte para ella, no se hirió las manos.

Transformando sus dedos en garras, destrozó lo que minutos antes había sido el orgullo de fabricación rusa del charlatán del Riverside, extrayendo del amasijo de cartón un trozo de espejo roto en forma de triángulo. No era lo bastante grande para matar a nadie, pero al menos tenía algo con lo que defenderse.

Bonamí llegó justo cuando Carol se incorporaba, pero no la pilló por sorpresa. Preparada para el golpe, ella se cubrió la cabeza con las manos, protegiéndose de la culata que ya iniciaba su trayectoria descendente. El arma impactó contra el brazo izquierdo. Le dolió horrores, pero seguía consciente, en pie y con el cristal roto en la mano. Cuando Bonamí levantó el revólver para descargar el segundo golpe, Carol le agarró el brazo con el que sujetaba el arma y le asestó un tajo en la muñeca con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. El cristal cortó venas y tendones, obligando a Bonamí a soltar el Smith & Wesson. Para satisfacción de Carol, ahora era él quien aullaba de dolor. Pero la tregua duró poco. Bonamí, babeando de furia, lanzó un izquierdazo casi a ciegas que aterrizó en la mejilla de la joven, que perdió el cristal en su segundo viaje al suelo. Era la primera vez en su vida que recibía un puñetazo y se preguntó, mientras caía, por qué oscura razón a los chicos les gustaba tanto pelearse. Aquello le había dolido, y mucho. Pero, al menos, seguía consciente.

Mientras trataba de incorporarse, notó el peso de Bonamí cayendo sobre ella. Tras un breve forcejeo, acabó tumbada de espaldas, defendiéndose como podía. La mano izquierda de Bonamí buscaba su cuello, y su codo derecho intentaba inmovilizarla presionándole el pecho. El cristal del visor se había portado de fábula, la mano derecha de Bonamí no solo estaba inutilizada, también perdía sangre a chorros. La rabia creció dentro de Carol, que tenía la cara de su agresor tan solo a unos centímetros de la suya. Sin parar de luchar, soltó la mano útil de Bonamí y decidió jugárselo todo a una carta.

Una vez libre, la garra del hombre se cerró sobre su cuello. Ella hizo fuerza con la barbilla hacia abajo, dificultando el estrangulamiento. Bonamí pensó que sería cuestión de tiempo que dejara de resistirse. Eso si no se desangraba él antes. En mitad del forcejeo, Carol consiguió escurrir una mano por debajo del codo de Bonamí y, sin mostrar piedad alguna, hundió la falange del pulgar en el tajo abierto de la muñeca.

Un dolor sin parangón obligó a Bonamí a aflojar la presa. Carol, revolviéndose como una lagartija, agarró con ambas manos la cabeza de Bonamí y la atrajo hacia su boca. Lo que se disponía a hacer a continuación le provocaba un asco inenarrable, pero era cuestión de vida o muerte.

Y esa tarde no estaba dispuesta a morir a manos de un cabrón.

Carol mordió la mejilla de Bonamí con todas sus fuerzas. No fue un mordisco instintivo. Hundió los dientes y succionó la carne que llenaba su boca todo lo que pudo, garantizándose así que arrancaría un buen bocado. Movió la cabeza de un lado a otro, rasgando piel y músculo. Cuando Bonamí se incorporó para escapar de la que hasta entonces había sido su presa, quedó conectado a ella por un fino hilo rojo que solo Dios, o un médico cualificado, habría podido identificar. Un puente de tejido que, al romperse, provocó que Bonamí cayera bocarriba, al lado de Carol, sumido en un paroxismo de dolor.

Ella rodó unos metros, se levantó dando traspiés y echó a correr como alma que lleva el diablo. Bonamí fue testigo de su huida. Jamás podría alcanzarla. Había perdido y lo sabía.

Se puso en pie en cuanto se vio capaz de asimilar el dolor de la muñeca y el rostro. Apenas podía cerrar la mano derecha, y la mejilla no era más que un lago de lava roja. Había subestimado a la caricatura de Audrey Hepburn, y esta le había ganado por goleada.

Encontró el revólver en el suelo y lo empuñó como si estuviera cargado. Si hubiera tenido una bala más, todo habría sido más fácil.

Volvió a remontar la colina hasta donde estaban el Pontiac y los cuerpos. Barrió el terreno con la mirada y se desplazó hasta el matorral tras el que dormía Bernie. Con pasos tambaleantes, prácticamente sin sangre en el cuerpo, Bonamí recorrió la distancia que le separaba de él. Rodeó el arbusto y lo vio, dormido. Un hombre que hacía buenas obras y soportaba las malas. Sintió que la vida le abandonaba. Ya ni siquiera sentía dolor. ¿Cuánta sangre

había perdido? Echó la vista atrás y vislumbró, a la luz de la tarde, el interminable reguero de sangre que había dejado en la hierba. Pensó en despertar a Bernie. A lo mejor le apetecía tomarse una última copa con él antes de morir.

Nunca la tomaron.

A las seis y diez de la tarde, Bonamí se desvaneció en el aire. Se fue con el eclipse, a la misma hora en la que Bernie Steinhardt murió desangrado.

Epílogo

Esa misma tarde del eclipse, alrededor de las siete y media, cuatro coches de policía y dos ambulancias acudieron a lo que más tarde se conocería en Old Town como la Colina de la Masacre. Uno de los coches oficiales se detuvo un poco más atrás del escenario del crimen. En él viajaba una medio drogada Carol Preston, a quien unos vecinos habían encontrado, cubierta de sangre e histérica, corriendo por la avenida Stillwater. Las palabras reconfortantes de la doctora Marla Wilson y una dosis justa de tranquilizantes habían obrado maravillas. A su lado, los padres de Carol le agarraban ambas manos.

—No es necesario que bajes, cariño —le aconsejó la doctora Wilson—. Has sido muy valiente viniendo hasta aquí.

La madre de Carol, que compartía con su hija la tez pálida y el peinado, intervino, nerviosa.

—Cogerán a ese bastardo, ¿verdad?

—Delo por hecho. Las carreteras están cortadas y hay agentes apostados en su casa. —La doctora Wilson hizo una pausa—. Además, no puede haber ido muy lejos con esas heridas. Por lo que nos contó Carol, lo raro sería encontrarlo con vida.

La oscuridad reinó en la colina por segunda vez aquella tarde. Los faros de los coches y las linternas rasgaban las tinieblas con

haces brumosos. Desde detrás de un arbusto, un agente llamó a gritos a Brian Allen, el jefe de policía de Old Town.

—¡Jefe, está aquí!

Allen correteó hacia el matorral, seguido de cerca por el doctor McLaren, un forense al que le faltaban solo dos años para jubilarse y era tristemente célebre por su dudoso sentido del humor. También los acompañaban tres agentes y un par de sanitarios. Cuando llegaron al matorral, el policía que había descubierto el cadáver vomitaba con las manos apoyadas en las rodillas.

—Empezamos bien —se quejó el forense—. ¿Estás preñado, hijo?

Y se echó a reír. Por supuesto, nadie más lo hizo.

Allen enfocó el haz de su linterna, iluminando a un hombre tendido sobre la hierba teñida de rojo. Sostenía un revólver chato en la mano izquierda, y la derecha se veía retorcida en un extraño ángulo. Tenía una herida profunda en la muñeca. Su rostro, a pesar de faltarle media mejilla y tener el hueso al aire, conservaba un escalofriante rictus de paz.

—Joder, yo conozco a este tipo —soltó uno de los sanitarios que contemplaban la escena desde detrás del hombro del jefe Allen.

—¿Puede identificarlo? —preguntó este.

—Claro que sí —exclamó el enfermero, con el mismo entusiasmo que habría mostrado si hubiera acertado la última pregunta de un concurso de televisión—. Más de una noche he tenido que llevarlo al hospital, borracho como una cuba; siempre andaba bebido. Creo recordar que se llama Bernard Steinhardt.

—Se llamaba —rectificó el forense, quitándose el estetoscopio de las orejas y dejándolo colgar del cuello—. Si tenía un problema con el alcohol, ya es cosa del pasado. —El doctor McLaren revisó la herida del pómulo a la luz de la linterna—. No debió ser un buen cristiano, no puso la otra mejilla. —El forense celebró con una risita

lo que él, y solo él, consideró un chiste ingenioso. Se puso de pie y echó una ojeada al lugar donde estaban los demás cuerpos—. En fin, se ve que tengo trabajo que hacer. Así que, si me permiten…

No le faltaba razón. Seis muertos en una noche son demasiados hasta para un forense que tenía tan mal gusto haciendo chistes como eligiendo el color de las pajaritas con las que remataba su manido atuendo. El juez tardó poco en llegar, y a las once de la noche ya se habían levantado los cadáveres. Los padres de los muertos pasaron un mal rato reconociendo a sus hijos en el depósito. Gordon Campbell, el padre de Jet, abrazó con fuerza a su mujer mientras intentaba consolarla con un desafortunado «Quién sabe si no es lo mejor que ha podido pasarle» que le costó el divorcio dos meses después. Los padres de los demás chicos sufrieron lo indecible, porque no existe desgracia más atroz que la de sobrevivir a un hijo, y más cuando su vida le es arrebatada de forma violenta.

Como una madre más, sostenida por dos de sus mejores amigas, Doris Steinhardt acudió al depósito. No hizo falta que entrara. Shelley Randall, que se había personado como testigo por requerimiento del jefe Allen, con quien mantenía cierta amistad, le ahorró el mal trago a la anciana. Fue Shelley quien identificó el cadáver.

—Es Bernie.

Shelley declaró, durante el breve interrogatorio al que fue sometida en comisaría, que hacía tres días que no veía a Bernie, y que la última vez que había estado en el Shelley's Dream le había parecido raro que ni siquiera hubiera probado su copa.

—Lo que más me chocó fue la forma en la que le echó huevos a Jet Campbell. Nunca había sido capaz de hacer algo así. Es... como si en ese momento no fuera él.

Los resultados de la autopsia de Bernie Steinhardt revelaron que no había rastro de alcohol en la sangre. El doctor McLaren comentó

que, si había bebido, había tenido que mear la priva como un elefante sondado. Después de reírse de su chiste y de entonar un *era broma*, certificó (ya en serio) que Bernie Steinhardt llevaba varios días sin beber ni una sola gota de alcohol.

Fue Shelley Randall quien llevó a casa a Doris Steinhardt. Una de las amigas de Doris, Paula Feldmann, se ofreció a pasar la noche con ella. No iban a dejarla sola en la peor noche de su vida. Doris, en la oscuridad de la camioneta de Shelley, parecía aún más vieja. Repetía una y otra vez: «Mi Bernie... No había hijo mejor en el mundo que mi Bernie... Era un buen niño, mi Bernie». Shelley se dijo que Doris tenía razón. Parecía mentira que Bernie hubiera sido capaz de perpetrar aquella masacre.

Bernie Steinhardt fue enterrado el 25 de julio de 1963 en el cementerio de Forest Hill. Su madre, deshecha —fallecería un año después sin haber superado la muerte de su hijo—, acudió a la ceremonia acompañada de varias amigas, todas embutidas en anticuados trajes negros. Shelley, Brad, Leroy y el resto del personal del Shelley's Dream se situaron discretamente detrás de la anciana, a quien sus amigas tenían que sujetar para que no cayera dentro de la tumba aún abierta. El jefe de policía Allen también asistió a la ceremonia desde un lugar discreto. El sacerdote dio un responso exprés que no duró ni dos minutos. Lo hizo a desgana. Un canalla como ese solo merecía arder en el infierno y que Lucifer en persona le metiera el palo del tridente por el culo, amén.

Nadie reparó en una figura enjuta que avanzó a través de los asistentes como una brisa de aire rancio. Nadie lo vio descender al agujero donde Bernie Steinhardt comenzaba a pudrirse. Nadie lo vio sacar una botella y dos vasos antes de atravesar la tapa del ataúd.

—Pueden proceder —dijo el sacerdote a los sepultureros, dando la ceremonia por finiquitada.

Los empleados del cementerio comenzaron a cubrir la fosa de Bernie con tierra. Una paletada, luego otra, y otra... Doris no lo soportó y se deshizo en llanto hasta tal punto que sus amigas

optaron por llevársela del cementerio. Allen, Shelley y sus empleados se fueron justo después, dejando solos a los enterradores.

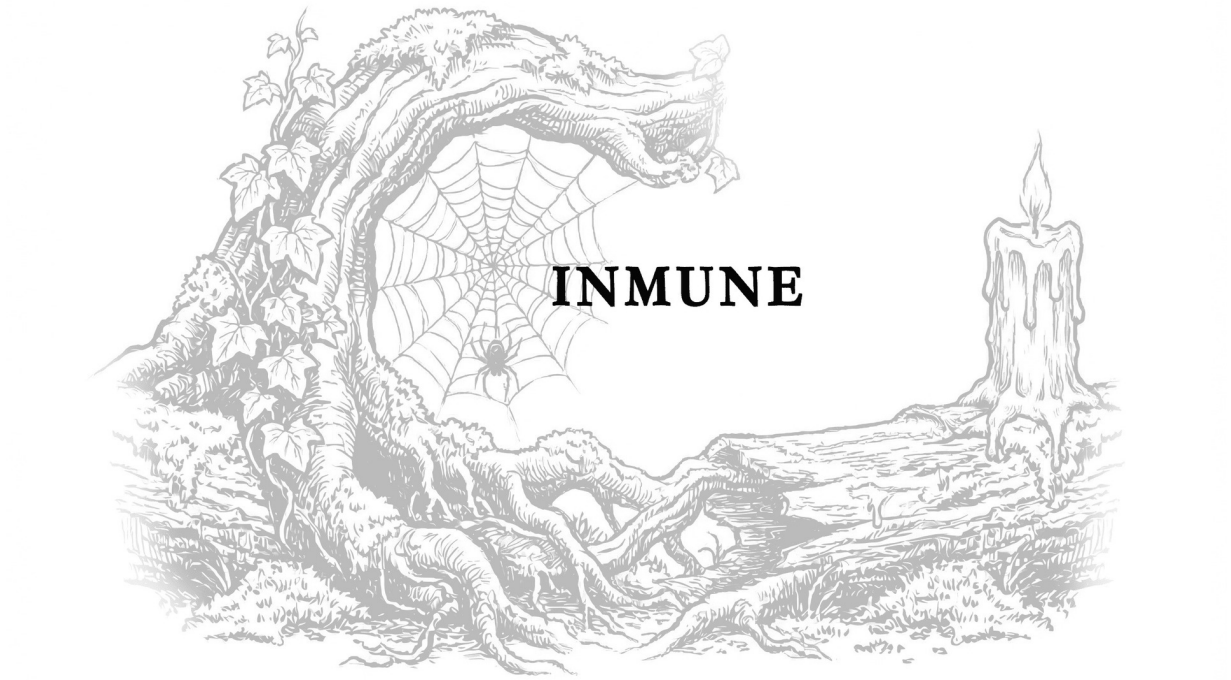
—Qué hijo de puta, este tío —dijo el más joven de los dos, aplastando la tierra con su pala—. Hay que ser muy cabrón para hacerle algo así a unos críos.

—Y que lo digas —corroboró el otro—. Bueno, esto ya está. Que le den a este mierda. Que arda en el infierno.

Y la tumba se quedó sola.

Tan sola como su dueño lo había estado durante toda su vida.

Días después, todos los que asistieron al entierro de Bernie Steinhardt coincidieron en que, durante un breve instante, notaron en el aire un extraño olor a whisky.



INMUNE

LUIS

El fin del mundo llegó sin avisar, a las diez y veinticinco de la mañana de un 21 de septiembre.

No hubo profecías que lo anunciaran, ni nada por el estilo. Los misiles nucleares nunca abandonaron sus silos; las naves extraterrestres no despegaron de sus bases para invadirnos; las tormentas solares no tostaron el parque de aparatos electrónicos del planeta, como los agoreros habían predicho, ni llovieron meteoritos del cielo. Tampoco se fundieron los polos, ni la Madre Tierra se abrió en un mar de lava, ni los océanos ahogaron a millones de almas a golpe de tsunami.

Ni siquiera dio tiempo a que los telediarios se hicieran eco de la noticia.

Nunca supe qué sucedió, pero ese día el demonio de la locura brotó desde lo más profundo de nuestras mentes. Bueno, de la mía

no.

Yo, por suerte o por desgracia, soy inmune.

A esa hora, me encontraba en la portería del edificio donde trabajo de conserje, viendo la CNN en mi *tablet*. De repente, la locutora se abalanzó contra la cámara, echando espuma por la boca. Menudo susto me dio. Lo siguiente que recuerdo es el estruendo de los coches chocando en la calle. Me asomé al portal y vi cómo los automóviles se embestían entre sí hasta que apareció el autobús articulado 215 e impuso la ley de sus dieciocho toneladas, arrasando con todos ellos. Los peatones invadieron la calzada, y muchos dejaron de sufrir en ese mismo instante, atropellados sin que nadie se dignara a pisar el freno.

Las aceras se convirtieron en el escenario de una extraña coreografía de musical extremo. Una octogenaria bailaba al son de una música inexistente a la vez que desparramaba el contenido de la bolsa del súper por el suelo; una madre soltó de la mano a su hija, de unos cuatro años, y estalló en carcajadas cuando un Opel fuera de control se la llevó por delante. Su hermano, algo mayor, se tumbó en el suelo y empezó a proferir unos alaridos que recrearon la atmósfera de una sala de tortura. Muchos peatones deambulaban como zombis, otros se agredían con saña y algunos se golpeaban la cabeza contra la pared hasta caer inconscientes. La mayoría corría sin rumbo fijo, aullando como posesos. Muy por encima de los edificios, vi un avión de pasajeros descender sobre la zona este de la ciudad en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Luego vino la explosión y la columna de humo negro. En ese momento, supe que todo lo que estuviera sobrevolándonos nos caería encima. Por suerte, mi mujer y mi hija estaban en casa. ¿Cómo es que Rebeca no se había asomado para ver qué pasaba?

Cerré el portal por dentro y arranqué los cables del portero automático, para que ningún vecino abriera la puerta desde casa y nos dejara a merced de la horda de locos que tomaba la calle. Eché un vistazo a la *tablet*. Ni CNN, ni conexión a internet. Imaginé que

los responsables de mantener las líneas a flote se habrían vuelto tan locos como el resto del mundo.

La situación era grave.

¿Habría afectado la locura a mi esposa y a mi hijita de seis meses?

Irrumpí como una tromba en el apartamento de dos habitaciones, amueblado como el culo y casi sin luz natural, que formaba parte del pack de conserje. La televisión estaba tan muerta como la tablet y presentaba la típica marabunta de interferencias. La puerta del cuarto de Miranda estaba abierta.

Encontré a Rebeca sentada en la cama que mi hija ocuparía en dos o tres años. Se arañaba el rostro hasta sangrar, sin piedad y sin mostrar dolor alguno. Ni siquiera notó mi presencia. Miranda dormía en la cuna. Tal vez aquella locura no afectara a los bebés, pero estaba claro que mi mujer había sido contaminada por aquel virus, pulso electromagnético o lo que fuera que había conseguido desquiciar a la gente. Rebeca seguía escarbando en su rostro sin reparar en la sangre que perdía y sin alterar un músculo de la cara. Susurré su nombre, pero ni siquiera me miró, absorta en su automutilación. Ya no era mi mujer, tan solo era una loca como las que había visto en la calle.

Tomé una decisión.

Tenía que acabar con ella antes de que pudiera hacer daño a la niña.

Corrí a la cocina y cogí el cuchillo más grande y afilado que encontré. Regresé al cuarto de Miranda llorando, con la mano que lo sujetaba escondida tras la espalda; la última vez que hice algo parecido éramos novios, y llevaba un ramo de rosas. Lo que iba a hacer era muy duro, pero iba a hacerlo por mi hija.

Os aseguro que degollarla no se me hizo tan difícil como podría parecer. Ver a mi esposa desfigurada, cubierta de sangre e ida,

anestesió mi conciencia. Ni siquiera se resistió. De todos modos, no habría podido sobrevivir sin atención hospitalaria al estropicio que ella misma se había infligido. Me convencí a mí mismo de que fue una muerte piadosa.

La arrastré hasta el portal y abrí la puerta de la calle. Afuera, la fiesta continuaba. La gente seguía peleando entre sí, usando como arma lo primero que encontraban; muchos de ellos lo hacían a puñetazos, mordiscos y patadas. En cuanto me vieran, vendrían a por mí. Dejé a Rebeca tirada en la acera con todo el dolor de mi corazón. En esta nueva era que acababa de comenzar, no había lugar para sepelios.

Un fuerte olor a humo inundaba la calle. Elevé la vista y vi varios incendios en los inmuebles vecinos. Normal, las amas de casa locas descuidan los fogones. Mi edificio estaba libre de incendios, por ahora.

Por ahora.

Volví a cerrar por dentro y regresé a casa. Miranda seguía durmiendo, tranquila. Respiré hondo y pensé en cómo controlar la situación. La prioridad era la seguridad de mi hija.

Lo primero era comprobar si mis vecinos habían enloquecido o había alguien más inmune, como yo. Antes de que pudieran hacerle daño a mi hija o provocar un fuego, los mataría sin pensármelo dos veces. En ese momento, oí tiros en la calle y me asomé con sigilo por la ventana enrejada de la portería. Un policía local disparaba a los transeúntes mientras cantaba una canción en una lengua desconocida que pretendía ser inglés. De repente, miró fijamente el cañón de la pistola y apretó el gatillo.

Uno menos.

Nada peor que la locura.

Me hice con las copias de las llaves de las dieciséis viviendas, que guardaba en una pequeña caja fuerte en la portería. Ojalá

encontrara a alguien con la cabeza en su sitio, y ojalá ese alguien fuera la profesora de instituto del 4ºC. Era joven, inteligente y hermosa. Sería una buena madre para mi hija y una candidata inmejorable para repoblar el mundo, si es que era verdad que se estaba yendo al carajo. No recordaba haberla visto salir esa mañana, por lo que era probable que estuviera en casa.

De entre todas mis herramientas, elegí la enorme llave inglesa que solo usaba para apretar las tuercas de la caldera. La balanceé en el aire.

Era un arma temible.

Antes de embarcarme en la cruzada contra los vecinos del número 11 de la calle Santana, pasé por la habitación de Miranda. Me apetecía darle un beso, pero no me atreví a despertarla. No quería dejarla llorando mientras yo exploraba lo que ahora consideraba mis dominios. Tenía a mi disposición todos los víveres de las casas, por lo que podría sobrevivir meses dentro de nuestra improvisada fortaleza.

Menos mal que no usé el ascensor. La corriente se interrumpió justo cuando subía el primer tramo de escaleras. Mucho habían tardado los locos de la central eléctrica en cargarse el chiringo. Podría haber muerto de hambre en el elevador, condenando a Miranda a un destino similar.

Menuda mierda.

Abrí la puerta del 1ºA y entré, blandiendo la llave inglesa como un arma. Encontré a Carlota, la mujer de Ignacio Revilla, tumbada boca abajo en mitad del pasillo, sobre un charco de su propia sangre. Estaba muerta. El alarido de un niño me puso los pelos de punta.

Corrí hasta el baño y vi cómo Ignacio aplicaba una plancha caliente a Nachete, su hijo de nueve años, en plena cara. Lo había amarrado con toallas. Me pregunté qué hacían allí a esa hora; el padre debería de estar trabajando, y el niño en el cole. Tal vez

Nachete se había levantado pachucho, no lo sé. Ignacio desvió la mirada hacia mí y se me abalanzó con la plancha enchufada. Me salvó la longitud del cable, que hizo que se le cayera al suelo. Antes de que pudiera recogerla, descargué un único golpe que le destrozó el cráneo. El niño seguía llorando y gritando sin parar; la mejilla todavía le humeaba.

—Tranquilo, Nachete, ya estás a salvo —le dije, mientras comenzaba a desatarlo.

En cuanto pudo moverse, me mordió en el brazo con todas sus fuerzas. Intenté zafarme del mordisco, pero era tenaz como un pitbull. Le rogué a gritos que me soltara, asegurándole que era su amigo y que no tenía que tener miedo. Ni caso. Estaba tan enloquecido como los demás.

Lo dormí para siempre con un certero golpe en la cabeza. El mordisco me dolía mucho. Encontré alcohol en un armario auxiliar y me rocié la herida con él. Me dolió horrores, pero apreté los dientes y aguanté. Si se me infectaba, estaba listo; los médicos estarían como cencerros, así que a partir de ahora tendría que valérmelas por mí mismo. Pensé en Miranda. A partir de ahora yo tendría que ser su padre, su madre, su maestro, su pediatra, su *todo*. Ser inmune era casi peor que estar loco. Al menos, me quedaba el consuelo de haber conquistado el 1ºA. Aquello prometía ser la partida de *Risk* más despiadada de todos los tiempos.

Abrí una ventana y tiré a Ignacio a través de ella. Repetí la operación con Nachete y su madre. Me asomé y contemplé los tres cuerpos despatarrados en la acera. Dos tipos se pararon a mirarlos, muertos de risa; una joven se detuvo muy solemne junto a ellos, se acuclilló y comenzó a comerse los sesos que brotaban de la cabeza abierta del niño. Aparté la mirada, aterrado.

Revisé la nevera y la despensa. Lástima que no hubiera fluido eléctrico. Tendría que consumir los alimentos perecederos cuanto antes. Conté muchas latas de refrescos y botellas de agua, lo que me hizo acordarme del agua corriente. Probé a abrir el grifo y

funcionó. El aljibe estaría lleno, por lo que no tendría que preocuparme de morir de sed. También había leche para Miranda. No era leche infantil, pero no tendría más remedio que acostumbrarse a la de tetrabrik. Cerré la nevera y los armarios que había registrado y volví a salir al descansillo.

Tal y como hice con el 1ºA, procedí a abrir, uno por uno, los pisos del rellano. En el 1ºB me encontré a la señora de la casa muerta en la cocina, después de haberse dado un atracón de vasos de cristal; la catarata de sangre que manaba de la boca era para ponerte al borde de la lipotimia. Como hice con los del 1ºA, la tiré a la calle. No iba a dejar ningún cuerpo descomponiéndose en mi fortaleza.

En el 1ºC tuve que acabar con dos hermanas ancianas. Una de ellas me confundió con un tal Celedonio y empezó a recriminarme cosas del pasado de las que yo no tenía ni idea, mientras la otra se partía de risa. Acabé con ellas de dos golpes y también fueron por la ventana, como el resto de vecinos a quienes encontré muertos o no tuve más remedio que cargarme. Por suerte, hallé la mayor parte de los pisos vacíos. La epidemia de locura había pillado a la mayoría de los adultos en sus trabajos y a los más jóvenes en clase.

Conforme avanzaba en mi conquista, sentía menos remordimientos.

Todas las salvajadas que estaba cometiendo eran por mi hija.

SORAYA

No sé qué demonios ha pasado esta mañana, pero todo el mundo se ha vuelto loco. Justo hoy, cuando estoy disfrutando del primer día de asuntos propios de mi vida. Al final, no voy a poder terminar el cuadro que le prometí a mi madre hace más de dos años. «Soraya, acábalo de una vez, me muero por colgarlo en el

salón». Pues me parece que hoy no va a poder ser, mamá, donde quiera que estés.

Porque no sé si estás loca o cuerda, viva o muerta.

Me di cuenta de que algo no iba bien cuando empecé a oír coches chocando y derrapando. Me asomé al balcón y presencié la peor película de catástrofes que un director de telefilmes canadienses pudiera parir jamás. Un autobús atravesó la calle a toda velocidad, destrozando coches y atropellando peatones; había peleas y gritos por doquier, gente corriendo como loca dando alaridos, y otros, en apariencia más tranquilos, parecían conversar con su propia sombra. Vi un avión precipitarse en medio de la ciudad. La explosión fue tremenda. Lo primero que me vino a la mente fue que estábamos bajo un ataque terrorista. Puse la televisión, a ver qué demonios estaba pasando.

Hice zapping a toda velocidad y los programas en directo me dejaron alelada: la presentadora famosísima de un magazine matutino exhibía los pechos desnudos mientras rezaba a gritos; en el siguiente canal, el público se enzarzaba en una batalla campal, que quedó fuera de encuadre en cuanto el cámara decidió unirse a la fiesta; algunas cadenas ya habían dejado de emitir. Cambié a los de vía satélite y me topé con Al Jazeera por casualidad. El locutor gritaba como un idiota en árabe y solo se detenía para mordisquear su micrófono, emitiendo unos crujidos terribles, amplificados por el sistema de sonido; luego vino la RAI, donde una italiana recauchutada intentaba apuñalarse la cabeza con la punta de un bolígrafo. Huí de esa escena horrible para caer en la BBC, donde un señor con pintas de lord inglés agredía a silletazos a otro, que cloqueaba como una gallina, sin apenas defenderse de los ataques. De repente, la tele dejó de emitir, la luz parpadeó dos veces y se fue para nunca más volver.

Por lo visto, la locura se había desatado a nivel mundial. A todo dios se le había ido la pinza.

Menos a mí.

Yo me encontraba bien, o al menos todo lo bien que uno puede encontrarse afrontando un desastre sin precedentes como aquel. Si habían lanzado algún agente enloquecedor o alucinógeno, o habían empleado extrañas frecuencias eléctricas, como durante aquellos experimentos de la CIA de los años cincuenta —lo que se llamó el MK-Ultra—, yo tenía una cosa clara: era inmune.

En ese momento di gracias a Dios por vivir sola. Intenté llamar a mi madre, pero el teléfono emitía un zumbido extraño. Saqué el móvil del bolso y busqué su nombre en la agenda. La foto de mi madre me sonrió desde la pantalla, pero en cuanto intenté llamarla, el dispositivo me alertó de que no había servicio. Estaba incomunicada, en el 4ºC de la calle Santana, número 11.

¿Qué podía hacer? Pedir ayuda parecía peligroso. Si mis vecinos estaban tan pirados como el resto de la población de la Tierra, lo más probable sería que se liaran a golpes conmigo, o algo peor. Oí disparos en la calle. Me asomé al balcón con cautela, no quería ofrecer un blanco fácil. Abajo, un policía local acababa con todo aquel que se cruzaba en su camino. De repente se voló la cabeza, en un extraordinario giro de guion. Di un respingo y me tapé la boca y la nariz con las manos, reprimiendo un grito. Ojalá fuera algo transitorio. Si era así, me mantendría encerrada en casa hasta que pasara, sin hacer ruido, para no llamar la atención de nadie, ni de fuera ni de dentro del edificio.

Corrí al vestíbulo y giré dos veces la llave de la puerta blindada. Para más seguridad, eché el cerrojo de acero FAC que mi madre se empeñó en instalar cuatro años atrás, además de la cadena. Por alguna razón que escapa a mi entendimiento, las madres siempre tienen razón. En silencio, recé para que estuviera sana y salva.

Si aquella catástrofe estaba sucediendo a nivel mundial, ya no teníamos a nadie en quien apoyarnos. No podíamos fiarnos de la gente. ¿Y si yo misma estaba afectada y no era consciente de ello? ¿Sucedería eso con los demás?

Me senté en el sofá, me abracé las rodillas y rompí a llorar. Si no estaba sola en el mundo, ¿cómo podría volver a confiar en alguien?

LUIS

Llegué al rellano del cuarto piso pocos minutos después del mediodía.

La llave inglesa estaba llena de sangre y de trocitos de algo que no me atrevía a tocar. Podrían ser pedazos de hueso, cartílago, cerebro o sabe Dios qué. Me dije que tendría que lavarla a conciencia en cuanto terminara el trabajo. Era mi arma sagrada, el Mjölnir del currela, exterminador de orates y purificador de almas en pena. Pronto, mi castillo estaría asegurado, convirtiéndose en el último baluarte de la razón.

Mientras registraba el 3ºD, descubrí que el edificio de enfrente había empezado a incendiarse, al igual que muchos otros de la zona. Algunos desgraciados saltaban por las ventanas convertidos en antorchas humanas, mientras otros, asfixiados por el humo, se arrojaban al vacío sin tantos efectos especiales. Me entretuve un rato viéndolos caer y estrellarse contra el suelo, que ahora era un festival de cadáveres. Me felicité por haber acabado con las viejas. Seguro que habrían provocado un incendio en cuanto hubieran entrado en la cocina. Afuera, el cielo estaba gris y la calzada, intransitable a causa de los coches y los muertos. Para atravesarla había que escalar un amasijo de vehículos que se habían ido apilando por toda la calle. Intenté imaginarme cómo estaría la Gran Vía, Sol, las Ramblas de Barcelona, Times Square, Piccadilly Circus o los Campos Elíseos. Las imágenes que acudieron a mi mente me parecieron alucinantes.

Entré en el 4ºA y encontré a la empleada de hogar muerta. Era una chavala colombiana, de apenas veinte años. Tenía desgarradas las muñecas y la boca manchada de sangre. Se las había mordido ella misma hasta morir desangrada. También la arrojé por el balcón

del salón, como a los demás vecinos. La diferencia entre señores y criadas había llegado a su fin. Abajo se apilaban los cadáveres sin distinción de raza, edad o sexo. Cuando se calmara un poco la cosa tendría que retirarlos de la acera, o el próximo enemigo a batir serían las ratas. Joder, no me lo había planteado. ¿Y si las ratas habían enloquecido también? ¿Y los insectos? ¿Y los pájaros? Preferí no pensar en eso. Todavía me quedaba trabajo por hacer.

Decidí dejar el 4ºC para el final. ¿Cómo se llamaba la profe? Su nombre me vino a la cabeza de repente, Soraya. Soñé con que fuera inmune, como yo, porque lo último que deseaba era romperle la cabeza. No pude evitar que el recuerdo del cadáver ensangrentado de mi esposa me asaltara a traición. Confié en que esa visión no me acompañase de por vida. Tenía que pasar página, había vuelto a nacer.

Tuve suerte y no encontré a nadie, ni vivo ni muerto, en los dos primeros pisos de la cuarta planta.

Solo me quedaba revisar el de Soraya.

El último del edificio.

Introduje la copia de la llave en la cerradura y la giré dos veces, pero al intentar abrir, no pude hacerlo. Empujé la puerta, sin éxito. Había un cerrojo echado. Eso significaba dos cosas: que ella estaba dentro y que estaba asustada. Buena señal. Los afectados no parecían sentir temor ante nada ni nadie. Llamé con los nudillos.

—Soraya, soy Luis, el portero —grité a través de la puerta—. No se asuste, he estado limpiando el edificio. ¿Me oye?

La mirilla no dejaba pasar la luz. Sabía que ella me miraba a través de ella, sin atreverse a abrir. No iba a forzarla a hacerlo. Necesitaba ganarme su confianza, no quería meterle presión.

—No se preocupe —intenté tranquilizarla—. En el edificio solo quedamos usted, mi hija Miranda y yo, y está cerrado a cal y canto.

Nadie podrá entrar, estamos seguros. Voy a bajar a darle de comer a la niña y volveré a ayudarla en cuanto acabe. ¿Se encuentra bien?

Su voz, temblorosa y compungida, me llegó desde el otro lado de la puerta.

—Estoy bien, pero tengo mucho miedo.

Mi corazón brincó en el pecho, feliz y nervioso al mismo tiempo. En principio, no parecía contaminada.

—Espéreme, por favor, y no se le ocurra salir. Volveré en un rato.

Aguardé unos segundos en el rellano, por si me decía algo, pero solo alcancé a oír sollozos. Decidí dejar que se desahogara.

Bajé los cuatro pisos con cierta alegría en el cuerpo. Había que ver el lado bueno del apocalipsis. Pronto dejaría de vivir en la portería. Como amo y señor del castillo, elegiría las mejores dependencias para vivir lo que me quedara de vida junto a Soraya y Miranda.

A pesar de haber matado a mi esposa y haber acabado con todos los vecinos a los que me había encontrado, me sentía extrañamente feliz.

SORAYA

Me quedé pegada a la mirilla hasta que el conserje desapareció de la panorámica del ojo de pez que abarcaba el descansillo. Pude ver la llave inglesa descomunal en su mano. Estaba llena de sangre. Cuando dijo que había limpiado el edificio, y que solo quedábamos dentro su hija, él y yo, ¿a qué se refería, exactamente?

Me temí lo peor.

¿O sería lo mejor?

Tenía dos opciones. La primera era ser cobarde y fortificarme en casa. ¿Cuánto tiempo podría atrincherarme en ella? Apenas tenía comida en el frigorífico. En el armario, unos cereales de marca blanca, café instantáneo y poco más. Maldije mi dieta eterna. Racionándolo al máximo, calculé que podría permanecer aquí dos semanas, antes de que el hambre me venciera.

La segunda opción era ser valiente y salir. Quizá debería darle un voto de confianza al conserje. Tal vez fuera cierto que había limpiado de locos el edificio, cosa que yo misma habría hecho de tener el valor suficiente. De todos modos, había algo que en ese momento me quedó muy claro.

Necesitaba un arma.

LUIS

Miranda seguía durmiendo, ajena al caos que devoraba el mundo.

Intenté despertarla, pero su sueño era profundo. Le preparé el biberón en un cazo, dando gracias a Dios por el día en que Rebeca prefirió fuegos de gas en lugar de vitrocerámica. Me dio pena despertar a Miranda, así que intenté darle el biberón dormida, como a veces hacía mi esposa. Hoy se negaba a tragar, pero al menos no se despertó. Desistí, pero me dio igual. No iba a ponerme histérico porque la niña no comiera una vez, ya lo haría cuando tuviera hambre. Le cambié los pañales y la vestí con uno de esos conjuntitos cursis que tanto le gustaban a su madre. Estaba preciosa.

Me di una ducha. Después del ingrato trabajo de esa mañana, el agua templada me pareció una bendición. Recé para que el suministro de gas durara. Me perfumé y elegí unos pantalones de vestir, unos mocasines lustrosos y una camisa negra que solo usaba en contadas ocasiones. Quería dar buena impresión a Soraya.

Al fin y al cabo, era mi princesa.

SORAYA

Ya tenía el ojo en la mirilla cuando el portero llamó con los nudillos. Llevaba a su hija en brazos y venía arreglado como si pretendiera invitarme a salir. Si esa era su intención, no pudo elegir peor día.

Tenía miedo de abrir, pero cuanto antes afrontara mi encuentro con Luis, mejor. Éramos los únicos cuerdos de todo el edificio y, tal vez, los únicos de toda la ciudad. Nosotros dos y la pequeña.

Descorrí el cerrojo y quité la cadena. Permanecí unos segundos inmóvil, con la puerta abierta. Su sonrisa me pareció tímida.

—¿Puedo pasar?

—Adelante —concedí, consciente de que así es como los vampiros entran en las casas, antes de morderle el cuello a alguien.

Pasó al salón y contempló el paisaje urbano cargado de humo negro que había más allá de mi balcón abierto. Mis ojos se encontraron con los de la niña. Me miraba con sus ojos de bebé, abiertos como platos, en un rostro que tenía una expresión indescifrable; eran unos ojos que se clavaban en mí como puñales invisibles, como si pudieran leer mi mente. De repente, su boca se abrió, como si su pequeña mandíbula le pesara demasiado.

Luis comenzó a hablar de la locura que se había desatado en la calle, de cómo ya casi no se oían gritos ni sonidos de coches, de lo afortunados que éramos al ser inmunes a esta tragedia.

Mientras hablaba, yo no podía apartar los ojos de los de su hija.

Continuó con su retahíla, pero yo ya no entendía lo que decía. Sus palabras se habían convertido en un galimatías y mis ojos seguían clavados en los del bebé, que taladraban los míos de forma dolorosa. Al señalar algún punto más allá del horizonte, Luis dejó de sujetar la cabeza de la niña, que colgó, flácida.

Fue entonces cuando vi marcas de dedos en la piel del cuello.

Por eso tenía la mirada extraña.

Era la mirada de una muerta.

No le di tiempo a reaccionar. Soltando un alarido que pretendía ser una inyección de valor, le hundí el cuchillo de cocina a Luis en el cuello, atravesándolo de lado a lado. Él no soltó a Miranda, pero intentó taponarse las heridas con la mano libre. Dejó su estómago indefenso. Le clavé la hoja hasta el mango y volví a extraerla. Lo hice hasta en tres ocasiones. Perdía sangre a chorros, pero seguía sujetando a su hija.

Finalmente, ambos cayeron sobre la alfombra del salón. Recogí a Miranda del suelo y la dejé en el sofá. Envolví a Luis en la alfombra y lo arrastré hasta el balcón. Antes muerta que quedarme a solas con el cadáver de un loco parricida en mi casa. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, lo apoyé en la barandilla del balcón y le levanté las piernas.

Cayó encima de los vecinos que él mismo había arrojado a la acera esa mañana.

En ese momento, me di cuenta de que yo era la única inmune.

Me eché a llorar.

He de reconocer que Luis hizo un buen trabajo antes de morir.

Encontré las copias de las llaves y ahora vivo en el número 11 de la calle Santana, sintiéndome segura, con un providencial suministro de gas que me proporciona agua caliente y me permite cocinar.

Afuera, las cosas se han tranquilizado. Sigue sin haber electricidad, así que no sé qué pasará en el resto del mundo. No pierdo la esperanza de que haya más inmunes como yo.

Y como Miranda.

—¡Qué mal hueles, pequeña! ¿Te has hecho caca de nuevo?

Le reviso los pañales por cuarta vez esa mañana. Limpios. Bueno, del todo limpios, no. Tengo que quitar los gusanos a veces, y tener cuidado con sus deditos. Hace dos días perdió uno, y creo que pasó porque no fui delicada al cogerla. Sí, huele mal, pero es mi única compañía.

—Eres una bendición, Miranda.

Y le canto una nana, la última nana del fin del mundo, contenta de que sus ojos, que me miraban de aquella forma tan rara, hayan desaparecido de su rostro como por arte de magia.



LA MARCA OSCURA DE DIOS

Mi nombre es Caín, el maldito, aquel que caminó errante por la Tierra, y que fue expulsado del Paraíso por orden expresa de Dios. Mis recuerdos se pierden en el pozo sin fondo de mi memoria, y no sé cuánto tiempo vagué por el mundo. He vivido desastres y prodigios. He visto el suelo abrirse y vomitar fuego, tiñendo el firmamento de rojo; he oído llorar al cielo hasta anegar la tierra y he presenciado cómo montañas enormes se derrumbaban como montículos de arena, creando pedregales desiertos. He sido testigo del nacimiento y extinción de muchas especies de bestias; me he maravillado viendo reptiles aprender a surcar el aire y a gigantes de mandíbulas monstruosas despedazar la carne de sus presas en una lucha a muerte por la supervivencia. Poco o nada escapó a mis ojos durante esa eternidad.

Me deslizaba entre los animales salvajes como una sombra en un viaje sin retorno, ni destino, ni final; sin ser cazador ni presa. Dios me hizo dos regalos al expulsarme del Paraíso, o tal vez fueran dos maldiciones. El primero fue una marca en la frente que me hacía

inmune a la ira y al apetito de sus criaturas; el segundo, sospeché que se trataba de la inmortalidad, porque nunca sufrí enfermedad, ni hambre, ni sed. Siempre creí que me llevé parte de su divinidad cuando el ángel me mostró el camino de salida con el fuego de su espada. Atrás quedó el Edén, y qué diferente era de la Tierra que recorrí durante millones de años. Y sí, la inmortalidad es una maldición, porque en la soledad de los prados interminables azotados por los elementos, muchas veces añoré una muerte que no llegaba.

Dios me mintió. Se burló de mí. Durante mi peregrinaje, no vi otros seres como yo, hechos a su imagen y semejanza. Sí me encontré con burdas imitaciones, parodias más parecidas a simios que a hombres, que se comunicaban entre ellos mediante gruñidos y gestos torpes. Pensé que se trataba de experimentos fallidos que intenté evitar por todos los medios. Aquellas fueron las únicas criaturas que no mostraron respeto a la marca de inmunidad de mi frente. Cuando he pasado cerca de ellos, me han mostrado dientes amenazadores, golpeando el suelo con armas improvisadas a base ramas, echándome de su territorio profiriendo aullidos de furia. No me gustó lo que vi en sus ojos. Había cierto brillo de inteligencia en ellos, y sé que la inteligencia trae consigo la estela de la maldad, y que esta culmina con el desafío a Dios. Y si eran capaces de desafiar a Dios, no tendrían problemas en ignorar su marca. Una vez más, estaba condenado a vagar solo y a saborear el regusto a hiel del miedo cada vez que los divisaba en lontananza, formando grupos cerrados, siempre vigilantes.

Y fue así como vagué durante eras, siendo testigo mudo de cómo el mundo cambiaba, crecía y a veces hasta amenazaba con morir, como un gigantesco ser vivo que siempre acababa renaciendo de sus cenizas en el último momento. Mi sola preocupación consistió en guardarme de los únicos seres que se parecían algo a mí. Y fue por esa soledad eterna que el viaje se me hizo infinitamente largo.

Llegó el frío. Un frío infernal, valga la paradoja. No era la primera vez que sentía ese helor tan atroz; ya había vivido esto otras veces, y sabía que muchas bestias de la Tierra lo pagarían caro. Cuando todo a tu alrededor se vuelve blanco, el agua se congela, la comida escasea y la muerte campa por sus respetos. Las estaciones pasan mil veces, reducidas a un invierno eterno. La última vez que viví una de esas eras, pude refugiarme en una cueva hasta que el frío se fue, trayendo nuevos cambios con su marcha. No morí, pero tampoco fui capaz de moverme. Fue lo más parecido a dormir para mí, y cuando experimenté ese descanso que no necesitaba, me asaltaron visiones horribles que se mezclaron con mis días felices en el Paraíso, tejiendo el tapiz de una pesadilla más larga de la que cualquier mortal podría soportar.

Busqué refugio antes de que el viento helado me impidiera seguir andando. Cada paso me costaba un esfuerzo titánico, con la tormenta de nieve cegando mis ojos y azotando mi cuerpo. Las pieles hechas jirones con las que me cubría dejaban pasar el aliento gélido procedente del norte. Lo último que quería era dormirme a la intemperie. Nada peor que ser sepultado vivo por toneladas de nieve y quedar prisionero y consciente para el resto de la eternidad.

No podía rezar al Creador para pedir socorro. Ese privilegio me había sido vetado. Pero la suerte, el dios que adoran los que no creen en Dios, estuvo de mi lado... o eso creí yo, idiota de mí. A través de la nevada, divisé una cueva en la ladera de una montaña. Trepar hasta la entrada me resultó fácil, y dentro no tendría que soportar la dureza de la glaciación. La última vez había durado miles y miles de estaciones, y deseé con todas mis fuerzas que esta vez fuera más corta.

Comparada con el exterior, la caverna era cálida, a pesar de no ser demasiado profunda. Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la oscuridad. Decidí que sería un buen lugar para pasar una era de hielo en soledad, acompañado por mis pesadillas. Mientras me quedaba dormido, mis pensamientos volaron hacia el Edén, y hasta llegué a dudar si aquello llegó a ser real o no.

Quien sabe. Quizá fuera otra broma de Dios.

Ignoro cuánto tiempo estuve dormido hasta que desperté en mitad de una violencia a la que no estaba acostumbrado. El fuego deslumbró mis ojos, y una sinfonía de alaridos y gruñidos —que mi mente tradujo como de satisfacción— ensordeció mis oídos. No podía moverme. Garras de cinco dedos, fuertes y ásperas, sujetaban mis manos y piernas. Estaba a merced de lo único que temía en el mundo.

Estaba a merced de los hombres a medio hacer.

Conté más de una docena entre machos y hembras, aunque costaba diferenciarlos por su horrible fisonomía. Iban cubiertos por pieles de animales muertos y exudaban un hedor insoportable. No eran ni como mis padres ni como yo, de piel suave y facciones divinas, reflejo de la imagen del Creador. Estos eran peludos, con mandíbulas pronunciadas llenas de dientes irregulares que salpicaban saliva al gruñir; los brazos eran casi tan largos como las piernas, y las espaldas se curvaban en una joroba grotesca. Mi sorpresa creció al comprobar que dominaban el fuego. Lo llevaban en la mano, sujeto por trozos de madera. No pude evitar acordarme de la espada ígnea que me expulsó del Edén. Vi otro fuego en el suelo de la cueva, a unos pasos de mí, como un volcán en miniatura; era la primera vez que veía un prodigio así.

Un macho más grande y fuerte que el resto me señaló con el dedo y gruñó hacia los demás, quienes le contestaron con sonidos guturales y movimientos de cabeza. Por cómo le obedecían, adiviné que era el jefe del grupo. No me cupo duda de que aquellos seres eran capaces de comunicarse entre sí y establecer una jerarquía. Me pregunté si adorarían al Creador.

La mayoría portaba armas construidas a base de piedras afiladas atadas a palos largos. Algunas apuntaban hacia mí, ignorando la marca de mi frente. ¿Qué pasaría si las clavaban en mi cuerpo? ¿Moriría? Nunca, en millones de estaciones, me habían herido a

propósito. Las pocas veces que me había hecho una herida accidental a causa de una caída o por haberme arañado con un matorral espinoso, había dejado de sangrar de inmediato y la carne se había cerrado como por arte de magia. Sentí miedo. Un miedo como jamás había sentido.

Un simio adornado con colmillos de animales y plumas de colores se acercó a mí. Él sí que se fijó en la marca de mi frente, y hasta la tocó con la punta del dedo. Después de hacerlo, emitió unos gruñidos que fueron celebrados por los demás con saltos y chillidos. Por un momento pensé que tal vez respetarían el deseo de Dios de mantenerme vivo para vagar por la Tierra.

Entonces, sin previo aviso, el jefe me clavó la lanza en el estómago. El dolor fue terrible, y más aún cuando retorció el sílex afilado en mis entrañas. Mi garganta emitió un grito como nunca antes lo había hecho. Los que me sujetaban afianzaron aún más la presa, impidiendo cualquier amago de defensa o fuga. Mi verdugo me mostró los dientes en una mueca de furia mientras me hacía trizas las tripas. Dios no fue compasivo y no permitió que me desmayara. Por fin, la lanza abandonó mi cuerpo arrancándome otra oleada de dolor junto con jirones de carne y piel, y todos quedaron en silencio, esperando mi muerte.

Para su sorpresa y la mía, la herida comenzó a cerrarse sola y el dolor a remitir. Mi respiración se normalizó y el imperioso deseo de morir que tenía hacía tan solo un instante me abandonó raudo, haciendo que mi voluntad se aferrase una vez más a la vida. Aquellos bastardos de Dios miraron mi estómago casi carente de vello y entrecruzaron miradas taimadas. Por un momento, creí que saldría airoso de aquello, hasta que el individuo adornado de colmillos y plumas se volvió hacia los demás, lanzando una serie de bufidos y gruñidos que fueron recibidos con sonrisas de depredador. Fue entonces cuando el jefe tiró la lanza y recogió del suelo una piedra afilada. La colocó en la parte interna del muslo, allí donde había más carne, y comenzó a cortar despacio, muy despacio.

Volví a gritar con toda la fuerza de mis pulmones, hasta que las lágrimas brotaron quemando mis mejillas como si fueran ácido. El cuchillo de piedra siguió cortando, hasta que el jefe levantó, con gesto triunfal, un filete de carne, fino y lacio. El dolor empezó a cesar y noté el cosquilleo de la pierna al regenerarse. Mis captores gritaron de felicidad al ver que donde había un desgarrón lleno de sangre ahora había carne nueva. Comida fresca e inagotable. El que me cortó con el cuchillo se acercó a la hoguera y pasó varias veces mi carne por encima del fuego. La asaba, y olía bien. Luego la mordió, aprobó su sabor con un grito de satisfacción y la dio a probar a otros miembros de la tribu. Los que la cataban asentían y me miraban con ojos hambrientos.

Pero aquella loncha de carne no llegó para todos.

Esta vez fueron dos los cuchillos que cortaron la carne de mis piernas, mientras sus cachorros bebían la sangre de mis heridas. Nadie se compadeció de mis gritos, que ahora eran de horror, aparte de dolor. Esos seres eran lo bastante inteligentes para reconocer una fuente inacabable de alimento. Ya no tendrían que salir a cazar, ni exponerse a los elementos.

Serían felices a cambio de mi agonía eterna.

Pasó el tiempo, y yo seguía alimentando a los hijos bastardos de Dios. Aunque no necesitaba comer, ellos me obligaban a hacerlo, tal vez porque pensaban que podría morir si no lo hacía. Así conocí el sabor de mi propia carne y, lo que es peor, aprendí a tener hambre. Un hambre atroz, insaciable.

A veces era tal el apetito que deseaba que me cortaran unos trozos para podérmelos comer. Ahí fue cuando empecé a perder la razón. En los ratos en los que me dejaban tranquilo, no hacía más que pensar en que mi castigo había sido desproporcionado en comparación con lo que hice. Maté a mi hermano, de acuerdo, pero no le hice sufrir tanto como Dios me estaba haciendo sufrir a mí. Aborrecí mi marca. Ojalá pudiera morir y arrastrar al inframundo a

esta tribu de salvajes. Eso era lo que sentía, odio y hambre. Pedía a gritos que me cortaran otro trozo para comer, pero ellos no entendían mis palabras. El dolor empezó a darme igual. Los odiaba. Odiaba a Dios y odiaba a esos seres con todas mis fuerzas.

Y como respondiendo a mis malos deseos, una corriente helada entró en la caverna como un espectro abominable. Un frío espeluznante que apagó los fuegos y aterrorizó a los miembros de la tribu. La nieve invadió la cueva, arrastrada por un viento gélido capaz de arrancar árboles de sus raíces. Desde mi posición, atado en un recodo con la espalda apoyada en la piedra, me eché a reír. Había visto esto antes, la Tierra rebelándose y borrando de su faz a todo aquel que no se refugiara en lo más profundo de sus entrañas. Nuestra cueva era profunda, sí, pero no lo suficiente para escapar de su cólera.

Abrazados los unos a los otros, intentando darse calor a la desesperada, fueron sepultados por el manto blanco de la muerte. Mis carcajadas acompañaron su último aliento, y me dije que ya no sentiría más dolor. Ahora me quedaba dormir durante muchas, muchas estaciones, hasta que el sol volviera a calentar la Tierra y otras bestias, estas distintas a las anteriores, volvieran a caminar por el suelo, nadar por el agua y volar por el cielo.

Pero esta vez no me quedé dormido.

Tenía hambre.

Hambre.

Mucha hambre.

El hielo me cubrió, inmortalizando en mi rostro una expresión de ansia eterna.

Ignoro cuántos milenios estuve atrapado en aquella cueva. Solo sé que un día el hielo se licuó y pude moverme de nuevo. Las cuerdas bastas con las que me habían atado se desmenuzaron tras haber estado congeladas tanto tiempo.

Volvía a ser libre.

Pero mi libertad estaba ahora dominada por algo más fuerte que yo, el hambre. Necesitaba comer. Necesitaba tener carne en la boca, notar su sabor salado y sentir cómo se deshacía entre mis dientes. Pensé en darme un mordisco en el brazo, pero algo en mi interior me impidió hacerlo. Aceché animales en las llanuras, pero todos eran más rápidos que yo. Busqué palos y piedras para construirme armas como las que llevaban los simios que me apresaron, pero mi habilidad no era suficiente. Mi mente parecía no coordinar bien mis dedos y las ideas se disolvían en recuerdos cada vez más difusos. Ya solo me dominaba un pensamiento. Comer. Comer carne.

Entonces lo vi, y este no tenía tanto aspecto de mono como mis torturadores. Caminaba erguido, su rostro era más agraciado que el de los simios caníbales y su cuerpo no tan peludo como el de una bestia salvaje. Lo más prudente habría sido agacharme para no ser visto, pero mi cuerpo no me obedeció. Mi mente me obligó a caminar hacia él, cegado por el hambre. Desde lejos podía oler su carne e intuir la sangre que corría cálida y deliciosa por su interior.

Al contrario que mis captores, bajó la lanza al verme y me hizo señas con la mano, a modo de bienvenida. Creo recordar que hasta sonrió mientras me acercaba. Me dedicó unos sonidos muy distintos a los gruñidos guturales de los moradores de la cueva, y juro que quise responderle, pero no pude. Al acercarme, comprobé cómo la expresión de alegre sorpresa se trocaba en una de alarma. Las cejas se fruncieron en un gesto decidido y su lanza voló hacia mí. Ni siquiera noté dolor al descubrir que el asta asomaba por debajo de mi pecho. Todo me dio igual, seguí caminando.

No le dio tiempo a recuperarse de la sorpresa y huir. Me abalancé sobre él y le mordí hombro. Creí morir de placer al notar la sangre resbalar por la barbilla. Intentó zafarse, pero el hambre y la carencia de dolor me otorgaban un poder inenarrable. Gritó como yo había gritado en la caverna, pero su sufrimiento no duró tanto como el mío. Enseguida me di cuenta de que estaba muerto, y entonces

su carne dejó de ser alimento para convertirse en algo ponzoñoso, podrido.

Me arrodillé a su lado, deseando que sus heridas se cerraran como las mías para poder comer de nuevo. No fue así. Su sangre se vertió sobre la hierba, atrayendo a aves carroñeras a las que espanté a manotazos. Cada vez me costaba más pensar en otra cosa que no fuera seguir comiendo. Necesitaba otra presa.

Y justo en ese momento, sucedió algo que no esperaba.

El hombre al que acababa de matar comenzó a convulsionar. Sus ojos se abrieron, espantados, mirando sin llegar a ver el cielo azul que nos cubría, testigo mudo del nuevo horror que yo había creado. El muerto se levantó, caminó con torpeza por el monte y se alejó de mí en dirección a una arboleda.

Lo seguí hasta llegar a un poblado de chozas fabricadas de forma precaria con palos, pieles y ramas. Una hembra lo vio venir a lo lejos, se cubrió la boca con la mano al ver sus heridas y llamó a sus compañeros de tribu, que salieron en tropel, con la alarma pintada en los rostros. La mujer se adelantó corriendo para abrazarlo, y él la recibió mordiéndole la cara. Los hombres, fornidos y armados con lanzas similares a la que atravesaba mi estómago, comenzaron a gritar mientras trataban de proteger a la hembra. Algunos intentaron comunicarse con el cazador muerto, que no soltaba presa, a pesar de que ella luchaba por separarse de él. Dos lanzas lo atravesaron de lado a lado, obligándolo a soltar a la mujer, que corrió como loca con una mano en aquella herida ya infectada que no paraba de sangrar.

Parecía que nada podía detener al resucitado. Una tercera lanza se le clavó en una pierna, ralentizando su avance. Por fin, uno de los cazadores le atravesó el ojo y el espectro se detuvo, cayendo inerte al suelo. Mientras tanto, la mujer era atendida por otro de los hombres, que intentaba parar el torrente de sangre con sus manos y llamaba al curandero a gritos para que trajera un emplaste de

hierbas. Los demás, entonces, advirtieron mi presencia y arrancaron las lanzas del cuerpo del cadáver.

Ahora sabían lo que tenían que hacer y lo hicieron a la primera. El lanzazo en la frente me hizo encontrarme con la paz que no había gozado durante millones de años. Me apena no haber podido agradecerle nunca a ese cazador lo que hizo por mí.

Pero mi maldición siguió viva, corriendo por las venas de aquella hembra, que murió cinco días después y se levantó para acabar con la mitad de la tribu y convertirlos en muertos vivientes. La otra mitad huyó, alejándose de los malditos, ocultándose de ellos y de la plaga que portaban.

Durante miles de años, dibujaron advertencias en las cavernas que habitaron, y sus chamanes se pintaron en la frente la misma marca que Dios imprimió en la mía antes de desterrarme del Edén.

«Aquí es donde reside su voluntad y su fuerza», proclamaban los hechiceros, golpeándose su propia frente con el dedo, «y aquí es donde hay que herirlos para que mueran para siempre y no se levanten más».

Sé que a lo largo de los siglos la humanidad intentará ocultar esta maldición mientras progresa y se adueña del mundo. Pero yo seré paciente, es solo cuestión de tiempo.

Es algo que le debo a Dios.



17 de octubre de 1946
Fuerte Biarritz
A 25 kilómetros al sur de Alhucemas (Protectorado Español en Marruecos)

Los dos camiones Henschel descendieron por la pista de tierra en dirección al castillo de adobe que se erguía humeante en mitad del pedregal. Detrás de ellos se difuminaba una estela de polvo visible a muchos kilómetros de distancia. Los vehículos, con sus cajas cargadas de soldados armados con fusiles Mauser, traquetearon hasta detenerse a una distancia prudencial del Fuerte Biarritz. Dos horas antes, unos ingenieros de transmisiones encargados de instalar una radio nueva en el fuerte se encontraron con que el baluarte había sido pasto de las llamas. No había señales externas de ataque. El capitán de Ingenieros que lideraba a los de transmisiones decidió regresar de inmediato a Alhucemas y dar novedades a sus superiores.

El Alto Mando envió un destacamento de treinta hombres para hacerse cargo de la situación. La presencia de buitres y cuervos sobrevolando el fuerte no presagiaba nada bueno. El conductor, un cabo vestido con el uniforme color arena de Regulares rematado por el *tarbush*, el gorro cilíndrico típico de las tropas indígenas de Marruecos, se dirigió al único pasajero de la cabina del Henschel.

—Pinta mal, mi teniente coronel.

El teniente coronel Raúl Frías abrió la portezuela del copiloto, desabrochó el botón de la pistolera y saltó a tierra. Los soldados, a las órdenes de cuatro sargentos y dos tenientes, tomaron posiciones alrededor del fuerte. Dos cabos, con sus respectivos servidores, buscaron buenos emplazamientos para las ametralladoras ligeras.

Frías examinó los muros del Fuerte Biarritz, una fortaleza que durante la Guerra del Rif tuvo cierta relevancia, pero que ahora no era más que una vieja reliquia del pasado, aún en activo por razones más románticas que prácticas. No apreció impactos de bala en los muros. Ni uno solo. Las paredes, en ese sentido, estaban intactas. La muralla era alta, alrededor de ocho metros. Dos torres, ahora ruinas ennegrecidas, dominaban las esquinas nordeste y sudoeste. Los sombrajos instalados en la cúspide, para que el sol no friera los sesos de los centinelas, habían sucumbido a las llamas y mostraban ahora un esqueleto ceniciento y quebradizo. Las aves carroñeras seguían volando en círculo sobre el fuerte. Frías se dijo que había llegado a un cementerio. Un teniente joven se acercó a él. Llevaba un Mauser, como el resto de la tropa.

—Tenga cuidado, mi teniente coronel —se atrevió a recomendarle—. No sabemos si el enemigo sigue dentro.

Frías señaló los buitres.

—Esos no estarían ahí arriba si hubiera vivos dentro, Pérez. Además, no hay señales de fuego enemigo: ni un agujero de bala, ni un casquillo por los alrededores. Si hubiera habido un…

No terminó la frase. En silencio, se acercó hasta un pequeño objeto que había llamado su atención cerca del muro. Era un manojo de llaves, y había más por todo el suelo. Los fue recogiendo uno por uno, sacudiéndoles el polvo y revisando las etiquetas de cartón rotuladas a mano: herramientas, cuerpo de guardia, plana mayor, compañía... El teniente Pérez recogió otro, este con un par de llaves grandes de aspecto antiguo y robusto. Leyó la etiqueta en voz alta.

—Puerta principal. ¿Qué hacen aquí estos llaveros, mi teniente coronel?

—Alguien los lanzó por encima de la muralla —dedujo Frías—. Este fuerte no ha sido atacado desde fuera, ahí dentro ha pasado algo. Deme esas llaves.

Pérez siguió al teniente coronel hasta la entrada del fuerte. Los soldados que habían reconocido el terreno alrededor del baluarte habían llegado a la misma conclusión que su superior, no había signos de combate fuera de los muros. De todas formas, todos ellos mantenían un alto nivel de alerta. No sabían lo que les esperaba dentro.

La austeridad de la fortaleza contrastaba con la belleza del arco festoneado de su entrada. No era demasiado grande; tenía el tamaño justo para permitir el paso de un camión militar. No hacía falta más. El fuerte Biarritz era un punto de control presencial en una de las zonas más tranquilas del Protectorado. Su destacamento estaba formado por veinticinco hombres, lo justo para patrullar zonas yermas y recordarles a los nativos que España estaba allí.

El teniente coronel se enfrentó a dos cerraduras. Una de las llaves hizo girar un mecanismo pesado en su interior. La siguiente hizo sonar varios engranajes. Los Regulares tomaron posiciones. Los ametralladores apuntaron las armas hacia la puerta. El teniente Pérez se adelantó a empujarlas, pero Frías se lo impidió.

—Yo lo haré.

—A sus órdenes, mi teniente coronel. Le cubro.

Frías desenfundó la Astra 400 y empujó ambas puertas a la vez. Lo hizo con cierta imprudencia, pero su instinto, muy desarrollado después de tres años de guerra civil y tres más en África, le había susurrado al oído que el peligro real había pasado.

El interior del fuerte Biarritz albergaba varios edificios. Entrando, a la derecha, el cuerpo de guardia; adosado a este, formando una L, se encontraba la compañía, donde pernoctaba la tropa; adyacente a esta, las duchas y las letrinas. Al fondo se ubicaban la oficina de la plana mayor, el pabellón de oficiales y la enfermería. En el ala izquierda había una cuadra con un pequeño almacén que se usaba como cuarto de herramientas. A continuación estaban la cocina y el comedor, que también hacía las veces de cantina.

Las llamas lo habían consumido todo. Las escaleras gemelas de madera que llevaban al adarve de las murallas habían sido devoradas por el fuego. Encontraron cuerpos junto a las puertas, unos quemados y otros no. Las aves los habían picoteado, y las moscas zumbaban a su alrededor como un escuadrón de bombarderos. Había algunos agujeros en los muros, como si hubieran tratado de echarlos abajo a mazazos. Cerca de la entrada, unos buitres daban cuenta de un caballo muerto. Frías apuntó a uno de los pajarracos y apretó el gatillo. El carroñero murió con un aleteo y sus compañeros, espantados, alzaron el vuelo. El teniente coronel apartó la mirada del macabro espectáculo, pero enseguida se topó con otro aún peor.

—Me cago en mi puta madre —musitó.

A su lado, el teniente Pérez se santiguó.

Había alguien sentado frente a una mesa de madera, justo en el centro del patio de armas. Parecía contemplar el cielo. Por lo extraño y grotesco de la postura, era evidente que estaba muerto. Frías se acercó, seguido del teniente Pérez y del resto de los Regulares.

Encima de la mesa descansaba un cuaderno cerrado, y sobre él una estilográfica Waterman. Frías la cogió y descubrió unas iniciales

grabadas en el clip: J.H.C. No le hizo falta la pista para adivinar la identidad del cadáver. Lo había reconocido nada más verlo, a pesar de la sangre que le cubría la cara y de que algún ave había dado buena cuenta de sus ojos. En la mano derecha, aquel desgraciado aún sostenía la pistola con la que se había pegado un tiro en la sien.

—Madre del amor hermoso —susurró el teniente Pérez.

Detrás de él, los murmullos comenzaron a correr, la mayoría de ellos en árabe. Atentos como estaban al cadáver, los oficiales no habían captado las miradas de terror que los soldados marroquíes intercambiaban a sus espaldas.

—Registrad el fuerte, haced recuento de muertos y buscad supervivientes —ordenó el teniente coronel; esto último lo dijo por decir.

Era evidente que allí no quedaba nadie vivo.

Pérez se volvió hacia la tropa y repitió la orden en árabe; los indígenas obedecieron a regañadientes. Cuando todos se dispersaron en pequeños grupos, el oficial se volvió a su superior.

—¿Es el capitán Higueras, mi teniente coronel?

—José Higueras Claros. Por lo que se ve, se ha pegado un tiro.

—¿Qué ha podido pasar aquí, mi teniente coronel?

—No lo sé. —Frías recogió el cuaderno de la mesa y lo abrió. Sus cejas se elevaron al leer el primer párrafo escrito con la clara caligrafía del capitán Higueras. Prolongó la lectura durante un minuto y lo cerró de golpe. El teniente lo interrogó con una mirada que Frías fingió no ver. Guardó el cuaderno en el portaplanos que llevaba cruzado en bandolera y se dirigió al oficial—. Que sus hombres identifiquen a los muertos. Si encuentran algún material recuperable, que lo suban a los camiones.

—¿Solo identificar a los muertos, mi teniente coronel? ¿No nos los llevamos?

—Enviaré un destacamento para eso en cuanto regrese a Alhucemas. Mientras tanto, dejaremos un retén para mantener alejados a los buitres. —La mirada de Frías recorrió el baluarte—. Informaré al Cuartel General y que ellos decidan qué hacer con el fuerte. Si por mí fuera, dejaría que se cayera a pedazos. Venga, Pérez, muévase. Cuanto antes terminen, antes los largamos de aquí.

El teniente acompañó a los hombres durante el registro. No encontraron nada recuperable, todo había sido arrasado por el fuego. Frías comprobó que el cuaderno que había guardado en su portaplanos seguía dentro, como si este pudiera desaparecer por arte de magia o, peor aún, haber sido mero fruto de su imaginación. Estaba impaciente por retomar su lectura. Sabía que lo correcto sería entregar de inmediato el manuscrito al general, pero decidió que lo terminaría antes de hacerlo.

Lo poco que había leído de la crónica póstuma del capitán Higueras era una auténtica locura.

La habitación de la residencia de oficiales donde vivía el teniente coronel Frías era casi tan austera como una celda monacal. Tenía la distribución de un pequeño apartamento, con una salita amueblada con un escritorio con silla, unas estanterías, una radio Telefunken de antes de la Segunda Guerra Mundial, un sofá viejo, un sillón a juego y una mesa camilla. Un teléfono militar negro, sin disco, estaba adosado a la pared, junto al escritorio; una puerta llevaba al dormitorio, más sobrio aún que la salita, y otra a un pequeño aseo con bañera propia, lavabo y retrete. Lo mejor de la salita era su luz natural. A las cinco y media de la tarde, entraba un sol limpio que hacía que los espartanos muebles de madera oscura parecieran incluso agradables a la vista.

Frías sacó una botella de coñac y una copa. Tenía dos buenas razones para beber: la primera, olvidar el espectáculo dantesco del fuerte Biarritz; la segunda, leer el testamento de Higueras. Se bebió la primera copa de un trago y la rellenó. Cuando el licor le calentó las tripas, abrió el cuaderno.

16 de octubre de 1946, o eso creo recordar.

Maldigo el día en que me enviaron a este fuerte. Creo que nunca merecí un destino de mierda como este. Durante la guerra, maté a todo aquel que me mandaron matar, quemé todo lo que me ordenaron quemar y obedecí hasta la orden más absurda que me dieron. Soy uno de esos militares que han nacido para serlo, de esos que aunque hayan empezado desde abajo nunca cejan en su empeño por superarse y llegar al mismo nivel que los oficiales de carrera.

Serví de teniente en Tetuán. Allí me casé con Teresa, mi mujer, y tuve a mi único hijo, Pablito. Ahora tiene cuatro años. Fue un destino tranquilo, que creí merecido después de haberme jugado las pelotas por España en Teruel y el Ebro. Soñaba con que el ascenso a capitán me llevaría a alguna localidad tranquila, tal vez a la Península o Canarias, pero lo que me encontré nada más recibir mis tres estrellas fue una carta enviándome a este fuerte al sur de Alhucemas. Un destino provisional de seis meses en mitad de un pedregal desierto. Me lo vendieron como unas vacaciones. «Seis meses pasan pronto, Higueras». Esas fueron las palabras del coronel. Las mías fueron: *a sus órdenes*, pero me guardé para mí el «hijo de la gran puta».

Llegué al puerto de Alhucemas poco después de las diez de la mañana del día 14, es decir, anteayer. A pie de pasarela me esperaba un cabo de veintitantos años, moreno de piel, rostro afilado y cejas pobladas. Estaba solo. Esperaba que el capitán saliente de destino, Martín, estuviera allí para traspasarme el mando del fuerte Biarritz. Allí no había nadie más que el joven cabo, que me saludó llevándose la mano al *tarbush*.

—A sus órdenes, mi capitán. Se presenta el cabo Dris.

—Baja la mano —le ordené, después de devolverle el saludo—. ¿Y el capitán Martín?

—Se fue anoche, mi capitán, en el último barco a Melilla. Se indispuso por la tarde y ni siquiera esperó el relevo.

—¿Quién está al mando del fuerte?

—El teniente Villar, mi capitán.

Mi gesto de desagrado no pasó desapercibido al cabo. Dris insistió en llevarme el petate y me condujo hasta el Jeep Willys, regalo de los americanos antes de irse de África. Subí al vehículo y abandonamos Alhucemas por una carretera que pronto se convirtió en una pista de tierra polvorienta. Al menos no tenía demasiados baches. Después del viaje en barco, mi estómago no estaba para tonterías. Mientras dejábamos atrás las cabilas aledañas a la ciudad, Dris me explicó que el día anterior habían tenido un problema en el fuerte. Cuando le pregunté qué tipo de problema, su respuesta me dejó aún más intrigado.

—Será mejor que primero hable con el páter, mi capitán, y que luego lo vea usted con sus propios ojos.

—Déjate de acertijos y no me toques los huevos. ¿De qué se trata?

—Uno de nuestros soldados, mi capitán. Mustafa Jalil. Está embrujado.

No pude disimular la carcajada. Dris me miró de reojo. A él no le parecía divertido. De hecho, su cara era la de un hombre que ha pasado una noche de perros.

—Pues cuando yo llegue será mejor que se le pase el embrujamiento, porque de la mano de hostias que voy a arrearle va a estar cagando suras del Corán hasta que me canse.

Dris se encogió de hombros ante mi blasfemia islámica y condujo en silencio. Media hora después, divisamos un castillo de adobe, ladrillo y tejas. El Fuerte Biarritz era más grande de lo que había imaginado. Mi domicilio durante los próximos seis meses, lejos

de mi esposa e hijo. El mamón de mi coronel diría: «¿Ves, Higueras? Vas a vivir como un marqués, con tu propio castillo y todo».

Sus muertos.

El cabo de guardia nos recibió en la puerta, y el retén nos dedicó un saludo militar. Había centinelas en las dos torres, aburridos como ostras, porque allí había poco que vigilar. Todo parecía estar tranquilo.

Demasiado.

Dris detuvo el Willys y eché un vistazo al destacamento que me tocaba mandar. Todos los soldados eran marroquíes de piel oscura, curtida como cuero viejo. Algunos llevaban el *tarbush*; los menos, turbantes de tela blanca. Una voz atronadora anunció mi llegada y todos los soldados, excepto los centinelas, corrieron prestos a formar al patio de armas. Por lo menos estaban bien instruidos. Un poco más allá, también en formación pero algo más relajados, distinguí a dos oficiales y a dos suboficiales.

—¡Atención! ¡Firmes! —Un joven teniente de mandíbula cuadrada y gesto decidido se me cuadró—. ¡A sus órdenes, mi capitán! ¡Se presenta el teniente Salvador Villar, al mando de una fuerza de veintitrés hombres...!

Decidí que no iba a oír todo el parte de novedades, así que le ordené descanso. Pasé revista a las tropas. No me parecieron los mejores soldados del mundo, pero tampoco los peores. Me ahorré soltarles una arenga. Más que un cuartel, aquello era una familia numerosa.

—Que rompan filas, Villar. Quiero a los oficiales y suboficiales en la plana mayor ahora mismo. —Señalé el pequeño edificio al fondo del castillo—. Es eso de ahí, ¿verdad?

El teniente me confirmó que lo era, ladró la orden de romper filas y la compañía se disolvió. Dris se quedó en el patio de armas, por si yo pudiera necesitarlo. Los tres oficiales y los dos sargentos

entraron conmigo en la oficina y cerraron la puerta a sus espaldas. Todos tenían caras circunspectas y las mismas trazas de insomnio del cabo. El médico y el páter se presentaron. El sacerdote castrense era Rafael Bolaños, un teniente de unos treinta años, con una calvicie incipiente y unas gafas de montura redonda que le daban un aire a Manuel Azaña; el capitán médico, Manuel Romero, aparentaba más edad, aunque también debería rondar la treintena. Era un tipo algo entrado en carnes, de esos que no se sabe si son más médicos que militares o todo lo contrario. Era el único que me igualaba en rango, así que era con el único que me trataría de tú a tú. Villar era el que tenía más pinta de combatiente. Tenía veinticinco años y se le veía un tipo bragado, tan curtido por el sol de África como los indígenas a su mando. Manzanares y Herrero, los dos sargentos, eran tan chusqueros como yo, y se les notaba a leguas que habían comenzado en el Ejército sacando cubos de mierda de las letrinas. Lo que les diferenciaba de mí era que yo había sabido subir puestos en la escala de mando, y a ellos les habían regalado sus galones cuando ya no había más remedio, por la única razón de que un cabo de cuarenta años queda fatal en un cuartel.

—Sargento Luis Manzanares, mi capitán —se presentó el primer suboficial, todo un desertor del arado que había trocado la boina, el pantalón de pana y el azadón por el uniforme y el fusil.

—Sargento Julio Herrero a sus órdenes, mi capitán —se presentó el otro, que también exudaba aldeanismo por los poros. Este parecía un poco más joven y algo más espabilado que Manzanares.

Decidí ir al grano.

—El cabo Dris me ha dicho que tenemos un problema en el fuerte con uno de los soldados. Según sus palabras, está embrujado. ¿Se puede saber qué cojones pasa?

Los presentes se miraron unos a otros, como si nadie quisiera ser el primero en hablar. Al final, todas las miradas convergieron en el páter, que no tuvo más remedio que tomar la iniciativa.

—Hace dos días, el capitán Martín envió al sargento Herrero, al cabo Mohammed Didi y a los soldados Mustafa Jalil y Laarbi S'bihi a reconocer una pequeña charca que está a unos ocho kilómetros al sudeste. En nuestros mapas figura como la posición F. Los nativos evitan ese lugar, porque afirman que está habitado por un espíritu maligno... una especie de demonio.

Me volví a reír.

Ahora sé que fui un idiota.

Si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría evacuado el fuerte y le habría prendido fuego. Me habría enfrentado al Tribunal Militar con dos cojones y veintitantos testimonios a mi favor, y no sentiría la desesperación y las ganas de morirme que tengo mientras escribo estas líneas.

—¿Un fantasma moruno? —Los miré fijamente uno por uno, me puse las manos a ambos lados de la cara y abrí mucho los ojos a la vez que ululaba—. ¡Uhhhh, uhhhh! ¡Creo que me estoy cagando en los pantalones! ¿Iba cubierto por una sábana y arrastraba cadenas, o llevaba chilaba y una pipa de *kifi*? ¿No les convidó a una fumadita? —Fingí enfadarme, levantando una ceja—. ¿No será que le están dando ustedes a la grifa? Ojo, que lo entendería, poca cosa más se puede hacer en un estercolero como este.

Debo de ser un pésimo cómico, nadie se rio.

—Nunca nos habíamos acercado a esa zona —prosiguió el páter, impasible ante mis burlas—. Los indígenas siempre se habían mostrado reticentes a ir y, la verdad, allí no hay nada de interés: cuatro árboles, unos cuantos matojos y una charca de agua infecta. Por desgracia, al capitán Martín se le ocurrió enviar una patrulla hace dos días. Sospecho que lo hizo para fastidiar a los musulmanes por última vez, antes de irse.

—Y a los cristianos, también —gruñó el sargento Herrero.

Me dirigí a él. De todos, era el único que había estado allí.

—¿Qué ocurrió exactamente en la posición F?

—Llegamos alrededor del mediodía —comenzó a relatar el sargento—. Hacía un sol que picaba, pero ese lugar es como una zona muerta, mi capitán. Allí todo parece más oscuro, no sé cómo explicarle, como si fuera más de noche… Los moros se pusieron muy nerviosos y se negaron a bajar del jeep. Los obligué a hostias, a los dos soldados y al cabo Didi. —Herrero bajó la voz—. El capitán Martín me había dejado claro que quería que les demostrara que allí no pasaba nada, que no eran más que una panda de aldeanos supersticiosos. El caso es que les ordené avanzar hacia la charca para reconocer el perímetro. —Herrero tragó saliva—. Antes de ese día, ninguno de esos hombres se había atrevido a incumplir una orden. Jamás. Pero esa mañana se negaron a dar un paso. ¡Ni a guantazos, mi capitán! —Me fijé en sus manos callosas; un bofetón de Herrero haría escupir sangre a una mula—. Me acerqué a la charca para demostrarles que no pasaba nada, pero ni por esas. Entonces me cabreé y me fui hacia Mustafa, que era el que estaba más cerca. Lo agarré de la hombrera y lo arrastré hasta el agua. Lloraba como un niño, mi capitán. Los otros se quedaron al lado del jeep, gritando como locos. El cabo Didi llegó a ponerse de rodillas, suplicando que nos fuéramos de allí. —Una sombra de culpabilidad cruzó el rostro del sargento—. Tiré a Mustafa al agua cenagosa de una patada y se hundió hasta desaparecer, como si el fondo se lo hubiera tragado.

La cosa empezó a no parecerme divertida.

—¿Tan profunda es la charca? —pregunté.

—Mucho más de lo que parece, mi capitán. Me puse nervioso y lo llamé, como si pudiera oírme. No salía a flote ni para Dios, pero yo no tuve huevos de tirarme al agua a rescatarlo. Cuando al final emergió, medio ahogado, le tendí la mano y lo ayudé a salir. No paraba de llorar y de jurar que una mujer le había abrazado en el fondo del estanque. Justo entonces, pasó algo que me acojonó: la superficie de la charca empezó a burbujear, mi capitán, como un

caldero puesto a hervir. Aquello no fue normal. De repente, el aire empezó a batir y se formó una tormenta de arena. Jalil perdió el conocimiento y no hubo forma de que reaccionara. Lo subimos al jeep como pudimos.

El capitán médico Romero intervino.

—Trajeron a Jalil a la enfermería. Parecía un simple desmayo, sin más, así que lo dejé durmiendo en una cama. Cuando despertó, destrozó la radio y desmanteló la antena, dejándola completamente inservible.

Aquella noticia, aparte de preocuparme, me cabreó.

—¿Me estás diciendo que estamos incomunicados, Romero?

—Ahora mismo, el jeep y los caballos son nuestro único enlace con la civilización, Higueras. Antes de recogerte en el puerto, Dris llevó la radio y la antena a Transmisiones, en Alhucemas. Están tan rotas que no pueden arreglarlas. Han pedido unas nuevas al Regimiento de Ingenieros de Melilla, vendrán en el próximo barco. Tardarán, como mínimo, dos o tres días.

—¿Dónde está ese moro hijo de puta? ¡Ni está embrujado, ni pollas en vinagre! ¿No se les ha ocurrido que pueda ser un saboteador? ¡Nos ha dejado vendidos en mitad de este pedregal!

—Perdona, Higueras, pero no creo que sea el caso. —El capitán Romero habló en un tono pausado; sospeché que emplearía el mismo tono para comunicar a un paciente que tenía un cáncer de huevos—. Antes de que sigamos hablando, me gustaría que vieras a Jalil con tus propios ojos.

—¿Dónde lo tenéis preso? —pregunté.

Fue el teniente Villar quien respondió.

—Vaciamos el cuarto de herramientas junto a la cuadra y lo encerramos allí, mi capitán. Está atado a la pared. Se ha vuelto muy agresivo. Hicieron falta varios hombres para reducirle.

—Vamos a ver a ese mamón. Como sea cuento, yo mismo le pegaré un tiro en la cabeza.

Villar y el médico encabezaron la marcha hacia la cuadra, un recinto de madera destinado a albergar a tres caballos de monta y al mulo más horrible que he visto en mi vida: una especie de burro peludo que asemejaba un yak sin cuernos. El páter y los dos sargentos iban detrás de mí. Dris nos vio salir y nos siguió a una distancia discreta. Cuando los regulares marroquíes que había en el patio de armas se dieron cuenta de que nos dirigíamos hacia donde estaba preso Mustafa Jalil, se alejaron, como si no quisieran ver ni oír nada de lo que pudiera pasar en el establo. Su miedo era tan real que infectaba el aire. Ya no sabía qué pensar. Aquellos hombres tenían pinta de tener un par de pelotas, y estaban asustados como conejos. Con disimulo, desabroché el cierre de la pistolera de cuero que alojaba mi fiel Astra del 9 largo, que de tantos apuros me había sacado antes.

—Tranquilo, mi capitán —dijo el teniente Villar, que ya tenía la llave en la mano—. Está bien atado.

Quitó el candado de la puerta como un torilero a punto de soltar al miura en la plaza. La luz norteafricana despejó la oscuridad del cuarto de herramientas, dejando escapar vaharadas de una atmósfera pestilente y opresiva. Di un paso atrás y me tapé la boca y la nariz con la mano izquierda; la diestra fue directa a la empuñadura de la pistola.

El cuarto estaba vacío, y no había recoveco alguno donde esconderse. El páter y el médico intercambiaron una mirada de preocupación. Las cuerdas amarradas a unas argollas en la pared se veían rotas, o mejor dicho, roídas. Había manchas de sangre en el suelo, además de varios dientes, restos de orina y excrementos. El preso había cortado las ataduras y se lo había tragado la tierra. Villar se puso a mi lado, con la mano también en la funda del arma. Tenerlo cerca me inspiró seguridad.

Cruzamos el umbral de la mazmorra improvisada casi a la vez. De repente, un alarido procedente del techo nos dio un susto de muerte. Todos elevamos la vista al mismo tiempo, y lo que vimos redujo nuestra lógica a escombros.

Mustafa Jalil se encontraba de espaldas al techo, pegado a él como una mosca gigante. Su rostro no era humano. Sus ojos no tenían esclerótica, sino que eran completamente negros. Su tez, oscura de nacimiento, se veía pálida y surcada por venas violáceas que se rompían en hematomas multicolores. Su boca, ensangrentada, se abría contra natura en un aullido salvaje que nos amenazaba desde las alturas. Las mellas le daban un aspecto aún más espeluznante.

—Santa María, madre de Dios... —comenzó a decir el páter, agarrando la cruz de madera que llevaba al cuello.

Fue en ese momento cuando Mustafa Jalil se dejó caer para aterrizar encima del capellán, que solo pudo protegerse como Dios le dio a entender, rodando por el suelo terroso lleno de mierda, enredado en un vals demoníaco con aquello que ni siquiera parecía un hombre. He de reconocer que me quedé paralizado. El médico, el teniente Villar y los dos sargentos se lanzaron sobre Jalil, que trataba de estrangular al páter. Manzanares salió despedido contra la pared por una coz de Jalil; luego le siguió Villar. Aquel cabrón tenía una fuerza sobrehumana. El páter suplicaba ayuda con un hilo de voz; se asfixiaba. Por fin reaccioné, agarré la pistola por el cañón y me acerqué al monte de cuerpos y extremidades que se debatía en el suelo, en busca de la cabeza del marroquí. De repente, su rostro surgió de la melé, taladrándome con una mirada de desafío que me heló la sangre. No me cagué encima de milagro. Sin pensármelo dos veces, le aticé con la culata en la cabeza.

Le di con todas mis ganas, sin miramiento alguno. No era el primer culatazo que daba. En otras ocasiones, lo normal era que el que lo recibía cayera al suelo inconsciente; los pocos que lo aguantaban despiertos no pensaban en otra cosa que no fuera

contener la hemorragia con las manos. Esta vez fue diferente. A pesar de que le había abierto el cráneo, lo único que conseguí fue que la rabia de Jalil aumentara. Se escurrió de sus atacantes como una anguila, saltó hacia mí y me hizo caer de espaldas, manchándome el uniforme con su sangre.

Los disparos me sorprendieron a mí tanto como a los demás. No me conformé con un tiro, le metí dos. Una baba negruzca, mezclada con sangre, cayó sobre mi cara cuando Jalil se quedó inmóvil.

Cojonudo. Veinte minutos en mi nuevo destino y ya me había cargado a uno de mis hombres. Me vi patrullando el Sáhara hasta pasar a la reserva.

Entre todos me quitaron de encima al muerto, nunca mejor dicho. Afuera se oían lamentos, acompañados del ruido nervioso de las bestias, que estaban a pocos metros de nosotros, separadas por una delgada pared de tablones. Me incorporé y contemplé al soldado que acababa de despachar. La muerte parecía haber devuelto la humanidad a su rostro.

—¿Cómo cojones lo ataron para que haya podido roer las cuerdas? —Fue lo primero que se me ocurrió decir.

—Con las manos en la espalda, mi capitán —respondió el teniente Villar—. No sé cómo demonios ha podido retorcerse para poder cortar las cuerdas con los dientes. —Se agachó y me mostró una de las sogas mordidas; eran gruesas, de las que se usan para atar a las caballerías—. Ningún ser humano es capaz de hacer algo como esto.

El capellán se recuperaba en una esquina, jadeando en cuclillas con la mano en la garganta. Aún no se había recolocado las gafas y las tenía torcidas sobre la nariz, dándole un aspecto cómico.

—Ese hombre... estaba poseído por un espíritu maligno. Por un demonio... —balbuceó.

Ya no me atrevía a reírme. La broma me había costado un muerto y tal vez mi carrera. El teniente médico, que estaba más entero que el cura, negó con la cabeza.

—He estado en manicomios, Higueras, y allí se ve de todo. Yo discrepo de esa versión tan... —pareció dudar a la hora de escoger la palabra— espiritual de Bolaños. Esto podría ser un caso de esquizofrenia aguda, potenciado por el episodio de la charca.

—No me jodas, Romero —le espeté mientras devolvía la pistola a la funda—. ¿Has visto alguna vez a un loco retorcerse como lo ha hecho este, roer unas cuerdas gordas como su puta madre y pegarse al techo como una salamanquesa?

Una voz a nuestras espaldas impidió responder a Romero.

—Perdone que me meta donde no me llaman, mi capitán, pero esto es mucho más grave de lo que ustedes piensan. —Los ojos de Dris se fijaron en el cadáver de Jalil; no parecía demasiado impresionado—. Usted le ha arrebatado su marioneta, y ahora ella está enfadada.

—Pero ¿de quién hablas? —pregunté—. ¿Quién es ella?

—La Aisha Kandisha —lo pronunció tan bajo que apenas pudo oírse—. Decir su nombre trae ruina. Poseerá a otro de nosotros, y ese matará al resto. Al final, todos moriremos, menos uno. Ella siempre deja a alguien vivo, para que dé testimonio del horror que es capaz de desencadenar.

Vi la sombra del páter santiguándose en la pared. La mirada del cabo Dris era la de un hombre que sabe que puede morir en cualquier momento, pero que se siente en paz y encara su destino con un estoicismo a prueba de balas. Era la mirada de alguien dispuesto a afrontar su final con toda la dignidad del universo. Me acerqué a él, lo cogí del hombro y lo alejé de las cuadras, donde dos acemileros más nerviosos que las bestias trataban de tranquilizarlas. El patio de armas estaba desierto.

—¿Dónde está la tropa?

—Rezando en la compañía, mi capitán. Rezando para no ser el siguiente.

A pesar de lo vivido en el cuarto de herramientas, aún me resistía a creer aquella locura. Estar bajo el ataque de una diablesa moruna era algo tan surrealista que hasta daba risa. Y eso que, por su culpa, había tenido que cargarme a uno de mis regulares. Joder, con lo bien que vivía yo en Tetuán...

—¿No hay nada que podamos hacer para impedirlo? —pregunté —. Alguna solución habrá.

—Lo más sensato sería abandonar el fuerte, mi capitán.

—Prefiero que me cuelguen por las pelotas con alambre de espino oxidado. Nadie va a irse de mi fuerte, y si alguien lo intenta le pegaré un tiro. ¿Alguna otra alternativa, cabo?

—Conozco un santón en Guercif capaz de expulsar a la Aisha Kandisha. Un hombre muy santo, y muy fuerte.

—¿Sabes cómo se llama?

—Abdellah Kintawi. Lleva años curando embrujados.

Recordé algo que había dicho el teniente Bolaños.

—Embrujado… El páter dijo antes que Jalil estaba poseído.

Dris se encogió de hombros.

—Poseído, embrujado, Dios, Alá, Satán, Iblis... ¿qué más da, mi capitán? Usted ha visto con sus propios ojos que esto no es un cuento para asustar a los niños. —Señaló la Astra que descansaba, aún caliente, en su funda de cuero—. Este problema no se puede solucionar con eso, a no ser que quiera matarnos a todos.

—¿Podemos ir a Guercif y buscar a ese Kintawi?

—Espere un momento, mi capitán.

Los oficiales y suboficiales se acercaron al ver alejarse al cabo Dris. Decidí compartir mi información con ellos.

—Al parecer, hay un santón en Guercif que puede solucionarnos esta papeleta.

—¿No sería mejor evacuar el fuerte? —preguntó el capitán médico—. Si esto se convierte en una epidemia de locura, vamos a acabar matándonos entre nosotros.

—Te voy a responder lo mismo que al cabo Dris: de ningún modo. Hasta hoy, y quitando lo de ese tipo al que me acabo de cargar en defensa propia, mi expediente está impoluto, y no voy a joderlo más abandonando una posición española en África. ¿Quién cojones iba a tragarse que nos largamos porque hay una diablesa islámica campando a sus anchas por el cuartel? —El silencio fue la única respuesta a mi pregunta—. Si hay que solucionar esto a la moruna, lo haremos a la moruna. Traeremos a ese puto santón y que él bregue con los espíritus malignos o con lo que sea que tengamos aquí.

Dris regresó con tres soldados marroquíes. Se cuadraron ante mí, los rostros tensos. Leí en sus miradas que sabían lo que le había hecho a Jalil. Se encontraban atrapados entre dos terrores: uno terrenal, un oficial recién llegado que podía quitarles la vida, y otro diabólico, que podía quitarles el alma.

—Estos hombres se han ofrecido voluntarios para ir en el Willys a Guercif, mi capitán. No sabemos dónde vive Kintawi, pero no creo que sea difícil dar con él.

—¿No vas con ellos?

—Creo que le seré más útil aquí, mi capitán. —En ese momento me di cuenta de que tenía ante mí a un hombre con dos cojones bien plantados y principios de hormigón—. Hablo el mismo idioma de la tropa y sé cómo calmarla. Yo también tengo miedo —confesó —, pero soy capaz de dominarlo.

Le dediqué una mirada de gratitud a Dris. Los soldados prepararon el jeep y partieron rumbo a Guercif, dejando una polvareda de recuerdo. Los demás regulares amortajaron el cadáver de Jalil, alternando los rezos con una versión islámica del signo contra el mal de ojo. El ambiente en el fuerte, aun a pleno sol, era tenebroso. Poco a poco sentí que el miedo se instalaba en mis tripas. Respiré hondo. Era el jefe. No podía permitirme flaquear.

—¡Villar! —El teniente se presentó a la carrera—. Les he dado las llaves del portalón a los del jeep. ¿Hay más copias?

—Un juego más, mi capitán. En el armarito de los llaveros, en la plana mayor.

—Muy bien. Retire al centinela de la puerta y acerrójela por dentro. Luego, devuélvalas a su sitio. ¿Ese armarito puede cerrarse?

—Sí, mi capitán. ¿Quiere que le entregue la llave del armario cuando haya guardado las otras?

Le guiñé un ojo.

—Es usted un puto genio, Villar. Quiero el cuartel cerrado a cal y canto. Ninguno de esos regulares supersticiosos va a desertar porque una bruja mora nos toque los cojones.

—A sus órdenes.

Ya había dado media vuelta cuando lo llamé de nuevo.

—¡Ah, Villar!

—¿Sí, mi capitán?

—Dígales a los demás mandos que tengan las armas listas. Con discreción —aclaré—. No descarto que estos cabrones se nos subleven. Puede que teman más a la Aisha Kandisha que a nosotros.

Villar asintió y fue a buscar las llaves que convertirían el fuerte en una ratonera. Eran las cuatro y media de la tarde, y por ahora todo seguía tranquilo. Hice un recuento de hombres.

Veinte, contando tropas indígenas y mandos.

Algo me decía que esa noche iba a ser la más larga de mi vida.

No me equivoqué.

Dispusimos a los centinelas de dos en dos en las torres, para que compartieran su miedo y no entraran en pánico por el mero hecho de estar solos. Ordené guardar todos los fusiles en el armero, a excepción de los de los centinelas. Tan solo los mandos conservaron sus pistolas, por lo que pudiese suceder. ¿Qué habría pasado si Jalil hubiera tenido un arma? Probablemente los habría matado a todos antes de que pudieran reducirlo. Si la radio funcionara podríamos haber pedido ayuda. Se me escapó la risa.

¿Cómo explicar a mis superiores que una diablesa había poseído a un soldado y que me había visto obligado a pegarle dos tiros? Y peor aún, que estábamos a la espera de un nuevo ataque desde el más allá.

De locos.

Tendría que resolver el problema solo y apechugar con lo que viniera después.

Mientras aguardaba a que la noche cayera sobre nosotros, me sorprendió que hasta ese momento no me hubiera acordado de mi mujer y mi hijo. Puede que lo hubiera evitado de forma inconsciente, como si la presencia maligna que nos acechaba pudiera leer la mente y saber de su existencia.

Esa tarde, Dris me habló de la Aisha Kandisha. Me dijo que su forma humana es la de una mujer increíblemente bella que seduce a los hombres, que pierden la razón al ver que sus piernas son patas de cabra; también me contó que puede poseer a humanos y bestias, y que hay incautos que la invocan pronunciando su nombre tres veces en la oscuridad mientras se miran fijamente al espejo.

Manda cojones.

Aisha Kandisha. Su nombre significa la amada del diablo. El páter dijo que en la tradición cristiana existen unas diablesas llamadas súcubos que actúan de forma similar: seducen a los hombres para arrastrarlos a las tinieblas. Me contó el mito de Lilith, la primera esposa de Adán, antes de Eva, que se exilió voluntariamente del Paraíso y fornicó con los demonios. También mencionó a la mujer ciervo de los indios norteamericanos, leyendas todas muy parecidas entre sí.

Si el día fue siniestro, el atardecer lo fue aún más. La llegada de la noche nos sumió en el silencio. Permanecíamos todos juntos, mandos y tropa, en el barracón de la compañía. Nos mirábamos las caras unos a otros con recelo, tratando de distinguir algo fuera de lugar en alguno de los rostros. Mis órdenes fueron claras: en caso de que alguien se comportara de manera extraña, había que inmovilizarlo y atarlo a conciencia, hasta que llegara el santón.

Habíamos encendido braseros de leña para reforzar el alumbrado del patio de armas. La oscuridad nos ganaba la batalla. Recordé lo que contó el sargento Herrero sobre la charca; al igual que allí, había algo invisible en el fuerte que parecía devorar la luz. Me compadecí de los centinelas de las torres. Debían de estar aterrorizados.

—Manzanares, que los centinelas se acuartelen con nosotros.

—A sus órdenes, mi capitán.

Villar y Herrero intercambiaron una mirada de desconfianza. Dejar el perímetro sin vigilancia iba en contra de las normas, pero yo estaba convencido de que el enemigo no estaba fuera, sino dentro. Lo más sensato sería permanecer todos juntos. Desde la puerta abierta de la compañía, oí a Manzanares ordenar bajar a los centinelas. Lo hizo en árabe, por lo que deduje que llevaba más tiempo en Marruecos de lo que a mí me gustaría estar. Los regulares bajaron de las torres y les quité los fusiles Mauser en cuanto entraron al barracón.

—Herrero, guarde esto en el armero —ordené—. Yo me quedo con este, por si acaso...

El teniente Villar levantó el dedo, como si estuviese en clase.

—Mi capitán, ¿podría dejarme otro a mí? Soy mejor tirador de arma larga que de pistola.

—De acuerdo. Aunque confío en no tener que usarlos.

Herrero guardó los dos Mauser restantes en el armero, al fondo de la compañía. Aquello me tranquilizó. Cuantas menos armas anduvieran circulando, mejor.

Afuera solo quedaba el sargento Manzanares, que mantenía la mirada fija en el ala noreste del castillo, donde se ubicaban las letrinas y las duchas. En lugar de venir hacia la compañía, comenzó a alejarse en aquella dirección.

—¡Manzanares! ¿Adónde va? ¡Vuelva aquí inmediatamente!

Caminaba como si estuviera hipnotizado. Enseguida me temí lo peor, y los latidos de mi corazón se aceleraron. Los oficiales se asomaron conmigo a la puerta y contemplaron en silencio cómo Manzanares se alejaba de nosotros. Armé el cerrojo del fusil.

—Quédense aquí —ordené—, voy a ver qué coño le pasa...

Me interné en la extraña oscuridad, apenas diluida por el fuego de los braseros y la luz mortecina de las bombillas. Me sentí dentro de un cuadro de la época negra de Goya. Avancé, apuntando mi arma unos pasos por delante de Manzanares, que seguía caminando como un sonámbulo. Le ordené detenerse por segunda vez, pero no pareció oírme.

Entonces la vi, a unos veinte metros de donde nos encontrábamos.

Se agazapaba entre unos cajones de intendencia apilados en la esquina que formaban los aseos con la plana mayor. A pesar de las

sombras, pude distinguir una silueta con un cabello largo que parecía tener vida propia. Los brazos, largos, terminaban en unas manos delgadas de dedos puntiagudos; parecía desnuda, y sus formas eran las de una mujer joven y hermosa. Intenté gritarle otra vez a Manzanares, pero la voz se negó a brotar de mi garganta. Me paré y centré las miras del fusil en la criatura, pero el pulso me temblaba demasiado. Qué coño, estaba aterrorizado. Y cuando creí que ya no podía estarlo más, aquella cosa volvió su rostro hacia mí y pude ver sus ojos.

Parecía como si alguien hubiera dado una calada profunda a dos cigarrillos en la oscuridad. Así fue como sus pupilas se encendieron un momento, ígneas y amenazadoras en la negrura de aquella noche en la que el calor africano había sido repudiado por un helor infernal. Disparé, pero aquellos ojos no se apagaron. Volví a acerrojar el Mauser y esta vez apunté con más cuidado. Dejé deslizar el dedo suavemente por el gatillo hasta que el segundo disparo me sorprendió. Manzanares seguía caminando hacia ella, sin reaccionar a las detonaciones, que sonaron como si Dios hubiera dado un puñetazo en la mesa.

Aunque no llegué a verle la boca, juraría que aquel ser escapado del infierno se reía de mí.

Se desplazó con una rapidez endiablada, avanzando a brincos como lo haría una cabra montesa, pero muchísimo más rápida. Cruzó la línea de visión de las miras del Mauser en un suspiro y se llevó consigo a Manzanares, que ni siquiera llegó a gritar. Los perdí de vista en un segundo. Mientras los buscaba, me di cuenta de que el teniente Villar estaba a mi lado, apuntando a las almenas con el fusil. El páter, el único de nosotros que iba desarmado, esgrimía el crucifijo que había descolgado de su dormitorio. A la luz de los braseros, sus labios se movían a velocidad vertiginosa.

Rezaba.

—¿No les dije que se quedaran en la compañía? —los reprendí.

—No me joda, mi capitán —me soltó Villar. En ese momento no me pareció una falta de respeto, sino la respuesta de un valiente—. ¿Dónde se ha llevado a Manzanares?

—No lo sé. Tú también la has visto, ¿verdad, Villar? —le pregunté, tuteándole.

—Como le estoy viendo a usted, mi capitán. De cuerpo estaba bien, pero tenía pinta de ser fea como un choco.

Agradecí el chascarrillo con un amago de sonrisa. Hay que ser muy bragado para soltar una gracia en un momento así. Detrás de nosotros, el páter seguía rezando, aferrado al crucifijo sobre el que se retorcía una imagen de Jesús fundida en plata que parecía querer escapar del madero. No miento si digo que en ese momento también se me pasó por la cabeza coger las llaves, abrir las puertas del fuerte y largarnos todos de allí. Incluso la prisión militar comenzó a parecerme una buena opción. Volví a meter un cartucho en la recámara. En la compañía se oían rezos en árabe.

—Volvamos dentro —ordené—. No quiero dejarles solos mucho tiempo.

—¿Y Manzanares, mi capitán? —preguntó Villar.

—No vamos a arriesgarnos a ir tras él —respondí, mientras retrocedía hacia la compañía—. Si se vuelve loco como Jalil, vendrá a por nosotros. Y le estaremos esperando.

—¿Y si no viene? —oí preguntar al páter detrás de mí.

—Pues estará jodido hasta que llegue el santón de Guercif.

Dentro de la compañía, el ambiente no podía ser peor. Dris intentaba controlar el terror de los regulares, que lloraban sentados en las literas, los rostros desencajados. Uno de ellos se daba cabezazos contra los barrotes de la cama, jurando en un español con un fuerte acento árabe que la había visto, y que él iba a ser el siguiente. Ahora los comprendía mejor. Definitivamente, no era humana. Estaba muerto de miedo, pero no era momento de recular.

Tenía que demostrar quién estaba al mando. Señalé a un par de soldados que estaban algo más calmados que los demás.

—Vosotros dos. —Estos, al menos, no intentaban abrirse el cráneo contra una cama—. Estad preparados con la cuerda por si entra el sargento Manzanares. Los demás, ayudad a vuestros compañeros a inmovilizarlo. Y tranquilos, el santón vendrá pronto y todo esto acabará.

Dris tradujo mis palabras al árabe y exigió calma, además de abofetear al de los cabezazos, que entre la hostia recibida y las que él mismo se había dado, cayó al suelo de rodillas, atontado. Yo me mantenía en pie, con el Mauser en la mano, junto a la puerta entreabierta, muerto de miedo. Romero, el capitán médico, me ofreció un cigarrillo.

—Gracias —acepté, dejándole que me diera fuego con un encendedor de gasolina. Él se encendió otro, le dio una calada profunda y miró hacia afuera, soltando el humo en bocanadas cortas. El patio de armas estaba tranquilo.

—Higueras —comenzó a decir—, ya no estoy tan seguro de que se trate de un trastorno mental...

—¿La viste?

—Solo vi una sombra que se llevó a Manzanares en un abrir y cerrar de ojos. Nadie es tan rápido. Bolaños está aterrorizado, y yo también.

—Y yo, y Villar. ¿Qué te crees? Esa cosa asustaría al miedo. ¿Qué tal está Herrero?

—No quiere ni pensar en lo que ha podido sucederle a Manzanares. Son amigos desde hace mucho tiempo.

—Ese Dris es buen tipo —comenté.

—Ese chaval es de lo mejor que me he cruzado en toda mi carrera militar. Fue criado por una familia...

El ruido de algo que cayó justo delante de nosotros interrumpió la charla. Romero y yo dimos un salto atrás y cerramos la puerta de la compañía en menos de un segundo. Un silencio sepulcral reinó en el barracón. Una vez recuperados del susto, la entreabrimos para ver qué demonios había caído desde el tejado.

—¡Joder! —exclamó el médico.

Lo que había caído del tejado era el cuerpo destrozado del sargento Manzanares. Tenía el cuello roto y el rostro, arañado por unas garras inmisericordes que habían convertido la piel en colgajos sanguinolentos, nos miraba con unos ojos blancos como faros. Tenía la camisa agujereada por la espalda, con varias heridas profundas que parecían balazos, aunque no oímos ningún disparo. Una especie de estertor ronco y unas pisadas muy distintas a las de unos pies humanos sonaron sobre nuestras cabezas.

Como si una cabra enorme correteara por las tejas.

Entre Romero, Villar y yo metimos el cadáver de Manzanares en la compañía. Esta vez cerramos la puerta y la atrancamos con una silla. Cuando los marroquíes vieron lo que Aisha Kandisha le había hecho al sargento, se echaron a llorar de nuevo. El médico se agachó a examinar las heridas.

—Las redondas de la espalda son de pezuñas —dedujo—, lo ha pateado con una fuerza bestial. —Siguió examinando el cuerpo, deteniéndose en el rostro—. También le ha desgarrado la cara de un zarpazo. —Le movió la cabeza; parecía la de un títere—. Cuello fracturado. No sé si se lo habrá roto ella o se lo habrá partido al caer. —Reflexionó unos segundos—. El impacto ha sido demasiado violento, como si lo hubiera arrojado desde lo alto con todas sus fuerzas.

Dris estaba junto a los oficiales, observando el maltrecho cadáver de Manzanares a la vez que mandaba callar a los más llorones a base de aspavientos. Cuando consiguió una cierta calma, se acercó a nosotros y nos habló en voz baja.

—Esto confirma algo que una vez me dijo un santón: la Aisha Kandisha solo puede embrujar a musulmanes.

La templanza de Dris era increíble. Parecía un espectador de todo aquello, en lugar de alguien que, probablemente, no llegaría al amanecer.

—A los que no somos musulmanes nos ataca en su forma corpórea —prosiguió—. Las armas de fuego no servirán, mi capitán. Antes de que salga el sol habrá matado a todos menos a uno.

El páter puso la mano en el hombro del cabo.

—Has dicho: «a los que no somos musulmanes».

—Soy cristiano —reveló Dris—. Católico, apostólico y romano, como dice mi madre adoptiva. Aunque no lo fui siempre.

—Joder, Bolaños, nunca te enteras de nada —rezongó el capitán Romero—. Yo lo sabía desde hace meses.

—¿Y cómo sabes tantas cosas de ese demonio? —le pregunté.

—Mató a toda mi familia, menos a mí. —Por la cara de sorpresa, ni siquiera el capitán Romero lo sabía—. Fue hace dieciséis años, en la cabila donde vivíamos, cerca de Dchar Tigart. Yo tenía nueve años. Acabó con cuatro familias completas, hombres, mujeres y niños. A mí me dejó vivir. Esa noche, yo fui el elegido para seguir contando su leyenda.

El páter se santiguó.

—Lo siento, Dris, tuvo que ser horrible.

—Me adoptó una familia española —continuó el cabo— y me bautizaron al cumplir los catorce. Sé que suena raro, pero renegué de mis creencias. Estos no lo saben —susurró, refiriéndose a los musulmanes—. No hay nada peor que ser un converso. Sigo siendo moro para los cristianos, y un *gauri* traidor para los musulmanes. La verdad es que no practico ninguna de las dos religiones. Creo que no

tengo que agradecerle nada a Dios, y esta noche me demuestra que estoy en mi derecho. Nadie merece pasar por esto dos veces.

Justo cuando Dris pronunciaba esas palabras, el muro de la izquierda de la puerta estalló hacia adentro, sobresaltando a todos y golpeando seriamente al soldado que trataba de recuperarse de los cabezazos que él mismo se había propinado. Trozos de ladrillo, emplaste y pintura seca saltaron hacia todas partes como si hubieran golpeado el muro con una bola de demolición. La nube de polvo nos cegó a todos. Entre la neblina artificial, pudimos vislumbrar dos manos delgadas, pardas y afiladas, cogiendo al soldado por la cabeza. En un arranque de valentía —que no sé de dónde surgió— aparté a los oficiales y me planté frente al agujero de la pared. No me dio tiempo a apuntar el arma, el marroquí lanzó un aullido aterrador y se me abalanzó como propulsado por una catapulta. Mi disparo acabó en el techo de la compañía. Su fuerza era sobrehumana. Choqué con las literas, donde aún había soldados sentados.

—¡Sujetadlo! —bramó el teniente Villar, sin atreverse a usar el fusil por miedo a darme—. Los de la cuerda, ¿a qué coño esperáis?

El sargento Herrero fue el primero en lanzarse contra el embrujado, tal vez arrastrado por el ansia de vengar a Manzanares. Los dos que llevaban la cuerda, a pesar de estar a punto de mearse encima de miedo, se arrojaron contra el poseso con más ímpetu que acierto, ya que tropezaron con los escombros y cayeron sobre nosotros. Creí morirme cuando noté cómo aquel enajenado me arrebataba el Mauser con la misma facilidad con la que se le quita un juguete a un crío pequeño. Por cómo lo aferró, no tenía intención de disparar. Lo blandió como una maza y le destrozó la cabeza a uno de los de la cuerda. Murió en el acto, con el cráneo abierto y los sesos desparramados. Por fin conseguimos inmovilizarlo, aunque aquello era como sujetar a un toro bravo. Desde debajo del amasijo de cuerpos entrelazados en el que nos habíamos convertido, vi al páter esgrimir la cruz, gritando plegarias que tal vez funcionaran con los demonios cristianos; para Aisha Kandisha, eran oraciones de

fogueo. Cuando se vio atrapado, el soldado, o mejor dicho, el ente que lo dominaba, nos atacó de una forma que no esperábamos.

El alarido fue tan agudo y estridente que todos los cristales de la compañía estallaron hacia fuera. Las bombillas fueron después, y las sábanas que cubrían las literas volaron como arrancadas por manos invisibles. Engullidos por las tinieblas, nuestro miedo fue a más. Aunque no podíamos verlas, las puertas de las taquillas se abrían y cerraban solas. El sonido de los portazos era terrorífico. A oscuras, con ese aullido perforándonos los tímpanos, no tuvimos más remedio que soltar al poseso para taparnos los oídos. Fue entonces cuando sentí una patada en el pecho que me dejó sin respiración.

El embrujado se puso de pie y empezó a reventar cráneos a diestro y siniestro con el fusil. El crujido de los huesos al romperse era escalofriante. Alguien desatrancó la puerta de la compañía y los musulmanes salieron al patio en desbandada, como morlacos a los que acaban de abrirle el toril, pisoteándose unos a otros. De repente, un fogonazo iluminó la penumbrosa atmósfera del barracón, a la vez que un estampido nos sobresaltó a todos. El endemoniado cayó de espaldas.

Villar había hecho lo que tenía que hacer.

Esto era la guerra.

Qué coño, esto era mucho peor que la guerra.

Los marroquíes corrían hacia las puertas cerradas del fuerte, perseguidos por Dris, que les ordenaba en árabe que regresaran. Nadie le hizo caso. En ese momento, decidí coger las llaves del portalón y largarnos todos de allí. Justo me daba la vuelta para hacerlo cuando oí el grito de alerta de Romero.

—¡Arriba! ¡En la torre!

Las ascuas que la Aisha Kandisha tenía por ojos refulgieron en el puesto de centinela de la torre sudoeste. Villar apuntó con parsimonia, como si estuviera en el campo de tiro. La bala voló

desde el cañón del Mauser hasta la sombra oscura que se deleitaba con nuestro horror. El teniente bajó el arma. En su rostro, iluminado por los tonos anaranjados de los braseros, vi decepción.

—Le he dado, mi capitán —aseguró, compungido—. Le he dado.

Por supuesto que le había dado, pero Dris nos lo había advertido: las balas no le harían daño en su forma corpórea. Busqué al cabo con la mirada y lo vi detrás de la caterva de marroquíes aterrorizados que intentaban echar la puerta abajo. Permanecía erguido y sereno, como siempre. Ya no gritaba a las tropas. Su vista estaba fija en la torre, donde aquella criatura salida de las profundidades del infierno seguía regocijándose en su propio horror. Dris se volvió hacia nosotros. A pesar de la poca iluminación que proporcionaban los braseros, fui capaz de leer la resignación en sus ojos. Con pasos lentos, se acercó adonde nos encontrábamos el páter, el médico, Villar, Herrero y yo.

—No podemos luchar contra ella, mi capitán. Nuestra única oportunidad es abrir las puertas, escapar de aquí y confiar en que no nos persiga. Es solo cuestión de tiempo que embruje a otro.

Como si obedeciera las palabras de Dris, el monstruo saltó a la almena para luego caer sobre el aterrorizado grupo. Un aullido inhumano surgió de la masa de hombres que luchaba por salir de allí con las manos doloridas de tanto golpear las puertas del fuerte. Las bestias comenzaron a cocear las paredes del establo, componiendo una pieza de percusión que sonaba a danza de la muerte.

—Mantengámonos juntos —ordené, volviendo a tomar el mando —. Vamos a la plana mayor, a por las llaves.

Echamos una ojeada rápida a la batalla que tenía lugar en las puertas. Los marroquíes intentaban inmovilizar, sin demasiado éxito, al nuevo esclavo de la diablesa, cuya forma corpórea había vuelto a disolverse en las tinieblas. Las paredes del establo crujían como un barco a punto de desmantelarse ante la tempestad. Las bestias, desesperadas, estaban echando abajo la cuadra a coces.

Romero, Herrero y yo sacamos nuestras pistolas, por si el embrujado decidía venir a darnos caza. El páter seguía musitando oraciones, armado con el crucifijo. Su rostro era el de un tipo que ha pasado las últimas veinticuatro horas enterrado vivo dentro de un ataúd. Las puertas se despejaron de repente: los soldados habían dejado de luchar contra el poseído y se desperdigaban por el patio de armas sin parar de vociferar en árabe. La desbandada dejó tres cuerpos inertes en el suelo. Si mis cálculos no fallaban, quedábamos nosotros seis, el poseso y ocho soldados. Para colmo de horrores, vimos cómo el embrujado daba caza a uno de ellos, mordiéndole la nuca con la ferocidad de un felino. Los demás corrían a esconderse donde podían. El teniente Villar apuntó al endemoniado con el fusil, pero Dris empujó hacia abajo el cañón del arma.

—¡No lo haga, mi teniente! Mientras ella esté dentro de ese soldado, no tomará a otro. Déjelo vivo y ganaremos tiempo.

Un estruendo procedente de la cuadra puso punto final a la sinfonía de coces, solo para dar paso al sonido de cascos contra el suelo.

—¡Los caballos! —gritó el páter, con los ojos muy abiertos.

Los tres animales salieron al patio de armas, desbocados. El mulo, al parecer, seguía dentro del establo. Con lo feo que era, lo único que le faltaba era ponerse agresivo para transformarse en una alegoría del horror equino. Sin tener adónde ir, y sin poder salir del recinto, las bestias se habían convertido en una nueva amenaza. Trotaban sin rumbo fijo, encabritándose como si intentaran patear algo invisible. Giré la cabeza hacia la puerta y pude distinguir en el suelo, boca abajo, al soldado al que el embrujado le había mordido la nuca. Otro menos; ya solo quedaban siete regulares. Ni rastro del poseso. Nos pegamos a la pared para evitar ser arrollados por los caballos. Me pregunté si ella podría controlarlos de alguna manera.

Justo estábamos a pocos metros de la plana mayor cuando vimos al embrujado en la torre norte. Lanzó un alarido desgarrado hacia el cielo nocturno y se arrojó de cabeza desde lo alto,

rompiéndose el cuello en el acto y asustando aún más a los caballos. Seis soldados.

Inmediatamente después de la caída, vimos a la Aisha Kandisha avanzar a saltos hacia la cuadra. Una vez más, se mostraba en su forma demoníaca. Entró en el establo a través de la pared destrozada. Un segundo más tarde, oímos un berrido que nos heló la sangre en las venas. Nos quedamos aún más paralizados de lo que ya estábamos, con los ojos fijos en la cuadra. Como invocado por nuestros peores temores, el que había sido el mulo más feo del Ejército Español surgió de entre los maderos rotos transformado en una versión aún peor de sí mismo. Las lanas que le hacían parecer un yak flotaban a su alrededor con ese mismo movimiento sinuoso que poseía el cabello de Aisha Kandisha. Una parodia equina de la Gorgona, de ojos fulgurantes, belfos babeantes y dientes amarillos. Venía directo hacia nosotros. Disparé dos veces con mi pistola. O no le di —lo más probable— o las balas del 9 largo no fueron capaces de detener a aquella abominación. Alguien gritó, no me preguntéis quién. Solo sé que no fui yo.

—¡Corred!

Y obedecimos la orden porque era cierto que nos iba la vida en ello. Aquel nuevo arma de la Aisha Kandisha iba a alcanzarnos con la fuerza de un torpedo. Cuando estábamos a punto de llegar a la puerta de la plana mayor, oímos un relincho y un grito a nuestras espaldas. Al girar la cabeza para ver quién había sido el desgraciado alcanzado por el monstruo, descubrimos a Herrero tumbado de espaldas en el suelo. Levantaba las manos hacia el cielo, intentando protegerse del ataque del mulo que, como un león rampante, estaba a dos patas con los cascos alzados.

Mi disparo no llegó a tiempo para salvarle. Villar y Romero se unieron al tiroteo. Aquella pesadilla descargó sus patas delanteras tres veces sobre Herrero antes de caer. Villar acerrojó el Mauser y apuntó al caballo más cercano. Lo abatió a la primera. Repitió la operación con el siguiente y su puntería no decepcionó. Recargó el

fusil con otro peine de cartuchos y apuntó al tercer caballo, que galopaba en círculos por el patio de armas, como si presintiera su destino. Villar hacía lo correcto; si aquel monstruo era capaz de poseer a las bestias, había que acabar con ellas antes de tener que lamentarlo.

El médico, Villar, Dris y yo disparamos con la sincronización de un pelotón de fusilamiento. El caballo, cosido a balazos, patinó y cayó al suelo, con un último relincho que nos rompió el alma. Corrimos a auxiliar a Herrero, pero Romero nos detuvo a mitad de camino.

—¡Es inútil! —gritó—. ¡Cojamos esa maldita llave de una vez!

Tenía razón. Donde había estado el rostro de Herrero no había más que un agujero sanguinolento. En tres años de guerra, nunca había visto nada igual. Pero los sustos estaban lejos de acabar.

Un siseo llamó nuestra atención detrás de nosotros. Nos volvimos lentamente y, por primera vez, vimos de cerca a la Aisha Kandisha en su forma corpórea. En ese momento, no nos pareció tan aterradora.

Tenía forma de mujer de muslos para arriba. Estaba completamente desnuda. Sus patas, de cabra, incluso le daban un punto morboso. Sus curvas eran deliciosas, y el color de su piel no se veía ahora tan oscuro a la luz de las pocas bombillas que iluminaban el patio. Sus pechos eran perfectos, así como sus manos, que ahora no asemejaban garras mortales. Su rostro era hermosísimo, con unos ojos algo oblicuos de un color extraño, entre amarillo y anaranjado, nada parecido a las ascuas iracundas que refulgían en la oscuridad. Sus labios, entreabiertos, dejaban entrever unos dientes blancos como lágrimas de nieve entre los que una lengua tímida y prometedora hacía amago de asomar. Su cabello, en lugar de flotar a su alrededor como un aura de terror obsceno, caía sobre su desnudez. Su vulva parecía tener vida propia. Al caminar sobre las pezuñas, su vagina se nos mostraba en todo su esplendor. Se movía como una boca más, en un espasmo lascivo y ávido que

nos dejó hipnotizados. Hasta el páter había bajado el crucifijo que le servía de inspiración y arma y babeaba de lujuria ante aquella diablesa transformada en diosa.

¿Cómo era posible que un monstruo aterrador se transformara en algo tan hermoso? Con saltitos gráciles, se colocó a nuestro lado y nos miró uno a uno, susurrándonos en una lengua que no reconocí como árabe. Puede que fuera el idioma que se habla en el infierno. Nos observó con dedicación y complacencia, como si estuviera eligiendo quién disfrutaría de los placeres de su cuerpo. Cuando me llegó el turno, me acarició los labios con la punta del dedo.

Sucedió muy rápido, y a punto estuvo de costarme el enésimo ataque al corazón de la noche: su rostro, a un palmo del mío, se transformó en un segundo en la máscara más aterradora que uno pueda imaginar. El cabello se le erizó, flotando de nuevo, salvaje y enmarañado, alrededor de su figura. Sus ojos se encendieron y se fruncieron en un gesto de infinito sarcasmo; las cejas desaparecieron, restándole humanidad a aquel rostro que se crispó, abriendo una boca enorme de dientes afilados y horrendos. Su lengua, parecida a una serpiente, restalló cerca de mi nariz como un látigo de carne azulada. Creí que me había llegado la hora, pero en lugar de eso, la Aisha Kandisha dio un salto increíble y desapareció por las almenas del fuerte. Su ausencia rompió el hechizo, devolviéndonos al estado de terror en el que llevábamos penando desde el anochecer.

—¿Se ha ido? —preguntó el páter, que se daba la vuelta avergonzado, intentando disimular la erección que hinchaba su bragueta.

—Lo dudo —dijo Dris—. Aunque me parece que ya ha elegido al superviviente de esta noche.

De repente, Villar me agarró de la manga.

—¡Mi capitán, mire!

Su índice apuntaba hacia las escaleras de madera que conducían al adarve de las almenas. Los seis soldados supervivientes las escalaban a toda prisa. Saltar desde lo alto del muro y aterrizar en el pedregal que rodeaba el fuerte conllevaba un riesgo mortal, pero al menos tendrían una oportunidad. Desertaban, sí, pero deseé con todas mis fuerzas que lo consiguieran.

Pero aquel monstruo tenía todos los caminos tomados. Como una sombra vertiginosa, surgió de las tinieblas y les cerró el paso al final de la escalera. Los marroquíes dieron media vuelta y bajaron los escalones todo lo rápido que pudieron. Se lanzó sobre ellos. Enseguida, uno de los regulares comenzó a bramar y a golpear a sus compañeros. Dos hombres saltaron desde la mitad de la escalera al patio de armas. Uno de ellos aulló de dolor; su pierna, rota en un ángulo imposible, daba escalofríos.

—Cojamos las putas llaves y larguémonos de aquí —dije.

Fui el primero en cruzar la puerta de la plana mayor, seguido por el páter, Romero, Villar y Dris.

El alma se nos cayó a los pies.

Ella había estado allí. Parecía una casa saqueada. La mesa y las sillas estaban volcadas, y los papeles por el suelo. El contenido de los cajones estaba desparramado por toda la oficina. Hasta la foto enmarcada del Generalísimo Franco estaba rota sobre el sofá despanzurrado, cuyos muelles y relleno brotaban de él como tripas en carne viva. El armarito de las llaves había sido reducido a astillas.

—Mierda —gruñó el capitán médico.

Nos pusimos a buscar las llaves como locos, sabiendo de antemano que no íbamos a encontrarlas. Aquella cosa tenía la fuerza de una bestia, la maldad de un demonio y la inteligencia de un genio. Y ser a prueba de balas la hacía invulnerable y letal, como un gas venenoso.

Afuera se oían cada vez menos gritos. Los supervivientes se exterminaban entre ellos mientras nosotros, a gatas, palpábamos en la penumbra, en busca de unas llaves que no aparecían. Romero fue el primero en darse por vencido.

—Estamos encerrados en el fuerte. —Su voz sonó quebrada, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Aún podemos escapar por las almenas, mi capitán —propuso Villar. La piel alrededor de sus ojos estaba perlada por gotitas de sudor—. Prefiero arrastrarme hasta Alhucemas con las piernas rotas a morir a manos de esa cosa.

—Yo también. —Me levanté—. Lo más probable es que nos mate la caída, pero mejor eso que quedarse aquí.

Salimos al patio y comprobamos, con horror, que el barracón y las cuadras estaban ardiendo. El fuego se alimentaba del mobiliario, lamiendo las paredes de adobe y tiñéndolo todo de luto. Para nuestro desmayo, las dos escaleras de madera que llevaban a las almenas también estaban en llamas. El humo de los incendios se llevó nuestra última esperanza.

Estábamos encerrados.

Conté cinco nuevos cadáveres en el patio, que cada vez se asemejaba más a un campo de batalla. Mi último recuento de soldados había sido de seis hombres.

No tardé en descubrir el destino del sexto.

El último embrujado apareció dando traspiés en el patio. Esgrimía una antorcha que había improvisado con la pata de una mesa rota. Además del establo y el barracón, había incendiado la cocina y prendido fuego a los muebles del comedor.

Muy pronto, el Fuerte Biarritz no sería más que una pira.

Apuntamos nuestras armas hacia él, pero no nos dio tiempo a disparar. El desgraciado nos dedicó una última mirada y entró a toda

velocidad en la cocina en llamas. Sus alaridos sonaron demasiado humanos. El demonio lo había obligado a inmolarse. El páter se arrodilló y empezó a rezar en voz alta, con los ojos cerrados, como si así pudiera despertar de aquella pesadilla.

—¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre...!

De entre las llamas surgió la silueta, ya familiar, de la Aisha Kandisha. Apareció rodeada de un resplandor anaranjado y de pequeñas astillas encendidas, llevadas por el viento, que pintaban un universo de estrellas a su alrededor. Sus ojos refulgieron con ese latido luminoso que ya habíamos visto antes.

—i...venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo...!

No nos atrevimos a disparar. No nos atrevimos a hacer nada, el terror nos había paralizado. La verdad es que no sé qué esperábamos. Creo que, en nuestros rezos silenciosos, rogábamos al Señor para que aquella bestia tuviera piedad de nosotros. ¿No es Dios todopoderoso? ¿Por qué no se manifiesta abiertamente como lo hace esta abominación? ¿Por qué no le parte la cara a esta cosa que ha acabado hoy con tantos siervos suyos?

¿Y si Dios no existiera, y el Diablo sí?

—i...el pan nuestro de cada día, dánosle hoy! ¡Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...!

La Aisha Kandisha fijó su atención en el páter. Su rostro no era la versión hermosa y seductora, casi divina, que nos había mostrado antes; el de ahora era el de un depredador que sabe que no tendrá que esforzarse mucho para cazar a su presa.

—i...no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Mal...!

Un parpadeo es un intervalo de tiempo demasiado largo para compararlo con la forma en la que se llevó al páter antes de que

pudiera decir amén. Ambos desaparecieron como por arte de magia. El crucifijo quedó tirado en el suelo, mirando hacia el cielo surrealista y maldito que cubría la tumba en la que se había convertido el Fuerte Biarritz. No se oyó gritar al páter. Una pequeña explosión de llamas en la compañía nos hizo pensar que lo había arrojado al interior de la hoguera. ¿Vivo? Espero que no. Ojalá no.

Romero, Villar, Dris y yo seguíamos en mitad del patio de armas, rodeados de incendios por todas partes. No nos quedaban fuerzas para pelear; éramos corderos a la espera del sacrificio. El único consuelo era, si Dris estaba en lo cierto, que uno de nosotros sobreviviría para contarlo. Una lotería mortal que todos queríamos ganar.

La Aisha Kandisha nos arrancó a Romero de nuestro lado con la misma velocidad que lo había hecho con el páter, aunque esta vez sí que vi cómo se lo llevaba al interior de la cocina en llamas. Él sí que gritó. Joder, cómo gritó.

Entonces, sucedió algo que no tenía previsto.

Villar apuntaba el Mauser a la cabeza de Dris. El cabo, lejos de achantarse, se enfrentaba con un par de cojones al ánima oscura del cañón, como si pudiera ver la punta de la bala que le miraba a los ojos. Levanté mi Astra y apunté a la cabeza a Villar. No me esperaba que la pelea final fuera entre nosotros. Villar movió el fusil y me encañonó a mí. Su mandíbula ya no era desafiante. De hecho, colgaba babeante y aterrada. Sus ojos vertían lágrimas de miedo y vergüenza. Una vida de bravura militar echada a perder en el último momento.

—Ella dejará a uno vivo —balbuceó, sin dejar de apuntarme—. Si los mato ahora, no tendrá más remedio que elegirme a mí. No es nada personal, mi capitán, es cuestión de supervivencia. En la academia me enseñaron a sobrevivir a toda costa, y en esta guerra yo seré el último hombre en pie.

—Eso será si no te pego un tiro antes —le dije.

Villar esbozó una sonrisa de medio lado.

—He contado los disparos que ha hecho, y no le he visto cambiar el cargador, mi capitán. Ocho. —Sacó la lengua dos veces; tenía los labios como un arenal—. Su pistola está vacía. Soy un profesional —alardeó.

No sufrió. La bala le atravesó la cabeza, acompañada de una nube roja salpimentada con masa gris y trocitos de cráneo. El teniente Villar se desplomó aferrado al fusil. Dris me interrogó con la mirada.

—Los profesionales de verdad llevamos ocho cartuchos en el cargador y uno en la recámara, para casos como este. —A pesar del sarcasmo, no me sentía bien por haber tenido que ejecutar a Villar de esa forma. Su acto final había sido rastrero, vil, y encima le había salido mal, pero nadie está preparado para vivir una pesadilla como aquella sin volverse loco—. Que Dios le perdone —dije, como último responso.

Solo quedábamos Dris y yo. Le tendí la mano y él la estrechó con fuerza en uno de esos apretones que dicen más de una persona que un discurso de su madre.

—Te he conocido poco, pero ha sido suficiente para saber qué clase de hombre eres. Ha sido un honor tenerte bajo mi mando.

—Lo mismo le digo, mi capitán...

Le interrumpí con gesto cansado.

—Llámame Pepe. Creo que el grado ya no importa.

Dris se echó a reír.

—Juan Jesús —dijo.

—¿Cómo?

—Juan Jesús. Es mi nombre de bautismo.

—Me gusta más Dris.

El cabo esbozó una sonrisa que me pareció radiante y giró su cabeza hacia la cocina en llamas. Entre esta y nosotros se erguía la silueta de nuestra anfitriona. Dris, o Juan Jesús, no movió ni un músculo de su rostro.

—Echémosle huevos, Pepe. No le demos a esta zorra el gusto de vernos temblar de miedo.

Nos enfrentamos a la Aisha Kandisha cara a cara. Estaba a unos diez metros de nosotros. Aún me quedaba otro cargador en el bolsillo. Pensé en introducirlo en la Astra y morir luchando, aunque no sirviera de nada. En lugar de eso, guardé el arma en su funda de cuero. Dris y yo fuimos al encuentro de la Aisha Kandisha.

La bestia sonrió.

Y se lanzó contra nosotros.

Lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo, en mitad del patio de armas. Me puse de pie y busqué a Dris con la mirada. Ni rastro de él. El fuego seguía propagándose lentamente, asomando por las ventanas de los barracones como lenguas burlonas. Por ahora, el único edificio que parecía haberse salvado de los incendios era la plana mayor. Di unos pasos tambaleantes, y entonces oí un siseo a mi espalda.

Allí estaba ella, hermosa, exultante de belleza, acercándose hacia mí como la mejor puta que una mente descabellada pudiera imaginar. Caminaba sobre sus pezuñas con la misma gracia que una *vedette* sobre sus tacones. Me dije que había llegado mi hora, pero el destino que me tenía reservado la Aisha Kandisha era muy distinto.

Me tumbó en el suelo y me arrancó la guerrera y el cinturón. La pistola quedó fuera de mi alcance. Su rostro, de una belleza sin parangón, me gritaba de deseo, y todo mi ser quería corresponderla. Me quitó las botas con sendos tirones que podrían haberme

arrancado los pies de cuajo. Los pantalones siguieron al calzado, volando por el patio de armas. Mientras acariciaba sus pechos, mi mano derecha se deslizó hasta su vagina. Ella sonrió, satisfecha. Noté cómo mis dedos eran succionados como si aquello fuera una segunda boca, cálida, húmeda. Entonces se colocó encima de mí y me montó.

Fue indescriptible. Su entrepierna me atrapó hasta el punto en el que el placer y el dolor se confundieron. Arqueada sobre mí, se convulsionaba con furia. Parecía que aquello no iba a tener fin, hasta que me corrí como nunca antes lo había hecho, sintiendo a la vez el calor del fuego y el frío del hielo. Mi mente viajó por el Infierno, por la Tierra, por el Purgatorio y por el Cielo, dejándome luego suspendido en un limbo de agotamiento que adiviné cercano a la muerte. Así debe ser morir. Un orgasmo de abandono y paz.

Quedé tendido en el suelo, panza arriba, y ella me habló al oído por primera y última vez. Un mensaje que esta vez sí pude entender.

—Si quieres volver a verme, pronuncia mi nombre tres veces frente a un espejo, en una habitación completamente a oscuras. Vendré a visitarte.

Y desapareció.

Me vestí, sintiéndome violado. Amanecía, y la luz naciente del sol exorcizó las tinieblas diabólicas que nos habían envuelto desde el día anterior. Miré a mi alrededor. Había perdido a todos mis hombres. Incluso yo mismo había matado a algunos de ellos. ¿Qué le contaría al tribunal militar? ¿Que una diablesa mora había acabado con un destacamento de Regulares? El veredicto estaba cantado.

Culpable.

Los edificios aún ardían. Me dirigí a la plana mayor, saqué una mesa y una silla, y las coloqué en el centro del patio de armas. También encontré este cuaderno, en el que escribo estas líneas. Dos minutos después de hacerlo, las llamas alcanzaron la oficina.

Comencé a escribir el relato de este desastre hace casi veinticuatro horas. Sin comer ni beber, rodeado de muerte y fuego, en mitad de una fortaleza derrotada, como un rey antiguo en una tierra asolada por las plagas. No hay noticias de los soldados que fueron a Guercif, ni del maldito santón. Lo más seguro es que desertaran. No les culpo, hicieron lo más sensato. Menuda sorpresa van a llevarse los ingenieros cuando vengan a instalar la radio nueva. Espero que entreguen este documento a sus superiores. Es la crónica póstuma del destino de Fuerte Biarritz.

Solo le pido al Ejército que se invente una excusa digna, y que mi esposa nunca sepa que fui yo mismo quien se quitó la vida. No puedo seguir ni un día más en este mundo habiendo visto lo que he visto, con la responsabilidad de muchas muertes a mis espaldas, y menos aún habiendo tenido contacto carnal con el Diablo.

Espero que Dios me perdone. Por suerte, aún me queda un cargador.

Si todo va bien, y no me tiembla el pulso, me sobrarán siete balas.

Firmado, capitán José Higueras Claros.

Ruinas del Fuerte Biarritz, a 16 de octubre de 1946.

El teniente coronel Frías cerró las memorias del capitán Higueras y las dejó encima del escritorio. Miró su reloj. Eran las nueve y media de la noche y la oscuridad ya se había instalado en el cielo norteafricano. Su copa estaba casi vacía. La apuró y se sirvió otra. La botella agonizaba. Se la había pimplado entera, mientras leía la crónica de la pesadilla que había tenido lugar hacía dos noches en el Fuerte Biarritz.

Se levantó de la silla y dio un traspiés. Estaba borracho. Dio otro trago y se echó a reír.

—Aisha Kandisha. Joder, Higueras, el sol te volvió loco.

No cabía otra explicación. Intentó reconstruir los hechos con la lógica aplastante que da el alcohol. Lo más probables es que se hubieran emborrachado en el fuerte y se les hubiera ido la cabeza. Priva y armas hacen mala combinación. Tiraron las llaves por encima del muro, quemaron los accesos a las almenas y comenzó una fiesta de asesinatos. Sabe Dios por qué empezó todo. Cuando moros y cristianos se juntan, la chispa puede saltar por cualquier cosa.

Por lo menos, los del Willys habían salvado el pellejo. Según la lista del Cuartel General, faltaban tres regulares, todos ellos marroquíes. Esa misma mañana, una patrulla de la Legión había encontrado el vehículo abandonado a cinco kilómetros de Guercif. Ni rastro de sus ocupantes. Seguro que habían cambiado sus uniformes por chilabas y ahora estarían escondidos en Dios sabe qué cabila. Si no hubieran desertado, ahora estarían muertos, como todos los demás.

Frías entró al baño a mear. Mientras lo hacía, recordó las palabras que la Aisha Kandisha le había dicho a Higueras al oído. No pudo evitar que se le escapara una risita. Se la sacudió tres veces, como manda la Santa Madre Iglesia, y apagó la bombilla desnuda que alumbraba el cuarto de baño. Cerró la puerta y la contraventana y se quedó a oscuras. Caminó hacia el lavabo a tientas, lo reconoció con las manos y se enfrentó al espejo. Ni veía su reflejo, ni veía absolutamente nada. Soltó una carcajada ebria. Ni él mismo se creía lo que estaba a punto de hacer.

—Aisha Kandisha. Aisha Kandisha.

Esperó unos segundos antes de pronunciar su nombre por tercera y última vez.

—Aisha Kandisha.

El teniente coronel Frías se olvidó de respirar cuando vio dos ascuas ardientes reflejadas en el espejo. Se dijo que era una broma de su imaginación, una alucinación producto del alcohol.

Una alucinación especialmente vívida que ahora lo abrazaba por detrás. Notó cómo unas manos de mujer acabadas en uñas puntiagudas como zarpas de gato le acariciaban el pecho. Sintió una lengua reseca lamiéndole la nuca y, de repente, pudo ver un rostro horrible brillando tenue en la oscuridad. Unos cabellos vivos, como serpientes, comenzaron a rodearle.

Y sin poder resistirse, el teniente coronel sintió cómo una fuerza descomunal lo arrastraba al dormitorio.

La Aisha Kandisha poseyó al teniente coronel Frías encima de su colcha, con todo el salvajismo del infierno, en su forma más terrorífica, con los ojos como simas de volcán y los dientes afilados como puñales en miniatura. Frías nunca llegó al orgasmo.

Lo último que oyó antes de expeler su último aliento fue la carcajada aterradora de la Aisha Kandisha. Una carcajada que le acompañó directamente en su viaje hacia el Infierno.



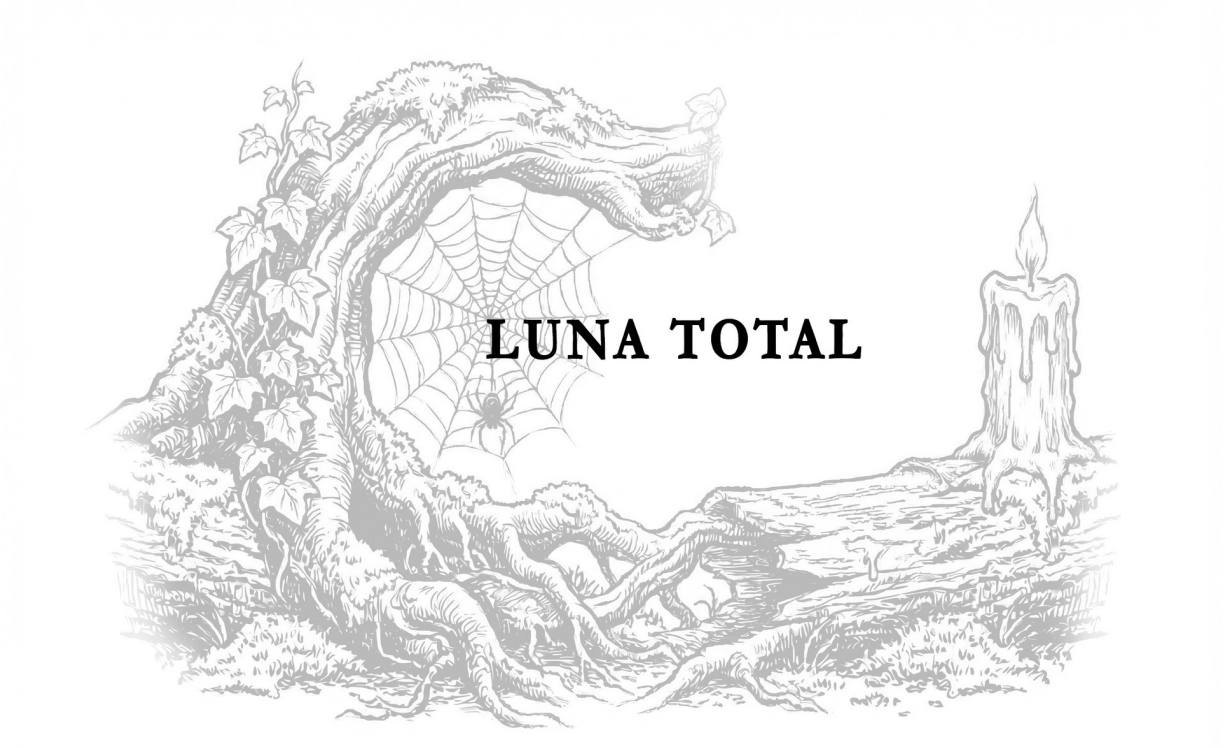
TRUCO O TRATO

Una amenaza estúpida y mal traducida; una frase importada de América para lo que siempre fue la noche de difuntos. Hoy, críos disfrazados de fantasmas, vampiros, brujas y demonios llaman a tu puerta y te exigen golosinas. Se marchan felices con su botín de caramelos y corren a otra casa, a repetir la historia.

Esta noche de Halloween sus padres se acordarán de todos los santos, cuando la estricnina en la que he empapado los dulces comience a hacer efecto.

Truco o trato.

Mientras oigo las sirenas de las ambulancias, me pregunto si será eso lo que dirán los críos a San Pedro cuando les abra las puertas del Cielo.



LUNA TOTAL

Las alarmas se disparan a la vez en el Centro Espacial Johnson de Houston, en el RKA de Korolyov, Rusia, y en el resto de controles de misión de la Estación Espacial Internacional. La tranquila noche texana se transforma en un concierto de pitidos electrónicos y luces centelleantes, mientras todos los ingenieros se abalanzan contra sus monitores como si una fuerza invisible les pateara la espalda con el embate de una coz.

—¡Joder! —exclama uno de los ingenieros—. ¡Se están registrando daños internos en la ISS! ¡Cortes de energía en el módulo *Unity*!

Ron Lawson, el ingeniero jefe, está de un humor de perros a cuenta de una discusión con su esposa. Vuelca el vaso de papel que contenía su café al ponerse de pie y empieza a vociferar órdenes con voz de trueno.

—¿Qué pasa con las cámaras? ¿Por qué no recibimos imágenes del interior de la estación? —Se vuelve hacia otro de los ingenieros,

cuyo rostro es pura tensión—. ¡Jonah, pásame con los rusos, a ver si ellos saben qué cojones sucede ahí arriba!

Anticipándose a la llamada, el teléfono directo que conecta Houston con Korolyov cobra vida. Lawson casi derriba a dos ingenieros. Justo cuando descuelga, los teléfonos de Europa y Canadá ululan al unísono. Algo muy gordo está pasando allá arriba.

—¡Coged esos teléfonos! —brama Lawson, tapando el auricular; odia hablar con los rusos. En más de una ocasión, ha tenido que vérselas con algún gilipollas con resaca de la Guerra Fría—. ¡Aquí Houston!

Una voz con fuerte acento ruso responde al otro lado de la línea.

—Aquí el comandante Dragunov —va al grano—. ¿Han programado algún simulacro de emergencia sin comunicárnoslo?

Lawson se siente aliviado. Conoce al comandante Sergei Dragunov de alguna que otra reunión mantenida en la sede Europea del proyecto. Por lo que sabe de él, es un tipo razonable y competente, muy distinto a los vejestorios cabrones de la antigua Unión Soviética, algunos de los cuales aún pululan por la Agencia Espacial Federal Rusa.

—Hola, Sergei, soy Ron Lawson. No es ningún simulacro. Pensé que habíais sido vosotros. ¿Puede tratarse de un fallo en el sistema? —El ingeniero jefe se vuelve hacia la sala de control—. ¿Qué pasa con las putas cámaras? ¡Quiero ver cada módulo de la estación como si fuera la casa de Gran Hermano!

—No funcionan, señor —anuncia alguien cercano a la pared repleta de monitores—, y no es un fallo eléctrico. Son averías locales. Es como si estuvieran rotas, o hubieran arrancado los cables de alimentación.

La boca de Lawson forma una O del tamaño de una pelota de tenis.

—¿Cómo dice?

Otro ingeniero abandona su asiento para dar otra mala noticia.

—Señor, estamos detectando nuevos daños en el interior del módulo *Destiny*. Es como si estuvieran destrozando la estación desde dentro.

—Ron. —Sergei Dragunov también soporta un caos idéntico en el centro de control ruso, con ingenieros dando informes similares a los que recibe Lawson—. La única explicación que se me ocurre es que alguno de los astronautas haya podido volverse inestable.

Lawson pierde la cuenta de los mensajes de daños que aparecen en las pantallas. Inestable, un buen eufemismo para decir loco o psicótico. ¿Y si se trata de eso? Es una posibilidad dentro de los parámetros establecidos: gran parte del entrenamiento de los astronautas tiene como objetivo no perder la chaveta en el espacio. De hecho, muchos de los aspirantes son rechazados por razones psicológicas. Cuando el ingeniero jefe de Houston piensa que nada puede ir a peor, alguien le obsequia con una noticia aún más grave.

—Señor, acabamos de perder el contacto con la Estación Espacial.

La criatura extravía la mirada en el pasillo interminable que forman las compuertas abiertas de los módulos *Destiny*, *Unity*, *Zarya* y *Zvezda*. Las luces del interior de la ISS, blancas a rabiar, comienzan a parpadear hasta apagarse, dejando tan solo unos pilotos de emergencia que lo tiñen todo de un color rojo sangre que la enfurece aún más. El zumbido eterno que reina en la atmósfera ingrávida de la Estación Espacial Internacional ha agonizado hasta morir. La poca visibilidad no es obstáculo para la abominación, que flota como un monstruo de pesadilla que aguza el oído y abre las fosas nasales para detectar a su siguiente víctima.

Ya se ha cobrado tres presas. Los restos del astronauta canadiense navegan a su lado, rodeados de las amebas rojas de su propia sangre. Una mano crispada, amputada de su brazo, surca el aire hasta quedar enredada en una de las infinitas marañas de

cables y correas que cuelgan de las paredes, suelos y techos de la estación. Porque donde no hay gravedad, ni arriba ni abajo, ni pies ni cabeza, todas las superficies son suelo, pared y techo a la vez. Un ordenador portátil, arrancado de su soporte, choca con la criatura y esta lo parte en dos en un alarde de fuerza sobrehumana. Es un estropicio mudo; ni un chisporroteo. El suministro eléctrico se ha interrumpido en las mangueras seccionadas. Las paredes de lona plástica han sido desgarradas con saña. Cuando el monstruo no encuentra seres vivos que despedazar, enfoca su ira con lo que le rodea.

En el momento en que se dispone a impulsarse para avanzar por el pasillo, escucha un leve ruido a su espalda. El chasquido habría pasado desapercibido para cualquier otro, pero para él tiene la sonoridad de un trueno. Proviene del módulo laboratorio *Kibo*, la aportación japonesa al proyecto. La criatura se desplaza hacia él como un tiburón por un agua hecha de aire.

Tuerce a lo que en ese momento equivale a su derecha y divisa a Hideo Tanaka tratando de embutirse en uno de los trajes de astronauta. El científico japonés sabe que es posible que muy pronto falte el aire en la estación y quiere arañar unas horas más de vida, aunque su miedo le hace sentirse más muerto que vivo. Entonces descubre la figura del asesino doblando la esquina que comunica el módulo *Harmony* con el *Kibo*. Tanaka entra en pánico. Con el traje espacial a medio poner, sus manos se encuentran atascadas en las mangas, aunque si las hubiera tenido libres tampoco habría supuesto una gran diferencia. El japonés sabe que no tiene ninguna posibilidad contra su atacante.

Dos segundos después, la cabeza del científico flota en el módulo *Kibo*, en mitad de una explosión roja a cámara lenta.

El monstruo se asoma por un ojo de buey y contempla la Luna en todo su esplendor. Enorme, ha convertido en propios los rayos solares y los emite con un brillo tan espectacular como sereno. Se ve

inmensa, pintada en infinidad de tonos grises, plasmada sobre un lienzo negro plagado de estrellas.

Poco a poco, la Luna va quedando atrás. Pronto será eclipsada por su madre, la Tierra. Conforme se pierde de vista, la criatura abandona la escotilla y deambula por la Estación Espacial hasta que cae en una especie de letargo.

La Luna total la ha abandonado.

El doctor en medicina Frank Roberts se despierta en un recoveco del módulo *Zarya*. Las luces rojas le sorprenden. Sabe lo que significan, que el suministro de energía se ha interrumpido. Enseguida descubre por qué: mangueras de cables a su alrededor arrancadas de cuajo; los ordenadores destrozados y las paredes forradas de lona plástica, desgarradas como si hubieran soltado un tigre de bengala cabreado. Las pelotas del doctor Roberts se contraen dentro del mono espacial; si hay un escape de oxígeno, la cuenta atrás hacia la muerte por asfixia ha empezado. Pero eso no es lo peor. El aliento le falta en la garganta cuando se topa, flotando a la deriva, con el cuerpo descuartizado de uno de sus compañeros, rodeado de unas burbujas de sangre perfectamente redondas, como canicas. Más allá descubre otro cuerpo más, que no logra identificar. Dos de seis astronautas muertos y un silencio sepulcral en la Estación.

Tiene ganas de gritar, pero se reprime. Lo primero que le viene a la mente es que alguno de sus compañeros ha sufrido un brote psicótico y ha atacado a la tripulación. Siente que le falta el aliento y el miedo le pone en marcha. Su único pensamiento es largarse de esa ratonera a cualquier precio.

Solo hay una vía de escape, la lanzadera Soyuz. Debe ponerse un traje espacial, abrir la exclusa de aire y entrar en ella. Una vez dentro, ha de contactar por radio con el control de Tierra y suplicar a gritos que lo lleven de vuelta a casa. Eso si consigue conectar la

radio; es científico, no piloto, y sabe que los malditos mandos de la nave están rotulados en un cirílico que no entiende.

Encuentra su traje espacial encajado en un compartimento dentro del módulo *Destiny*. Por suerte, está intacto. Se mete dentro y comienza a accionar los cierres. Tiene prisa por irse y las manos le tiemblan como a un aquejado de *delirium tremens*. Se encoge en un recodo del pasillo y se pega a la pared lo más que puede. Lo último que desea es toparse con el asesino. En cuanto asegura el casco, avanza flotando hacia la zona rusa de la ISS, donde le espera la lanzadera Soyuz. Aún no cierra el visor, quiere aprovechar el oxígeno del traje para más tarde; y mientras aún quede aire en la ISS, será ese el que respirará.

El doctor Roberts acciona la exclusa y abre el acceso a la Soyuz. Una vez dentro, acerroja la escotilla. Ahora se siente un poco más seguro. El asesino no podrá entrar en la nave de emergencia aunque quiera. Otra cosa distinta es que pueda sabotear la Soyuz desde fuera.

Como quien juega a una suerte de *Buscaminas*, pulsa interruptores rotulados en cirílico hasta que las luces se encienden de pura casualidad. El habitáculo de la Soyuz le parece más estrecho que nunca, y más que una nave espacial se le antoja un ataúd. Solo piensa en volver a ver a su mujer y a sus hijas. Respira justo como le decían que no tenía que hacerlo cuando las reservas de aire son limitadas: jadea y se bebe el aire a bocanadas, proyectando la mandíbula inferior al hacerlo, como un animal herido y acosado.

Sentado frente a las palancas y controles de la lanzadera rusa, se pregunta si desde Tierra podrán llevarle de vuelta a casa sin un piloto a bordo. ¡La radio! ¡Tiene que conectar la radio! ¿Habrán saltado las alarmas en Houston? ¿Y si aún no se han enterado de lo que está pasando en la ISS? Entonces, se plantea una posibilidad que en realidad se le antoja una locura: ¿y si algo que no es humano se ha colado en el complejo desde el exterior? Sin poder remediarlo,

es asaltado por las peores imágenes de *Alien*. Y para colmo, le ha tocado interpretar el papel de Sigourney Weaver.

Intenta localizar el sistema de comunicaciones de la lanzadera, pero los nervios y el hecho de que todos los controles y pantallas rusas le parezcan idénticas convierte esa tarea en un pasatiempo imposible. Maldice por lo bajo esa austeridad, heredera de la Unión Soviética. De repente, se acuerda de Vladímir Dmítriev, el piloto ruso que le trajo a la estación espacial tan solo dos días atrás. Si ha sobrevivido al ataque de lo que sea que ha acabado con la tripulación, las oportunidades de volver a abrazar a su familia se multiplicarían por cien. Con este pensamiento en mente, acciona un interruptor y una voz en ruso resuena dentro de su reino de claustrofobia. Sin saber si realmente va a ser escuchado por alguien, el médico se identifica.

—¡Aquí el doctor Frank Roberts! ¡Por Dios, ¿hay alguien ahí?!

Es el propio Sergei Dragunov quien le contesta en inglés.

—Doctor Roberts, aquí Korolyov; Sergei Dragunov al habla. ¿Puede informarnos de qué está pasando ahí arriba?

—No lo sé, pero es algo malo. Muy malo —insiste—. Todo está destrozado y he encontrado dos cadáveres flotando. Uno de ellos tiene un brazo amputado —puntualiza—. Está todo lleno de sangre... Es horrible.

—¿Un brazo? —La voz de Dragunov está cargada de sorpresa e incredulidad.

—Sí, un brazo —confirma el doctor—. O alguien ha perdido el juicio y está descuartizando a la tripulación como en la matanza de Texas, o algún tipo de criatura alienígena ha entrado en la Estación. —Al pronunciar estas últimas palabras, siente un reparo rayano en la vergüenza—. ¿Pueden sacarme de aquí? ¡Si no lo hacen, voy a morir!

Sergei Dragunov piensa a toda velocidad. Descarta la posibilidad de la criatura alienígena y achaca el despropósito al estado de nervios del doctor Roberts. La hipótesis del psicópata le parece más sólida. Una cosa tiene clara: no van a iniciar el protocolo de regreso automático de la Soyuz sin estar absolutamente seguros de que no queda nadie más con vida en la ISS. Las miradas de los ingenieros confluyen hacia él y la losa de una responsabilidad mastodóntica gravita sobre su cabeza canosa.

—Podemos hacerlo, doctor, pero tenemos que efectuar algunas comprobaciones antes de tomar esa decisión. No abandone la Soyuz bajo ningún concepto.

El médico expele una risa nerviosa.

—De eso puede estar seguro.

—Intente tranquilizarse. —Es el mejor consejo que se le ocurre en ese momento, aunque suena al *no te va a doler* que suelta el médico antes de perforarte el hígado para hacerte una biopsia—. No está solo.

Sergei Dragunov tiene razón.

El doctor Frank Roberts no está solo.

Al otro lado de la estación, dentro del módulo americano *Columbus*, Vladímir Dmítriev se despierta flotando. Se siente desorientado al abrir los ojos. Las luces rojas tiñen de pesadilla los estrechos pasillos de la Estación Espacial. Con el corazón a mil por hora, se pregunta qué demonios ha pasado. Es entonces cuando descubre uno de los cadáveres despedazados, y el miedo le dispara todas las alarmas. Reconoce, aterrado, el cuerpo sin vida de William Dickens, el piloto americano; el único, además de él, capaz de pilotar la Soyuz de vuelta a casa. Es como si una bestia descomunal lo hubiera abatido de un certero zarpazo que ha arrancado carne y piel, dejando las costillas fracturadas al descubierto. Dmítriev apenas puede respirar y, durante un breve lapso, cree que va a sufrir un

ataque al corazón. Tanto entrenamiento para que el motor le reviente en el pecho, como a un sesentón obeso adicto al mando a distancia. Sin saberlo, llega a la misma conclusión que el doctor Roberts: o alguno de sus compañeros ha sucumbido a la locura, o algo que no es humano ha entrado en la ISS. Porque lo que ha perpetrado esa carnicería no puede ser humano. Un poco más allá de los restos del canadiense, salteados por la sangre convertida en bolas, descubre una danza de brazos, manos, un pie con la zapatilla de deporte aún calzada...

Intenta mirar lo menos posible mientras avanza, agarrándose y enredándose con los cables y tubos mutilados de los módulos. Desde donde está, aprecia destrozos en el *Harmony* y en el *Kibo*. Al fondo del laboratorio japonés reconoce el tronco decapitado de Tanaka. Dmítriev tiembla. La estación es demasiado pequeña para esconderse eternamente.

Con los sistemas principales dañados, Dmítriev ignora si seguirá fluyendo oxígeno al interior del complejo espacial por mucho tiempo más. Tiene que escapar antes de que lo que ha acabado con sus compañeros lo encuentre a él. Durante un segundo, se le pasa por la cabeza gritar, por si quedaran supervivientes. Si él sigue con vida, es posible que alguien más haya podido ocultarse del peligro. Se lo piensa mejor y descarta la idea. Si el asesino lo oye, está perdido.

Ahora solo piensa en regresar a la Tierra, a su casa de campo a pocos kilómetros del Cosmódromo de Baikonur, en Kazajistán. Allí le espera su familia, y no puede fallarles. Le da un miedo atroz abandonar el módulo *Columbus*, que sorprendentemente sigue intacto. Un Shangri-la de metal, plástico y poliéster intacto, impoluto, tan solo maculado por la sangre que forma burbujas siniestras a su alrededor.

El tiempo corre en su contra. Si no lo mata la falta de oxígeno, lo hará el destripador de la ISS. Lo primero es hacerse con un traje espacial; lo siguiente es largarse de allí a bordo de la Soyuz. Y todo

eso ha de hacerlo sin que el psicópata, o el alienígena, o lo que sea que ha acabado con la tripulación, se dé cuenta.

Y para ello tendrá que atravesar el enorme corredor que forman los módulos que conducen a la zona rusa de la Estación.

Avanza hacia el módulo funcional *Zarya*, donde le espera su traje espacial. Durante el trayecto, a gravedad cero, tiene que esquivar los miembros cercenados que bailan el vals por toda la estación. Va con la boca cerrada, los labios apretados para no tragarse accidentalmente la sangre que navega a contracorriente. Tiene ganas de vomitar, pero no puede permitirse hacerlo. Al pasar cerca del pie calzado, hace de tripas corazón y estudia la herida abierta. Descarta la idea de que alguno de sus compañeros haya usado una de las hachas que hay en el complejo o una sierra radial. El corte no es limpio. Es un desgarro, como si lo hubieran arrancado con una fuerza inusitada. La hipótesis de la criatura extraterrestre cobra fuerza en su mente.

Ya le queda menos para llegar al módulo ruso. Desplazándose por los asideros dispuestos a tal efecto, Dmítriev deja atrás el *Destiny* y el *Unity* y llega a la primera escala en su viaje hacia la libertad, el módulo *Zarya*. Su corazón redobla como un tambor de guerra. Encuentra su traje espacial amarrado con correas. Lo inspecciona a fondo y comprueba que se halla en perfecto estado. Una sola grieta lo condenaría a una muerte segura.

Los gigantescos paneles solares de la Estación Espacial Internacional contemplan, a través de un ojo de buey, cómo Vladímir Dmítriev se prepara para embutirse en su traje espacial. Es una maniobra que normalmente requiere ayuda, pero hasta donde él sabe, está solo. Después de haber recorrido todo el pasillo que forman los diferentes módulos, y tras haber hecho un involuntario recuento de cuerpos y miembros cercenados, le extraña mucho que haya sobrevivido alguien más.

Como quien se desliza en unos pantalones gigantescos, el piloto se deja caer dentro del traje de diez millones de dólares. Mientras se

lo ajusta, su mente trata de evadirse del reino de terror donde él es el único súbdito.

Pronto comprobará que no está solo.

Las llamadas telefónicas y las videoconferencias cobran protagonismo en la NASA, la RKA y la ESA, la Agencia Espacial Europea. Los presidentes de las naciones participantes en el proyecto ya están reunidos en torno a los monitores, y han llegado al acuerdo de apoyar a Sergei Dragunov en apurar el tiempo antes de iniciar la secuencia de retorno de la Soyuz. Algunos han sido sacados de sus camas y digieren la mala noticia a base de litros de café negro. Negro como el futuro de la ISS. Miles de millones de dólares que se van por el retrete, junto con años de investigación y las vidas de, al menos, cinco astronautas.

Desde Tierra optimizan el flujo de oxígeno hacia la Soyuz y comprueban que, al contrario que ocurre con la Estación Espacial, aún tienen control sobre ella. Cuando los ingenieros dan el proceso como concluido, su portavoz se dirige a Dragunov.

—Lanzadera Soyuz lista para el regreso, comandante.

—¿Habrá oxígeno suficiente para el viaje de retorno? —pregunta Dragunov, secándose la frente con un pañuelo de papel.

—De sobra, comandante.

El ingeniero jefe de Korolyov inspira por la nariz, abriendo las fosas nasales como un toro a punto de embestir.

—Démosles quince minutos más.

El doctor Roberts permanece inmóvil en el asiento de la Soyuz. La Tierra, a través del ojo de buey, le parece una quimera inalcanzable; la negrura infestada de estrellas lo hace sentir pequeño e insignificante. El silencio es su único compañero, hasta que tres golpes al otro lado de la compuerta hacen que el corazón brinque en el pecho.

Hay alguien embutido en un traje espacial al otro lado. Desde dentro, imposible saber quién es. El recién llegado señala su casco y Roberts adivina lo que quiere. En un segundo, conecta el intercomunicador que le permitirá hablar con el otro astronauta. Una voz con acento ruso suena en el auricular.

—¡Soy Vladímir Dmítriev! ¿Quién eres?

—Frank Roberts —se identifica, asaltado por dos sentimientos a la vez: miedo por si Dmítriev pudiera ser el psicópata que ha acabado con la tripulación, y una alegría inmensa porque es el único a bordo capaz de entender hasta el último interruptor de la lanzadera—. ¡Joder, ¿qué ha pasado ahí dentro, Vladímir?!

—¡Ni idea, pero abre! ¡Si lo que ha matado a los otros me encuentra, estoy jodido!

—¿Cómo sé que no has sido tú quién lo ha hecho? —espeta Roberts, sin ambages.

—¿De verdad crees que ha sido uno de nosotros? ¿Acaso no has visto los miembros amputados? Como médico deberías saber que no han sido cortados por una herramienta, sino arrancados de cuajo. Ninguno de nosotros es lo bastante fuerte para hacer algo así.

—¿Quieres decir que lo ha hecho algo que ha entrado en la estación? —Aunque su razón le patea las neuronas gritándole que eso es imposible, la opción no le parece del todo ilógica.

—No hay otra explicación. Ábreme, y nos largamos de aquí echando hostias.

Roberts duda.

—¡Mierda, Frank, no me dejes morir aquí! —suplica el ruso.

El doctor Roberts decide jugársela y abre la compuerta de la Soyuz. Detrás del visor del casco encuentra la mirada agradecida de Dmítriev, que cierra la exclusa de aire detrás de él, sellando la Estación Espacial para darle estatus de panteón flotante. Ojalá se

desintegre y acabe con lo que sea que ha asesinado a sus compañeros. Flotando como una bailarina poco estilizada, Dmítriev cierra la compuerta que les separa de la ISS y se acomoda en el asiento del piloto. Revisa los controles y vuelve a poner en la posición correcta los interruptores que el médico ha accionado al azar. Cuando todo está conforme, contacta con Korolyov.

—Aquí el comandante Vladímir Dmítriev —anuncia—. Me encuentro en la Soyuz, iniciando el protocolo de escape de emergencia. Me acompaña el doctor Frank Roberts. No quedan más supervivientes a bordo de la estación. Nos largamos de aquí.

Al otro lado de la radio, un grito de júbilo estalla en los distintos centros de control de Tierra. Las personas implicadas en el proyecto se sienten felices de que, al menos, un tercio de la tripulación lo haya conseguido. El ingeniero jefe Sergei Dragunov da la orden para que asistan a la lanzadera en su viaje de regreso a casa y suspira, con el pobre consuelo de que el desastre no ha sido total.

Con un fogonazo, la Soyuz se separa definitivamente de la ISS.

La Estación Espacial Internacional es, sin lugar a duda, el mausoleo más caro de la historia de la Humanidad.

La lanzadera rusa comienza a enfilar su órbita de descenso. Aún tendrá que dar varias vueltas a la Tierra antes de entrar en la atmósfera. Dmítriev y Roberts guardan un silencio incómodo, y no dejan de lanzarse miradas furtivas a través del casco. Desconfían el uno del otro y, en silencio, se preguntan si su compañero de viaje es realmente el responsable de la matanza. El piloto ruso acciona algunos interruptores que escapan al conocimiento del doctor Roberts. Después de efectuar varias comprobaciones adicionales, suelta un suspiro de alivio.

—Bueno, ya está.

—¿Todo en orden? —pregunta el doctor, más para romper el hielo que por otra cosa.

—Sí —responde Dmítriev, con la mirada perdida en la Tierra—. Ahora solo nos resta disfrutar del paisaje.

Roberts se muerde el labio inferior.

—No puedo dejar de pensar en nuestros compañeros.

—Desde luego. Ha sido horrible.

—¿Qué ha podido pasar, Vladímir?

—Ni idea —reconoce el piloto—. Desperté de repente, en mitad de una marea de muertos y sangre.

—A mí me pasó algo parecido. Es un milagro que estemos vivos.

—Los miembros amputados, los torsos desgarrados… —Dmítriev vuelve el rostro hacia su compañero de viaje—. Frank, ningún ser humano es capaz de producir unas heridas como esas.

—La hipótesis de un organismo extraterrestre intruso puede sonar ridícula… pero es la única explicación que se me ocurre.

Dmítriev se encoge de hombros dentro de su traje espacial.

—Si te sirve de consuelo, yo pienso exactamente igual que tú —confiesa el ruso, que de repente señala al frente—. Pero no pensemos más en eso y contemplemos esa maravilla. Lo más seguro es que esta sea la última vez que podamos verla así.

Ambos pierden la vista a través del ojo de buey, donde la Luna reaparece detrás de la Tierra, enorme, majestuosa y cargada de luz. Se quedan hipnotizados ante un espectáculo que muy pocos elegidos, a través de varias décadas, han tenido el privilegio de admirar.

Los ojos del ruso están fijos en la Luna llena. Una Luna desproporcionada que les bendice con resplandor de estrella. Es tan formidable que el corazón parece detenerse en su pecho. Se siente hipnotizado por ella, obnubilado por su belleza, como si de algún modo le llamara en el silencio del espacio.

Es entonces cuando una fuerza sobrehumana tira de la manga de su traje, y Vladímir Dmítriev ve, con horror, cómo se rasga como si estuviera hecho de papel tisú. Gira la cabeza y no da crédito a lo que ve: del guante del doctor Roberts surgen unos dedos desproporcionadamente largos y peludos, rematados por uñas afiladas y largas como cuchillas.

En todos los controles de Tierra resuenan los gritos de terror del piloto ruso y un rugido que no es humano. Lo último que ve Dmítriev antes de morir es la cara de su compañero: unos ojos amarillos, un rostro crispado cubierto de una pelambrera gruesa y un hocico chato que muestra unos dientes de depredador detrás del visor del casco. La zarpa se hunde en el traje espacial del piloto y los intestinos abandonan el abdomen, quedando suspendidos en gravedad cero.

Una vez muerto Dmítriev, la bestia en la que se ha convertido el doctor Roberts contempla la Luna y aúlla dentro de la Soyuz. Entonces se ensaña con los controles de la nave. Sus luces parpadeantes le molestan, le hieren los sentidos. De los tableros de mandos brotan llamas y chispas, y la lanzadera pierde el rumbo, saliéndose de la órbita programada.

Mientras el cascarón se dirige directo hacia la Luna, la criatura se apoya en el ojo de buey, ignorando la sangre y las vísceras que danzan a su alrededor. La Luna total la abstrae, embelesada por su esplendor. Una vez más, levanta la cabeza y emite un aullido que parece no tener fin.

En la mente animal del doctor Roberts solo permanece un recuerdo de su otro yo humano: la imagen de aquel perro enorme que le mordió días atrás cerca de su casa en Austin, Texas. Una sola mordedura, no demasiado profunda, y una huida hacia el interior del bosque a la que el médico no encontró explicación racional. Ningún animal salvaje actúa de ese modo.

En el control de Tierra reina un silencio sepulcral. Ron Lawson y Sergei Dragunov solo piensan en una cosa.

En la mentira que urdirán para justificar la catástrofe.



APRIL FOOL'S DAY

Tatiana se sumerge en la oscuridad del bar de copas con una mezcla de timidez, languidez e inocencia, aunque sabe que su metro sesenta y siete de altura no se medirá esa noche en centímetros, sino en puro sexo. En su Salamanca natal, donde muchos la conocen, siempre ha ejercido de joven recatada, sensata, religiosa, estudiosa y alegre. La nuera que toda suegra, por muy hija de puta que sea, quiere reclutar para su hijo. Aquí, en el corazón de Nueva York, en las fauces de uno de esos bares con arterias de neón, montada en sus zapatos de trescientos dólares, hoy ha decidido saltarse todas las reglas y ser una zorra. La voz interior que le habla desde pequeña, su Pepito Grillo particular, ha enarbolado la bandera del libertinaje y le ha susurrado al oído: «Ya está bien de ser una niña modosita: en la ciudad que nunca duerme no te conoce ni ese Dios al que tanto rezas. Es tu oportunidad para ser mala. Ya volverás a ser buena dentro de seis días, cuando regreses a casa».

Su silueta, envuelta en llamaradas de perfume y feromonas, se perfila durante unos segundos en el vano de la puerta del local,

dibujando un cuadro monocromo de deseo. Varios pares de ojos se posan, al menos durante un instante, en la posible presa. Ella lanza una mirada de reconocimiento, quedándose con todos los detalles del bar: la interminable barra, los taburetes fijados al suelo, las mesas enterradas en penumbra, los veladores erigidos como tálamos funerarios para vidrios vacíos y húmedos que esperan resurrección en la máquina de lavado. Unas pantallas emiten vídeos musicales mudos que nada tienen que ver con la música que suena en el establecimiento. Los personajes que pueblan este escenario de sombras y luces, a pesar de ser de lo más variopinto, le parecen demasiado iguales: figuras a contraluz, vigilantes de sus propias copas; el barman, un cincuentón de chepa forjada a base de servir combinados, atiende a dos jóvenes afroamericanas que controlan desde el acolchado de la barra a un hombre solo que juguetea con un vaso de whisky; en un lateral, un grupo compuesto por tres chicos que raspan la edad para beber alcohol evalúa a cada mujer del garito como si fueran el jurado de un concurso de talentos. La voz de su conciencia, su amigo invisible, le advierte que está siendo valorada: «Fíjate cómo te miran. Te desean. Se matarían entre ellos por ti, como hienas rabiosas». Pero esa voz susurrante le dice que no le convienen y su mirada barre el otro testero del local. Algunas parejas se dedican arrumacos a la luz de las velas aromáticas que apenas alumbran las mesas; también divisa a un puñado de hombres solos en busca de algo que no saben si encontrarán, y otro tanto de mujeres solas con la certeza de que encontrarán lo que buscan. Solo es cuestión de tiempo.

«Ya has visto suficiente», le dicta la voz, «ahora, entra».

Tacón tras tacón, en un alarde de poder, Tatiana se dirige a la barra y se interpone entre las dos bellezas de ébano y el tipo solitario que juguetea con los hielos de su escocés. El barman cheposo la saluda y se coloca frente a ella con sonrisa estudiada de autómata. Una sonrisa de robot barato de feria, de *animatronic* de mercadillo. Sus ojos están muertos, como si la señora de la limpieza hubiera olvidado fregarlos. Mirada de ginecólogo que contempla

vaginas abiertas de par en par con el mismo entusiasmo que un dermatólogo examina una verruga.

—Buenas noches, señorita. ¿Qué va a ser?

Tatiana responde en un inglés que tiene más acento británico que español. Haber estudiado filología inglesa más un master de traducción se lo permiten.

—¿Cuál es su especialidad?

El barman se encoge de hombros y su chepa parece crecer un par de centímetros, como si ocultara en su interior un ser vivo que pugnara por ser libre.

—Hay quien viene desde New Jersey a probar mi *whisky sour*.

—Ya puede añadir a su currículum que alguien viajó desde España para probarlo.

—Una joven muy guapa, además—. El camarero comienza a mezclar los ingredientes dentro de una coctelera de acero inoxidable —. Su inglés es perfecto, señorita.

—Años de estudio —responde ella con una sonrisa etérea, mientras observa cómo el Gran Maestre del *whisky sour* hace su milagro.

Al hombre que juguetea con los hielos se le dispara una mirada de reojo. A la izquierda, las dos panteras negras desintegran a Tatiana con la suya, y ella se siente bien por ello. Que se jodan si han perdido. El tipo gana en las distancias cortas. Ha pasado de largo la treintena conservando un buen cabello oscuro, un rostro varonil y un cuerpo sin atisbo de acumulaciones de grasa no deseada. Tatiana deja que sus miradas se rocen un segundo, y el deseo chisporrotea frente a la coctelera de acero, que se tiñe de neón al ritmo del barman.

—Eddie, pon el *whisky sour* en mi cuenta —dice el hombre con voz de barítono; gira su taburete hacia Tatiana y le dedica una

sonrisa que sabe poderosa—. Siempre y cuando ella acepte, claro está.

Tatiana le devuelve la sonrisa con la cabeza ladeada, un híbrido de reptil y felino hermoso, dulce y salvaje. Su Pepito Grillo aplaude a gritos: «¡*Veni, vidi, vici*, cabrona! Aquí tienes un hombre guapo, elegante, educado y solo, idóneo para protagonizar tus nueve semanas y media en una sola noche». Le extraña que esté solo. Es raro que alguien como él ahogue sus penas en un vaso de whisky en una lobera como aquella. Es posible que esté casado, pero, ¿y qué? Ella no es celosa, y menos para un rollo de una noche. Una cana al aire lejos de su entorno, en una gran manzana de proporciones megalíticas donde no la conocen ni Dios ni el Diablo, y puede hacer lo que le salga del papo. ¿Se lo contará a su confesor a su regreso a Salamanca? Tatiana decide posponer la respuesta hasta mañana.

—Gracias. —Se sienta en el taburete de al lado; a la izquierda, las copias de Beyoncé y Naomi Campbell le dan la espalda y susurran entre ellas el célebre monosílabo inglés que empieza por B y termina por H. La joven sigue la costumbre anglosajona y extiende la mano; el par de besos a la española no se regalan en Manhattan, hay que ganárselos—. Me llamo Tatiana.

—Pete —responde él, estrechándole la mano; un apretón firme pero no duro, que provoca que los pezones de ella saluden a través del vestido verde que deja su espalda al descubierto.

—Encantada, Pete.

En el bar suena algo que podría ser Lenny Kravitz. La música no está demasiado alta. Es un espacio diseñado para tramar maldades y bondades nocturnas, placeres mundanos o charla intrascendente. No hace falta pegar gritos ni dar saltos en un rito de cortejo bañado en sudor para comunicarse.

Eddie vierte el contenido de la coctelera en una copa cónica de las que nunca se ven en España y son pandemia en Norteamérica. Una pajita corta, negra, de dos cañones, adorna el vaso. Parece un

pedacito de escopeta de juguete. Tatiana retira con dos dedos la cereza que adorna el cóctel y la muerde. Pete suelta una risita. No hace falta ser experto en criptografía militar para captar el mensaje, cargado de código sexual. De un segundo mordisco, leve como una caricia, la cereza pasa a mejor vida.

—¿De qué te ríes? —pregunta ella.

—¿Es realmente *whisky sour* lo que te ha servido Eddie?

—Eso creo. —Vuelve la cabeza hacia Eddie, que ya ha enjuagado la coctelera, lista para la siguiente obra de arte—. Eddie, ¿esto es *whisky sour*?

—Lo es —certifica el barman, dirigiéndose a continuación a Pete —. ¿Por qué lo dice, señor Wilson?

—Podrías haberle gastado una broma y servirle otra cosa. Recuerda que hoy es uno de abril.

Eddie pone los ojos en blanco mientras le cobra las consumiciones a las viudas negras, que se disponen a irse con la música a otra parte, resentidas con Tatiana, con Pete, y con el mundo.

—Ni me acordaba, señor Wilson.

—Primero de abril, día de los tontos en América —ríe Tatiana—. En España se celebra el veintiocho de diciembre. Lo llamamos el día de los inocentes. La tradición se va perdiendo poco a poco, la verdad.

—Aquí aún la mantenemos —explica Pete, que une su risa a la de Tatiana, abrazando la complicidad que empieza a surgir entre ambos; ahora ha de ir lo bastante lento para no asustarla y lo suficientemente rápido para poder rematar la faena antes del amanecer. Es como pescar. No debe tirar demasiado fuerte ni soltar demasiado hilo para que la presa no escape—. A mí me parece un día divertido.

—¿Eres bromista?

—Solo a veces.

—¿Hoy?

Pete la observa con descaro. Ella le sostiene la mirada. El hombre da un trago corto a su whisky de hielos mareados. La joven muestra una dentadura que, si bien no es perfecta, es agradable a la vista sin haber costado más que dentífrico e hilo dental. Ambos saben lo que va a suceder de aquí a un rato. La voz interior de Tatiana brama desde el palco de su conciencia, con tal entusiasmo que las palomitas se despeñan barandilla abajo: «¡Lo tienes a punto de caramelo! ¡Es tuyo! ¡Cuando quieres eres la mejor, pedazo de zorra!».

Una hora y tres rondas después, el bar los vomita a la noche neoyorquina. La joven se siente libre y liberada, y se come a besos a su presa en mitad de la acera. Él revela que su apartamento está a dieciséis manzanas al sur del escenario en el que están dando el espectáculo. Ella acepta. Un Yellow Cab surge de la nada, y él lo detiene con un gesto.

No se cortan mientras el taxista conduce calle abajo, ni este muestra reparos en repartir su mirada entre la calzada y el retrovisor. Por lo bajini maldice que la carrera no sea más larga. Tres manzanas más y se echan el polvo en el asiento trasero. Las miradas furtivas al espejo le devuelven abrazos, tocamientos, besos y respiraciones agitadas. Reza para que la mano de él libere una de las tetas, porque se apostaría la recaudación del día a que no lleva sujetador. Por desgracia para el conductor, el coche llega a su destino. Pete pone la pasión en pausa para pagar la carrera y ambos abandonan el taxi, dejando al chófer más salido que un macaco.

El edificio es altísimo, como todos en esa zona de Manhattan. Tatiana deduce que es una buena zona y, por consiguiente, Pete es un hombre de posibles, como diría su padre. Eso la tranquiliza y no sabe bien por qué. Para ser un hijo de puta no es necesario vivir en

la miseria y meterse en vena hasta la cal de las paredes disuelta en meado de gato. Pero hay algo que tiene claro: nunca se habría pirado del bar con un tirado. Esa noche, por primera vez en su vida, es una zorra.

Una zorra con clase.

Se contienen durante el trayecto ascendente de quince pisos que separa el apartamento de Pete del nivel del suelo, donde los demás mortales, almas errantes en busca de lo que ellos ya tienen, deambulan de bar en bar y de club en club. Aún tienen que recorrer un pasillo plagado de puertas hasta llegar al 10-J, donde él tiene su fortaleza.

Aunque lo llame apartamento, en el de Pete cabrían cinco como el que comparte Tatiana en el casco antiguo de Salamanca. Los espacios en los dominios de Pete son diáfanos, decorados con muebles de diseño, estanterías infestadas de libros multicolores y esculturas horrorosas que deben de costar un huevo. Hay un piano de media cola en un extremo del salón, al lado de una ventana descomunal —más bien una pared de cristal— que da a la calle. Cerca del piano hay una mesa con tres pantallas que forman un tríptico futurista que choca con el lacado negro del Yamaha, que luce sus teclas con la tapa levantada.

—¿Eres músico?

Antes de contestar, se inclina sobre el ordenador y mueve el ratón un par de veces. A continuación, se planta junto a ella y la toma de la cintura.

—Algo parecido —responde por fin Pete, que la atrae hacia sí en un gesto que conlleva la dosis justa de violencia troglodita.

Los besos y tocamientos se reanudan. Están calientes como puntas de soldador, y no pueden esperar más. A trompicones, él la conduce al dormitorio, otra estancia vasta presidida por una cama lo suficientemente grande como para celebrar sobre ella un torneo de *pressing catch*. El bulto en los pantalones de Pete es una carga de

C4 a punto de estallar, y las braguitas de Tatiana se funden con su piel. Ella lanza la chaqueta del hombre bien lejos y abre su camisa con una maestría sorprendente para una mojigata acostumbrada a esnifar humo de cirios e incienso. «¡Bien hecho!», la felicita Pepito Grillo, que sigue el evento con devoción, sin perder ripio. Pete baja el vestido de Tatiana y libera sus pechos. La mano izquierda se posa en una de las nalgas y la explora, la oprime.

Acaban sobre la colcha y ni se molestan en deshacer la cama. Lo harían en el suelo de una perrera si no hubiesen tenido otro sitio para hacerlo. Están que arden, pero Pete quiere prolongar el *match*. Se pone de pie, agarra por los muslos a Tatiana y la gira hasta que su cabeza queda orientada al muro este. Le besa la vulva aún cubierta por las braguitas medio transparentes, el velo de viuda más ajustado del mundo, que cubre unos labios palpitantes y húmedos que lloran lágrimas espesas de deseo. Ahora, la voz interior de Tatiana aúlla salvaje, como el público del coliseo.

Pete separa las piernas de Tatiana y esta aspira litros de aire porque sabe lo que se avecina. Solo se lo han comido una vez, hace ya cuatro años. Fue un novio torpe en el asiento de un Seat Ibiza, más preocupado porque no les pillaran que por hacerlo bien. Ahora tiene frente a ella a un gourmet experto, que comienza lamiéndole las pantorrillas, las rodillas, los muslos, hasta llegar a las inmediaciones de su sexo. Una vez allí, Pete se entierra en él como si quisiera hacerle una transfusión de alma. Su lengua tiene un master en *cunnilingus* y sus dedos la carrera de arqueología sexual, y desentierran todos los placeres ocultos tras la piel de Tatiana.

El primer orgasmo de ella no tarda en llegar, y ese alma mezclada con la de Pete sale por la boca, jaleada por la voz interior de Tatiana. Ella se recupera y se dispone a devolver el favor a Pete. No es que tenga mucha experiencia comiendo pollas, pero un instinto primario la impulsa a lamerla y a tragársela como si la necesitara para respirar. Él cambia de posición y le aparta el pelo de la cara. Sus ojos están pendientes de algo que hay en las paredes,

en cierto modo ajenos al polvo que se están echando, aunque Tatiana no es consciente de ello, ni su voz interior tampoco.

Él no se permite el lujo de llegar al final. La aparta con dulzura, la tumba boca arriba y la besa en la boca. Su lengua la invade mientras los dedos de Pete demuestran que una carrera de piano sirve para algo más que para arrancar notas a un instrumento musical. Ella se vuelve loca cuando el segundo orgasmo la sorprende con un electroshock de placer. La polla de Pete está a punto de salir disparada como un misil de crucero, pero él aguanta como un jabato. Rebusca en el cajón de la mesita de noche hasta que encuentra un preservativo que desprecinta con los dientes. Pete viste su pene con el traje ajustado de los superhéroes y Tatiana le acaricia el vientre con las uñas. No tiene tableta de chocolate, ni tampoco grasa sobrante. Pete Wilson le parece perfecto.

Pete Wilson, en ese momento, para ella es Dios.

Y ve a Dios cuando él la penetra y comienza a embestirla. Ella se agarra a la colcha y está a punto de romperla cada vez que siente el embate de la pelvis de Pete, que se mantiene erguido por dos brazos tensos. El tercer orgasmo la hace gritar como nunca lo había hecho, y él sigue bombeando sin piedad y sin descanso. Un vistazo a su cara y ella se da cuenta de que Pete está a punto de correrse también. Y al fin lo hace, consiguiendo que el mundo a su alrededor estalle en un Armagedón de placer.

Y luego, la calma. Él sale de ella, se quita el condón y lo tira a un lado de la cama. Ambos quedan bocarriba, con una pátina de sudor que revaloriza la belleza de sus cuerpos laxos. Se miran unos instantes más, hasta que Pete habla. Y sus palabras no son las que Tatiana espera.

—Gracias por el espectáculo, guapa. Cientos de miles de internautas están aplaudiendo ahora mismo.

Ella se incorpora sobre sus codos.

—¿Cómo?

Pete salta de la cama.

—Acompáñame.

Tatiana, completamente desnuda, lo sigue hasta el salón, donde le descubre inclinado de nuevo sobre el teclado del ordenador. No quiere entender lo que Pete le ha dicho en la cama, pero lo entiende, y su voz interior comienza a subir el tono: «Has caído en una trampa, gilipollas, has caído en una trampa…».

—Mira—. La mano de Pete muestra las pantallas donde aparecen ambos follando como locos desde varios planos, a cuál con mejor encuadre. Las cámaras ocultas instaladas en el dormitorio deben de ser de última generación, porque hay planos tan próximos y explícitos que marean—. Lo has hecho de miedo, nena. Esta noche, te has convertido en una estrella del porno amateur.

Ella se cubre las tetas con las manos, mientras su mente zozobra en un mar de náuseas que quiere evitar a toda costa. Piensa en sus padres, a los que dio muchos disgustos de niña, en los días en los que su voz interior le mandaba hacer cosas que no estaban bien. Su alma se hunde en el mar de los recuerdos doloridos de su noveno cumpleaños, en aquella habitación acolchada donde la mantenían sedada, cumpliendo un castigo excesivo para una niña que apenas había hecho la primera comunión. Si es que llegó a hacerla, porque todo empezó ese día, cuando vomitó la Sagrada Forma en el altar, delante de sus compañeras, dando un espectáculo tan deplorable como siniestro.

Había olvidado aquello. Lo había olvidado por completo hasta ese preciso instante, con Pete en pelotas delante de las pantallas, riéndose de ella. Un Pete que torna su sonrisa en una mueca que se degrada hacia la preocupación.

Tatiana se acuerda otra vez de sus padres, que la llevaron a casa pensando que estaba mala de la tripa. Y luego las cosas comenzaron a ir mal y la voz interior, la que ella pensaba que era su Pepito Grillo particular, empezó a insultarla y a hacerle daño. Recordó de pronto

los golpes contra las paredes, las bombillas estallando a su alrededor, los vómitos de sangre, las palabras que no entendía y que resonaban por toda la casa...

Y recuerda, después de muchos años, cómo una noche mató a su hermana Sandra. Su preciosa hermanita Sandra, de tan solo cuatro años. A golpes, a mordiscos, hundiéndole los pulgares en aquellos ojitos azules que no volverían a ver la luz...

—Tatiana—. La voz de Pete le entra por el oído, pero ella no procesa el significado de las palabras—. Tatiana, es broma. Es primero de abril, el día de los tontos... Tatiana, esto no ha salido en ninguna parte ni saldrá; todo ha sido una broma, lo borramos y ya está.

Pero Tatiana ya no está allí. Sus recuerdos han tomado las riendas y repasan los meses en el psiquiátrico, sumida en las nieblas y tinieblas de los fármacos. Y por último la visita de aquel sacerdote. Recuerda el dolor del agua bendita sobre la piel, el tacto ígneo del crucifijo sobre la frente y las palabras sagradas que la rompían por dentro. Y esa tortura duró días, semanas, meses, y su voz interior bramaba como un...

—¿Una broma? —consigue pronunciar Tatiana, aunque su voz ya no es dulce y sensual—. ¿Una broma? —repite, y se echa a reír; una risa que provoca que la polla de Pete se esconda en la pelvis—. ¡Entonces todo ha sido una broma!

Pete recula. No le gusta la expresión de los ojos de Tatiana, que ya no le miran a él, sino que se extravían hacia un horizonte que parece no ver. Ha sido un gilipollas. Se ha pasado mil pueblos con la broma.

Tatiana desvía sus ojos hacia él, y Pete observa cómo cambian durante una milésima de segundo. Asemejan dos puntos de luz muerta, a juego con una sonrisa demente que deja entrever una lengua que no parece la misma que ha jugueteado con su miembro

hace unos minutos. Ya no son los ojos de Tatiana, ni su sonrisa, ni su lengua. Y cuando habla no es ella quien lo hace, sino su voz.

La voz.

—¡Feliz día de los tontos! —ruge.

Se planta junto a Pete en dos zancadas, y lo siguiente que este ve son los pedales del piano Yamaha a un palmo de su cara. El puñetazo casi lo deja KO. Mareado, intenta ponerse de pie, pero el peso del cuerpo de la joven se lo impide. Un cuerpo desnudo que ya no le parece apetecible. Hace amago de quitársela de encima, pero las manos de ella le aferran sus muñecas como garfios de acero, con los pulgares entre los tendones de la parte interior.

—Así clavaron a Cristo en la cruz —brama la voz a través de la boca de Tatiana, que forma una O tan negra como un agujero de gusano.

Un dolor inenarrable recorre el cuerpo de Pete cuando las uñas atraviesan la carne y fuerzan a los pulgares a esconderse en las palmas, contra natura. Él grita, y cuando los dedos de Tatiana se desclavan de las muñecas para viajar hacia sus ojos, no tiene fuerzas para defenderse.

La risa siniestra escala por encima de los alaridos de dolor, como una sombra sobrenatural que todo lo apaga. La fuerza sobrehumana de Tatiana hace que los globos oculares de Pete se hundan en el cráneo hasta estallar. Él se desmaya antes de que los dientes que antes ha recorrido con su lengua en un maremágnum de placer se claven en su cuello y le arranquen un trozo de carne. La sangre mana a borbotones, y Pepito Grillo ruge de satisfacción.

Ha pasado años recluido en el interior de Tatiana, después de aquel maldito ritual que duró meses. Supo esconderse en lo más profundo de su alma hasta engañar al sacerdote. Supo guardar silencio cuando aquel hombre con sotana y estola morada afirmó a los padres de la joven que se había ido para siempre. Y allí se quedó enquistado, débil, inerte. Muchos años en la vida de una adolescente

que iba a misa todos los domingos y fiestas de guardar, conducida por unos padres que sí se acordaban de cada momento de pesadilla vivido mientras dominó su cuerpo.

Muchos años en la vida de una adolescente, pero poco tiempo para una existencia eterna e impía.

Alguien llama a la puerta del apartamento de Peter Wilson. Ese mismo alguien pregunta a gritos qué demonios pasa dentro. Lo que habita en Tatiana sabe que la llegada de la policía es inevitable, y hay testigos y pruebas contra ella para dar y regalar: Eddie, el barman del bar, el taxista cachondo, la grabación de video...

La policía lo tendrá fácil. Decide no hacer nada y obliga a Tatiana a seguir mordiendo el cuerpo sin vida de Pete, en una orgía de sangre que culminará una noche épica. En cuanto entren los agentes, obligará a su esclava a atacarles, rápida como...

Como un demonio.

Ojalá entren muchos, para poder elegir a alguien lo bastante débil para que le dé cobijo. Es hora de mudarse de cuerpo.

Son las 12:47 del dos de abril.

Para el desgraciado al que le toque empezar a oír esa voz, no será una broma del día de los tontos, sino el comienzo de una pesadilla que no tendrá fin hasta el día de su muerte.

SOBRE EL AUTOR

Alberto Caliani nació en Ceuta, pero reside en Madrid. En 2013 publicó *El secreto de Boca Verde*, un *thriller* de aventuras con el que consiguió número 1 absoluto en Amazon. En 2015 le siguió *La conspiración del rey muerto*, una novela histórica basada en la leyenda del rey Sebastián de Portugal. En 2017 lanza *La iglesia*, un *noir* sobrenatural. En 2021, Ediciones B publica *El puño del emperador*, que se alza con un doble premio HISLIBRIS a la mejor novela histórica y mejor autor español 2021. En 2023, la misma editorial publica *La sombra del impostor*, situada en un Renacimiento plagado de violencia, conspiraciones y guerras secretas. Algunos personajes de *La sombra*, protagonizan *Siempre vienen de noche* (Ediciones B, 2024), un thriller oscuro y opresivo que se desarrolla en los alrededores del monasterio de Piedra, galardonado con el premio Gaditanoir a mejor novela negra 2024. Ese mismo año escribe el guion, junto a Juan Gómez-Jurado, de la precuela de *Reina Roja* en formato ficción sonora: *Reina Roja: Origen, el primer caso*, exclusivo para Audible. En 2025 regresa al thriller contemporáneo con *El cazador de libros*, de nuevo con Ediciones B.

Autor activo en redes sociales, siempre agradece y responde a cualquier comentario o crítica en sus cuentas de Facebook, Instagram o X.

Facebook: https://www.facebook.com/amartinezcaliani

X: @AlbertoMCaliani

Instagram: @alberto_m_caliani